ZARA MIST

CUANDO BRILLE LA ESCARCHA



ALMOND VALLEY II

CUANDO BRILLE LA ESCARCHA

N

ZARA MIST

CUANDO BRILLE LA ESCARCHA

ALMOND VALLEY II

N

AVISO DE CONTENIDO

Esta historia trata temas con lenguaje malsonante,
contenido sexual explícito y aspectos que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

Neblina Ediciones

© del texto: Zara Mist, 2026.
© del diseño de la portada: Zara Mist, 2026.
© del sello: Neblina Ediciones - Zara Mist, 2026.

Primera edición: agosto de 2026.

Registro de la Propiedad Intelectual N.º 00765-03146930
Depósito Legal:

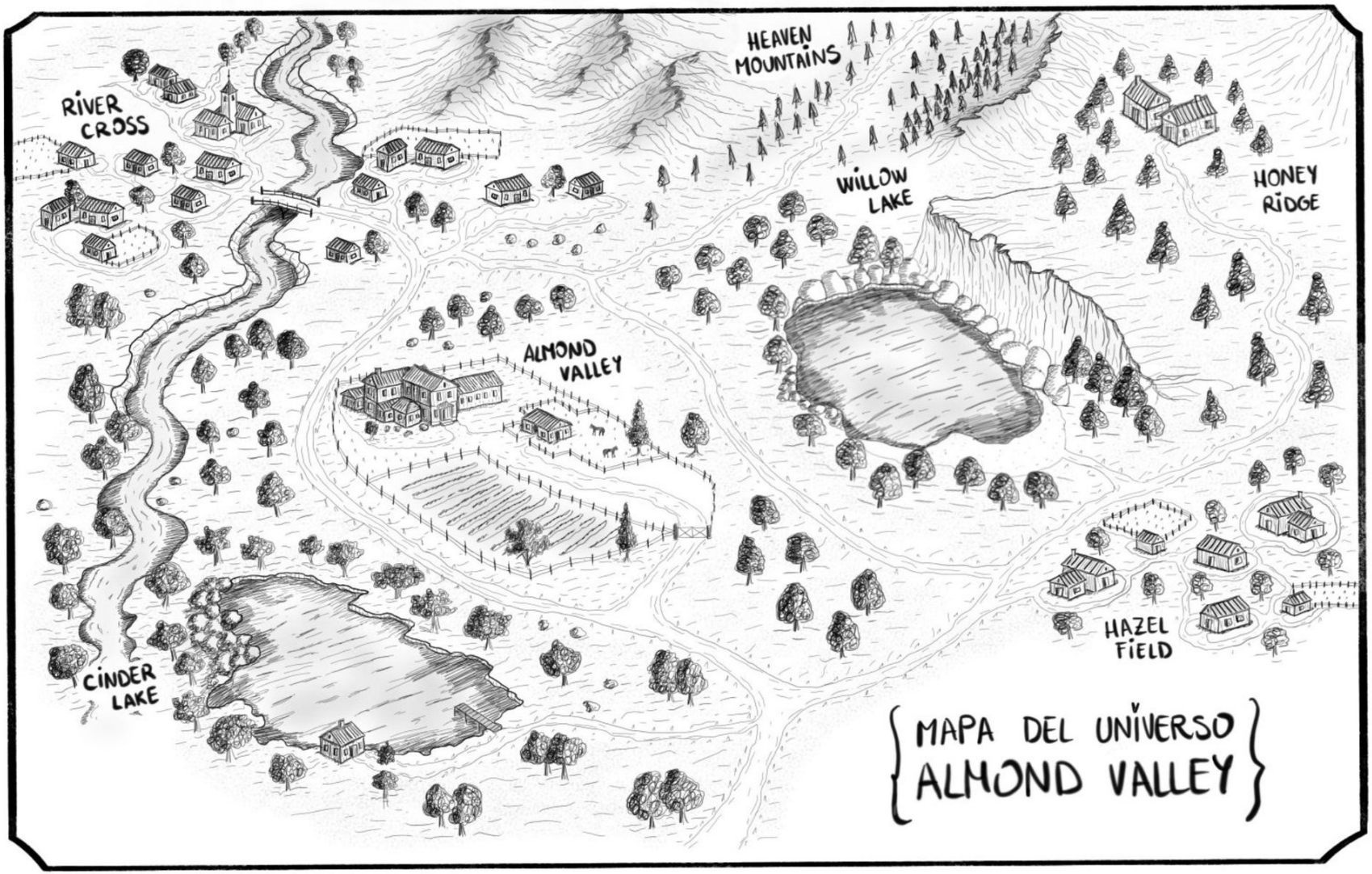
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular de la obra, la duplicación total o parcial de dicho documento por cualquier medio o procedimiento, así como la difusión de ejemplares. Todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes lugares son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A todas las que entendéis demasiado
bien lo peligroso que puede ser un hombre de espalda ancha y
brazos musculados.

Porque los más peligrosos
suelen ser también los más graciosos…

I'm also just a girl,
standing in front of a boy,
asking him to love her.

Notting Hill


HEAVEN MOUNTAINS
RIVER CROSS
WILLOW LAKE
HONEY RIDGE
ALMOND VALLEY
HAZEL FIELD
CINDER LAKE
MAPA DEL UNIVERSO
ALMOND VALLEY

PLAYLIST



Bennie and The Jets – Elton John
Goodbye Yellow Brick – Elton John
9 to 5 – Dolly Parton
Rock DJ – Robbie Williams
Rocket Man – Elton John
Give It Up – KC & The Sunshine Band
Don’t Go Breaking My Heart – Elton John & Kiki Dee
Jolene – Dolly Parton
Tiny Dancer – Elton John
Islands In the Stream – Dolly Parton & Kenny Rogers
Vienna – Billy Joel
I Will Always Love You – Dolly Parton
Piano Man – Billy Joel
This Is the Day – The The
These Boots Are Made for Walkin’ – Nancy Sinatra
Purple Rain – Prince
Come On Eileen – Dexys Midnight Runners
SOS - ABBA

PRÓLOGO



Tate

Cierro los ojos unos segundos para escuchar el repiqueteo constante de la lluvia. Disfruto tanto del sonido que podría escucharlo las veinticuatro horas del día sin cansarme. La tormenta llegó hace unas horas a Almond Valley, cubriendo el paisaje con un velo hipnótico y sembrando los caminos de charcos resbaladizos.

Tomo una bocanada de aire con fuerza antes de soltarlo en un suspiro cansado. La mañana ha sido tan intensa como cualquier otra, pero no puedo quejarme del trabajo: tengo toda la tarde para descansar.

Pero no puedo evitar sentir una punzada en el pecho al saber que mañana será lo mismo, y al día siguiente, y al otro…

Cualquiera mataría por tener una jornada como la mía, pero a mí últimamente me falta algo.

Como… una chispa que reavive mi vida.

Abro los ojos para observar cómo las gotas golpean el campo frente a mí. He tenido que refugiarme de la lluvia bajo el techo del establo de los caballos, aunque todavía tengo la camisa pegada al cuerpo y el pelo empapado. Hoy planeaba seguir desbravando a uno

de los potros nuevos, pero con la que está cayendo es imposible hacerlo sin un tejado encima.

Llevo semanas dándole vueltas a la idea de hacer un picadero cubierto, un viejo proyecto de mi madre. Siempre entrenamos al aire libre, pero como en los últimos meses la lluvia ha sido más persistente de lo habitual, creo que este es el momento perfecto para una reforma.

No parece que vaya a escampar pronto, así que lo mejor va a ser rehacer las tareas del día y dejar el desbrave de Blue para otro momento.

Después de echarle una última mirada al cielo grisáceo que se cierne sobre nuestra propiedad, me dirijo hacia el pequeño despacho que hay escondido en un lateral del establo.

Apenas vengo por aquí; está lleno hasta los topes de miles de papeles que mi hermano, Wade, dice tener organizados.

Y una mierda.

A juzgar por la cantidad de polvo acumulado encima de cada mueble, diría que hace meses, sino años, que no pisa este despacho. Si quiero dar con los papeles del proyecto de mi madre, el primer paso será hacer una limpieza a fondo de este sitio.

Y qué mejor que empezar un día lluvioso de invierno en el que no tengo más trabajo que hacer.

Con el murmullo de la lluvia chocando contra el tejado, me evado con facilidad de mis pensamientos al centrarme en limpiar. No quiero obsesionarme con la idea de que me falta algo, pero estos días el pecho me duele más que de costumbre.

"Oye, idiota, ¿sabes dónde está la empleada que contratamos hará cosa de un año y que debería estar trabajando conmigo ahora mismo?"

Pese a la sorpresa por escuchar de pronto una voz ajena a la mía, suelto una carcajada y niego con la cabeza. Me giro hacia el umbral de la puerta, donde me espera mi hermana con las cejas alzadas y una sonrisa ladeada.

"No lo sé. Pregúntaselo al hermano pirado que tenemos, que fue él quien le pidió matrimonio a pocos meses de conocerla."

Pone los ojos en blanco, soltando un resoplido.

“No están prometidos, Tate. Solo le hizo un bonito regalo con la excusa de mudarse juntos.”

Ahora es mi turno de rodar los ojos. “Lo que tú digas, pero eso para un hombre significa lo mismo…”

“Imaginaba, viendo que no llegáis ni a un cuarto del cerebro que tenemos las mujeres."

Me cruzo de brazos, pero una sonrisa asoma en mis labios al mirarla con las cejas alzadas.

“¿Has venido a dejarme en evidencia o querías algo más? Tengo trabajo que hacer,” digo, alzando los brazos para señalar el desorden que me rodea.

Lib abre la boca para hablar, pero vuelve a cerrarla, frunciendo el ceño y clavando la mirada en los productos de limpieza que hay esparcidos por el suelo.

“¿Tu aburrimiento ha llegado a su límite y te ha dado por limpiar esta pocilga?”

Da un paso para entrar en la sala y echa un vistazo a la suciedad que nos rodea. Me encojo de hombros, torciendo la boca al ver que todavía me queda mucho trabajo por hacer.

“No sé si recuerdas el plan de reforma de mamá para construir un picadero cubierto.”

Asiente, volviendo la vista a mí.

“Algo me suena, sí.”

“Pues quiero llevarlo a cabo porque últimamente está lloviendo más de lo habitual…”

“Cambio climático, se llama.”

“…y no quiero perder tiempo con los potros nuevos por culpa del mal tiempo.”

Lib asiente, pasando un dedo por encima de una estantería y mirando con cara de asco el polvo que se le queda pegado.

“Por fin tienes una buena idea.”

“Más bien la he robado,” apunto con una sonrisa ladeada.

Lib suelta una carcajada. “Pero es buena. Puedo echarte una mano si me necesitas.”

“No hace falta, Lib,” digo negando. “No te preocupes, que suficiente tienes con la tienda y el huerto.”

"En ese caso deberías avisar a otra persona para que te ayude a organizar y contratar todo."

"¿Dudas de mis capacidades?," pregunto en tono burlón.

Observo cómo ladea la cabeza y responde sin tener que pensarlo: "Sí. Y cualquiera lo haría."

"Puedes pedirle ayuda a Luke o Dorian," insiste mi hermana, dirigiéndose a la puerta. "O tal vez mamá tenga un rato libre."

"Esa mujer no es capaz de sacar la cabeza de sus papeles, Lib."

Sacude la cabeza sin reprimir una risa.

"Puedes intentarlo, a lo mejor te sorprende con nuevas ideas. Al fin y al cabo, fue ella quien quería hacer la zona cubierta."

"Sí, para no tener que ver a papá entrenando bajo la lluvia y así dejar de enfadarse con él cuando después entraba en casa lleno de barro," murmuro con una tensa sonrisa.

El silencio se instaura entre nosotros, y Lib me dedica una mirada triste. La muerte de mi padre todavía duele y está presente en la familia. Se me hace extraño no verlo por aquí, entrenando para sus competiciones o dando paseos a caballo con mi madre. Era una parte esencial en la familia y su repentina muerte fue como si un pedazo de nosotros, de lo que nos hacía los Weston, también se hubiera ido.

"Voy a ver si encuentro a Sage," dice Lib al fin, rompiendo el silencio.

Asiento sin fuerzas. "Nos vemos para comer."

Escucho los pasos de mi hermana perdiéndose por el establo, y, al fin, me permito soltar el aire que no sabía que estaba conteniendo. Apoyo las manos en el escritorio y dejo caer la cabeza con los ojos cerrados.

¿Qué coño estoy haciendo?

Hay algo que no me termina de encajar en todo esto, en mi vida, como si me faltara una pieza para completarme: una chispa que me mantenga vivo.

Necesito una razón que me sostenga en pie cuando las dudas me arrastran. Algo más fuerte que la rutina, más verdadero que la costumbre.

Un propósito para seguir en Almond Valley.

Desconozco cuánto tiempo transcurre desde que me metí en este despacho hasta que al levantar la vista, por fin, soy capaz de distinguir el suelo de madera clara y todas las esquinas del pequeño habitáculo.

"Por fin te encuentro, Houdini."

La suave voz de Sage me hace levantar la vista y girar la silla en su dirección, pero no suelto el fajo de papeles que sostengo entre mis manos. Frunzo el ceño al devolverle la mirada, lo que le hace poner los ojos en blanco y adentrarse en el despacho recién limpiado.

"Hace días que nadie te ve, Tate. La gente comienza a hablar, piensan que has desaparecido por arte de magia… Pero no, solo estás aquí, rodeado de papeles y porquería," dice haciendo una mueca y fingiendo un escalofrío, pero no me pasa desapercibido el ligero deje preocupado que esconde su tono.

Estas semanas apenas he hecho otra cosa que no fuera ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Esbozo una sonrisa tranquilizadora, soltando por fin los papeles en el escritorio.

"Estoy bien, Sage. Ocupado."

"Sabes que Wade se encargaría de lo tuyo si le dijeras que no puedes con todo, ¿no?," añade con suavidad.

"Ya lo sé," desestimo su propuesta sacudiendo la cabeza. "Estoy bien," repito, al ver que va a seguir insistiendo.

En la familia Weston somos conocidos por nuestra cabezonería.

"Si necesitas algo, avísame, ¿vale?," murmura al cabo de unos segundos con un tono mucho más suave.

"No necesito que te preocupes por mí, Sage."

La veo esbozar una pequeña sonrisa y acortar la distancia que nos separa, obligándome a ponerme en pie para envolverme en un torpe abrazo que correspondo al instante.

"Todos estamos preocupados por ti, Tate," susurra contra mi pecho, consiguiendo que el corazón me dé un pequeño vuelco y la estreche con más fuerza entre mis brazos.

No digo nada, solo cierro los ojos. Porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que quizá esa chispa está más cerca de lo que pensaba.

CAPÍTULO UNO



Tate

Sostengo con fuerza la tabla de madera para alinearla con la que ya he colocado a ras de suelo. Tengo que hacer un esfuerzo para levantarla y, sintiendo cómo mis guantes —que ya están hechos polvo— apenas crean una fina capa entre el material y mi piel, me tengo que tragar un quejido al notar mis dedos arder cuando se me clavan unas pequeñas astillas.

Me obligo a continuar, haciendo caso omiso al dolor que me recorre las palmas de las manos, asegurando la enorme tabla en los enganches metálicos. Alcanzo el martillo del suelo para clavar una madera a la otra, y suelto un enorme suspiro al asestar el último golpe.

Es el séptimo obstáculo que termino de montar hoy y, aunque apenas sienta las manos y tenga cada músculo de mi cuerpo entumecido, no puedo sino sonreír al levantar la vista y ver el paisaje frente a mis ojos. Estoy, literalmente, en mitad de la nada.

Un sendero en medio del frondoso bosque a las afueras de la propiedad de mi familia, apenas a unos minutos de distancia de la casa de mi hermano.

Me levanto la gorra un momento para secar el sudor acumulado de mi frente con la manga de la camisa que suelo ponerme los días de calor. La arremango hasta los codos y cruzo los brazos para apoyarlos en la madera que acabo de colocar, fijándome en los otros saltos repartidos por la zona. Los árboles se alzan a mi alrededor como si se tratara de un túnel de ramas y hojas verdes que recuerdan que la primavera está a punto de comenzar. A unos metros de distancia se encuentra el siguiente obstáculo que, en vez de ser una tabla encima de otra, se trata de una combinación entre dos troncos y la maleza que recogí por la zona durante estos días. No hay dos obstáculos iguales.

Cuando decidí empezar este nuevo proyecto, después de terminar con el tejado de la pista, pensé que sería una buena idea dar rienda suelta a la creatividad de mi familia y que eligieran ellos los diseños. Lo que no pensaba era que iban a ser *tan* creativos. Aunque… ya debería saber que, si se trata de los Weston, nada es sencillo.

Todavía estoy pensando de dónde voy a sacar un seto con forma circular y decorarlo con flores rosas.

Y sí, esa idea solo podía venir de Sage Reid. Por no hablar de la obsesión que tiene mi hermana con las calabazas, que también ha pedido que haga algo con ellas. Sus palabras exactas fueron: «Ya se te ocurrirá algo, pero no te olvides de las calabazas».

Nadie comprende su fijación por ellas, pero quién soy yo para juzgar…

Además, un trato es un trato, y no pienso rendirme. Tate Weston jamás se echa atrás ante un reto, y pienso construir el recorrido de cross más original de toda la provincia si así lo desea mi familia.

Después de echar un último vistazo al camino para asegurarme de no haber olvidado hacer nada de lo que tenía previsto para hoy, respiro hondo y alzo la vista al cielo. El atardecer comienza a caer, tiñendo el paisaje de tonos anaranjados y alargando las sombras que se crean entre los árboles.

Me giro para llamar a Raven, , mi yegua de pelaje negro como el ónix, que pasta tranquila a un lado del sendero, y, cuando la encincho y me subo a ella, emprendo el camino de vuelta a casa antes de que la noche se adueñe del lugar. Hoy ya he tenido suficiente con astillas y calabazas. No pienso añadir coyotes a la lista.

Avanzo por el sendero en silencio, escuchando el canto de los jilgueros que anidan entre las ramas. Los pasos seguros y acelerados de mi yegua sobre la tierra marcan un ritmo constante, como el tictac de un reloj que nunca se detiene. Lo siento como un recordatorio sutil pero insistente del tiempo, que avanza sin pausa y me persigue sin compasión.

Como si fuera el conejo de *Alicia en el país de las maravillas*, parece decirme que voy siempre tarde.

La sensación me oprime el pecho, y me obligo a carraspear con fuerza para romper el trance, devolviéndome al presente con un inquietante sentimiento de desazón. Trato de deshacerme del malestar recordando adónde he llegado y todo lo que he logrado gracias a cambiar el rumbo en mi vida.

Hace tres meses, decidí cambiar mi forma de trabajar en la granja. Ahora, en vez de seguir una rutina constante a largo plazo, me ocupo de diferentes proyectos. Todos creados por mí. Por las mañanas sigo encargándome de los caballos y les echo una mano a mis hermanos, pero las tardes son solo mías.

Al comienzo fue complicado encontrar un equilibrio: apenas sabía lo que quería, todo se me hacía demasiado grande y me aislaba de mi familia al trabajar de sol a sol sin descanso. Incluso mi madre vino un día al pequeño despacho de las cuadras para preguntarme si necesitaba ayuda porque hacía semanas que nadie me veía. Fueron días duros, de aislamiento, café en vena y planos a los que les daba vueltas durante horas.

Pero, poco a poco, encontré algo parecido a un rumbo.

Primero fue un tejado nuevo para la pista de equitación.

Después una mejora en las cuadras para traer más caballos.

Pequeñas reformas que no cambiaban la granja entera, pero sí algo en mí, como si cada proyecto fuera una excusa para no

quedarme quieto… para impulsarme a ser mejor. Y gracias a esto conseguí hacer de la organización mi hábito.

Aunque ahora estoy obsesionado con las listas: Listas de materiales, listas de tareas, listas de cosas que no debo olvidar…

No soy capaz de salir de casa sin haber hecho antes una lista, como si ponerlo todo en papel evitara que mi vida se volviera a desordenar.

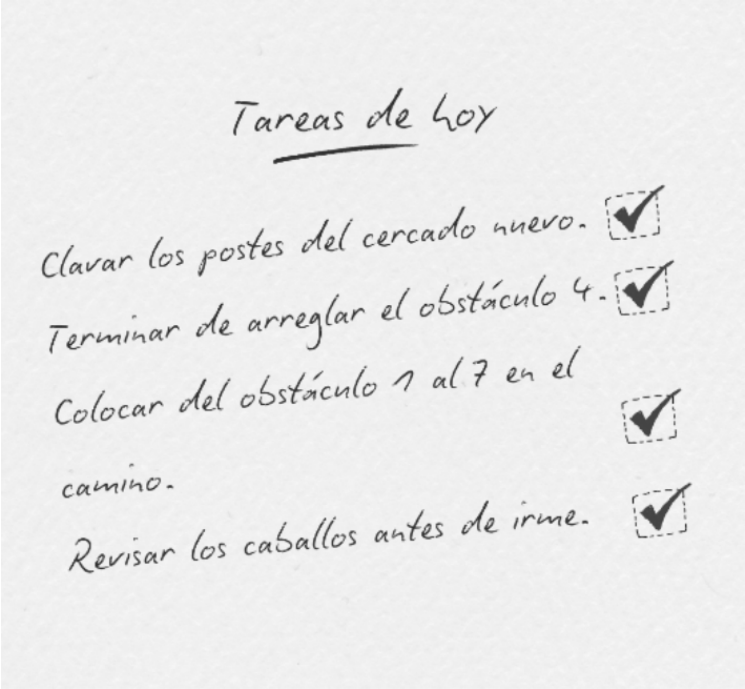
Guío a Raven por el sendero que conduce a los establos mientras el atardecer se cierne sobre nosotros. Cada vez se me da mejor calcular el tiempo que me va a llevar realizar las tareas, previendo para hoy los siete saltos que conseguí colocar durante la tarde.

Aunque estos los haya construido solo, para mañana voy a necesitar pedirle ayuda a alguno de los chicos para traer los materiales en la camioneta y moverlos para no quedarme sin espalda. Además, también voy a tener que preguntarle a Lib de dónde coño sacar el seto que quiere Sage, porque sospecho que ella no me va a dar ninguna pista. Yo no entiendo de plantas ni árboles, son ellas las expertas, así que van a tener que echarme un cable si quieren sus originales obstáculos.

Para cuando paso el pestillo de la cuadra de mi yegua y compruebo que todos los caballos del establo estén bien, las pequeñas luces automáticas tintinean en cada rincón del lugar. Me dirijo a un lateral del recinto para hacer una última visita al despacho antes de irme. Se trata de una pequeña habitación con estanterías hasta el techo perfectamente organizadas y un escritorio acompañado de una silla que vivió sus mejores momentos hace veinte años.

Cualquier persona pensaría en renovarla más pronto que tarde al pensar en su pobre espalda, pero como nunca he aguantado más de diez minutos ahí sentado, no es un problema que me quite el sueño. Ni siquiera planeo cambiarla a corto plazo.

Encima de la madera agrietada por el tiempo está mi libreta abierta con varias líneas escritas, muy parecidas a las de los últimos días desde hace varias semanas.



Pongo un tic en todos los cuadrados, sonriendo por todo lo que he logrado en tan solo tres meses. Es curioso cómo algo tan simple puede sentirse como una gran victoria cuando al principio ni siquiera sabes por dónde empezar.

Esta es mi vida ahora: orden y control.

Aun así, no puedo evitar que una parte de mí se pregunte en qué momento me he convertido en un profesional del orden; si todo esto es suficiente. Si controlar cada detalle, hacer listas, es todo lo que necesito para sentir que avanzo. A veces me pregunto si debería buscar algo más, algo que no se pueda planificar, o si ya he encontrado mi equilibrio.

Porque… ¿qué tiene de malo querer llevar un control de tu propia vida?

Preocuparme no me sirve de nada ahora mismo, y al menos sé con certeza que me siento más vivo ahora que hace meses. Así que, por ahora, cierro la libreta con cuidado, dejo mis tics marcados y mi rutina finalizada.



"¿Cómo llevas el recorrido de cross, corazón?," me pregunta Mira con una enorme sonrisa. Hoy lleva el cabello completamente blanco recogido en una trenza que le cubre el hombro derecho. Las arrugas dibujadas por su rostro son cada vez más numerosas, pero el brillo de felicidad que la envuelve nunca desaparece. Es por eso que se ha pasado toda la cena repitiéndome que está muy contenta de verme y que podamos reunirnos toda la familia.

Como si no hubiera venido a cenar este último mes todos los días…

Supongo que es el precio a pagar por no haberme visto mucho antes de comenzar a venir cada noche. Por lo que me han dicho, llevan desde Navidad cenando juntos. Incluso Sage y Wade venían a pesar de haberse prometido, pudiendo haber aprovechado cada noche para estar solos en su casa.

"Muy bien. He colocado ya siete obstáculos," contesto con una pequeña sonrisa antes de llevarme el tenedor a la boca.

Sage aplaude desde el otro lado de la mesa, justo al lado de Wade. "¿Ya tienes el seto que te pedí?"

Trago con fuerza y bajo la vista a mi plato. "Verás, Sage. La verdad es que…"

"Tate me ha dicho que llega el jueves, ¿no es así?" Lib me interrumpe y me da una patada en la espinilla por debajo de la mesa que me hace cerrar los ojos y ahogar un grito de dolor.

Si abro la boca estoy seguro de que soltaré un sollozo, así que consigo emitir un sonido afirmativo que se parece bastante a un perro siendo estrangulado.

"Está todo controlado por lo que veo," asiente Sage.

"Para nada sospechoso," canturrea mi abuela desde la cabecera de la mesa sin dejar de comer.

Suelto un resoplido demasiado alto, y me fijo en que la sonrisa de Sage tiembla antes de desaparecer. Sus cejas se juntan poco a poco y su rostro se transforma en una mueca preocupada.

"Tate, si necesitas ayuda con algo…"

"Estoy bien," interrumpo, revolviéndome en mi asiento. "Gracias por preocuparte." Desvío la mirada al resto de mi familia, que tienen la misma expresión que mi cuñada. "A todos. Gracias por

preocuparos. Pero estoy bien, lo estoy controlando, me estoy organizando y lo llevo bien. No soy un ermitaño otra vez ni voy a volver a serlo, así que no os preocupéis."

"Estamos aquí para lo que quieras," dice mi madre, dándome un ligero apretón en la mano.

Tengo el corazón en la garganta, suplicando salir para dejar de sentir esa presión constante. Me siento como si me hubieran apuñalado y ahora estuvieran retorciendo el cuchillo lentamente.

"Gracias," contesto en un débil murmullo que me obliga a apartar la mirada de sus ojos azules como el cielo en un día de verano.

Miro a Lib de reojo, viendo que el silencio se hace cada vez más denso, y suelto:

"Y la próxima vez que quieras demostrarme cariño, prueba con algo como darme un abrazo. Tus agresiones físicas están empezando a hacerme dudar de lo sano de nuestra relación."

"Tate. No. Confíes. En. Mí." Lib me fulmina con la mirada como si yo hubiera matado a alguien. Abro la boca para replicar, pero me calla alzando una mano y añadiendo: "Nunca."

Frunzo el ceño, confundido con su repentino cabreo.

¿Y a esta qué le he hecho yo?

"Estaba claro que ibas a necesitar ayuda con el seto, Tate," dice Sage desde el otro lado de la mesa sin poder contener la risa. "Hicimos una apuesta para ver cuánto tiempo tardabas en rendirte y preguntar de dónde narices sacarlo."

"Lo que no esperábamos era que tu hermana te fuera a salvar así," añade Emily riendo.

"No sé para qué apuesto nada con vosotras…," murmura Wade negando con la cabeza mientras cruza los brazos sobre su pecho.

Lib imita su gesto, reclinándose en la silla, sin disimular la mirada de asco que me dedica.

"No sabía ni que tenía esta vena fraternal. Me da escalofríos."

"Cualquiera diría que estás empezando a cogerme cariño…" Pongo morritos en su dirección, acercándome a ella lentamente. Lib ahoga un grito y me empuja para apartarme, pero sigo insistiendo, ganándome varios golpetazos en la cabeza.

"A veces me pregunto si estáis más cerca de cumplir treinta o diez años…"

Wade suspira delante de mí, consiguiendo que Lib y yo nos giremos en su dirección. Abre mucho los ojos y alza las manos en señal de rendición, pero está clara su sentencia. La dinámica es simple: si alguno de nosotros está discutiendo o tocándose las narices mutuamente, el que se queda fuera no puede opinar, porque si no…

"Tú cállate, Wade, que te casaste y sigues viniendo a casa de mamá a cenar todas las noches. No eres el ejemplo perfecto de madurez."

Sage echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que hace que mi hermano se estremezca. *Esto sí que promete…*

"¿Qué tendrá que ver una cosa con otra? ¡Es una tradición familiar! Y a Sage le encanta venir a cenar." Se gira para mirarla y veo una súplica silenciosa en sus ojos. Es adorable verlo tan vulnerable.

"Para el carro, vaquero, a mí no me metas en tu trifulca," dice ella todavía riéndose.

"Se supone que tienes que estar de mi lado," dice Wade, mirando a Sage con el ceño fruncido.

"Estoy de tu lado," contesta ella, dándole un beso rápido en la mejilla. "Pero también tengo ojos y oídos, y te has metido donde no te han llamado."

"¿Y para esto me caso?," murmura recostándose en la silla y mirando al techo.

"Ni tu mujer te salva."

"Calla, que hace diez minutos estabas lloriqueando por una patada en la espinilla."

"¡Fue una agresión gratuita!"

"Una muestra de cariño," corrige Lib, dándome una colleja.

"¿Cariño?" Me cubro la cabeza con los brazos, intentando protegerme. "Lib, el día que me quieras de verdad me mandas al hospital."

"No me tientes," dice con seriedad, pero su sonrisa la delata.

Estoy a punto de replicar, pero me callo cuando mi abuela se levanta de la mesa y da una palmada, captando la atención de todos.

"Lleváis más de veinte años intentando decidir quién es el más idiota de los tres y no os dais cuenta de que cada día lo es uno y a veces lo sois todos. Así que, con esta duda resuelta, ¿quién quiere postre?"

CAPÍTULO DOS



Tate

La ligera brisa de la mañana hace que mi pelo revolotee alrededor de mi cabeza. Lo tengo revuelto la mayor parte del tiempo, así que no me molesto en peinarme cuando un mechón rebelde me roza la mejilla. Hace días que mi madre insiste en que necesito un buen corte, pero la verdad es que ya me he acostumbrado al caos sobre mi cabeza.

Si lo piensas dos segundos es un tanto irónico: mi cabeza permanece ordenada mientras lo que crece sobre ella no sigue ninguna regla.

Camino con prisa sin apartar la mirada del horizonte. El sol está saliendo y baña el cielo de tonos anaranjados y rosáceos, pintados como si fueran trazos despreocupados sobre un lienzo. Las siluetas oscuras de los árboles acompañan la vista, pero no estropean el cuadro, demasiado bajos como para rozarlo.

Desde lo alto de la colina puedo ver la casa de mi madre, a la que me guía un largo sendero flanqueado por almendros. Me giro hacia la derecha, sin dejar de caminar, justo para ver la figura de una persona moverse entre los cultivos del huerto exterior. Pero, tan

pronto como la he visto, desaparece tras las puertas de plástico translúcido del invernadero recién reformado. Apresuro el paso para alcanzarla, deseando quitarme la sensación amarga que lleva en mi boca desde la cena de ayer.

Asomo la cabeza entre los plásticos del invernadero, echando un vistazo de un lado a otro del interior. Por fin encuentro a Sage, sentada en un taburete alto justo delante de una enorme mesa de madera oscura. Me acerco sin dejar de observar sus manos, que tratan con delicadeza una planta de menta. Está tan concentrada en lo que tiene entre las manos que no se percata de mi presencia, ni siquiera cuando me detengo a un par de pasos de ella.

"No quiero interrumpir… pero llevo cinco minutos aquí y esto es lo más entretenido que he visto en mucho tiempo."

Lo siguiente que pasa lo tendré grabado en mi mente por siempre. Hasta que me muera.

Del susto, Sage ha pegado un salto en el asiento. Pero eso no es todo. Para intentar ver quién estaba detrás de ella, a mitad del salto se ha girado hacia mí, lo que le ha hecho perder el equilibrio. Además, su mueca de terror ha acompañado todo el espectáculo. Y yo ahora estoy doblado sobre mí mismo, desternillándome de risa, mientras el culo de Sage está en el suelo.

Levanto la vista una milésima de segundo, la justa para ver la expresión de dolor y todavía sorpresa de su rostro, lo que me hace reírme con más fuerza.

"No tienes granja para correr, Tate Weston," murmura en un hilo de voz y, a pesar de no verla, sé que me está fulminando con la mirada.

Pero… ¿he mencionado ya que está en el suelo?

"Yo… lo... lo… si- siento mucho." Apenas puedo formular una frase sin quedarme sin respiración entre carcajada y carcajada.

"Al menos deja de reírte y ayúdame a levantarme," dice desde el suelo. Consigo aguantar la risa cuando alzo la vista y la veo con la cara desencajada por el shock de lo que acaba de ocurrir.

Aprieto los labios con fuerza y respiro hondo antes de acercarme pero, para sorpresa mía, Sage suelta una carcajada que me hace frenar. Se lleva las manos a la cara como si intentara esconderse,

pero su risa no cesa, y yo no tardo ni dos segundos en unirme a ella.

Cuando conseguimos calmarnos, Sage se seca las mejillas, húmedas por las lágrimas, mientras yo me agacho para sujetarla por las axilas.

"Ay…"

"¿Te duele algo?"

La levanto con cuidado.

"Mi culo…," murmura haciendo una mueca al tocarse la parte afectada.

"Me ofrecería a examinarlo, pero eres una mujer casada," digo apretando los labios para evitar sonreír.

Sage alza una ceja. "Fuera o no una mujer casada, jamás dejaría que me examinaras el trasero, Tate."

"Soñar es gratis, Sage Reid," contesto guiñándole un ojo.

"Weston," añade ella con una sonrisa ladeada.

"Me alegra saber que no te has golpeado la cabeza y que no has olvidado mi apellido."

"No. *Mi* apellido. Es Weston. Sage Weston."

Pestañeo.

"Pero Wade me dijo que te quedarías con el apellido de tu abuelo," digo sin poder ocultar mi sorpresa.

"Iba a hacerlo… pero cambié de opinión," contesta encogiéndose de hombros. Una pequeña sonrisa asoma en sus labios. "En realidad fue algo de última hora. Ni siquiera yo sabía que iba a cambiar de opinión tan repentinamente, pero… fue verlo llegando al altar y yo solo pude pensar que quería formar parte de vuestra familia del todo, sin excepciones."

El rubor cubre sus mejillas cuando termina de hablar.

"¿Y cómo se lo tomó mi hermano?" Me sorprende que no nos dijera nada antes de la boda.

"Bueno… Wade no lo supo hasta que firmamos los papeles después de la ceremonia."

Abro la boca, pero las palabras se atascan en mi garganta.

"Lo sé. Suena estúpidamente serio viniendo de alguien que acaba de caerse de un taburete."

Suelto una risa entre dientes. "No, está bien. Me alegra saber que nuestra familia es el lugar al que quieres pertenecer."

"Incluso con la obsesión que tiene Lib con las calabazas," asiente con una sonrisa de oreja a oreja que me contagia.

"En serio, ¿qué tiene con ellas?"

"No lo sé, pero si no queremos que la tienda acabe repleta de ellas, alguien debería frenarle los pies."

"¿A quién deberíamos frenarle los pies? Espero que sea a Tate, solo por fastidiar."

La voz de Lib llega desde la entrada del invernadero.

Traidora.

Mi hermana atraviesa el espacio y se muerde el interior de la mejilla al verme.

"Tate, ¿ya estás molestando a Sage? ¿Cuántas veces tengo que recordarte que aunque no estuviera casada no tendría nada contigo?"

"Me ofende profundamente que le tengas tan poca fe a mi carisma," digo dramatizando mientras me llevo una mano al pecho.

"Lo superarás," contesta, burlándose de mí.

Sage rueda los ojos y se vuelve a subir al taburete torciendo la boca.

"Ah, Lib, justo quería decirte algo," digo girándome hacia ella, que me espera con una ceja alzada.

"¿Lo guapa que soy?"

"Tengo fama de ser muchas cosas, pero nunca un mentiroso, Lib." La miro de arriba abajo haciendo una mueca, ganándome un intento de puñetazo que logro esquivar antes de que me golpee el hombro.

Reprimiendo una sonrisa, continúo: "Gracias por encargarte del seto de Sage." Resopla mientras se cruza de brazos. "Lo digo en serio. Entré en pánico en cuanto pensé más de cuatro veces dónde conseguirlo, pero no quería pediros ayuda hasta el último momento."

O ni eso, pienso para mí mismo.

"No tienes nada que agradecerme, Tate. Más bien me debes algo por salvarte."

"¡Pero si luego confesaste! No sirve de nada que intentaras hacerme quedar bien delante de Sage."

"Y Sage vuelve a estar delante…," murmura de espaldas, otra vez con la planta entre las manos.

"Sigo creyendo que lo mejor sería devolverme el favor," dice Lib, haciéndome volver la vista hacia ella.

Resoplo llevándome las manos a las caderas.

Acabemos con esto.

"¿Qué quieres?"

Lib se muerde el interior de la mejilla y le echa una rápida mirada a Sage antes de hablar. Mi cuñada suspira por lo bajo, como si ya supiera qué me va a pedir y cuán difícil va a ser convencerme.

"Dentro de dos semanas es el Wildflower Waltz y mi tienda se encarga de las flores de todo el festival."

"Lo sé, vamos todos los años," digo frunciendo ligeramente el ceño. No sé a dónde quiere llegar con esto, pero no me gusta un pelo cómo me está mirando ahora mismo.

Aunque el Wildflower Waltz no sea exactamente en el equinoccio de primavera, es la única fiesta de la estación. Para River Cross es un día muy especial, así que cada año todos los habitantes del pueblo se aseguran de que sea perfecto.

Los alrededores del pueblo se tiñen de vida con todas las flores que colocan. Las tonos primaverales bañan el campo, decorado por margaritas, tulipanes, crisantemos y mil variedades más. Es un espectáculo precioso de ver en el que los pueblerinos festejan el inicio de la primavera con conciertos, talleres y actividades para los niños.

"Pues verás… Este año ha habido un pequeño, *pequeñísimo*, problemita con las flores." Se frota las manos lentamente, poniéndome de los nervios. "Hice el mismo pedido de todos los años, exactamente igual sin ningún cambio. No añadí más flores ni cambié los tipos, todo es igual."

"Lib, suéltalo ya," interrumpo, alzando las cejas.

"Acaban de llamarme porque no pueden traer las flores la semana que viene," dice tan rápido que me lleva un par de segundos entenderla y procesar sus palabras.

No hago ni el amago de preguntar, sé lo que va a pedirme.

"Necesitas que vaya yo a buscarlas," finalizo por ella.

La veo asentir con energía, mordiéndose el labio inferior mientras pone su mejor cara de perrito abandonado. Conozco lo suficiente a mi hermana como para saber que esta fiesta significa mucho para ella —aunque no más que el Festival de las Hojas y las Riendas—. Pero no tengo tiempo, y ella lo sabe.

"Solo te llevará un día," dice como si me hubiera leído el pensamiento. Estoy a punto de negarme, recordándole que apenas tengo horas suficientes por la mañana para encargarme de la granja, y que perder un día entero me supondrá retrasar un montón de trabajo.

"Yo iré contigo."

Me giro hacia la derecha, frunciendo tanto el ceño que estoy seguro de que mis cejas han formado una sola línea.

"¿Estás segura?," pregunta Lib, y no se me pasa por alto el tono ilusionado en su voz.

Sage asiente, volviéndose hacia mí con una sonrisa ladeada.

"Venga, Tate, será divertido, son un par de horas en coche hasta Hazel Field. Salimos el martes temprano, cargamos las flores, comemos algo y volvemos antes de que anochezca."

Tuerzo la boca. "Eso es ser demasiado optimista."

"¿Desde cuándo le dices que no a una aventura, Tate Weston?," suelta mi hermana, poniéndose las manos en las caderas.

Pues no lo sé.

Supongo que desde que hace unos meses comencé a sentirme vacío. Los proyectos nacieron a raíz de ello, y desde entonces apenas tengo tiempo para pensar. Mucho menos para irme de viaje o de acampada improvisada, como solía hacer por Almond Valley.

La sensación de nostalgia me golpea como un puñetazo en la boca del estómago, y es por ello por lo que destenso los hombros y cedo.

"Está bien."

Sage y Lib comparten una sonrisa.

"Te dije que en cuanto le dijeras que irías con él, aceptaría. No puede evitar estar loquito por ti."

Sage le pega un golpetazo en el brazo a Lib sin dejar de sonreír y yo tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no poner los ojos en blanco.

Mi hermana nunca me obligaría a hacer algo que no puedo o que sabe que me agobiaría. Sé que tiene buenas intenciones. Y, aunque no lo diga en voz alta, una parte de mí está agradecida de que sepa exactamente lo que necesito ahora mismo: desconectar por un día. Pasar tiempo con una amiga.

"Perfecto, entonces," dice Lib dando una palmada satisfecha. "Vuelvo a la tienda. Sage, cualquier cosa avísame." Ella hace un saludo militar en respuesta. "Y Tate…"

"¿Qué?"

Me mira unos segundos, pero duran tanto que dudo en si me responderá. La intensidad de su mirada me hace apartar la vista, haciéndome sentir vulnerable, como si pudiera leerme como un libro abierto.

"Luego te mando la dirección."

Esboza una pequeña sonrisa y no puedo evitar que mis labios se eleven también. Le guiño un ojo en respuesta. Me saca la lengua como si volviéramos a tener cinco años y se marcha con un leve asentimiento.

"Un día fuera no va a matar a nadie," murmura Sage sin mirarme. Mantengo los ojos fijos en la puerta del invernadero, por donde he perdido de vista a mi hermana hace unos segundos.

"Lo sé."

"Te vendrá bien desconectar por unas horas."

Esta vez vuelvo la vista a ella, que sigue sin girarse.

"¿Eso es una prescripción médica?"

Por fin alza la vista, divertida. "No. Es la opinión de alguien que te conoce y se preocupa por ti."

Resoplo, pero esta vez no siento una presión en el pecho. Sé que tiene razón.

"Más te vale no cantar durante todo el viaje."

"Qué poco me conoces, Tate," bromea con una sonrisa que ilumina sus suaves facciones.

Niego lentamente, pero mi sonrisa no flaquea.

Porque no me importa perder un día de trabajo si lo paso con alguien que sabe cuándo bromear… y cuándo simplemente quedarse a mi lado sin necesidad de hablar.

Y, por primera vez en semanas, la idea de estar un día en carretera, lejos de mis listas y de Almond Valley, no me pesa lo más mínimo.

CAPÍTULO TRES



Tate

Los árboles a los laterales del asfalto me acompañan desde que salgo de Almond Valley. El sol está en su punto álgido del día y apenas se ve una nube en el cielo, por lo que hace la temperatura ideal para no llevar chaqueta e ir con las ventanillas abiertas. A través del parabrisas de mi camioneta me fijo en que el color granate del capó reluce bajo los rayos —a pesar de estar más sucia que mis viejas botas de montar—, y una suave brisa mece las copas de los robles que bañan el campo.

En los jardines de las casas que voy adelantando veo a varias personas atareadas. El olor a hierba recién cortada inunda mis sentidos; es el día perfecto para estar en el exterior.

Me acomodo en el asiento tras el volante, pasando una mano por el respaldo del banco que me une con el copiloto. Mi coche no tiene asientos traseros, solo la enorme batea descubierta, y la parte de delante es solo un banco que va de puerta a puerta. Hace un par de años que lo cambié; antes eran dos asientos como los de cualquier coche, pero me parecía más cómodo que hubiera solo un banco.

Tanto para mí como para las personas que se subían a mi camioneta…

Mientras traspaso el cartel que anuncia mi llegada a River Cross, en la radio suena a todo volumen *Bennie And The Jets* de Elton John incluso por encima del sonido del aire que entra por las ventanillas. El viento mece mi camisa con fuerza, pero he asegurado mis rizos rubios con una gorra roja medio raída que encontré en la guantera al subir. Desconozco cuánto tiempo lleva eso ahí, pero al menos cumple con su función y no tiene el logo de alguna marca de pienso para caballos —como casi todas mis gorras.

No sé cuánto mide lo que ha encargado mi hermana para que le llegue a la tienda, solo me ha dicho que venga a buscarlo, así que solo me queda rezar para que el maldito seto me quepa en la parte trasera y no tenga que hacer varios viajes.

Atravieso todo el pueblo, incluyendo el río, y aparco en cuanto encuentro un sitio vacío cerca de la tienda. Después de cerrar la puerta, me levanto un momento la gorra para peinarme el pelo antes de volver a ponérmela. La brisa apenas es un soplo delicado aquí, y el calor está más presente que en la granja, así que cruzo la calle arremangándome la camisa granate. Sin darme cuenta me he convertido en Lib, siempre conjuntando su ropa con el resto de elementos que la rodean.

El cartel de The Green Basket me da la bienvenida en cuanto tuerzo la esquina, y no sé por qué un picor se instaura en mi nuca al pensar que tal vez no me encuentre a mi hermana en la tienda.

Supongo que es la ley de Murphy. Todo lo malo que pueda llegar a pensar siempre se cumple, y hoy no podía ser la excepción.

En cuanto atravieso las puertas acristaladas, mi habitual sonrisa tranquila desaparece al reconocer a la persona que está tras el mostrador atendiendo a un hombre de pelo canoso.

"Iré en media hora a llevárselo, señor Miller," dice con una pequeña sonrisa. Bajo la cabeza para esconderme tras la gorra y me giro hacia las estanterías a mi izquierda, observando las verduras como si no hubiera visto una lechuga en mi vida. Lo último que quiero es que me vea y me grite delante del pobre señor Miller.

"Oh, no te preocupes, hija. En cuanto lo tengas avísame y vengo yo a por las cosas. Haré tiempo en The Red, a ver si me encuentro con los de siempre y echamos unas partidas."

No hay ni un señor en River Cross que no esté obsesionado con el dominó.

No me giro para ver su reacción, pero me jugaría a Raven a que luce una de esas sonrisas suyas con las que podría convencer a cualquiera de hacer lo que ella quisiera.

"Está bien. No tardaré mucho."

"No tengas prisa. Estaré esperando," dice el viejo dando un par de toques con los nudillos encima de la madera del mostrador antes de marcharse. Escucho cómo sus pies se arrastran por la tienda, aunque, justo antes de atravesar la puerta, se para. "Pero bueno, mira a quién tenemos por aquí, el pequeño Weston. Que tengas un buen día…. Y no trabajes demasiado."

Me giro justo para verlo guiñarme un ojo con una sonrisa que parece más bien una mueca. Todos en el pueblo saben que trabajo de sol a sol, y todos opinan lo mismo: «que debería disfrutar de mi juventud».

Tonterías.

Cuando tenga la edad de los señores del dominó y apenas pueda sostenerme en pie, ya tendré tiempo para descansar.

Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco y esbozo una tensa sonrisa. "Buen día, señor Miller," saludo con un pequeño gesto de la cabeza mientras observo cómo sale de la tienda.

"Tate Weston."

Tengo dudas de si el tono que emplea es de pregunta o de afirmación, aunque lo que sí tengo claro es que no suena muy contenta de verme. Suelo causar el efecto contrario en la gente. Normalmente la gente se alegra de verme… unas más que otras. Así que puedo asegurar que ella es la excepción.

Porque Julie *siempre* es la excepción.

"Julie, ¿qué tal?" Trato de mantener un tono despreocupado, aunque por dentro solo quiero salir corriendo y jugar al dominó con los viejos del bar.

Me giro justo a tiempo para encontrarme con sus labios tensos, apretados en una línea rígida, mientras me atraviesa con la mirada. Sin duda, es la viva imagen de la alegría.

Estoy seguro de que esa expresión no la tenía al hablar con el señor Miller hace dos segundos.

"¿Qué coño haces aquí?," espeta sin moverse un milímetro.

Sip, claramente está encantada de verme.

Suspiro con fuerza.

"He quedado con mi hermana ahora. Estará a punto de llegar," contesto despacio. Si no hago movimientos bruscos y mantengo la calma, a lo mejor no me grita.

Tate, no es un maldito caballo.

No lo será como tal, pero a veces puede resultar igual de impredecible…

Su ceño se frunce ligeramente, apenas de manera perceptible, y tengo que luchar contra el impulso de acortar la distancia que nos separa al fijarme en su rostro. Debe de haberle dado el sol estos días, porque un montón de pecas han aparecido en el puente de su pequeña nariz.

"¿Con Lib? ¿Qué quieres de ella?" Alza una ceja, y no puedo evitar morderme el labio para reprimir una sonrisa. Resulta adorable que, al ser tan bajita y tierna con sus jerséis en tonos pastel, enfadada dé tanto miedo.

"Me ha echado una mano con el obstáculo de cross que me pidió Sage que, cómo no, tuvo que ser la más creativa y pidió un seto imposible de hacer artesanalmente, como tenía planeado hacer con el resto," digo sin dar más contexto. Entiendo que habrán hablado entre ellas de mi nuevo proyecto, como ha hecho todo el pueblo.

Se queda en silencio unos segundos, como procesando mis palabras, y no puedo evitar recorrer su rostro lentamente. La pequeña marca que tenía entre las cejas ha desaparecido por completo, y la tensión en sus labios también se ha desvanecido. O al menos un poco.

Lo contaré como una pequeña victoria.

"Pues… supongo que estará a punto de llegar." Titubea un segundo, y de pronto su mirada furiosa desaparece y sus mejillas

adquieren un tono rojo intenso. Aparta los ojos de mí y los mantiene fijos en la pared. Como si el enfado hubiera desaparecido de un plumazo, deja paso a un nerviosismo inesperado.

"¿Quieres que la llame? Tampoco querrás perder el tiempo, tendrás trabajo que hacer en la granja, o en casa, qué sé yo. No tardo nada en llamarla y decirle que venga. Sí, lo mejor es llamarla y callarme. Debería callarme, sí. Por Dios, ¿por qué no puedo dejar de hablar?"

Continúa murmurando cosas sin sentido para sí, dejándome con la boca entreabierta en medio de la tienda. He visto a Julie actuar de maneras muy distintas según la situación, pero nunca la había visto tan nerviosa. Ha sido de un momento a otro, como si hubiera recordado algo.

No me atrevo a llevarle la contraria, sino que la sigo con la mirada mientras coge el teléfono fijo a un lateral del mostrador. Apenas ha pulsado el primer número cuando las campanitas de la puerta anuncian la llegada de alguien. A Julie casi se le resbala el teléfono de las manos y abre los ojos como platos.

Salvados por la campana.

"¡Lib… qué bien que estés aquí!," prácticamente grita, moviéndose tras el mostrador como un animal enjaulado. "Tate te estaba buscando, algo de un seto, cross y que tiene mucha prisa porque necesita volver al trabajo."

"Es la hora de comer." Mi hermana frunce el ceño, lanzándome una mirada interrogante, como si fuera el causante del nerviosismo de Julie.

¿Por qué piensa que tengo la culpa… y por qué ella ha dicho que tengo prisa?

"Me sorprende que hayáis podido aguantar solos más de dos segundos sin mataros."

Observo de reojo la reacción de Julie, a la que un rubor intenso le cubre el rostro y las orejas, a la vista por el recogido que lleva asegurado en la coronilla.

"Nos llevamos perfectamente," digo, encogiéndome de hombros.

"¿Y eso Julie lo sabe?", pregunta alzando una ceja con una sonrisa ladeada. Julie bufa, pero tampoco abre la boca.

"Solo dime si el seto cabe en mi camioneta o tengo que volver a casa para enganchar el remolque," digo cambiando de tema. Lo mejor es desviar la conversación hacia terreno seguro.

Lib eleva ambas cejas a la vez que suelta un resoplido. No lleva ni un minuto aquí y ya está harta de mí.

"Venga, vamos."

"Pero, ¿me puedes contestar?"

La sigo por la tienda hasta atravesar la puerta trasera que da al almacén, echándole un último vistazo al tenso rostro de Julie.

"Que sí, ameba. Claro que cabe, sino te habría avisado."

"Con lo que te gusta molestarme, perdona por dudar," murmuro para mí para que no me escuche.

Lib frena en seco, haciéndome tropezar con mis pies por el repentino cambio, y se da la vuelta para señalarme con el índice.

"Tocarte las narices es mi pasatiempo favorito, Tate, pero no me gusta cuando me hacen perder el tiempo, así que ponte los guantes y mueve el culo," me dice en tono serio, pero la mueca que hace al girar la esquina y señalar el enorme seto cuando vuelvo a verla, me indica que solo está de broma. "Agarra por el extremo y lo llevamos hasta el coche."

Cojo el lateral del seto con fuerza para que no se tambalee, colocado sobre una tabla con ruedas, y comienzo a empujarlo hacia la puerta. Es más grande de lo que imaginaba, pero si lo sujeto con cuerdas a la batea no habrá riesgo de que se caiga por el camino. Tiene forma de O y con un agujero grande en medio, lo suficiente como para que quepa un caballo y su jinete encima.

"Este chisme es inmenso, Lib."

"Cállate y empuja," gruñe desde alguna parte del seto. Espero que esté guiando, porque yo no veo más que hojas artificiales. "Joder, me estoy clavando algo en la teta."

Suelto una risa nasal.

"¿Quieres que nos cambiemos?"

"No. Cierra el pico," dice sin aliento. "En qué momento me ofrecí a ayudarte…"

Tras los peores cinco minutos de mi vida, que se han sentido como tres horas de escuchar a Lib quejarse sin parar, conseguimos

llegar a mi camioneta. Me apoyo contra la rueda para recuperar el aliento mientras mi hermana se abanica con las manos.

"¿Por qué decidimos hacer esto a mediodía y el que parece ser el día más caluroso de marzo?," refunfuña, soltando un grito ahogado al clavarse las astillas de la camiseta al sacudirla.

"Porque las mejores ideas siempre las tienes tú, mema."

"Te voy a dar un guantazo como sigas por ahí. Vamos a cargarlo antes de que me arrepienta y lo tengas que hacer tú solo."

Sigo sus órdenes sin abrir la boca, aguantando sus gritos desesperados porque el seto no parece estar por la labor de seguir sus instrucciones tan bien como yo, girándose de repente cuando está amarrado o cayéndose encima de ella al subirlo. Ha sido digno de ver: Lib, ahí de pie, con una expresión de terror mirando el armatoste verde cayendo sobre ella y dejándola justo en medio del enorme hueco.

Me he ganado un par de insultos y de collejas bien esquivadas, pero al menos el enorme seto parece que no me va a abandonar en cuanto arranque la camioneta.

Unos toques en la ventanilla me hacen bajar el cristal. Apoyo el codo en el marco de la puerta y le lanzo una sonrisa a mi hermana.

Señala la tienda con la cabeza. "Oye, ¿qué tal con Julie ahí dentro?"

"Bien." Enarca una ceja, a lo que yo suspiro con fuerza. "Vale, ha sido raro e incómodo. Estaba enfadada. Y normal. Soy un imbécil, pero eso ya lo sabes tú y lo sabe ella."

Lib asiente sin decir nada.

"Aunque-"

"Aunque…"

Lib me insta a seguir hablando con un gesto de la mano.

"De repente se ha puesto nerviosa. Como si hubiera visto algo o recordado alguna cosa. Por eso cuando llegaste tenía el teléfono en la mano, iba a llamarte. Y después te dijo que yo tenía prisa y no la tengo."

"No te soporta, Tate."

"Es normal." Me encojo de hombros.

Reprimo un suspiro, quitándome la gorra para lanzarla al otro lado del banco antes de pasarme la mano por los rizos.

"No puedes seguir fingiendo que no te importa, Tate. Te jode que Julie no aguante ni cinco minutos cerca de ti sin enfadarse o querer marcharse."

Trago saliva antes de hablar.

"Yo no la persigo."

"Tampoco he dicho que lo hicieras."

Me paso la lengua por los dientes.

"No quiero que sea incómodo. Ni que esté cabreada."

"Eso lo consigues solo con existir," dice con sinceridad.

"Gracias por los ánimos," contesto con un gruñido.

Lib suspira y se acerca a la camioneta para apoyar las manos en la ventanilla abierta.

"Escúchame, idiota. Julie no te odia."

"Venga ya." Suelto una carcajada carente de gracia.

"Es cierto. Se pone nerviosa contigo porque se siente atraída por ti, sino no hubiera tenido nada contigo antes. Aunque todavía no me explico qué narices ve en ti…" Finge que un escalofrío, ganándose un golpe en el antebrazo. "Tate, eres mi hermano." Esboza una tierna sonrisa. "Y, aunque tomes las peores decisiones, tengas el humor de un niño de diez años y a veces no te enteres ni de dónde sopla el viento, no quiero verte sufrir. Amuebla tu cabeza como lo haces con tus tareas. Haz una lista, lo que sea. Pero dale una vuelta a lo que sientes por Julie y déjaselo claro. Si seguís así os vais a hacer más daño del que os merecéis."

Aprieto la mandíbula, asintiendo una vez antes de volverme hacia el frente para arrancar la camioneta. Lib se aparta después de darme un ligero apretón en la mano, que le devuelvo con una tensa sonrisa. Me alejo de The Green Basket y dejo atrás el pueblo mientras el sol golpea el parabrisas.

El camino hacia Almond Valley se abre frente a mí, y el seto se balancea suavemente en la batea como si también estuviera intentando encontrar su sitio en el viaje.

CAPÍTULO CUATRO



Julie

Sujeto con fuerza la taza de limones pintados entre mis manos, con la vista clavada en la ventana. El café se mantiene caliente cada vez que doy un sorbo distraído, centrada en el paisaje. Por suerte, la vista desde mi apartamento no da al interior de la calle, sino al camino que conduce a Cinder Lake.

Cuando me mudé a River Cross, hace ya casi cinco años, elegí el piso más cercano al trabajo. No fue por las vistas ni por el vecindario ni por la zona, sino porque estaba a unos cuantos pasos de The Green Basket. Por lo que se ve, no soy fan ni de hacer ejercicio ni de madrugar más de lo estrictamente necesario.

El camino asfaltado hace demasiados años cruza el campo como un río serpenteando entre las montañas. Tiene los baches suficientes como para acabar mareado si pasas por ahí con el coche —experiencia que no volvería a repetir. Los árboles esparcidos por el campo se mecen con la suave brisa primaveral, y ya se comienzan a ver algunas flores germinando. Me encanta asomarme por la ventana cada día y ver cómo se van sumando más al espectáculo de colores.

Dejo la taza en el fregadero cuando me termino el café —que me hago jurar que limpiaré cuando vuelva de trabajar—, y estiro el cuello, cerrando los ojos unos segundos. La cocina del apartamento está conectada con el salón, y todos los muebles son color tierra. Hay algunos destellos azules, como los cojines del sofá beige o los marcos de los cuadros que decoran las paredes marrones clarito. Le dan un toque discreto de color, que para mí es más que suficiente y marcan mi esencia.

Sencilla pero con luz propia.

Rescato el móvil de la encimera, donde lo dejé cargando hace un rato, y miro si tengo nuevas notificaciones. Pero es la hora la que capta toda mi atención.

Mierda. *Llego tarde al trabajo*.

Es el colmo: basta que viva a veinte metros para que me lo tome con toda la calma del mundo y termine llegando tarde.

Corro por el pequeño apartamento, entro derrapando al baño, que está a un lado de la estancia, y rebusco en mi neceser. Me aplico un poco de colorete en las mejillas y en los párpados y después voy con la máscara de pestañas, intentando no sacarme un ojo en el proceso. Vuelvo sobre mis pasos para ir a la única habitación, donde está mi dormitorio. Cojo la chaqueta y me calzo dando saltitos por todo el piso hasta llegar a la puerta. Agarro las llaves y el bolso, y cierro después de salir, dando un portazo por el ímpetu.

Cruzo la calle sin apenas mirar antes a los lados y, cuando llego a The Green Basket y voy a abrir la puerta con fuerza, esta no se mueve. Con el ceño fruncido y sin entender nada, saco el móvil del bolsillo que, para sorpresa mía, no he olvidado en casa, y reviso qué día es.

Lunes.

Pienso un segundo, repitiendo esa palabra como si estuviera rezando en la iglesia. Hasta que recuerdo… «El lunes de la semana que viene voy a ayudar a Sage en el huerto, así que te vas a tener que encargar de abrir y atender la tienda» . Las palabras de Lib me llegan como una epifanía, y me doy un golpe en la frente por no haberlo apuntado en el calendario.

Saco las llaves del bolso, que siempre llevo encima por si hay alguna emergencia, y me adentro al local a oscuras. Los cálidos rayos de sol entran en la tienda cuando levanto las cortinas de las ventanas, iluminándolo todo de una preciosa luz que crea sombras entre las estanterías.

Reviso la caja, limpio las baldas, organizo el escaparate y le doy la vuelta al cartel de la puerta para que desde fuera se lea *Abierto*.

Apenas tengo tiempo de revisar la hora durante la mañana, ocupada entre los clientes, pedidos y reponer las estanterías, yendo y viniendo del almacén. No hay tanto trabajo como para pedir refuerzos, pero sí que hay varios momentos en los que me agobio porque son demasiadas cosas a la vez. Tengo que estar pendiente de que todo funcione en la tienda, además de preparar los encargos y ausentarme varias veces para llevar los pedidos en la nueva motocicleta. Llevo varias semanas usándola por todo el pueblo para acostumbrarme a ella, pero todavía me tiemblan las piernas cada vez que aparco en el callejón que da a la puerta trasera de la tienda.

"¡Oye, Luli! ¿Ya te llevas mejor con ese trasto?"

Me giro hacia la derecha para fulminar al hombre que me mira con una sonrisa burlona desde la puerta del almacén. Lleva unos vaqueros gastados llenos de tierra, a juego con su camisa remangada, que deja a la vista su tez morena, que imagino que será de pasar horas trabajando bajo el sol. Todos en River Cross tienen el mismo tono de piel y siempre es por la misma razón.

"Lo odio," contesto, apagando el motor y sacando las llaves del contacto. "En vez de acostumbrarme, cada día lo odio más y más."

Me quito el casco antes de echar a caminar hacia él, que me pasa un brazo por los hombros. Si fuera cualquier otra persona lo apartaría por la incomodidad, pero siendo él, me resulta familiar y reconfortante.

"Es cuestión de tiempo, Luli, no te desesperes. Piensa que es como montar a caballo: al principio da miedo, pero en cuanto le coges el tranquillo lo adoras."

"No sé si en algún momento adoraré que me piten los oídos por el ruido infernal que hace cada vez que acelero," murmuro entre dientes, caminando a su lado hacia la tienda.

Se ríe entre dientes, dándome un apretón en el brazo antes de soltarme para que abra la puerta. Vuelvo a girar el cartel y quito el anuncio de: «Estoy con un pedido, vuelvo enseguida».

Me muevo por la tienda, ordenando las verduras y los materiales para que esté todo en su sitio, antes de deslizarme detrás del mostrador para revisar si hay algún pedido pendiente.

"¿Y qué te trae por aquí? ¿Necesitas pareja para el Wildflower Waltz?," pregunto, burlona, levantando la vista del ordenador.

"Pues no era mi intención, pero ahora que lo dices…" Me regala una sonrisa ladeada, cruzándose de brazos.

"Eli," advierto, aguantándome la risa.

Esa es la dinámica entre Eli y yo desde que nos conocemos: él tontea conmigo y yo le rompo el corazón.

"Está bien, está bien," dice alzando las manos. "Para tu sorpresa, no venía con la intención de verte a ti. O al menos esa no era la única razón," murmura eso último, haciéndome poner los ojos en blanco. "Quería encargar un par de cosas, pero no tengo prisa. He quedado para comer con Evan y, conociéndolo, va a salir tardísimo de trabajar."

Niego con la cabeza, sonriendo al recordar la de veces que habré esperado durante eternos minutos a mi primo, y saco la libreta para apuntar su pedido.

Por suerte, todo lo que quiere está en la tienda, y para cuando termino de prepararlo y nos despedimos, ya casi es la hora de comer. Miro el reloj sobre la puerta del almacén y respiro hondo. Todavía quedan diez minutos para cerrar, pero Lib me diría que me marchara ya. Me quito el delantal que nos ponemos para no llenarnos de tierra —y que siempre me olvido de quitarme aunque me vaya con la motocicleta—, lo cuelgo junto con el de mi jefa y apago las luces.

Escucho las campanitas por última vez en el día cuando le doy la vuelta al cartel a *Cerrado* y cruzo la calle para continuar con la misma rutina de todos los días: comer sola en mi apartamento con la televisión de fondo y el aire cálido entrando por la ventana abierta. No es el plan más emocionante del mundo, pero para mí es perfecto. Adoro mis mañanas tranquilas, previsibles y parecidas unas

a otras. Siempre hay algún detalle que las hace especiales y diferentes, pero no demasiado.

Y por eso nunca podría haber imaginado que a veces las rutinas se rompen cuando una menos se lo espera.



A estas horas, el bullicio en el interior de The Red se escucha incluso fuera del local. Las luces rojas y cálidas del interior me iluminan el perfil cuando paso por delante de los grandes ventanales que dan a la calle. Ahora que se ha puesto el sol, el aire es más frío, y siento cómo se eriza la piel descubierta de mis clavículas. Aprieto el paso mientras dejo que las mangas del jersey me tapen las manos al cruzar los brazos sobre mi pecho.

Abro la puerta del local con fuerza, quedándome ahí de pie en mitad del recibidor, intentando localizar alguna cara conocida entre la gente. Todos son vecinos de River Cross, y otros tantos de pueblos cercanos o viajeros, pero la mayoría me duplica la edad. Todavía es temprano para que la gente joven haya llegado para cenar, y eso que yo he quedado para ello.

Me abro paso como puedo para llegar a la barra. Saludo a las personas que conozco con una enorme sonrisa, y a los que no, les dedico un ligero gesto con la cabeza. Consigo llegar a la barra varios minutos más tarde, después de haber estado obligada a parar para escuchar al señor Miller hablar sobre sus gallinas nuevas. Me ha enseñado fotos y todo. Son de una raza rarísima llamada sedosa, aunque para mí eran como pelucas de los ochenta, cuando la obsesión del momento era la música disco.

Cuando por fin veo un hueco libre en la barra, mi boca —que estaba torcida en un mohín por la turra— se transforma en una sonrisa que me hace achicar los ojos.

"¡Hey, rubia!"

Eli se baja del taburete a la vez que abre los brazos, haciendo que sus músculos se tensen bajo la ajustada camiseta negra que

lleva.

"¿Dos veces el mismo día? Soy una chica con suerte," exclamo, devolviéndole el abrazo. No consigo juntar mis manos en su espalda, y siento sus duros pectorales contra la mejilla. Respiro su aroma, una mezcla entre loción y limón, y sonrío contra la prenda de algodón.

"Es el destino," dice, apartándome para guiñarme un ojo. "¿Necesitas un acompañante?" Esboza una sonrisa ladeada. Vuelve a sentarse y le da unos toquecitos al taburete a su lado.

Suelto una risa ligera pero niego. "Aunque me encantaría, he quedado para cenar con Lib y Sage. Estarán a punto de llegar."

Eli echa un vistazo al local, a ver si las localiza entre la multitud. Parece que no encuentra lo que busca, porque se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

"Déjame invitarte a una cerveza mientras las esperas."

Alzo las cejas, sopesando su propuesta, pero no tardo más de dos segundos en tomar asiento.

"Está bien," digo encogiéndome de hombros.

Conozco a Eli desde que llegué a River Cross y, a pesar de que es el prototipo de hombre al que cualquier mujer caería rendida a sus pies: atento, divertido, sincero…, no sentimos nada el uno por el otro. Él sabe que no me atrae de esa manera y yo sé que es recíproco, así que no me tengo que preocupar de que vaya con otras intenciones o se haga falsas ilusiones. Somos nosotros mismos, y eso es lo que hace de nuestra relación algo tan sincero.

"¿Tú también esperas a alguien o me estás usando como tapadera para que todo el mundo vea que no has venido solo?," pregunto volviéndome hacia él con una sonrisa burlona.

Eli le da un trago a la fría cerveza.

"Auch, pero no," dice, llevándose una mano al corazón, fingiendo dolor. "También he quedado con los chicos para cenar. Creo que estaban arreglando el nuevo cercado de tus primos en Honey Ridge. Se les habrá complicado el asunto."

"¿Evan llegó muy tarde al mediodía?"

Niega con la cabeza. "Solo tuve que esperar veinte minutos," dice riendo. Para mi primo eso es, sin duda, todo un logro.

Hablamos durante un rato, presenciando cómo poco a poco el local se va llenando de más gente joven y el volumen de las conversaciones aumenta. Apenas estamos a varios centímetros de distancia, nuestras rodillas se tocan y Eli se inclina levemente hacia mí para escucharme.

Está tan ensimismado en lo que le estoy contando sobre mi día, que no es consciente de las enormes manos que se acercan a sus hombros desde su espalda. No puedo evitar esbozar una sonrisa maliciosa cuando veo cómo el hombre que se aproxima detrás de él me hace un gesto para que me mantenga callada y asusta al armario de casi dos metros que tengo al lado. Eli pega un salto en el asiento y se gira rápidamente hacia atrás con los puños en alto. El cabreo y el susto le duran poco, porque abre las manos y esboza una sonrisa que enseña sus dientes e ilumina sus marcadas facciones cuando reconoce a los dos chicos que acaban de llegar.

"Casi me matáis del susto, imbéciles," les espeta, saludándolos con un apretón de manos que deriva en un torpe abrazo. Nunca entenderé por qué los hombres hacen eso en vez de abrazarse normal como hace todo el mundo.

"Julie, te presento a Beau y a Isaac," dice, señalando primero al rubio que lo asustó, que le saca media cabeza, y después al pelirrojo con el rostro bañado en pecas. "Muchachos, esta es Julie, la prima de los Thorne."

"Me ha dicho Eli que venís de allí," saludo con una sonrisa, bajándome del taburete.

Los ojos de Beau me recorren de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza, consiguiendo que el calor suba a mi rostro con rapidez. Parece entender a qué se debe mi rubor, porque ladea la cabeza y esboza una sonrisa que no debe significar nada bueno y baja la vista a mis labios.

"Encantado de conocerte, Julie," dice con su sonrisa ladina.

"Eli nos ha hablado mucho sobre ti. Me sorprende que no nos hayamos conocido antes," añade su amigo, lanzándole una rápida mirada al susodicho.

"Eli es experto en mantener ocultas las cosas valiosas," asiente el rubio, guiñándome un ojo. Abro la boca para justificarlo, pero mi

amigo se me adelanta.

"Venga, chicos, no la agobiéis. Suficiente tiene con conoceros." Pasa un brazo por mis hombros en un gesto reconfortante que me hace relajarme al instante, y esbozo una sonrisa en agradecimiento. No me gusta ser el centro de atención, y menos delante de gente que no conozco.

Por suerte, justo cuando levanto la mirada de sus ojos verdosos, distingo entre la gente una cabellera rubia recogida en dos trenzas, seguida de otra llena de rizos oscuros como el azabache. Eli parece seguir la dirección de mi mirada, porque me da un apretón en el hombro donde descansaba su mano.

"Pásalo bien, Luli," se despide Eli. Me inclino hacia él para darle un beso en la mejilla antes de despedirme de sus amigos murmurando un pequeño adiós.

Atravieso el local con la vista clavada en mis amigas, que llevan observándome desde que entraron, disculpándome a medida que me abro camino entre la gente. No recordaba que los lunes se llenara tanto este sitio; los jueves y viernes suelen ser los más ajetreados, entre que comienza el fin de semana y hay conciertos porque Theo, el dueño de The Red, suele contratar a diferentes grupos de música.

"Ay, chica, no sé por qué sigues empeñada en buscar el amor por todas partes si lo tienes delante de tus narices," dice Lib como saludo después de lanzar una miradita a mi espalda.

Sacudo la cabeza con una sonrisa. "Ya os he dicho que entre Eli y yo no hay nada," digo, fingiendo cansancio.

"¿Pero qué pierdes por intentarlo? Dale una oportunidad," insiste Sage, haciendo un puchero.

Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco,

"Ya se la di una vez," murmuro mordiéndome el interior de la mejilla.

Mis amigas clavan sus ojos abiertos como platos en mí. Me encojo de hombros, apoyando mi peso en una pierna, restándole importancia.

"Fue cosa de una noche, por probar. Llevamos con la coña de coquetear constantemente desde que nos conocemos, y un día

quisimos ver qué pasaba si lo llevábamos más lejos. Pista: fue más divertido que apasionante."

Ninguna hace el amago de moverse o dejarme pasar, así que me quedo atrapada en mitad del local, mirándolas mientras procesan la nueva información.

"Tampoco es para tanto," insisto. "Fue una vez y no se va a volver a repetir."

"¿Pero fue bien?," pregunta Sage, saliendo de su sorpresa.

"No sentimos mariposas en el estómago, si es lo que me preguntas."

"Me refiero a que si fue una buena noche," dice con una sonrisa pícara.

Siento cómo las mejillas me arden al recordarlo.

Sin duda fue una *muy* buena noche, y es cierto que nos lo pasamos bien, pero no soy de las que hablan abiertamente de sus experiencias sexuales —no como Rachel, la mejor amiga de Sage—, así que mantengo la boca cerrada y dejo que mi rostro hable por sí mismo.

"Qué locura…," susurra Sage con la boca abierta. Suelto una risita nerviosa, llevándome las manos a las mejillas para tratar de enfriarlas.

"No me sorprende," dice Lib reanudando el paso. "Con lo guapo que es y lo fuerte que está, no es una sorpresa que sea tan impresionante como parece en la cama."

Me atraganto con mi propia saliva, y tengo que abanicarme con las manos al volver a sentir el rubor subiendo a mi cara. Sigo a mis amigas hasta nuestra mesa de siempre junto a la ventana, y me deslizo por el banco al lado de Sage, que me da unas palmaditas en la espalda y se vuelve hacia la otra rubia con el ceño ligeramente fruncido.

"¿Estás tratando de decir algo, Lib?," la pincha la pelinegra. "¿Acaso te interesa Eli?"

Cuando consigo dejar de toser porque mi saliva se ha ido por donde no debía y me limpio las lágrimas con la manga de mi jersey azul bebé, logro enfocar a Lib. Se muerde el labio inferior al mirar de reojo la barra que acabamos de dejar atrás.

"Pues… supongo que no me importaría," dice en un murmullo apenas audible.

La boca de Sage y la mía se abren a la vez en una O. Nos giramos para intercambiar una mirada, y volvemos la vista a Lib. Sage es la primera en salir del shock, soltando una estridente carcajada que le hace llevar la cabeza hacia atrás.

"Bueno, bueno, bueno, si no lo veo no lo creo. Nuestra querida Lib está interesada en un hombre. Pensé que este momento jamás llegaría, que estarías soltera de por vida, convencida de que ningún hombre merece la pena."

Lib frunce el ceño y suelta una risa entre dientes.

"Oh, no te equivoques, Sage. Es que *ningún* hombre merece la pena. Que quiera tener una noche de sexo despreocupado no significa nada. No quiero una relación y mucho menos casarme. Puedo enrollarme con un hombre y seguir pensando que son todos igual de imbéciles e inútiles. Una cosa no quita la otra."

"Amen, hermana," susurro para mí. Sage aplaude un par de veces, también dándole la razón.

Y eso que es una mujer casada.

El camarero justo llega a nuestra mesa para tomarnos nota con una sonrisa. Todas pedimos cerveza, a pesar de ser lunes, y nuestros platos habituales. Nuestra noche aquí no se alargará mucho; mañana trabajamos y sabemos que no podemos liarnos más de la cuenta. Si fuera viernes sí que nos quedaríamos hasta que Theo nos echara, pero durante la semana debemos ser responsables.

"Por cierto, Sage, ¿qué tal va el programa de Trust & Trot?," pregunto, dejando el botellín en la mesa después de darle un largo trago. "El otro día Wade se pasó por la tienda y me comentó que estabas agobiada por un caballo loco."

Sage resopla, poniendo los ojos en blanco.

"No está loco. Solo tiene miedo," dice, soltando los cubiertos para apoyar los codos en la mesa y posar la barbilla en sus manos entrelazadas. Me giro hacia ella y me odio internamente por no haberme dado cuenta antes. Tiene más ojeras que de costumbre, y las arrugas entre sus cejas están más marcadas. Suspira con fuerza,

antes de forzar una sonrisa que no le llega a los ojos. "Estoy cansada, eso es todo. Ese caballo requiere más paciencia y tiempo que los demás. Algunas tardes se me hacen cuesta arriba al no ver ningún resultado, y el esfuerzo mental me está pasando factura. El pobre está más traumatizado que Mud cuando llegué, así que os podéis imaginar lo frustrante que es la situación…"

"Sage, cielo, si necesitas ayuda, avísame," digo con dulzura, extendiendo una mano hacia las suyas, dándole un ligero apretón. "Sabes que tengo las tardes libres y que me encanta echarte una mano con los caballos."

"Estoy bien, os lo prometo," dice, esbozando una sonrisa agradecida que correspondemos. "Antes de meterme en este proyecto sabía lo que podía encontrarme, y también era consciente de que iban a haber caballos más difíciles que otros. No imaginaba un camino de rosas; ya sabéis cómo fue con Mud…" Guarda silencio un momento, recordando lo difícil que le resultó acercarse al comienzo al que es ahora su mejor amigo. "La verdad es que este caso me ha afectado mucho emocionalmente al recordarme tanto a él, y las horas pasan muy lentas en el corral cada vez que trabajamos juntos."

"Nos ocurre lo mismo cuando vamos a los mercadillos o en los festivales," asiente Lib con el rostro teñido de preocupación. "Los minutos parecen horas y el agotamiento mental nos abruma tanto a la media hora como al terminar y recordar que al día siguiente debemos volver. Por eso es importante descansar y despejarse, Sage. Si necesitas ayuda, por favor, avisa a Julie. No dejes que te coma el cansancio o la impotencia."

"A lo mejor te viene bien tener otro punto de vista, alguien con quien compartir el proceso y poder hablar de ello juntas," añado. "Puede que no sepa mucho de caballos ni de la rehabilitación que haces, pero sí sé ayudar a una amiga cuando me necesita. Puedo simplemente estar ahí y hablar contigo cuando lo necesites."

Sage agacha la cabeza, escondiéndose detrás de su espeso cabello oscuro. Esperamos pacientemente varios segundos hasta que se decide a elevar la vista y lanzarnos una mirada aguada.

"Gracias, Julie," dice con la voz rota. Se me parte el corazón ver esta parte tan sensible de Sage, verla tan desfasada y agobiada. Vuelve la cabeza hacia Lib, y susurra: "Gracias."

"No tienes nada que agradecernos, tonta." Lib hace un puchero, limpiándole con la manga de su chaqueta naranja la solitaria lágrima que recorre su mejilla. "Somos tus amigas y para eso estamos. En las buenas y en las malas, ¿vale? Te habrás casado con mi hermano, *en la salud y en la enfermedad*, pero quienes vamos a estar siempre somos nosotras."

Sage suelta una risa aguada que me destroza y me recompone a la vez, pero no me preocupa. Va a estar bien. Es solo un bache en el camino que estoy segura de que conseguirá escalar o atravesar; encontrará la manera de superarlo y nosotras estaremos para apoyarla.

"Aprovecha y descansa esta noche, Sage." Lib coge su bolso y revuelve dentro de él hasta que consigue sacar un papel con un logo verde que no reconozco. "Mi clienta Sonya me dio esto como regalo por un favor que le hice el otro día. Es de su enoteca y tiene varios recorridos para catar sus vinos. Deberías hablar con Wade cuando llegues a casa y tomaros el día libre mañana para ir juntos. Podéis pasar el día allí y así ambos os despejáis. Le enviaré un mensaje para avisarla de que vais."

"Sería genial. Gracias, Lib."

Su sonrisa no desaparece cuando la ve teclear a toda velocidad en su móvil. Incluso se ensancha cuando Lib le confirma la reserva. Pero, de repente, abre muchísimo los ojos.

"Mañana…" La voz de Sage se apaga antes de terminar la frase, y veo cómo le lanza una mirada extraña a mi jefa.

"¿Qué pasa…?" Se queda en silencio con el ceño fruncido, pero rápidamente alza las cejas al cielo. "Oh."

"Sí." Asiente. "*Oh*."

"¿Qué ocurre?," pregunto, completamente ajena a la conversación telepática que están manteniendo.

"Hablando de mañana…," comienza Sage con la boca pequeña, girándose hacia mí con una expresión que no sé si es de disculpa o de pena.

“Oh, no.” Lib contiene el aliento al otro lado de la mesa, pero no desvío la mirada de los ojos grises que me observan fijamente.

“¿Por qué sé que lo que me vas a decir es, sin duda alguna, la peor idea que has tenido en la vida?”

“No me mates.”

“Por favor, Julie, no la mates,” implora la rubia, mirándome con cara de corderito a punto de ir al matadero.

Pero no sé por qué, me da la sensación de que el verdadero corderito soy yo.

“Os voy a matar a las dos como no me digáis ahora mismo qué es lo que me espera mañana.”

CAPÍTULO CINCO



Julie

No me puedo creer que ayer aceptase levantarme a las cinco de la mañana para hacer un viaje de un día entero con la persona que menos soporto de este mundo. Lib y Sage no me deben una cena, como les hice prometer, sino algo mucho más grande. Y pienso reclamarlo en cuanto pise de nuevo mi apartamento cuando volvamos.

"Baja esos humos, campanilla," masculla Tate entre dientes, sin ocultar su cara de enfado.

"Podría decirte lo mismo, Encantador, aquí no hay ogros cerca," espeto subiéndome a la camioneta y cerrando de un portazo para no escuchar su respuesta.

Nos han hecho una encerrona. Y no hay cosa que deteste más que las encerronas.

Lo peor de todo es que lo hicieron de manera inconsciente, ni siquiera se acordaban del encargo de las flores, así que no puedo enfadarme con mis amigas en serio. Además, Sage se merece estar un día tranquila con Wade, y Lib tiene trabajo para dos en el huerto

como para perder también el día. Incluso convenció a Luke para que le hiciera el favor de sustituirme en la tienda.

Yo no encontré ni una excusa válida para negarme. Así que aquí estoy, atrapada en un espacio tan reducido como mi bañera, oliendo a heno y cuero viejo.

Todavía no ha amanecido, y no sé si es por el cabreo o que estoy un poco nerviosa, pero me siento más despierta que nunca. Mi enfado no se debe a Tate, como debe de estar pensando en este momento, sino por madrugar. Odio madrugar. Si pudiera, mis días comenzarían a partir de las once de la mañana y terminarían a las dos de la madrugada. Y eso que tampoco soy mucho de trasnochar, pero si pudiera dormir doce horas al día sería una persona tan feliz…

Me abrocho el abrigo hasta el cuello, escondiendo media cara detrás de la tela para protegerme del insoportable frío de la mañana. Llevo unos calcetines gordos por debajo de las botas de pelo y, aun así, tengo los pies fríos. El cambio de temperatura entre la mañana y el resto del día me pone nerviosa; no me gusta tener que vestirme pensando en que ahora estamos a siete grados y al mediodía estaremos a quince. Es como si viviera en dos estaciones a la vez.

Con lo bien que se está en invierno… Jerséis enormes, bufandas calentitas y una temperatura fría y constante durante toda la estación. Sin ese calor abrasador que deja la piel pegajosa y se mete en todos los recovecos del cuerpo y te deja sin aliento a los cinco pasos de salir de casa.

Podría añadir el calor a la lista de cosas que odio, ya que parece que estoy enumerándolas una a una mientras espero al hermano insoportable de los Weston.

Tamborileo con los dedos sobre el salpicadero de la camioneta de Tate, esperando que dé la vuelta al vehículo y se suba de una vez.

¿Qué estará pensando?

Al menos ha tenido la decencia de venir a buscarme a la tienda… aunque no era a mí a quien pretendía recoger. Las chicas ni siquiera lo avisaron de que lo acompañaría yo en lugar de Sage, y si yo estaba mosqueada con la idea de estar más de dos segundos respirando el mismo aire que él, no os imagináis la cara que puso al verme aparecer hace media hora. Fue como si hubiera visto un

fantasma. Pero no uno de los románticos como en *Ghost* o divertidos como *Casper*. Uno de esos que van a por ti, te persiguen y te hacen la vida imposible como en *Expediente Warren*. Cualquiera de las cuatro películas.

Pero yo no soy ningún fantasma ni pretendo hacerle la vida imposible a Tate. O al menos no a propósito...

Supongo que por eso no me creyó cuando le dije esas palabras exactas al explicarle por qué estaba yo aquí en lugar de Sage. Y por eso no me habló en todo el rato que estuve plantada en medio de la calle desierta de River Cross, esperando a que terminara de cargar sabe-dios-qué de la tienda de su hermana en el enorme remolque que lleva enganchado a la camioneta.

Solo es un día. Un día y no volveré a verlo. Sage y Lib no lo hicieron con mala intención; se les había olvidado. Al igual que se olvidaron de que es una muy mala combinación juntarme con Tate. ¡Qué cabeza la suya! ¡Cualquiera se olvidaría!

Creo que estoy empezando a delirar y el viaje todavía no ha comenzado.

Una ráfaga de aire gélido entra de pronto cuando Tate abre la puerta de golpe y se sienta tras el volante, alborotándome el pelo y haciéndome sisear del frío. Me giro hacia la ventana para no verle la cara de amargado, y escucho cómo arranca el motor. Guardo las manos en los bolsillos de mi abrigo azul pastel y cierro los ojos, a la espera de una frase igual de fría que el clima.

En cambio, me sorprende su silencio durante tanto tiempo que entreabro los ojos. No me atrevo a girarme hacia él, pero por el rabillo del ojo veo un movimiento claro. Extiende un brazo sobre el cambio de marchas y enciende la calefacción al máximo. Antes de que pueda aclararme la garganta —porque la siento seca, como si me hubiera tragado una cucharada de canela—, pisa el acelerador y nos hace atravesar las calles del pueblo en dirección al sur.

Tate conduce con una mano en el volante mientras que la otra permanece en el cambio de marchas. Diría que es un gesto sexy, pero mejor para otra vida. Una en la que no quiera estrangularlo con mis propias manos.

Dejamos atrás los edificios bajos de River Cross, viéndose reemplazados por numerosas casas familiares. Algunas están cerca de la carretera, mientras que otras permanecen ocultas tras los árboles o al final de eternos caminos secundarios de tierra. Todas tienen sus jardines delanteros y amplios terrenos al otro lado, y la madera es el material predominante en las construcciones.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que Tate se cansa del silencio y enciende la radio con un resoplido, como si el simple gesto de alargar el brazo para darle a un botón conllevara un gran esfuerzo físico. Ayer, cuando mis supuestas amigas me tendieron la emboscada, no me dijeron exactamente adónde íbamos, solo que era una aventura que nos iba a llevar todo el día.

Una puta aventura.

Como si estuviéramos en la película *Up*.

Normalmente no hago más de dos referencias a películas al día, y esta ha sido la cuarta. No debe ser un buen presagio.

Un tirón en la parte baja de la espalda me obliga a revolverme en el asiento con una mueca. Me giro hasta quedarme de frente al parabrisas y no contorsionada como estaba hacia la ventanilla, y el dolor desaparece al instante. Quedan muchas horas de día, y todavía no ha amanecido. Supongo que no me queda otra que comportarme como una persona normal. O al menos intentarlo.

"¿Adónde estamos yendo?" Rompo el silencio con una pregunta sencilla. Una que haría *una persona normal*.

Mi preciado acompañante no parece muy contento de tener que contestarme, porque respira hondo un par de veces antes de bajar un poco el volumen de *Rocket Man* con la mano que no sujeta el volante. Para mi tranquilidad.

"A Hazel Field."

"¿Y cuánto se tarda?," pregunto a continuación.

"Unas… cuatro horas."

"¿¡Cuatro horas!?" No me puedo contener. Abro tanto los ojos que siento que se me salen de las órbitas. Me giro para mirarlo, con la esperanza de que una sonrisa burlona eleve las comisuras de sus labios.

Pero no. No hay sonrisa. De ningún tipo.

Tan solo está Tate con una mano sobre el volante, apretando los dientes con fuerza, contrastando con su postura relajada sobre el banco que nos une.

"No sé si has hablado con Sage," dice en un tono tranquilo. Aprieta la mandíbula cuando me ve negar. "Ella pensaba que se tardaban dos horas, pero no. Es el doble."

"El doble," susurro, y es como si las palabras se repitieran una y otra vez en mi cabeza. Cuatro. Horas. No puedo evitar entrar en pánico al pensar en estar tanto tiempo aquí encerrada. Imaginaba que estaríamos allí, al aire libre, durante varias horas, cargando las flores. No que nos pasaríamos la mitad del día viajando para ir y la otra para volver. Hay una gran diferencia entre aguantar a Tate en un espacio abierto y uno cerrado. Y yo estaba mentalizada para la primera situación.

Tate parece darse cuenta de mi crisis nerviosa, porque gira el torso hacia la derecha para mirarme.

"Estás entrando en pánico, Julie." *Como si yo no lo supiera*. "No te preocupes. Las horas se pasan rápido," dice como para tranquilizarme. Pero sus palabras no me tranquilizan en absoluto. "Pararemos las veces que haga falta, si es lo que quieres," añade.

Guardo silencio durante lo que me parecen horas, pero todavía sigo en este coche, así que es posible que solo hayan pasado un par de minutos. Con la mirada fija en el salpicadero del coche, respiro hondo hasta que siento que el corazón me late a una velocidad controlada. No puedo dejar que las emociones me sobrepasen. No si quiero sobrevivir a este viaje.

"Está bien. Estoy bien," digo en voz alta, aunque es más para convencerme mí misma que para tranquilizarlo a él.

"Genial. Perfecto," asiente lentamente, volviendo la vista a la carretera. "¿Necesitas algo? ¿Quieres agua?"

Niego con la cabeza, inclinándome hacia delante para coger la mochila a mis pies. Remuevo en el interior hasta dar con mi botella, pero mis ojos se deslizan hacia el objeto a su lado. Rozo con las puntas de los dedos la suave tela de la cubierta de mi viejo cuaderno. Apenas he llenado unas cuantas hojas, y recordarlo solo hace que mi corazón se retuerza.

Con un suspiro contenido, rodeo la botella de plástico y la saco, dejando mi cuaderno olvidado una vez más.

"Gracias de todas formas," susurro casi sin voz al incorporarme.

"Avísame si quieres parar."

Asiento una vez con una sonrisa imperceptible. Parece que hemos firmado una pequeña tregua. Desconozco cuánto durará, pero al menos puedo relajarme en el asiento hasta que estalle la guerra.

La música de la radio suena tan bajita que me permite escuchar el sonido de los pájaros cantando en el exterior del coche. La suave brisa de la mañana mece las copas de los árboles, que se mueven como las olas constantes del mar. Falta poco para que amanezca; la franja anaranjada en el horizonte reclama atención, apareciendo lentamente frente a nosotros. Hacía mucho que no me despertaba antes que el sol, y me apena admitir que todo este tiempo me he estado perdiendo un espectáculo precioso.

La calefacción sigue echando calor a tope, pero ya no tengo frío. Me desabrocho el cinturón para quitarme la chaqueta, que dejo hecha un ovillo a mis pies, y extiendo un brazo sobre el cambio de marchas para bajar la intensidad del aire. Miro de soslayo a Tate que, a juzgar por cómo tararea *Goodbye Yellow Brick Road* mientras mantiene la mirada fija en la carretera, le importa más bien poco lo que yo haga. Antes de volver a recostarme en el banco, subo el volumen de los altavoces.

¿Cuál es su obsesión con Elton John? Han sonado durante una hora entera sus mejores canciones.

Me hundo de nuevo en el asiento, intentando relajarme mientras observo la sucesión de luces y colores cálidos que entran poco a poco en la camioneta. Los minutos en silencio pasan, y siento cómo me voy adormeciendo entre el calor acumulado y los tímidos rayos rozándome la piel. Mis párpados se cierran sin poder contenerlos, apoyo la cabeza en el respaldo del cómodo banco y me dejo llevar por el cansancio.

"¿…bien?"

El sol me ciega cuando abro los ojos, obligándome a mantenerlos cerrados. Dudo en si Tate me ha hablado en sueños o en la vida

real. Suelto un quejido entre dientes, y me giro hacia su voz medio dormida.

"¿Hmm…?" Mi garganta no responde a mis deseos; solo sale un sonido estrangulado sin llegar a abrir la boca.

Escucho la risa de Tate a mi izquierda, y me odio por cómo un leve cosquilleo se agita en mi estómago ante ese sonido delicado.

"Te preguntaba que si has dormido bien," dice con voz ronca. Sacudo la cabeza, intentando despejarme y apartar de mi mente lo que me provoca tener toda su atención —y su voz. "Vamos a pasar por delante de Heaven Mountains, si quieres mantenerte despierta unos minutos para verlas."

"Vale." Mi voz suena como si hubiera dormido veinte horas con la boca abierta. Carraspeo con fuerza y bebo un poco de agua, apartándome de la cara unos mechones rebeldes que se han soltado de mi coleta baja. "Había dormido poco por la noche, estaba algo cansada. No habré dormido más de unos minutos, ¿no?"

Tate suena una risa que se parece más al bufido de un gato.

"Cariño, son las diez de la mañana."

"¿¡Las diez!?," grito, incorporándome por completo. La chaqueta que tenía en el regazo se cae a mis pies. Frunzo el ceño. *No recuerdo haber dejado eso ahí*. Pero, volviendo a la hora… "¿He dormido la mitad del viaje?"

Tate asiente a mi lado, mirándome de reojo para ver mi cara deformada en una mueca de horror. "Te dije que se pasaría rápido," dice sin más.

Suelto un suspiro, dejándome caer con fuerza contra el asiento. "Lo sé, pero no imaginaba que sería por estar babeando el asiento." Me vuelvo hacia él con los labios apretados. "Perdona por haberme dormido. Seguro que tú también estás cansado y lo que menos necesitabas era que no te diera conversación para no dormirte."

"Oh, no te preocupes. Tus ronquidos me han mantenido despierto."

"Yo no-"

"De todas formas, no es como si estuviéramos hablando mucho antes de que cayeras inconsciente, así que te perdono," continúa diciendo, haciendo caso omiso a mi ofensa.

Touché.

Pero no sé qué me molesta más, haberle pedido perdón a Tate por una nimiedad, o que él me haya perdonado de forma tan pasiva. No le importa una mierda que me haya dormido, de igual manera que no le importa una mierda haberme hecho daño hace meses.

Con ese pensamiento en mente, borro la sonrisa de golpe, vuelvo a levantar el muro que me protege de Tate Weston, y me giro hacia la ventanilla. Siento cómo se gira hacia mí en el asiento, confuso al notar mi repentino cambio de actitud, pero mantengo la boca cerrada y no me giro aunque mi cuerpo me pida a gritos que lo haga.

El silencio vuelve a reinar en el coche aunque la música suene de fondo. No soy amiga de Tate ni pretendo serlo. Lo nuestro es cosa del pasado. Además, nunca llegamos a tener nada serio. Tate tampoco lo quería, y así de claro lo dijo después de acostarnos la primera vez: «No estoy buscando nada serio». «Yo tampoco», le había contestado yo con la cabeza en otra parte. Porque me conozco, y sé —sabía—, que no iba a salir bien, que yo no estoy hecha para cosas no-serias, que mi corazón se inmiscuye aun sin yo desearlo y que la única que iba a salir mal parada era yo.

Pero el problema es que mi corazón ya peligraba antes de que sucediera nada entre nosotros, y no hizo sino empeorar a medida que veía más y más a Tate.

Pero… ¿cómo puede hacer la gente para mantener una relación informal con alguien que te mira como si fueras la flor más bonita que hayan visto jamás? ¿Cómo no terminan enamorados, con el corazón latiendo con fuerza y hecho pedazos a la vez?

Me maldigo una y otra vez por haberme despertado y no haber aguantado dormida hasta llegar a casa.

Reprimo un resoplido, recolocándome en el asiento hasta encontrar la postura perfecta para estar cómoda y no ver a Tate ni por el rabillo del ojo. Tal y como prometió hace unos minutos, a medida que avanzamos por la carretera, el paisaje se transforma en la creación de la naturaleza más espectacular que haya visto en mi vida.

Majestuosas montañas se alzan frente a mí hasta rozar el cielo con sus picos, repletos de motas blancas a pesar de estar en plena primavera. Los campos de cultivo han desaparecido, dejando paso a una combinación de rocas, montañas y árboles. No hay más coches en la carretera, como si el paisaje estuviera hecho únicamente para nosotros.

Y justo me toca compartirlo con Tate.

Qué desperdicio de vista.

Pero una idea me cruza la mente. Me inclino hacia delante, rescatando mi vieja cámara instantánea de la mochila. Abro la ventana a pesar de la corriente de aire que entra con fuerza, despeinándome y haciéndome encogerme del frío. Saco el cuerpo por la ventanilla, levanto la cámara y observo el paisaje a través de la mirilla durante varios segundos. Se me corta la respiración cuando consigo enfocar la vista, realmente impresionante. Cuando dejo de sentir las manos, pulso el botón y el flash lo ilumina todo como un rayo en mitad de una tormenta.

Cierro la ventana antes de que la foto instantánea termine de imprimirse y salga volando. Miro ensimismada cómo la imagen se va revelando lentamente, como si fuera el mapa del merodeador en *El prisionero de Azkaban*.

"¿Quieres que subamos al mirador y haces una foto desde allí?"

La voz de Tate me devuelve a la tierra. Me había olvidado por completo de su presencia, y cuando me giro hacia él, me observa con los ojos brillantes, como si estuviera entre sorprendido y fascinado. Guardo con movimientos torpes la cámara y la foto en la mochila, arrepentida por haber dejado que viera una parte de mí que nunca enseño.

"No hace falta, gracias," digo con voz queda, rezando para que no se dé cuenta de cómo me tiemblan las manos. "Será mejor que no perdamos el tiempo."

"No es perder el tiempo," insiste, obligándome a hacer caso omiso de cómo me da un vuelco el corazón.

"Estoy bien, Tate. Gracias," digo con firmeza, mirándolo con los labios apretados en una tensa línea.

Me lanza una larga mirada con el ceño fruncido como si estuviera tratando de meterse en mi cabeza para entenderme. Parece que no saca nada en claro, porque la arruga en su frente se relaja un poco y asiente antes de volver la vista a la carretera.

Suelto lentamente el aire que no sabía que estaba conteniendo y aparto los ojos de su perfil. Puede que haya dormido la mitad del viaje, pero todavía queda todo el día por delante. Si vuelvo a mostrarle alguno de mis lados más privados, no creo que mi corazón pueda soportarlo.

CAPÍTULO SEIS



Tate

Por tercera vez, cariño, no nos hemos perdido. Sé perfectamente por dónde se va a Hazel Field."

Es posible que sea una mentira y la razón por la que todavía no hemos llegado al pueblo, pero no pienso admitir que no sé a dónde conduce el desvío que acabo de tomar a la derecha.

"Tate, no hace falta que te hagas el duro delante de mí. Admítelo y ya está. Te prometo que el mundo va a seguir girando," dice Julie con voz tensa. Saca el móvil del bolsillo de su sudadera blanca con un ramo de margaritas bordado a la altura del pecho, y escucho cómo teclea con más fuerza de la necesaria. "Ah, y deja de llamarme cariño," añade sin levantar la vista de la pantalla.

"Como quieras, campanilla," murmuro con una sonrisa ladeada.

Bufa en respuesta, alzando la vista solo para fulminarme con la mirada.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada, que reprimo mordiéndome el labio inferior. Es adorable. Tanto que se me olvida insistir, admitiendo sin querer que no sé dónde coño estamos.

Genial, Tate. Buen uso de tu cerebro, como siempre.

"Vale, lo tengo," anuncia Julie levantando el móvil para tener mejor cobertura. La carretera está literalmente en mitad de la nada, rodeada de campos de trigo recién sembrado. "Estamos yendo en dirección contraria," dice frunciendo el ceño. "Da la vuelta cuando-"

Deja al frase a medias cuando giro bruscamente el volante para cambiar de sentido. Los brazos de Julie salen disparados a sendos laterales, soltando el móvil en el camino. Agarra con fuerza la manilla de la puerta con la mano derecha. La izquierda no tiene a qué agarrarse, pero me roza el hombro, erizándome la piel, antes de sujetarse al respaldo del banco.

Una enorme humareda de polvo se levanta a nuestro alrededor, ocultándonos la visión por unos segundos. Dentro del coche solo se escucha el leve murmullo de una canción y nuestras respiraciones agitadas.

Abro la boca con la intención de disculparme, pero Julie se me adelanta dando un bote en el asiento:

"¿¡Estás loco!?," grita a la vez que piso el acelerador para reanudar la marcha cuando por fin veo el camino. "¿Pretendes matarme, psicópata?" Su rostro se tiñe de un rojo intenso y, si no la conociera un mínimo, pensaría que está a punto de echarse a llorar. En cambio, sé que se está aguantando las ganas de quitarme el cinturón, abrir la puerta y tirarme del coche en marcha.

Con esa imagen en mi cabeza, las comisuras de mis labios se elevan sin poder detenerlas.

"Oh, cariño, si pretendiera matarte, créeme… no correría el riesgo de morir contigo."

Julie abre mucho la boca al ahogar un grito.

"Eres un maldito inconsciente," dice, lanzándome una mirada asesina, "y me arrepiento desde que me desperté a las cinco de la mañana de hacer este estúpido viaje contigo." La vena de su frente se hincha del enfado, y sujeta el borde del banco con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. "Tienes suerte de que Lib sea tu hermana," añade en un murmullo.

"¿Qué significa eso?," pregunto con cautela.

"Que, si te mato, querrá tu cadáver para enterrarte o lanzarlo al río. Todo el mundo se enteraría, así que yo iría a la cárcel, y soy demasiado joven como para acabar entre rejas por un idiota," dice con seriedad, mirándome fijamente.

Me revuelvo en el asiento, fingiendo un escalofrío, y trato de cambiar el rumbo de la conversación.

"Bueno, campanilla…, ahora que ya hemos aclarado lo que sentimos por el otro, *y que no podemos convertirnos en asesinos…*" Esbozo una sonrisa tensa. "Quizá podrías bajar un poco esa mala vibra y guardar bajo llave esos pensamientos destructivos." Le guiño un ojo, tratando de aligerar el ambiente "Aún podemos ser amigos." Aunque, si soy sincero, su tono sombrío me ha puesto los pelos de punta.

"No, gracias," espeta con frialdad. "Prefiero que me hagas picadillo y me des de comer a los cerdos."

No hemos ni llegado a Hazel Field y ya nos estamos divirtiendo de lo lindo.

Alzo una ceja. "Vaya. Qué imaginación más creativa tienes para estar medio dormida."

"Después de esa demostración de piloto de rally, estoy más que despierta," dice entre dientes. "Aunque preferiría seguir dormida antes de continuar perdiendo mi tiempo contigo dentro de este coche."

Vuelve a cruzarse de brazos, pegándose a la puerta como si quisiera poner la mayor distancia posible entre nosotros dentro de un coche que apenas deja espacio para estirarse.

Tamborileo los dedos en el volante. "Me halaga saber que mi presencia puede causar ese efecto en alguien."

"Cállate y conduce."

"Estoy conduciendo."

"Entonces hazlo sin hablar."

Le lanzo una mirada rápida.

"Pues entonces habla tú."

"No tengo nada de lo que hablar contigo," dice encogiéndose de hombros.

"Venga, campanilla, algo tendrás en esa cabecita tuya."

Julie gira la cabeza muy despacio hacia mí con los labios apretados.

"Te juro que como no te calles, hago autostop para volver a casa en cuanto lleguemos a Hazel Field."

Se me revuelve algo en el estómago solo de pensar en Julie metiéndose en el coche un desconocido.

"¿Eso es una amenaza?"

Para el desgraciado que acepte llevarla, sin duda.

"Es una promesa."

Agarro el volante con fuerza, obligándome a mantener la boca cerrada. Julie se recuesta en el asiento después de rescatar el móvil del suelo para ver el mapa. Lo único que se escucha en los siguientes veinte minutos es el rugido del motor de mi vieja camioneta, el susurro de la música y la voz de Julie dándome indicaciones.

Hazel Field es conocido por sus inmensos campos de trigo que se pierden tras las colinas que rodean el pueblo. Todo está bañado de un tono anaranjado, como si el sol hubiera decidido acampar aquí para siempre. A diferencia de River Cross, aquí apenas hay humedad, y el aire cálido nos da la bienvenida cuando abro las ventanillas.

Julie hace un ruidito por la sorpresa, pero sonríe al darse cuenta de que no hace frío, inclinándose hacia fuera con los ojos cerrados para sentir la cálida brisa en el rostro. La observo unos segundos antes de volverme de nuevo hacia la carretera, sonriendo internamente ante la tierna escena.

Sería una bonita foto: Julie sonriente, reclinada sobre la puerta con la brisa meciendo su cabello dorado, apenas sujeto con una goma de pelo, y un paisaje coloreado en tonos cálidos.

Como la sensación que se asienta en mi pecho.

Me dan ganas de pedirle la cámara de fotos para inmortalizar el momento, pero, a juzgar por la rapidez con la que la guardó al pasar por Heaven Mountains, no es algo que quiera compartir conmigo. No sabía que tuviera una cámara de fotos, y menos que fuera tan reticente a mostrar su bonita afición. A pesar de que nos conocemos de hace años, en realidad desconozco muchas cosas sobre Julie.

Jamás habría pensado que fuera algo que me molestara, hasta este momento.

Saco mi libreta de la guantera para buscar el nombre de la floristería que me dijo mi hermana. Conduzco despacio por la calle principal de Hazel Field fijándome en todos los letreros, hasta que encuentro el que estaba buscando y aparco justo delante.

"Quédate aquí si quieres," le digo a Julie antes de apagar el motor y bajar de la camioneta.

"¿Qué te crees, que he venido solo para mirar?," pregunta en cuanto cierra de un portazo la puerta del copiloto y me sigue por la acera.

Agradezco que esté detrás de mí para que no vea la sonrisa que se extiende por mi rostro. De verla, como mínimo me ganaría una patada en la entrepierna.

Dentro del pequeño local apenas hay espacio para tres personas, lleno hasta los topes de flores, plantas y macetas. Incluso algunas enredaderas caen del techo como cascadas de colores. Una mujer de la edad de mi madre nos recibe con una cálida sonrisa detrás del mostrador. Lleva un mandilón repleto de flores bordadas y hojas secas, que se le han debido de quedar pegadas al trabajar con alguna planta. Una diadema con una enorme flor de lirio amarilla decora su cabeza, que se mueve al compás de sus pasos al acercarse a nosotros.

"¡Qué bonito ver dos caras nuevas en mi pequeña tienda!," exclama rebosante de alegría. "Bienvenidos a Agnes' Garden, soy Agnes Hill."

"Buenos días, señora Hill. Somos Julie Bell y Tate Weston," saludo a su vez, estrechándole la mano.

"Si me lo permitís, hacéis una pareja preciosa," dice, guiñándonos un ojo con una pícara sonrisa.

"Oh, no, no somos…," Julie murmura, pero la señora continúa hablando.

"Hablé con Lib ayer para confirmar que vendríais hoy para recoger las flores. Lamento muchísimo lo ocurrido con el transporte, hemos tenido problemas durante todo el invierno para hacer los envíos y todavía no he logrado solucionarlo," dice volviendo al otro

lado del mostrador con los ojos cargados de preocupación y disculpas sinceras.

"No se preocupe, señora Hill, no ha sido un problema venir nosotros a recogerlas," digo, esbozando una sonrisa tranquilizadora.

Julie a mi lado carraspea sin disimulo, y cuando me giro hacia ella la pillo observándome con una ceja alzada y una mueca de disgusto. Le guiño un ojo sin decir nada, ganándome un resoplido por su parte.

"Espero que para el año que viene no haya ningún problema. Carl, el repartidor, está de baja por una fractura en la pierna y todavía necesita guardar reposo. He intentado contratar a otros chicos, pero ninguno se queda más de dos semanas porque encuentran trabajo de lo suyo en el campo," explica retorciéndose las manos. "El repartidor que iba a ir a la tienda de Lib lo dejó cuando la avisé, hace una semana, y no pudo hacer este último encargo."

"Está bien, señora Hill," dice Julie dando un paso hacia ella. "No es un viaje muy largo y merece la pena hacerlo para que el Wildflower Waltz sea perfecto. Créame que haríamos lo que fuera para que sus flores no falten nunca." Sus palabras le devuelven la sonrisa a Agnes, que la mira con los ojos aguados. "Hemos traído la camioneta y el tráiler, así que si no es mucha molestia y tienes un momento, podemos cargar las flores ahora."

La dueña de la floristería asiente con energía, indicándonos que la sigamos por la puerta trasera, que da al almacén.

Julie pasa por delante de mí para seguirla, pero le agarro la muñeca antes de que se me escape. "Gracias por eso," le digo en voz baja. Julie frunce el ceño, bajando la mirada hacia donde la estoy sujetando. La suelto de inmediato, sintiendo un frío repentino en el cuerpo. "La pobre mujer se sentía fatal y has sabido subirle los ánimos con unas pocas palabras."

"No es nada," dice encogiéndose de hombros, pero un leve rubor le cubre las mejillas, haciéndole bajar la cabeza para ocultarlo.

"Así que… ¿ha merecido la pena el viaje?"

Un atisbo de sonrisa cruza su boca por un segundo antes de que se muerda el labio inferior. "No me provoques, Encantador."

"Me encanta que me llames así," digo subiendo y bajando las cejas provocativamente. Julie resopla, pero antes de que se gire para seguir a la señora Hill veo que una sonrisa de verdad asoma en sus labios.

Nos adentramos en el almacén de la floristería, donde nos espera Agnes sujetando una caja con un montón de flores silvestres de todos los colores.

"Wow."

Julie suelta un silbido mientras da una vuelta sobre sí misma con la boca entreabierta, observando la inmensa cantidad de flores que cubren cada rincón de la enorme sala. Están organizadas por tipos y colores: a la derecha hay tulipanes rojos, rosas, blancos y amarillos; a su lado hay decenas de ranúnculos de los mismos colores, seguidos de anémonas blancas con el centro negro. Desvío la mirada al otro lado de la sala, donde hay flores de alhelí y jacintos morados; y, para terminar, sobre una mesa de madera de trabajo, un montón de caléndulas y lirios naranjas.

Entre la explosión de colores y variedades en el lugar, y que el aire está impregnado del aroma de las flores, me siento como si hubiera entrado en un jardín en plena primavera.

Mi acompañante parece verdaderamente fascinada con el sitio, y dejo que se tome el tiempo que quiera en observar y pasearse por el almacén. Le lanzo una mirada divertida a la señora Hill, que me lanza un guiño desde el centro de la sala.

"¿No es adorable?," me susurra cuando me acerco a ella.

Asiento con la cabeza, sin desviar la vista de Julie. "Este sitio es una pasada."

"Me refería a la muchacha, pero muchas gracias," contesta con una risita.

La miro con la boca abierta, a punto de negarlo o hacerme el loco, pero ella me lanza una mirada con las cejas alzadas y me trago mis palabras.

"No hay de qué," digo entre dientes.

Esta mujer no me conoce de nada y parece que sabe más de mí que yo mismo.

"¿Nos las vamos a llevar todas?," pregunta Julie con la cabeza inclinada hacia atrás para ver las flores que cuelgan del techo.

"Solo las de los laterales," responde la dueña del lugar. "Siete tipos de flores diferentes, tal y como pidió Lib, pero creo que eso ya lo sabe el muchacho…"

Julie se gira hacia mí con una ceja alzada

"¿Desde cuándo sabes de flores?," me pregunta entrecerrando los ojos.

"Bueno…" No se me ocurre ni una excusa convincente. "Toda una vida escuchando a mi hermana hablando de plantas, flores y calabazas…," digo, apartando la vista de esos ojos verdes que me miran con demasiado interés. "…con los años me he ido quedando con alguna que otra cosa. Datos sin importancia… Me sé los nombres de todas las flores y sé identificarlas sin problema."

Joder, pese a ser todo verdad, mi voz insegura no suena para nada convincente.

Y por eso Julie no se traga ni una palabra.

"Demuéstralo," dice desafiante.

Cojo aire lentamente. Si me hubieran dicho que este viaje iría a tomar este camino, no hubiera venido ni aunque me pagaran todo el oro del mundo.

"Las de la derecha que nos llevamos son los tulipanes, los ranúnculos y las anémonas, como las del mar." Hablo sin apartar la vista de sus grandes ojos, perdiéndome en los tonos verdosos oscuros con destellos color miel que empapan su iris. "Las de la izquierda son flores de alhelí y jacintos, pero mis favoritos son los lirios de la mesa a tu derecha, junto a las caléndulas." Inclino la cabeza hacia allí, pero a Julie le lleva varios segundos dejar de mirarme para seguir la dirección de mi gesto.

Mira la mesa con las cejas fruncidas y da un par de pasos hasta llegar a ella. Pasa los dedos con delicadeza por encima de las hojas anaranjadas, como si tuviera que tocarlas para convencerse de que son reales. Levanta la vista y primero mira a Agnes, que le sonríe como para confirmar que todo lo que he dicho es cierto, y luego se vuelve hacia mí.

A pesar de la intensidad de su mirada, no titubeo. La observo con la misma presencia, fijándome en cada uno de los detalles que la componen. Desde sus pantalones vaqueros gastados hasta la sudadera blanca que lleva manchada por las mangas de tierra seca. Tiene el pelo recogido en una coleta baja, pero algunos mechones rubios como los rayos del sol se han soltado de la goma, enmarcando su rostro y realzando sus suaves facciones.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que pestañea con fuerza, rompiendo la pequeña burbuja en la que ella misma nos ha sumido, y da un paso atrás.

Cuando vuelve a abrir los ojos, su mirada ha cambiado. Apenas hay un atisbo de la cercanía y calidez que estaban presentes hasta hace dos segundos. Mantiene la vista fija en la señora Hill cuando se mueve por el almacén hasta llegar a nosotros.

"¿Podemos cargar ya las flores? No quiero que se nos haga muy tarde antes de volver a River Cross," dice con voz ronca. No me mira mientras espera, pero yo no puedo apartar la vista de su perfil.

"Por supuesto," dice Agnes con una pequeña sonrisa.

La mujer me da un ligero apretón en el antebrazo antes de volverse hacia la puerta que da a la calle, pero el gesto me enfada más que me consuela. Como si el hecho de que ella haya presenciado este momento me molestara. Me da vergüenza haberme mostrado tan vulnerable frente a Julie y que Agnes haya visto cómo me partían un poco el corazón.

Cargamos las flores en un silencio extraño. No es el mismo tipo de silencio que nos ha rodeado en el trayecto en coche. Este es diferente. Como si el aire estuviera impregnado de las palabras que sentimos pero no nos atrevemos a pronunciar. Intento compartir una mirada con Julie, pero no levanta la vista de las flores o de cualquier punto que no sea mi cara.

Casi es la hora de comer para cuando terminamos, y entre el esfuerzo físico y el calor del mediodía, las capas de ropa con las que salimos de River Cross han terminado tiradas en la parte delantera de la camioneta. Me paso el dobladillo de mi camiseta negra de manga corta por la frente para secar el sudor acumulado. La prenda es tan ajustada que prácticamente me la tengo que quitar para que

se estire hasta mi rostro y, para mi sorpresa, cuando bajo la tela, me encuentro con los ojos de Julie puestos en mí.

Las comisuras de mis labios se elevan automáticamente, y apoyo todo mi peso en una pierna al devolverle la mirada.

"¿Disfrutando de las vistas, campanilla?"

El rostro de Julie se tiñe de un intenso rojo, que combina con el tono de su cuello y sus orejas. Se muerde el labio inferior antes de desviar la vista y apoyarse en la mesa de trabajo del almacén.

"No te estaba mirando, Encantador. Estaba disociando," dice con sequedad sin atreverse a mirarme.

Observo su perfil sin cortarme un pelo, fijándome en cómo se ciñe la camiseta de tirantes blanca a su pecho y cae suelta sobre su cintura. Los vaqueros acampanados se ajustan a sus caderas, realzando su figura como nunca antes.

O quizá es que nunca me había fijado con tanto interés.

"Creo que te he visto disociar alguna que otra vez y nunca se te había caído la baba de esa manera," digo en tono burlón, ganándome un resoplido de su parte. "No te cortes, campanilla. Disocia cuanto quieras si me vas a mirar con esa cara."

"¿Qué cara, Tate?," espeta, volviéndose hacia mí. Me mide con la mirada, como si supiera exactamente en qué estoy pensando y supiera que no me voy a atrever a decirlo en voz alta.

Pero está muy equivocada si eso es lo que cree…

"La cara que pones cuando tengo mis dedos enterrados en ti."

Julie se endereza de golpe, sus ojos centellean del enfado y el color sube hasta sus orejas.

"Avísame cuando hayas terminado," dice con frialdad, marchándose por la puerta hacia el coche sin girarse ni una sola vez en mi dirección.

Me quedo donde estoy, viendo cómo se aleja, con el corazón martilleando con fuerza en mi pecho, consciente de que acabo de cruzar un límite que no sé lo que va a conllevar. El aire se vuelve más denso en el almacén a pesar de que estoy solo y la puerta está abierta. Mi pulso se dispara y, sin pensarlo demasiado, camino con decisión hacia la puerta que conduce a la floristería.

Vaya puto imbécil. *¿Qué esperabas que ocurriera?*

Si quiere enfadarse, está en todo su derecho… pero ahora depende de mí recuperar su confianza, si es que alguna vez la he tenido. Abro la puerta y miro a Agnes con los ojos brillantes, y no puedo evitar preguntarme si Julie alguna vez volverá a mirarme sin enfado.

CAPÍTULO SIETE



Julie

Hace cuatro años que no confío en un hombre. Desde que me rompieron el corazón por tercera vez, he mantenido las distancias en todas mis relaciones. Nunca me he dejado llevar más de lo que me podía permitir, marchándome antes de que mi corazón saliera dañado. Y por eso hace más de cuatro años que no tengo una relación estable. Ni pienso tenerla.

Todos los hombres son iguales: mentirosos, charlatanes, manipuladores, inmaduros y egocéntricos.

Y Tate Weston no es la excepción que cumple la regla. No…

Tate Weston es la jodida regla.

Si antes de este viaje pensaba que estaba confuso porque no tenía claro qué era lo que quería conmigo y que por eso parecía un poco imbécil, ahora creo que es simple y llanamente imbécil. No hay lugar para la compasión ni para las excusas.

Ya lloré todo lo que tenía que llorar cuando mi corazón salió herido después de la última vez que nos vimos, cuando él me dijo que no quería nada serio y me recordó que me lo había dejado claro

desde el principio. Y es cierto, lo hizo. Pero las cosas cambian, las personas evolucionan y los intereses pueden variar.

Lo sé porque eso pasó conmigo; aunque solo nos lo estábamos pasando bien, mis sentimientos comenzaron a crecer y, al final, quise intentar algo más serio y estable.

Pero no ocurrió lo mismo con Tate.

Él nunca quiso nada serio ni lo quiere ahora. Dudo incluso que algún día lo haga.

Y aun así actuaba como si estuviera enamorado.

No eran promesas ni palabras bonitas. Tate nunca fue de decir ese tipo de cosas. Era peor que eso… Era la forma en que me miraba, como si yo fuera la única mujer en la faz de la tierra. Como si todo lo demás desapareciera cuando estábamos juntos. Era la manera en que me buscaba en una habitación llena de gente o cómo su voz cambiaba cuando decía mi nombre.

Ese tipo de cosas no se hacen si no significan nada.

Por eso no lo soporto.

Porque cuando por fin decidí apartarme y le dije que no quería seguir viéndolo de ninguna manera, se quedó mirándome como si no entendiera nada. Como si mi decisión hubiera caído del cielo. Como si no fuera él quien había estado jugando a algo que parecía demasiado real.

Solo yo sabía que lo que sentía no era un juego.

Y tal vez por eso fui la única que salió perdiendo.

Apoyo la frente contra el frío cristal de la ventanilla de la camioneta mientras dejo salir un lento suspiro con los ojos cerrados. La mañana estaba siendo… decente, ya no digo perfecta —aunque sí un tanto inolvidable—, pero parecía que las cosas entre nosotros estaban funcionando de alguna manera. Aunque apenas hablamos durante el viaje, parecía que habíamos logrado entendernos. Que no nos íbamos a tocar más las narices. O no más de lo habitual.

Lo que no esperaba era que Tate diría en voz alta lo que estaba pensando. Yo sabía perfectamente qué se le estaba pasando por la cabeza, y una parte de mí rezaba para que se atreviera a decirlo. Pero otra, mucho más grande, deseaba que no dijera nada para no

volver a abrir la herida en mi pecho. Supongo que Tate puede ser más impredecible de lo que imaginaba.

Es gracioso, porque creo que no estoy enfadada con él.

Sí, estaba que echaba humo por las orejas cuando salí del almacén, pero también estaba… excitada.

Y quizá ese sea el verdadero problema: que mi corazón aprendió la lección hace tiempo, pero mi cuerpo todavía no parece haberse enterado. Tate sigue mirándome de esa forma que hace que el aire se vuelva más denso entre nosotros, por eso me acobardé en el almacén, delante de Agnes. Me mira como si bastara dar un paso en falso para que todo volviera a ocurrir.

Y lo peor de todo es que sé que, si eso pasa, probablemente no sería yo la que se detuviera. Y eso es lo que más miedo me da.

Tal vez debería salir de mi triste escondite y hablar con él. No quiero que las cosas sean más complicadas entre nosotros; tampoco quiero ser su amiga, pero quizá lo mejor es que tengamos una relación cordial. Quiero mantenerme alejada de Tate, y mi plan para cuando vuelva a casa es no volver a verlo en la vida —a no ser que sea estrictamente necesario.

Con las intenciones claras y la cabeza en alto, me armo de valor y abro la puerta de la camioneta. El calor de Hazel Field es tan intenso a estas horas que, solo un par de pasos, mi piel ya está cubierta de una fina película de sudor. Me acerco con pasos decididos a la puerta trasera de la floristería, cruzando los dedos a mi espalda para que Tate siga donde lo dejé hace unos minutos.

Pero, para mi sorpresa, no está por ninguna parte.

"¿Tate?"

Recorro la enorme sala llamándolo cada vez más alto. Lo busco entre las estanterías y los cientos de flores de colores, pero no hay ni rastro de él. ¿Cómo se me puede haber perdido un hombre de metro ochenta, corpulento como un armario y con rizos de un rubio intenso como Encantador?

Maldiciendo por lo bajo, camino hacia la puerta que conduce a la floristería. Intento abrirla con cuidado para ver si está Agnes con algún cliente, pero no se mueve ni un milímetro. Frunzo el ceño y la empujo varias veces, pero parece que está atascada. Respiro hondo

lentamente, me preparo para empujarla con todo el peso de mi cuerpo y, justo cuando mi hombro roza la madera, esta desaparece, dejándome caer al vacío.

Suelto un grito que despertaría hasta a la rata más escondida del pueblo y cierro los ojos esperando el duro impacto contra el suelo. Pero este no llega. En cambio, unos cálidos brazos me rodean la cintura y me sujetan con fuerza. Abro los párpados lentamente, respirando con dificultad, y lo primero que veo son las muescas de la madera a un palmo de mi cara.

Por los pelos.

El cuerpo que me sujeta tira del mío hacia arriba para incorporarme, pero todavía estoy temblando por lo que podría haber sido un golpe bastante doloroso. Me agarro con fuerza a sus musculados antebrazos, sintiendo el corazón palpitando con fuerza en mi pecho.

"¿Estás bien?," susurra su voz ronca a pocos centímetros de mi oído. Trato de ignorar el escalofrío que me recorre el cuerpo, y trago con fuerza para deshacer el nudo que se ha empeñado en acampar en mi garganta cada vez que Tate está cerca de mí.

Hago un ruido afirmativo sin abrir la boca, consciente de que no podría decir nada coherente ahora mismo.

"Te voy a levantar para que toques el suelo con los pies, ¿vale?," continúa diciendo en voz baja. Asiento varias veces, dejándome llevar por su cuerpo y su voz.

Tate me levanta en el aire y me deja caer lentamente, posando mis pies en el suelo con delicadeza como si estuviéramos bailando ballet. Cuando recupero la compostura y me fijo en lo cerca que estamos, doy un paso tambaleante hacia atrás. Tate extiende una mano hacia mí para estabilizarme, pero no llega a rozarme con los dedos.

"Me has dado un susto de muerte," digo con voz temblorosa. "Pensaba que me iba a partir la cabeza."

"Suerte que esté tu *Encantador* para salvarte," dice con una sonrisa ladeada. Su gesto refleja diversión, pero su mirada rebosa cautela.

En teoría estoy enfadadísima con él, pero mi cabreo se ha disipado por completo por esta experiencia cercana a la muerte. Y que Tate desconozca que no estoy molesta, es algo que juega a mi favor. Nos quedamos en silencio varios segundos, como si Tate estuviera esperando que diga algo más. Cuando no lo hago, carraspea por lo bajo y se pasa una mano por la nuca.

No puedo evitar fijarme en el gesto. Es sutil, pero lo conozco lo suficiente para saber que lo hace cuando está nervioso.

Interesante.

"Bueno…," murmura al final, mirando brevemente hacia la puerta como si estuviera considerando huir. "Al menos no te has matado."

"Todavía," respondo con sequedad.

Sus labios se tensan, y por un instante parece debatirse entre bromear o pirarse. Pero al final no hace ninguna de las dos.

"Lo siento," susurra, soltando la tensión de sus hombros.

La palabra queda flotando entre nosotros, torpe, como si no estuviera acostumbrado a usarla.

Levanto una ceja. "¿Por qué exactamente?"

Tate frunce el ceño, desconcertado con la pregunta.

"Por… ya sabes." Hace un gesto vago con la mano, señalando primero el suelo, luego la puerta, y finalmente… a nosotros dos.

"Vas a tener que ser un poco más específico."

Suelta un suspiro corto y se rasca la mandíbula.

"Por lo de ahora," dice, evitando mirarme directamente. "Y por lo del almacén. Y por… bueno." Hace una pausa incómoda. "Por todo."

No respondo, sino que me limito a observarlo.

El silencio se alarga lo suficiente como para que empiece a cambiar el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

"Vale," dice al final, levantando las manos ligeramente como si se rindiera. "Supongo que sigues enfadada."

No confirmo ni desmiento nada. Solo me encojo de hombros.

Y, por alguna razón, eso parece ponerlo todavía más nervioso. *Dios, está siendo el mejor viaje de mi vida.*

Tate exhala por la nariz y baja la mirada al suelo durante un segundo. Parece que de repente se acuerda de algo, porque alza la

cabeza con los ojos bien abiertos y una pequeña sonrisa dibujada en los labios.

"Tengo algo para ti," dice, dándome la espalda.

Enarco una ceja aunque no pueda verme. "¿Qué tramas?"

"Nada malo."

Ruedo los ojos, torciendo la boca. *No se lo cree ni él*.

Se agacha detrás del mostrador de la tienda y, cuando vuelve a incorporarse, mantiene las manos ocultas en su espalda.

"¿Qué tienes ahí?," pregunto con cautela.

"Una tregua." Tate sonríe ante mi cara de confusión, y se queda frente a mí con dos amplias zancadas. "Lo siento. De verdad. No era mi intención molestarte, ni incomodarte ni darte un susto de muerte. He sido un imbécil contigo y no te mereces que nadie te trate así. Eres diez mil veces mejor que yo, así que entiendo que no merezca ni tu perdón ni que me vuelvas a hablar en la vida."

Lo observo sin pestañear mientras extiende lentamente su enorme mano hacia mí, y por un instante siento que el mundo se detiene al ver lo que sostiene entre los dedos.

Es un ramo de flores azules.

Incluso el delicado papel que las envuelve es de un tono azul bebé precioso. Mis labios se separan de la sorpresa, y siento cómo la emoción llega hasta mis ojos. Pestañeo varias veces para ahuyentar las lágrimas que amenazan con salir, y levanto la mirada hacia los ojos del mismo color que los lirios que sujeta.

"Una tregua, campanilla," dice otra vez, y su habitual sonrisa ladeada vuelve a hacer acto de presencia al observar mi reacción.

No queda ni rastro del enfado fingido de hace un momento.

"Una tregua," repito, como hipnotizada.

A esto me refería cuando dije que, aunque para Tate sus detalles parezcan insignificantes, para mí significan demasiado. Esto dicta mucho más que una tregua a ojos de cualquiera. Para él, tan solo es una oportunidad. Para mí, implica arriesgarme a que me vuelvan a partir el corazón.

"Está bien," murmuro, cogiendo las flores con cuidado.

Joder… que ni siquiera soy capaz de cerrar las manos alrededor del ramo.

"¿Estás segura, campanilla?"

"No me hagas cambiar de opinión…," murmuro entre dientes, con la vista fija en las flores y el corazón en un puño.

Tate suelta una risa suave que me eriza la piel.

No ha pasado ni un minuto y ya sé que darle otra oportunidad a Tate va a doler demasiado.

Mientras me explica qué tipo de flor compone el ramo, no puedo evitar mirarlo ensimismada, escuchando con atención cada palabra. Para cuando termina y nos despedimos de Agnes, que me lanza un guiño al fijarse en el ramo que todavía sostengo contra mi pecho, no puedo evitar pensar en si estaré tomando la decisión correcta.

Estaba tan segura de tenerlo todo bajo control, que pensé que pactaríamos una tregua para que las cosas no fueran incómodas entre nosotros y después cada uno seguiría con su vida como si nada hubiera pasado… pero este maldito ramo lo cambia todo.

Mi pecho está abierto en canal, y si Tate sigue así voy a acabar suspirando como una tonta por él, deseando que alguien me salve de mí misma.

Porque, tal y como me había dicho Sage hace dos años: soy la prueba viviente de que un error se puede cometer muchas veces.



Emprendemos el camino de vuelta a River Cross con el estómago lleno de patatas fritas, carne picada y queso. Volvería a Hazel Field solo para comer otra vez en el bar de carretera a las afueras del pueblo. A pesar de no tener espacio ni para un trocito del postre que pidió Tate, se me sigue haciendo la boca agua al recordar el sabor de la comida.

Dejamos atrás el tono anaranjado de los campos cuando atravesamos las carreteras que bordean Willow Lake. Es la misma ruta que a la ida, pero parece un paisaje completamente nuevo con el sol de media tarde creando sombras y reflejos entre las piedras. Saco la mano por la ventanilla y la húmeda brisa de las montañas se

cuela entre mis dedos. Creo ondas en el aire y, sonrío al sentirme como si estuviera en un videoclip veraniego, con Robbie Williams cantando *Rock DJ* a todo volumen por la camioneta.

"Pásame la cámara y te grabo. ¿Quieres alguna canción en concreto o esta te vale?"

El tono divertido de Tate hace que mi sonrisa se ensanche, pero me muerdo el interior de las mejillas para que no la vea cuando me vuelvo hacia él. Lo encuentro con un brazo apoyado en el marco de la ventanilla mientras sujeta el volante con la otra mano, tensando los músculos de su enorme antebrazo. Me fijo en su expresión relajada cuando levanto la vista y la clavo en su sonrisa ladeada.

Carraspeo antes de volver a girarme.

"Muy gracioso."

"Estaba pensando en parar en el lago y estirar las piernas," dice a mi espalda.

"Preferiría hacer el camino de una y no perder más tiempo. Quiero llegar a casa cuanto antes." Solo de pensar en estar más tiempo del necesario con Tate hace que se me revuelva el estómago. "Además, estarás cansado de conducir todo el día," añado, mirándolo de reojo.

Se encoge de hombros. "Me gusta conducir. No me importa pasar un rato más en la carretera."

Lo miro con el ceño fruncido. "¿Quieres que conduzca yo?"

"No vas a conducir mi camioneta ni en tus sueños, campanilla," niega con una sonrisita.

"Solo estaba siendo educada," replico entre dientes, haciéndole soltar una risa.

Saco el móvil del bolsillo de mi sudadera, manchada de tierra por mover casi mil flores, y abro el único chat que tengo con dos mensajes sin leer.

Sage: Julieeeee, ¿sigues viva?
Lib: La verdadera pregunta es si mi hermano sigue vivo...

Julie: Estamos vivitos y coleando 👍
Julie: De momento.

Sage: Por favor, Julie, no sigas enfadada. ¡Te juro que no lo hicimos a posta!
Lib: Te subiré el sueldo este mes por las molestias ocasionadas.
Sage: ¡Yo te pagaré el psicólogo!
Julie: Págaselo a Tate. Alguien tan idiota debería medicarse por atentar contra la salud pública.
Lib: Créeme, lo he intentado todo. No tiene cura ni tratamiento.
Rachel: No sé qué ha pasado, pero si Julie está en el coche de Tate, espero que le deis un buen uso a ese banco que tiene por asientos…
Sage: Rae, creo que meterle esa imagen en la cabeza a Julie solo va a darle más motivos para tirarse del coche en marcha.
Julie: No me des ideas…

Razón no le falta, pero por suerte Tate apenas abre la boca en todo el camino de vuelta. Presenciamos la puesta de sol, que nos acompaña a nuestras espaldas como si fuera el telón de un escenario y marcara el fin de la obra. Ojalá todo este viaje hubiera sido mentira, un teatro, y fuéramos actores que fingen llevarse mal pero que en realidad ni siquiera se conocen.

Pero no lo es. Tate y yo nos conocemos. Demasiado. Y, muy a mi pesar, voy a seguir viéndolo en la casa de su familia, en sus tierras, en las festividades y en la tienda de Lib.

Porque Tate Weston está en todas partes. Incluso en mi cabeza. Es como un parásito que acampa a sus anchas en mis pensamientos.

No podría fingir que no conozco a Tate, y menos después de todos los sentimientos que juraba tener encerrados bajo llave en mi corazón, que, con solo pasar doce horas juntos, ha conseguido abrir y liberar. A pesar de todos mis intentos por no volver a sentir por él nada más que desagrado, la situación me sobrepasa.

Y lo peor de todo es que sé que él nunca sentirá lo mismo y que la herida seguirá abierta hasta que no encuentre un amor correspondido.

CAPÍTULO OCHO



Julie

La noche del viernes en The Red con las chicas se fue un poco de madre. Theo debió de ver el deplorable estado en el que me he mantenido desde que volví a casa el martes, porque no pararon de llegar cervezas a nuestra mesa. Apenas nos quedaba un trago de las que estábamos bebiendo, que ya había una nueva sobre la madera. Ni Sage ni Lib hicieron nada para detenerlo; ellas también bebieron más de la cuenta. Pero yo… no estaba en condiciones de llevarle la contraria a nadie.

Después de narrarles la odisea que fue ir hasta Hazel Field con el hermano pequeño de los Weston, mis amigas se ocuparon de que no me faltara comida ni un hombro sobre el que llorar o gritar. Que yo recuerde fue más gritar que llorar. Y lo peor es que no fue por enfado, sino por frustración. Porque… ¿de qué coño va Tate, pasando de mí durante meses y de repente regalándome ramos de flores preciosas y pidiendo treguas?

Pero todo eso me lo guardé. No les conté a mis amigas nada más allá de los silencios incómodos, la actitud extraña de Tate y su inesperado interés por mí. Ellas no sospecharon que me estuviera

guardando información, y tampoco preguntaron demasiado. Solo estuvieron ahí, presentes para escucharme y apoyarme. Aunque no de la manera que yo quería… pinchándole las cuatro ruedas a la camioneta de Tate.

En el local hubo concierto de *9 to 5 Queens*, mi grupo tributo favorito de Dolly Parton. De lo que recuerdo, la noche fue espectacular. Bailamos, cantamos, sudamos y nos emborrachamos como si volviéramos a tener dieciocho años. Pero no tenemos dieciocho, sino veinticinco. Bueno… Lib unos cuantos más, pero la resaca es la misma para todas.

Por eso llevo unos veinte minutos tirada en el sofá con los ojos cerrados, gimiendo del dolor de cabeza cada vez que un coche pasa cerca de la ventana o los pájaros cantan más fuerte de lo que puedo soportar.

Y pensaréis, ¿ahora es cuando dice lo mítico de las películas cuando se tiene una resaca monumental? Pues sí: No vuelvo a beber *tanto* en mi vida.

Respiro hondo un par de veces, mentalizándome para mi siguiente movimiento, y siento que hago un esfuerzo sobrehumano al abrir los ojos y erguirme en el asiento. Apoyo la espalda en el respaldo antes de escurrirme hasta el borde del cojín para levantarme. Todo me da vueltas cuando apoyo los pies en el suelo, y me llevo una mano a la frente para sentir el sudor frío por el mareo.

¿Qué coño tomé ayer?

Obligo a mis pies a ir hacia la cocina para tomar un vaso de agua fría, pero por el camino me veo reflejada en el espejo colgado encima del lavabo del baño y me detengo. Una Julie con ojeras, el pelo rubio lleno de nudos y baba seca en la comisura de la boca me devuelve la mirada. El verde de mis ojos apenas brilla, oculto bajo una sombra de ojos emborronada que me hace lucir como un mapache cansado. Bajo la mirada y mi ropa arrugada, tres tallas más grande que yo, me hacen rodearme con los brazos, como si quisiera protegerme de mi propio reflejo.

La persona que veo delante de mí no soy yo. Apenas veo un ápice de la calidez y el brillo que me envuelve siempre. No sé muy bien cómo explicarlo, pero siento que algo se ha apagado en mí. Y lo

echo de menos. Echo de menos esa luz que me hacía sentir cerca de mi familia, la que me une a ellos sin necesidad de estar cerca. Porque todos en mi círculo la tienen, siempre la han tenido. Y ahora, al mirarme, siento que me falta algo importante.

Camino hacia el lavabo sin despegar la vista de mi reflejo, como si estuviera hipnotizada, y solo cuando mi abdomen roza la dura pica, salgo del trance. Cierro los ojos y me lavo la cara a conciencia, dejando que el desagüe se lleve cualquier rastro de lo sucedido anoche. Al levantar la vista, el brillo todavía no aparece, pero cada vez está más cerca.

Sin maquillaje sobre mis ojos, mi rostro es clavado al de mi madre, Layla. No puedo evitar sentir una punzada en el pecho al recordar lo mucho que la echo de menos. Una pincelada de arrepentimiento roza mis pensamientos por un segundo, pero la borro al instante. Haberme mudado a River Cross ha sido una de las mejores decisiones de mi vida, y no la cambiaría ni aunque pudiera volver atrás.

Mi madre me había traído a River Cross de pequeña alguna que otra vez, pero yo era solo una niña, y los recuerdos se desvanecieron como las nubes con el viento. Aún recuerdo cómo me sentí al visitar a mis primos hace cinco años. No quería hacer el viaje sola, y estaba esperanzada de que, cuando le propusiera el plan a mi madre, me dijera que sí. Pero ella no podía por las fechas y se negó cuando le dije de cambiarlas. Me dijo que hiciera el viaje sola, que me lo merecía y que me iba a encantar disfrutar de mi propia compañía rodeada de los paisajes de River Cross.

Y no se equivocó. Mi madre nunca se equivoca.

Me enamoré del pueblo, de su gente y de la tienda de Lib, claro está. La visita a mis primos fue mejor de lo que esperaba. Imaginaba una comida incómoda, distante y extraña, pero no fue sino cálida y divertida. Como si nos conociéramos de toda la vida y apenas hubieran pasado dos días desde la última vez que nos vimos. Mis tíos, Sloane y Michael, me enseñaron fotos de cuando era pequeña y jugaba con mis primos, Dorian, Alice y Evan. Todavía recuerdo el dolor que sentí por haber olvidado sus rostros.

Dijeron que Evan y yo éramos como uña y carne, siempre haciendo alguna travesura y ganándonos las broncas de Dorian, que estaba harto de cuidarnos a pesar de tener solo diez años más.

Sloane también me enseñó fotografías con su hermana, y aún guardo una de ellas. Siempre la llevo encima, o en mi bolso o en la cartera. Salen preciosas, abrazadas en un mirador con las montañas de fondo, iluminadas por su luz propia y por los últimos rayos de sol del día.

La nostalgia de tener un lugar al que sentir que pertenecía, más allá de mi madre, fue lo que me hizo desear quedarme.

Porque con ella nunca me ha faltado nada. Es una Thorne, y siempre hemos estado unidas a pesar de las circunstancias. Pero la ciudad era otra cosa. Nunca terminé de encajar en Westburn, nunca sentí que ese lugar fuera realmente mío.

Quizá por eso la ausencia de mi padre pesa de una forma extraña. Nos dejó cuando yo tenía tres años, pero no lo recuerdo. No podría reconocerlo si me enseñaran una fotografía —que no existen, pues mi madre se deshizo de cualquier rastro de su existencia.

Y odio eso. Odiar a alguien cuya cara no recuerdo.

De alguna manera, todo estaba conectado: ese vacío, esa distancia en Westburn, esa sensación constante de sentirme fuera de lugar. Como si me faltara una pieza.

Una pieza que he encontrado en River Cross. Les debo mi chispa a los Thorne, a Almond Valley, a Honey Ridge… pero sobre todo a mi madre. Si ella no me hubiera alentado a hacer ese viaje sola, jamás la hubiera encontrado.

Por eso mismo, como si una llama se hubiera reavivado en mi interior al recordar los mejores momentos de mi vida durante estos últimos cuatro años, la resaca parece desaparecer de mi cuerpo cuando echo a correr por el apartamento en busca de mi móvil.

En tres días comienza el Wildflower Waltz y mi madre va a venir de visita para ver el festival. Se va a quedar a dormir en casa de Sloane y, sin dejar de sonreír, lo primero que hago al encontrar mi móvil es marcar su número.

"¡Julie, qué sorpresa! ¿Cómo estás, cielo?," su risueña voz me saluda al otro lado de la línea, haciendo que mi sonrisa se ensanche todavía más.

"Hola, tía, tengo una resaca de los mil demonios, pero todo va bien. Si en el Wildflower Waltz me ves con una cerveza en la mano, quítamela y bébetela tú." Su risa me sube el ánimo. "Y hablando del festival… Te llamaba porque el martes viene mi madre a River Cross. Hace semanas que no la veo y la echo de menos." Con los años, Sloane se ha convertido en una de mis mejores amigas y le cuento todo lo que se me pasa por la cabeza sin tapujos. "Por eso quiero que el viaje merezca la pena y que los pocos días que se queda sean especiales."

"¿En qué habías pensado?"

"Se me había ocurrido que podíamos ir a Heaven Mountains. Ahora que llega el calor, podríamos pasar tiempo en familia, ir hasta Willow Lake y dejar que reconecte con la naturaleza."

"Eso es importante para alguien que vive en la ciudad," asiente riendo.

"¿Qué te parecería hacer una ruta por la zona en familia?"

Mi tía se mantiene en silencio unos segundos, y escucho el sonido de unos papeles moviéndose.

"Creo que el viernes no tenemos nada planeado," dice, y apenas ha terminado la frase suelto un chillido de la emoción. Sloane suelta una risa antes de continuar. "Michael no podrá venir; tiene que quedarse en casa con unos potros nuevos. Además, con la rodilla destrozada apenas puede caminar unos cuantos pasos sin tener que parar a descansar." Mi tío se ha pasado prácticamente toda su vida sobre un caballo, y a la larga —por no haberse tomado en serio su salud—, todo eso le pasó factura. "A Daisy le encanta hacer rutas para tener solo ocho años, así que no será difícil que ella misma convenza a Dorian. Tengo que preguntarle a Alice cuál es su turno ese día en la peluquería, aunque últimamente está trabajando demasiado…" Sacudo la cabeza, reprimiendo una sonrisa, conociendo bien lo en serio que se toma el trabajo mi prima. Si pudiera, se pasaría el día en la peluquería de River Cross.

"¿Y crees que a mi madre le gustará la idea?," pregunto, vacilante. Layla trabaja en una oficina, y la última vez que hicimos senderismo juntas fue hace años.

"Bueno… no tiene opción. La llevaremos a rastras si hace falta," dice, riendo, pero una parte de mí sigue insegura. "No lo pienses, cielo, yo creo que le va a encantar," admite con ternura. Y esa frase es suficiente para disipar cualquier rastro de preocupación en mi cuerpo. "El martes cuando nos veamos en River Cross te confirmo todo."

"Perfecto. Gracias, Sloane. Y otra cosa...," añado por inercia, sin haberlo planeado.

"Dime, cielo."

"¿Puedo ir a comer a vuestra casa?"

"Pues claro, Julie. Estás más que invitada siempre que quieras," dice con una sonrisa que se escucha a través del altavoz. "Lo bueno de los sábados es que siempre estamos todos a mediodía en la casa principal, así que aquí te esperamos."

Hablamos un rato más sobre la familia, el plan del festival y la ruta y, para cuando cuelgo, me siento mucho mejor que hace una hora. Como si hubiera necesitado de alguien para recordarme quién soy, a sentirme presente y recuperar mi luz.

Después del maldito viaje a Hazel Field, he perdido un poco el norte, dejándome arrastrar por cosas que en el fondo sé que no me hacen bien. Así que ya va siendo hora de poner distancia, de centrarme en mí misma y en lo que realmente importa: recuperar mi brillo y no perderme por el camino.



Deslizo los dedos sobre la superficie plana con delicadeza como si estuviera dibujando. Siento el ligero relieve que hunde las letras cuando paso por encima de ellas. La bonita caligrafía está pintada con tinta dorada, contrastando con el marrón de la piel. La

descripción, que ocupa casi toda la portada, reza con la letra de mi madre:

Julie's Journal

Abro el cuaderno de cuero en la primera página, donde está mi nombre completo, y, justo debajo, un pequeño texto escrito en la misma caligrafía que la portada.

Julie Bell

> Que estas páginas te sirvan para guardar los recuerdos más bonitos de tu viaje. Espero que compartamos algunos de esos momentos. Disfruta la vida, mi pequeña, aún te queda mucho por descubrir.

Sonrío al recordar lo ilusionada que estaba mi madre entonces. Fue el mismo día que mi vida cambió, cuando salí de Westburn hacia River Cross para volver a conocer a la familia de mi madre. El cuaderno fue un regalo para el viaje, para que llenara cada página con los lugares más bonitos del pueblo y todas las personas que conociera.

Paso las páginas con delicadeza, viendo el collage de polaroids combinado con pequeños textos. Algunos describen las fotos, otros son frases que me recordaban al momento, pero también hay fechas y nombres. Me detengo al llegar a la página seis, y una sensación amarga demasiado familiar se instaura en mi pecho. Sé lo que viene a continuación, y odio ser la única que puede remediarlo pero que no es capaz de hacerlo.

Y es que las siguientes páginas están vacías.

No he podido llenar el cuaderno de recuerdos, tal y como le prometí a mi madre hace cuatro años.

Lo intenté, juro que lo hice, pero nunca me sentí cómoda sacando la cámara con mis amigos delante. Los únicos que saben sobre mi afición por la fotografía es mi familia.

Bueno, y después del viaje del otro día… también Tate.

No pretendía mostrarle esa parte de mí a alguien como… él, pero, al ver el majestuoso paisaje en Heaven Mountains, no lo pensé. Fue automático, como si mis manos no estuvieran conectadas a mi cerebro y no pudiera controlarlas. No me arrepiento, y no puedo evitar sonreír al sacar las instantáneas de mi

bolso para pegarlas en la siguiente página en blanco. Además de las montañas, hice a escondidas varias instantáneas de Agnes' Garden. No es mucho, apenas cuatro fotografías, pero son suficientes para marcar un antes y un después en mi vida.

Le prometí a mi madre llenar el cuaderno de viaje y llevarlo siempre encima y, aunque la primera parte del trato está cogida un poco con pinzas, la segunda la cumplo de maravilla. Siempre llevo el cuaderno conmigo, por eso nunca salgo de casa sin un bolso. Aunque no vaya a sacar la cámara, y menos la libreta, la seguridad de llevarlas siempre encima *por si acaso* es reconfortante. Y también es una forma de llevar una parte de mi madre conmigo.

Después de pegar, dibujar y escribir en las nuevas páginas, recojo la mesa del salón y guardo las cosas en mi bolso. Me miro en el espejo una última vez, dando una vuelta sobre mí misma para mirar el conjunto completo. Estiro las mangas del jersey amarillo que llevo, a juego con mis converse con pequeñas setas rojas pintadas con acuarelas. Me engancho el bolso blanco de crochet en el hombro y respiro hondo antes de salir.

Estar en mi pequeño apartamento normalmente me transmite calma, pero ahora me está dando claustrofobia.

Por eso ayer en un arrebato le pregunté a mi tía si podía ir a comer. No suelo ir a visitarlos muy a menudo porque Honey Ridge queda a una hora de River Cross y, como siempre estoy trabajando o liada, no suelo tener tiempo suficiente como para que me compense el viaje. Prefiero ir con calma, disfrutando del momento y aprovechando cada minuto con ellos.

Y eso es lo que pretendo hacer hoy.

Tras exactamente una hora y veinte minutos sin dejar de conducir —porque puede, y solo puede, que me haya perdido—, por fin vislumbro un pequeño cartel blanco con letras en rojo recién pintadas que anuncia:

Honey Ridge

Aparco delante de la casa de mis tíos entre el viejo monovolumen gris de Sloane y un todoterreno negro con un elevador en el asiento trasero. Un profundo suspiro escapa de mi boca cuando salgo del coche, bolso en mano, y piso las tierras de mi familia. Camino hacia

la enorme casa de los Thorne, que dista mucho de parecerse a la de los Weston. En vez de una cabaña en lo alto de unas escaleras, la casa de mis tíos está escondida en medio de las montañas y las paredes están hechas de piedra.

Los coches están a varios metros del porche delantero, ocupado por una mesa con sillas a juego y varios bancos del mismo material que la casa. Camino por las baldosas cubiertas de verdina que conducen a la puerta principal, fijándome en lo parecido pero diferente que se ve todo desde la última vez que vine. Las montañas se yerguen detrás de la enorme casa de dos plantas como si fueran gigantes protegiendo un castillo.

En cuanto entro, una mata de pelo marrón viene corriendo a saludarme, y prácticamente me tiro al suelo para acariciarla.

"¡Flika! ¿A dónde vas?," grita una voz aguda desde la cocina. Unos chillidos, mezclados con una risa traviesa, acompañan a la pequeña niña que cruza el umbral derrapando.

Aprovechando que estoy tirada en el suelo, la pequeña Daisy grita con fuerza antes de correr en mi busca y tirarse encima de mí. Me giro justo a tiempo para no aplastar al dóberman, y abrazo a mi prima con fuerza.

"Ay, Julie, ¿por qué has tardado tanto en volver? Te echaba de menos," gimotea entre mis brazos. Se me parte el corazón al verla tan afectada por mi ausencia. No suelo ser consciente del tiempo que pasa entre visitas, solo vengo cuando saco tiempo y a ellos les viene bien.

"He tenido mucho trabajo últimamente," me excuso apartándola de mí lo justo para verle la cara. Tiene los mofletes hinchados y coloreados de un rosa intenso, a juego con su camiseta llena de flores. "Prometo venir más a menudo, si eso es lo que quieres."

"¡Por favor!," pega un chillido usando toda su capacidad pulmonar, con el que casi me deja sorda.

"Está bien, está bien," asiento riendo.

Me levanto del suelo, llevándome a Daisy conmigo, y, mientras escucho con atención cómo me cuenta las rarezas de todas sus amigas con pelos y señales, camino hacia la cocina con la vista fija en la niña. Escucho las voces alegres de mi familia al otro lado de la

puerta, y el olor a hamburguesa y queso me hace salivar cuando empujo la madera y me adentro en la habitación.

Las cuatro personas de la cocina se vuelven hacia mí con una sonrisa enorme en los labios. Sloane es la primera en acercarse para darme un abrazo cuando dejo a Daisy en el suelo.

"¿Qué tal ha ido el viaje, Julie?," pregunta Michael a su espalda, alzando la espátula como saludo.

"He tardado un poco más de la cuenta," contesto, poniéndome colorada, consiguiendo que mis primos suelten una risa que ocultan detrás de sendos botellines de cerveza.

"No te sientas mal por perderte, cielo," me anima Sloane, dándome un apretón en el brazo. "Hacía mucho que no venías. Es normal que no te acuerdes bien de los caminos."

"¿Crees que necesitas que te recordemos dónde está el baño o crees que te acordarás?" Pongo los ojos en blanco, y veo a Dorian acercarse desde el otro lado de la encimera para tenderme una cerveza con una sonrisa ladeada, que cojo sin dudar.

Porque no voy a dejar de beber. La promesa que me hice ayer incluía un *tanto* al final.

Después de darme un abrazo riendo y un beso en la coronilla, su figura se ve opacada por los rubios rizos de Alice.

"¡Mi turno!," chilla igual de fuerte que Daisy antes de estrujarme. "Tenemos que ponernos al día," susurra con picardía en mi oído para que solo yo la escuche.

Contengo una carcajada, y asiento sin romper el abrazo. "Si no nos da tiempo, pediré cita para un buen corte de pelo."

"Hecho," sella con una pequeña risa antes de soltarme.

"No sé qué tramáis, pero desde luego no puede ser nada bueno," dice una voz grave a nuestras espaldas.

Me giro para ver a mi primo pequeño apoyado en el marco de la puerta que da al patio trasero con una sonrisa ladeada. No sé qué tienen en esta familia con las sonrisas que no auguran nada bueno, pero me encantan. Ese tipo de mirada, con un brillo especial que promete diversión, me recuerda tanto a mi madre, que mi sonrisa se ensancha.

No llevo ni quince minutos aquí y ya me duelen los mofletes de reír tanto.

"Pero mira a quién tenemos aquí…," digo con la cabeza ladeada y las manos apoyadas en las caderas. "No es ni más ni menos que mi competidor favorito. ¿Quién se llevará la victoria al rubio más escurridizo del lugar?" Le lanzo un guiño que no hace sino aumentar el resplandor travieso en su expresión.

"Vais empatando," dice Alice con los codos sobre la encimera. "La última vez que lo vimos fue cuando viniste tú."

Mi sonrisa flaquea, y un destello de frustración cruza la mirada de Evan por un brevísimo momento, pero a mí no me pasa desapercibido.

"Vaya, pues no puedo dejar que me ganes tan fácil." Continúo bromeando antes de que el ambiente se vuelva incómodo, y parece que lo consigo, porque la sonrisa de Evan cambia. Miro a sus padres con disimulo, pero ninguno parece percatarse de la pulla de su hija. "No te tomaba por un perdedor, Evan Thorne, así que será mejor que te pongas las pilas."

"Necesito un incentivo."

"¿Ver a tu pobre madre no es motivo suficiente para honrarnos con tu presencia?," pregunta Sloane con dramatismo.

Evan se pasa las manos por la cara, pero veo cómo trata de contener una sonrisa apretando los labios. "Mamá, llevas torturándome desde que nací y me obligaste a convivir con estos animales," dice señalando a sus hermanos, ganándose miradas ofendidas de ambos. "No me miréis así, yo no tengo la culpa de haber sido el más pequeño y el más guapo."

"No te ganaste la atención y cariño precisamente por tu agradable personalidad y tu extraordinaria humildad," murmura Alice poniendo los ojos en blanco.

"Necesito un incentivo," repite, haciendo caso omiso de su hermana. "Uno que valga la pena."

Alice abre la boca para hablar, pero me adelanto sin pensarlo.

"¿Y si traigo a Lib Weston?"

El silencio se hace en toda la casa. Incluso Michael suelta la espátula de la sorpresa. La expresión de Evan es un cuadro: su

rostro se ha paralizado en una mueca entre sorpresa, enfado y algo que no soy capaz de distinguir. No me atrevo a moverme, arrepentida de haber hablado antes de tiempo.

"Alguien tenía que sacar el temita..." Alice rompe el silencio soltando una carcajada que retumba por toda la cocina. Dorian se ríe entre dientes, y mis tíos se vuelven hacia los fogones para ocultar sus risas, pero las sacudidas incontrolables de sus hombros los delatan.

Evan suspira, cruza los brazos y me lanza una mirada cargada de ironía. El bullicio de la cocina vuelve, y todos retoman sus conversaciones como si nada hubiera ocurrido.

"¿Y eso es un incentivante? Porque si traes a Lib, eso sería justo lo contrario de motivarme a venir," dice, ladeando la cabeza y dibujando una sonrisa torcida que mezcla humor y un sentimiento que trata de ocultar.

Me muerdo el interior de las mejillas, divertida y un poco arrepentida a la vez. "Soy la peor dando ideas."

Alzo las manos en señal de rendición, y Evan se acerca a mí sin dejar de mirarme como si quisiera decir un millón de cosas pero no quisiera… o no supiera cómo pronunciarlas.

Cuando nuestros zapatos casi se tocan, me sorprende envolviéndome en un cálido abrazo. Le devuelvo el gesto un poco confundida, pero lo estrecho con fuerza cuando siento cómo se relaja entre mis brazos. Compartimos en silencio más de lo que puede transmitir un simple abrazo.

Tras unos segundos que se me hacen cortos, Evan se separa un poco, y su sonrisa ya no es solo irónica. Hay algo de alivio en ella. Por un instante, me doy cuenta de que quizá no somos tan diferentes; nuestras vidas no distan tanto como pensaba. No sé qué pasó entre él y Lib para que rompiera su amistad, pero me da la sensación de que siente algo parecido a lo que yo siento con Tate… Una mezcla confusa de frustración, anhelo y desconcierto, que a veces no sabemos cómo manejar. Y me reconforta darme cuenta de que, aunque sea una situación difícil, de alguna manera sé que no estoy sola.

CAPÍTULO NUEVE



Julie

A a mierda los hombres,” sentencia Alice, recolocando la manta de crochet sobre su regazo.

“Pero si me acabas de decir que tienes una cita para ir al Wildflower Waltz el miércoles.”

Mi prima abre la boca, visiblemente ofendida, antes de chasquear la lengua. “Que me hagan llegar al orgasmo no significa que los elegiría por encima de mi vibrador, Julie.”

Me lleva un rato procesar sus palabras, que me dejan boquiabierta.

“A veces una solo necesita una cita divertida para recordar que tiene poder sobre esos seres insufribles.”

“¿Sabes? Me recuerdas mucho a una amiga…,” murmuro con la vista clavada en el atardecer frente a nosotras. *Ahora entiendo por qué Lib detesta tanto a Alice…*

“¿También tiene un rubio perfecto y odia a los hombres?”

Me paro a pensarlo un segundo, y la miro con una sonrisa ladeada.

“Sí, justo eso.”

Alice asiente burlona, ajena a la verdad en mis palabras.

Llevamos hablando tanto tiempo que, casi sin darnos cuenta, el atardecer nos ha alcanzado. Desde el porche delantero de la casa de mis tíos se ve el recorrido del sol antes de desaparecer. Es como si las montañas hubieran pensado en nosotras, dejando a propósito un pequeño espacio entre ellas, justo por donde el sol se desliza.

"Entonces… Tate Weston," dice Alice, dándome un codazo en el costado mientras me mira con una sonrisa ladeada.

Resoplo con fuerza, escondiendo las manos bajo la manta. "¿Qué pasa con él?" Me hago la loca, evitando a toda costa una conversación inminente.

"Estás loquita por él desde hace como dos años," sentencia, porque no hay ni rastro de interrogante en su tono.

Me muerdo el interior de las mejillas, calculando a cuántos metros está mi coche para largarme de aquí. Si le lanzo la manta a la cara antes de salir corriendo, puede que me dé tiempo a llegar a mi camioneta en perfectas condiciones.

"Venga, Julie… No te hagas la tonta. Sé perfectamente por qué has venido. Siempre apareces por aquí de un día para otro por lo mismo. Ha pasado algo con él y ahora estás hecha un lío."

La miro con los labios apretados, sintiéndome fatal al darme cuenta de que tiene toda la razón.

"No te sientas mal," dice antes de que pueda disculparme. "Somos tu familia, estamos para eso. Pero sería más fácil ayudarte si abrieras esa boquita que tienes y me contaras qué pasa."

Cierro los ojos un instante, inhalando profundamente, y me giro hacia Alice con una tensa sonrisa.

"Es un idiota," murmuro con seguridad.

Alice suelta una risa, dándome unas palmaditas en la mano que tengo bajo la manta. "Cuéntame algo que no sepa, cielo."

"En su momento tuvimos algo. Nada serio, nada a largo plazo, y, mucho menos, nada de romanticismo." Trago con fuerza, armándome de valor para pronunciar lo que siento. "Pero ahora…" Dejo que las palabras se pierdan con el viento, acobardándome en el último momento.

"Ahora te gusta," termina Alice por mí.

Asiento lentamente, mirándola con tristeza. "Sé que, a pesar de no conocer demasiado a Tate, lo que siento por él va más allá del simple deseo. Lo sé porque ahora me pongo nerviosa cuando estamos a solas y, lo peor de todo, es que no me molesto en fingir ser quien no soy. Con él soy transparente, e incluso hago cosas que normalmente guardo solo para mí… Y eso es lo que más miedo me da."

Me siento extrañamente bien ahora que he exteriorizado lo que pienso, lo que siento, mis dudas, mis temores... todo. Alice me mira con preocupación, como si supiera que mi corazón va a salir dañado sin importar lo que diga a continuación.

"Él no siente lo mismo que yo," digo encogiéndome de hombros, con la vista clavada en el cielo pintado de rosa. "De todas formas, Tate no quiere nada serio, así que no importa lo que yo sienta."

"¿Y cómo sabes lo que siente él?," pregunta con suavidad. "¿Se lo has preguntado o… te lo ha dicho? A veces confundimos lo que alguien muestra con lo que realmente guarda. Y aunque fuera cierto, que él no quiera nada serio no hace que lo que tú sientes valga menos."

Frunzo el ceño, todavía sin atreverme a mirarla.

"No quiero complicarme más la vida, Alice. Ya tengo suficiente con lo mío."

"Eso dices," responde en voz baja, "pero llevas días con la cabeza en otro sitio."

"No podemos controlar lo que sentimos." Me tapo los brazos con la manta al sentir la brisa que anuncia una noche fría. "Además, hace mucho que no estamos juntos..." Hago una mueca. "A lo mejor está con otra."

"Sería idiota si lo hiciera…," murmura sin mirarme. "A lo mejor está en la misma situación que tú," añade en el mismo tono. "Pero fíjate en cómo tu cabeza ha ido directa a lo que más te duele."

Aprieto la manta entre los dedos.

"Es que no me extrañaría."

"Y, aun así, deseas que no sea cierto."

"¿Y qué si me estoy preparando para el golpe?," salto, un poco a la defensiva. "Si duele, duele igual."

“No exactamente,” murmura. “Una cosa es que algo pase, y otra muy distinta es vivirlo dos veces: primero en tu cabeza y luego, si ocurre, en la realidad.”

Bajo la mirada, siguiendo con el dedo el dibujo en la tela.

“No quiero hacerme ilusiones,” digo en un susurro.

“No se trata de eso,” me dice con ternura. “Se trata de no castigarte antes de tiempo.”

El silencio se estira entre nosotras, roto solo por el sonido de los árboles meciéndose con el viento y el canto lejano de los jilgueros. Puede que Alice tenga razón, teniendo en cuenta que me estoy comiendo la cabeza con lo que quería Tate hace más de un año. Tal vez haya cambiado después de todo este tiempo.

Tal vez me dé una oportunidad si se la pido.

Pero también está la posibilidad de que, *tal vez*, siga queriendo lo mismo. Quizá no ha cambiado nada y preguntarle no haga sino romperme aún más el corazón.

La puerta de la entrada se abre de pronto, y Alice y yo nos giramos hacia ella por el susto. Vemos a Dorian salir a toda prisa con una mochila colgada al hombro.

“¡A ver si tenemos más cuidado!,” le grita su hermana llevándose una mano al pecho. “Casi me provocas un infarto.”

Su hermano se gira hacia nosotras con una mueca de arrepentimiento. “Lo siento, Ali, no sabía que estuvierais ahí.”

“¿Adónde vas con tanta prisa?,” pregunto yo, apoyando los codos en mis piernas, cruzadas sobre el banco.

“Una emergencia en la granja de los Murphy, “ dice sin dejar de caminar hacia su camioneta. “Una de sus vacas se ha puesto de parto, no lo esperábamos hasta dentro de un par de semanas.”

“Pues será mejor que te des prisa,” dice su hermana con cara de asco. Para estar en una granja de ganado, es la única de la familia que no está encantada de vivir rodeada de animales.

“¡Pásatelo bien!,” grito, despidiéndome con una mano, haciendo que Dorian suelte una carcajada y se toque la gorra antes de marcharse.

Retomamos el tema de la cita que tiene Alice en River Cross esta semana. Me cuenta con todo lujo de detalles cómo es el hombre:

que si los músculos de sus brazos, que si su espalda ancha como la de un nadador, que si sus ojos verdes como esmeraldas…

"Espera," la corto antes de que me narre lo que hicieron hace dos noches en su casa. Justo en el momento perfecto. *Menos mal*.

Alice parpadea con sorpresa, expectante ante mi mueca de confusión.

"No me digas que te estás liando con Eli."

La veo fruncir el ceño, pero vuelvo a intentarlo.

"Eli Jones." Nada. "*Elijah* Jones."

"Ahhh," estira la A durante los segundos suficientes como para replantearme cuán pequeño es este pueblo. "Elijah, sí."

"No me lo puedo creer," murmuro, maldiciendo por lo bajo. Me paso las manos por el pelo, provocando que Alice se revuelva incómoda en el banco.

"¿Va todo bien? ¿Lo conoces?," pregunta insegura. No contesto al instante, lo que le hace soltar un gruñido. "Ay… no me digas que bajo esa faceta suya irresistible es en realidad un completo imbécil."

Sacudo la cabeza, retorciendo las manos bajo la manta.

"¿Qué ocurre?"

"Es que… Eli es mi mejor amigo."

"Oh." Alice se queda unos segundos en silencio. "No sé si tenéis algún pacto raro entre vosotros para no liaros con familiares del otro o amigos… Pero lo entendería perfectamente si no te pareciera bien que esté con él."

"No es eso." Vuelvo a negar. "Es que…" Suelto un suspiro, mordiéndome el interior de las mejillas para reprimir una risa. "No quiero que te haga daño. Y tampoco quiero dejar de ser su amiga…. Pero si te parte el corazón, te juro que no va a tener suficiente carretera para correr."

Alice me mira con los ojos desorbitados antes de soltar una carcajada que resuena por las montañas.

"Oh, cielo, no tienes que preocuparte por mí. Si me va a partir algo no será exactamente el corazón," dice, lanzándome un guiño. "Sé mandar a la mierda a un hombre yo solita, Julie. Créeme, si se pasa un pelo, seré yo misma quien lo persiga por todo el país."

"Está bien saberlo." *Lo de perseguirlo, digo, no lo de que Eli le vaya a romper nada a mi prima.*

Dios… después de hoy, voy a necesitar un lavado de cerebro.

"Entonces…," canturrea, poniéndome los pelos de punta con su sonrisa igualita a la de la muñeca *Annabelle*. "Cuéntame más sobre Elij- *Eli*."

Maldigo el día que me hice amiga del hombre más atractivo de todo el maldito pueblo.

"Se me va a hacer tarde, Alice. Tengo que volver a casa," digo como excusa, sabiendo qué me va a decir a continuación.

"Mañana es domingo, Julie, y sé perfectamente que los domingos no trabajas en la tienda," dice, haciendo un puchero. "Quédate a dormir. Haremos pijamada como cuando éramos pequeñas en mi antigua habitación."

Suspiro con fuerza, pero me rindo ante sus ojos de corderito y termino contándole todo lo que sé sobre Eli hasta que la noche cae sobre nosotras. Hablamos sobre la vida y el amor y, no sé ni cómo, terminamos contando desde nuestras citas más surrealistas hasta las más desastrosas.

Las horas pasan como si nada, y no nos damos cuenta de que nos han encendido las luces del porche hasta que Sloane sale para avisarnos de que la cena está lista. Cuando me ve, no se sorprende lo más mínimo de que todavía no me haya ido.

Puede que no pase todo el tiempo que me gustaría con mi familia, pero aun así me conocen lo suficiente como para saber cómo voy a actuar sin necesidad de palabras. Es como si la distancia y el tiempo no fueran capaces de cambiar lo que somos.



Dedico todo el domingo a mi familia. Me paso la mañana con Sloane, acompañándola al corral que tiene en el jardín trasero de su casa para dar de comer a las gallinas mientras Alice babea su lado de la almohada. Hacía mil años que no hablaba tanto con mi prima, y

haber estado horas contándonos cosas, riéndonos en silencio y confesándonos secretos como si volviéramos a ser niñas, ha conseguido reavivar esa chispa que tanto necesitaba volver a ver.

Antes de marcharme de vuelta a River Cross, tropiezo con Evan al entrar en casa por la puerta trasera que conduce a la cocina.

"Buenos días," saludo con el ceño fruncido.

¿Ha dormido aquí?

Tiene cara de no haber dormido más de dos horas pero…

¿Por qué no se ha marchado a casa todavía?

"Hey, Julie," dice apoyándose en el marco de la puerta para bloquearme el paso. "Te estaba buscando."

¿Quiere pasar tiempo conmigo? Definitivamente, se le ha ido la cabeza.

"¿Qué tramas?," pregunto ladeando la cabeza, sin fiarme un pelo. Evan suelta una risa entre dientes, pero el nerviosismo en su cuerpo es visible por la manera en la que se pasa una mano por la barba rubia de varios días.

"Quería preguntarte si te gustaría ayudarme con los caballos."

Miro el reloj del móvil un segundo. No tengo nada que hacer en casa, más que recoger y limpiar mi apartamento. Por un par de horas más aquí tampoco me va a pasar nada…

"Claro."

Lo sigo hasta los establos, a cinco minutos en coche de la casa de mis tíos. A diferencia de Almond Valley, aquí el terreno es más rocoso y las zonas de cultivo y ganado están más alejadas entre sí. Trato de darle un sentido a que Evan me haya pedido que lo acompañara, porque no abre la boca en todo el tiempo que estamos en los establos. Les damos de comer a los caballos, limpiamos las cuadras y sacamos a unos cuantos para que pasten al sol de la mañana en el prado.

"¿Quieres dar un paseo antes de marcharte?," pregunta, devolviéndome a la Tierra. Estaba ensimismada en la tarea, disfrutando del silencio agradable que nos envolvía.

Asiento con una sonrisa, entrando detrás de él para ensillar a los caballos. Cabalgamos al trote por los senderos que suben por la montaña de Honey Ridge y, tras varios minutos acompañados por el

canto de los pájaros y el aroma a hierba húmeda, paramos en un pequeño mirador. Desde aquí se puede ver todo el terreno de los Thorne y, al otro lado de la montaña, el de los Weston. Las dos familias separadas por una montaña. Literal y metafóricamente.

"Mira, se ve mi casa desde aquí," me dice, señalando unos árboles a lo lejos en mitad de la ladera.

Aunque tengo que hacer un esfuerzo para ver la pequeña casa de piedra rodeada de naturaleza, ahí está. Me imagino perfectamente a mi primo trabajando desde casa, a lo que sea que se dedique, solo, sin nadie que lo moleste. Es lo más parecido a un ermitaño que conozco. Y eso que me han contado historias bastante locas de algún personaje de Cinder Lake.

"Te gustan los caballos," anuncia, rompiendo el silencio. Me giro hacia él con el ceño fruncido, sin entender muy bien adónde quiere llegar.

"Ajá," asiento, fijándome en su perfil. Tiene las ojeras más marcadas que la última vez que lo vi hace varias semanas. Supongo que no he sido la única a la que se le han hecho cuesta arriba la vida últimamente.

"Montas muy bien para trabajar en una tienda de verduras."

Alzo una ceja. "¿Gracias?"

Evan suelta una risa entre dientes y se vuelve para mirarme. "Lo que quiero decir es que podrías dedicarte a ello. Tienes madera de amazona. Está en los genes."

"Oh, no, qué va." Me río sacudiendo la cabeza. "Yo no estoy hecha para los caballos."

"¿Y para qué estás hecha?," pregunta con curiosidad.

Buena pregunta.

"Me gusta mi trabajo, si es lo que me estás preguntando."

Evan niega.

"Me refería a la vida, Julie. ¿A qué estás esperando?"

"Creo que no te sigo…" *¿Desde cuándo Evan es tan… místico?*

Suelta un resoplido, pero vuelve a intentarlo.

"¿A qué esperas para vivir? Para hacer eso que tanto miedo te da," dice, alzando las cejas. "Todos sabemos la razón por la que vienes de visita, Julie. Te sientes perdida, de bajona, y no sabes qué

hacer, así que pasas un finde increíble con tu familia para devolverte los pies a la tierra."

"Estoy un poco perdida," admito en voz baja.

"No es malo sentirse así, Julie. Entiendo cómo te sientes, porque to también me sentía así hasta hace solo unos años…," admite, bajando la voz hasta que se convierte en un susurro. "Y no te juzgo por venir. Ojalá yo fuera tan valiente como tú y contara lo que me ocurre, mis miedos, y le hubiera pedido ayuda a mi familia cuando la necesitaba." Se queda un momento en silencio, asimilando sus palabras. "Pero no soy así, ya lo sabes. Me gusta encerrarme en mí mismo y resolver solo mis movidas."

"Tampoco es que yo la hubiera pedido explícitamente…," murmuro más para mí, pero Evan me escucha.

"Da igual que no lo digas con las palabras exactas, lo que cuenta es la intención, tus actos… Pero sobre todo tus ojos. Cualquiera de la familia se daría cuenta de que nos necesitas solo con mirarte, Julie."

"No quiero ser una carga."

Me duele el alma solo de pensarlo.

"Quien quiera que te haya metido esa idea en la cabeza es un idiota," gruñe con el ceño fruncido. *Yo misma*. "Somos tu familia, Julie. Estamos para eso. De igual manera que nosotros contamos contigo y tú estás ahí siempre que lo necesitamos. ¿O no te acuerdas de las veces que Ali te ha pedido consejo? ¿O la de mañanas que habrás pasado con Sloane en el huerto sin que te lo pidiera? Incluso a Michael le iluminas los días cada vez que vienes de improvisto."

A veces no puedo evitar sentirme como una intrusa.

Evan guía a su caballo para quedar a mi lado, y me da un ligero apretón en el codo. "Eres lo contrario a un estorbo, Julie, y perteneces a esta familia tanto como cualquiera de nosotros."

Cojo aire con fuerza, pestañeando rápidamente para ahuyentar las lágrimas que amenazan con salir.

"Gracias," susurro, mirándolo con toda la ternura que puedo expresar.

Evan me sonríe antes de abrazarme como puede desde su caballo, haciendo que suelte una pequeña risa que me anima al

instante.

"Te echo una carrera hasta los establos," digo con una sonrisa traviesa, desafiándolo con la mirada.

"Oh, Julie, te estás haciendo adicta a competir contra mí," dice riendo. "Pero no puedo dejar que me ganes. Al menos no en esto."

Antes de que me dé tiempo a procesar lo que quiere decir con eso último, aprieta los costados de su caballo y sale a galope. Lo veo desaparecer entre los árboles, todavía sin moverme. Quizá Evan tenga razón y ya vaya siendo hora de replantearme mis prioridades; comenzar a darle la importancia que se merece mi familia y sentirme en casa.

Acorto las riendas y aprieto las piernas antes de salir a toda prisa detrás de Evan. Espero poder alcanzarlo. Aunque… si pregunta, le diré que le estaba dejando ventaja.

"¡Allá vamos!"

CAPÍTULO DIEZ



Tate

Terminar el recorrido entero de cross me ha llevado menos de lo que esperaba. Imaginaba que tardaría varias semanas en construir los obstáculos, trasladarlos y montarlos, pero solo ha pasado una semana desde que empecé, y solo me faltan los últimos detalles.

Ya es lunes, lo que significa que mañana da comienzo el Wildflower Waltz y tendré que pasarme las tardes en River Cross, haciendo las actividades programadas por el alcalde.

No es que sea muy fan de hacer el tonto con la gente del pueblo, pero si no asistes a todo lo programado, es como si dejaras de existir para los vecinos. Aunque a la gente no le guste participar, es algo casi sagrado, y al final terminas pasando un buen rato entre la familia y los amigos.

Le echo un vistazo al móvil a ver si Sage ha contestado al último mensaje que le envié, y sonrío al ver el emoticono de un pulgar hacia arriba de su parte. Espero a que llegue apoyado en la rueda de mi camioneta, fijándome en los saltos repartidos por uno de los

senderos que rodea la casa de mi hermano. Y ahora también la de Sage.

No pasan ni quince minutos cuando aparece caminando por el sendero.

"¿Has venido andando?," pregunto en cuanto la tengo a un par de metros. "¿Cómo has tardado tan poco?"

Sage suelta una pequeña risa, negando. "Me ha acercado Lib, que tenía que marcharse a la tienda. No ha querido meterse en el sendero porque ya se olía que estos trastos iban a ocupar todo el camino," explica sin dejar de caminar, esquivando como puede uno de los obstáculos que, exactamente, va de un lado al otro de la carretera de tierra.

"¿Qué te parece?," pregunto, sintiéndome nervioso de pronto.

Sage se para a mi lado para mirar lo que hay delante de nosotros, pero yo no aparto la vista de su perfil. Quiero ver su reacción. Primero, su boca se abre ligeramente, seguida de sus ojos. Lentamente, las comisuras de sus labios comienzan a elevarse, hasta que forman una enorme sonrisa. Sus ojos grisáceos brillan a la luz del mediodía y se gira hacia mí con la emoción reflejada en ellos.

"¡Tate!," exclama, haciéndome elevar las cejas. "¡Qué pasada!" Ríe al darme un torpe abrazo, alejándose antes de que me dé tiempo a devolverle el gesto. "Qué pasada," repite, esta vez en tan solo un susurro.

Se acerca al enorme seto circular con un agujero del diámetro de una persona en medio. Una persona del tamaño de Sage, claro; tampoco hacía falta que fuera muy alto. Las flores rosas le dan un toque dulce de color, y no puedo evitar sonreír al verla pasar los dedos con delicadeza por encima de los pétalos artificiales.

"¿Te gusta?"

"¿Estás de coña?," exclama, todavía de espaldas. "Es increíble, Tate. No me esperaba esto para nada."

"¿No pensabas que lo consiguiera?," pregunto en un tono burlón, pero por dentro algo en mí se resquebraja al pensar que no me tenía fe.

Sage niega con la cabeza, girándose hacia mí.

"No es eso," dice con una sonrisa de oreja a oreja. "Sabía que conseguirías hacer un recorrido impresionante y que te currarías cada detalle para que todo quedara perfecto. Pero esto…" Suelta un pequeño suspiro, llevándose las manos al pecho. "Es mejor de lo que cualquiera podría imaginar. ¡Y lo has hecho tú solito! ¿Qué narices?"

Suelto una carcajada que me hace inclinar la cabeza hacia atrás mientras Sage continúa halagando mi trabajo, poniéndome por las nubes y subiendo mi ego hasta la estratosfera. No voy a necesitar un refuerzo de autoestima en un largo tiempo si sigue con los cumplidos.

"¿Sabes? Tenía dudas en si te iba a gustar," confieso cuando estamos a medio camino hacia la casa de mis padres para comer. Desvío la vista de la carretera durante un momento hacia Sage.

"¿Me estás vacilando?," pregunta con sorpresa desde el otro lado del banco. Me encojo de hombros, mirándola de reojo. "No quiero subirte más el ego, si es que se puede, pero todos los proyectos que haces terminan siendo una pasada. Y no es solo por lo exigentes que son, sino porque te tomas tu tiempo y no necesitas de nadie para conseguirlos."

"A veces es un poco agobiante…"

"Pues tómate más tiempo en el proceso," contesta sin más. Como si fuera tan fácil dejar de ser autoexigente y no imponerse una fecha límite. "Ahora aprovecha y descansa, Tate. Te lo mereces."

"Esta semana estaré ocupado con el Wildflower Waltz," digo con sonrisa burlona.

"Dios… no me lo recuerdes," murmura pasándose las manos por sus tirabuzones perfectos.

Frunzo el ceño.

"Pensaba que te gustaban las fiestas."

"Y me *encantan*," dice asintiendo varias veces. "Es a tu hermano a quien no le gustan nada. No sabes lo que me costó que aceptara a venir al menos a una actividad en River Cross."

"Pero si ha ido sin falta todos los años."

"¡Por eso!," exclama, alzando los brazos al cielo, sacándome una risa. "Me dijo que estaba harto de ir al festival, que es la peor fiesta

del año. Pero no puede negarse. Se lo repetí como mil veces y menos mal que terminó accediendo. Aunque creo que solo lo hizo para que dejara de insistir."

Sacudo la cabeza, recordando lo cabezota que ha sido siempre mi hermano, empeñado en detestar todo lo que conlleve socializar y pasarlo bien.

"Es un caso perdido, Sage. Él se lo pierde."

Me da la razón con un asentimiento, y lo que queda de camino nos lo pasamos cantando a todo pulmón las canciones de Elton John que añadí a mi *playlist*.

Desde el día que Sage pisó Almond Valley, sabía que acabaría siendo mi mejor amiga.

Comemos en la casa de mi madre con mis hermanos y la abuela Mira, que cada día parece más cansada. Su cuerpo aguanta bien los años, pero es su mente la que no la deja dormir. Siempre pensando, siempre dándole vueltas a algo sin poder controlarlo. Emily la llevará al médico a finales de esta semana, así que a ver si hay suerte y pueden ayudarla.

Ella insiste en que no nos preocupemos, que es lo que ocurre con la edad, pero no podemos evitar sentir impotencia al ver cómo el tiempo se va haciendo dueño de su cuerpo y mente poco a poco.

"¡Venga, Tate, que te estás quedando atrás!," me grita la voz de una mujer desde lo alto de la colina. No distingo quién es, estando tan lejos y pegando semejante grito. Aunque algo me dice que se trata de Sage.

"¡No me puedo creer que tu hermana mayor esté en mejor forma que tú!," exclama otra voz que sí reconozco. Cómo no, mi hermana.

Hago que Raven trote ligeramente para alcanzarlas, sujetándome el sombrero con una mano para que no se lo lleve el viento. Después de una rápida comida en la casa principal, Sage me ayudó a convencer a todos para que les enseñara el recorrido de cross terminado.

"Dejad de meteros con él," les chista mi madre, ganándose una sonrisa por mi parte que desaparece en cuanto vuelve a abrir la boca. "Siempre ha sido el más lento de la familia."

Gracias, mamá.

Tanto mi hermana como Sage se ríen a carcajada limpia, y no se me pasa por alto la sonrisa que trata de ocultar el caradura de mi hermano. *Traidor*.

Hago caso omiso de sus risas, haciendo fuerza en las piernas para que Raven avance hasta quedar delante de ellas.

"Venga, señoritas, vamos a empezar el recorrido."

"Yo no quiero saltar," interrumpe Lib con cara de haber chupado un limón.

"Pues no lo hagas. Nadie te obliga," contesta mi hermano, tan agradable como siempre.

"No hace falta que saltes," digo yo, más empático que el chalado de Wade. "Míralo como si fueras a hacer una vuelta de reconocimiento. Solo quiero que veáis los obstáculos y me digáis qué tal los veis, por si tengo que cambiar algo. Si queréis saltar, podéis hacerlo. He medido las distancias y están perfectas, así que no hay riesgo de muerte."

"Está Sage presente," recalca Lib, señalándola. "Eso significa que *sí* hay riesgo de muerte."

"No la gafes, anda," le dice Sage riendo. Mi hermano fulmina a la rubia con la mirada, y esta saca la lengua como si tuviera cinco años.

Y luego soy yo el idiota…

"Si no hay dudas ni objeciones, empezamos."

Salgo al trote hacia el camino donde comienza el recorrido, mirando hacia atrás para verificar que me siguen. Conociéndolos, son capaces de pasar de mí y volver a casa en cuanto les dé la espalda.

Me decidí por colocar un total de quince obstáculos por los senderos de Almond Valley, con la intención de que se complete como máximo en diez minutos al galope, ya que las distancias entre saltos son muy amplias. La altura no sobrepasa el metro de altura, así que cualquier jinete con una mínima experiencia en el salto puede ser capaz de hacerlo sin problema.

Cualquiera con experiencia o con un par como Sage.

"Relájate, vaquera, apenas has saltado con Mud y te puedes caer," le reprocha su marido, cruzándose de brazos sobre Shiny. Y es

que no sería la primera vez que tuviera que llevarla a urgencias por caerse de Mud.

Lo veo apretar la mandíbula mientras observa cómo su mujer mira decidida el primer salto. Me aseguré de que los primeros obstáculos fueran los más bajitos para ir aumentando la dificultad según se avanza en el recorrido, pero bien es cierto que los enormes troncos dan un poco de respeto. No tanto como para montar una escena, si eso es lo que pretende mi hermano, pero sí para estar atento.

Pero Sage hace caso omiso a las súplicas de Wade y retrocede para coger carrerilla y entrar al galope al salto.

"Espero que tengas marcado ya el número de emergencias," susurra Lib a mi lado mientras observamos la escena a un lateral del obstáculo como si fuéramos el público.

Esbozo una pequeña sonrisa, viendo que Mud y Sage hacen un gran binomio y no demuestran inseguridad alguna al volar por encima del tronco decorado con plantas artificiales. Mi madre aplaude con una sonrisa enorme y Wade se pasa una mano por la cabeza, respirando de nuevo.

"Tate, como propósito del año te suplico que me enseñes a hacer el recorrido entero," exclama Sage sin aliento, acercándose a nosotros después de frenar a Mud y acariciarlo en el cuello.

Me echo a reír mientras reanudo el paso. "Pero si todavía no lo has visto entero."

"Si esto es el principio, solo puede mejorar. Además, mi obstáculo es una pasada."

"¿Ya has visto el tuyo?," pregunta Lib, lanzándome una mirada asesina.

"Yo- yo creía q- que…," tartamudeo, abriendo mucho los ojos. "Me daba miedo que a Sage no le gustara el resultado," confieso con la boca pequeña.

"¿Y a mí no?," espeta, torciendo la boca.

"Es que enfadada no das tanto miedo como Sage," dice Wade como si pretendiera salvarme. Pero, *obviamente*, consigue el efecto contrario.

"¿Cómo que doy miedo enfadada?," pregunta ella, volviéndose hacia mi hermano, que levanta las cejas como si dijera: *¿Ves?*

Sage resopla, pero nos lanza una sonrisa maliciosa sin que Wade la vea. *Son tal para cual…*

Continuamos con el recorrido durante la tarde hasta llegar al obstáculo trece, donde el enorme seto ocupa todo el ancho del sendero.

Lib silba a mi lado. "Pues sí que es una pasada," dice acercándose al enorme obstáculo.

Impone bastante al alzarse a varios metros sobre el suelo, y mi hermana tiene que echar la cabeza hacia atrás para ver el punto más alto. El obstáculo no es demasiado alto, será de unos ochenta centímetros, pero hay que estar mentalizado y entrar seguro al salto para que el caballo se atreva a pasar.

"¿Vamos todos?," pregunto con una sonrisa traviesa. Mi madre se raja la primera, con la excusa de que se tiene que ir a casa a hacer la cena. *Claro… a las cinco de la tarde…* Sage y Wade están más que seguros en saltarlo, así que se ponen a ello.

Pero, después de sobrepasar el obstáculo y volverme hacia el otro lado, veo a mi hermana en el centro del círculo verdoso con la boca torcida en una mueca.

"¿Vienes o qué, lenta?," le grito, aguantando la risa.

Lib parece dudar, porque guía a su caballo hacia delante y luego hacia los lados como si buscara una alternativa.

"Si no quieres saltarlo, tendrás que ir por el camino del bosque, pero tienes que dar una vuelta bastante grande," añado, esperando pacientemente a que se decida.

Pero mi hermano Weston no tiene esa habilidad tan desarrollada como yo.

"Venga, quejica, salta de una vez para que podamos continuar y acabar esta tortura familiar."

"Es que me da miedo," dice Lib con expresión de perrito abandonado.

"¿Pero a ti qué te pasa?," refunfuña de nuevo. "El miedica de la familia es Tate."

"¡Oye! Te he oído." Le lanzo una mirada asesina, pero él solo pone los ojos en blanco. *Será imbécil*.

"Tampoco pretendía lo contrario," murmura el otro, ganándose un golpetazo en el brazo de parte de su mujer.

"No seas imbécil," le riñe ella. Me muerdo el labio para que no me echen la bronca por reírme.

"No pienso saltar eso," insiste Lib sobre su caballo. Reprimo mis ganas de darle una patada en el culo y me giro hacia ella con la expresión más agradable que me permite mi cara.

"Ve por el bosque si lo prefieres. Solo quedan dos saltos, así que te esperaremos al final del recorrido, junto al tuyo."

Nos despedimos de mi hermana y avanzamos al trote lo que queda de sendero. Sage me pregunta por el proceso del recorrido y no dejamos de hablar hasta que llegamos al punto de encuentro. Wade no abre la boca en todo el camino, y su cara de molestia nos acompaña como una nube oscura sobre nuestras cabezas.

Los minutos pasan hasta que Lib llega y prácticamente grita al ver sus calabazas. El sol comienza a ocultarse tras las colinas cuando termino de contarles mis ideas y me dan un *feedback* del recorrido que me llena de orgullo. A todos les ha gustado, no hay ninguna queja. Incluso Lib se anima a sobrepasar con su caballo su delicado salto con decoración otoñal.

Siento una calma en el pecho, como si me hubiera quitado un peso de encima. Y no es solo satisfacción, sino sentirme capaz; esto lo he construido yo desde cero. Cada idea, cada hora invertida y cada rasguño ha merecido la pena.

Mientras el cielo se tiñe de tonos anaranjados y volvemos a casa, dejo que ese orgullo me llene por dentro despacio, dándome tiempo a saborearlo como un logro que me hace estar más cerca de mis metas. Porque creo que por fin he encontrado la chispa que me faltaba. Y se halla entre estos obstáculos.

CAPÍTULO ONCE



Tate

Mueve el culo, Tate. Como lleguemos tarde te corto las piernas.” Sage llama a mi puerta unas treinta y cinco veces, por si acaso no me entero con la primera, ya que solo golpea la madera con tanta fuerza que retumba en toda la casa. Termino de atarme los zapatos y cojo aire con fuerza, mentalizándome para lo que me espera hoy.

El primer día del Wildflower Waltz.

Casi se me olvida que comenzaba hoy, entre que mi mente solo tiene espacio para pensar en troncos y arbustos y el cansancio acumulado de estas últimas semanas. Menos mal que tengo a Sage para recordarme la llegada del festival. Aunque… a este paso se va a quedar sin voz y le van a sangrar los nudillos antes de que empiece.

“¡Ya voy!,” grito desde el otro lado de mi casa, levantándome de la cama y echándome un último vistazo en el espejo.

Llevo una camiseta de algodón azul y los vaqueros menos desgastados que he encontrado en el armario. Mis botas de trabajo descansan al lado de la puerta, llenas de tierra y polvo. La ocasión merece mis otras botas, que son igual de viejas, pero al menos no

están llenas de mierda. Mi pelo suelto está demasiado largo, formando pequeñas ondas en mi nuca y detrás de las orejas. Ahora que he terminado el trabajo tendré tiempo para ir a la peluquería, pero no está dentro de mi lista de prioridades.

Cuando construimos mi casa solo hicimos una planta, poniendo la habitación principal al fondo de todo para tener vistas al bosque. Así que tengo que recorrer la casa al completo para llegar a la entrada y encontrarme con una Sage bastante desesperada.

"¿Qué estabas haciendo? ¿Aprender claqué? Como tengas que volver ahí dentro a algo te corto lo siguiente a las piernas, Tate Weston. Conduzco yo, así que camina," suelta con las mejillas coloradas por la rabia. Me muerdo el labio inferior para contener una sonrisa y asiento como única respuesta. Sage suelta un bufido de lo más adorable y la sigo hasta su vieja camioneta.

El enfado le dura unos cinco minutos, cuando empieza a hablar sin parar de las actividades que hay organizadas desde la mañana hasta la noche. Los mejores días del festival son el primero y el último. Las fiestas abren con talleres, bailes y un gran concierto al final del día. El resto de la semana la decoración continúa presente en River Cross, pero solo hay actividades para los niños. El martes, el último día, es parecido al primero, cerrando con fuegos artificiales y un baile de despedida en el que todo el pueblo está obligado a participar. Palabras del alcalde.

Las flores de Agnes nos dan la bienvenida cuando cruzamos el puente para ir al otro lado del pueblo, y Sage casi deja que nos estrellemos contra un puesto de comida al soltar las manos del volante para llevárselas al pecho de la emoción. Menos mal que reaccioné a tiempo y lo sujeté por ella, porque ni dejó de pisar el acelerador ni cogió el volante hasta después de varios segundos.

No sé si me da envidia o miedo su calma.

Sage observa todo con atención, avanzando tan despacio que los vecinos que caminan por la acera nos adelantan sin esfuerzo. Estoy a punto de decirle que, por favor, acelere y aparque detrás de The Green Basket, cuando frena en seco y pega un chillido que me hace llevarme las manos a las orejas en un acto reflejo.

"¿Qué pasa?," pregunto asustado, sacando la cabeza por la ventanilla para ver si ha atropellado a alguien.

"¡Mira eso!" Señala al frente, donde hay un puesto de cuadros hechos con pétalos de flores. Hay varios collages de caballos en diferentes posturas, un par de bodegones y unos cuantos paisajes de River Cross.

Me giro lentamente hacia ella, todavía sintiendo el corazón palpitando con fuerza contra mi pecho. Mis labios son solo una línea fina y tensa, y Sage parece que se da cuenta sin necesidad de mirarme, porque hace un mohín y acelera en silencio.

"Era adorable, ¿vale? Lo siento," me dice en cuanto aparca y nos bajamos de la camioneta. Me contengo para no resoplar, aunque las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba. Supongo que me lo merecía, después de hacerla esperar varios minutos en la puerta de mi casa.

"¿Qué quieres ver primero?," pregunto, acercándome a ella para pasar un brazo por encima de sus hombros, haciendo que ponga los ojos en blanco.

"Vamos a ver los puestos de artesanía y luego le hacemos una visita a tu hermana," dice con una sonrisa, dirigiéndonos hacia unas casetas de madera que están decoradas con flores hasta el techo. Cada una tiene un color distinto, lo que las hace especiales a su manera.

"¿Has visto a tu marido?," pregunto cuando nos paramos frente a un puesto de flores de hojas de papel cebolla.

"Todavía no," dice, ojeando unos ramos de rosas. "Me dijo que vendría más tarde para la actividad a la que nos apunté. Ni un minuto más ni un minuto menos."

"Tan social como siempre…," murmuro tocando la superficie de un cuaderno decorada con papel de tonos azules. Los colores me recuerdan inconscientemente a una persona, provocándome una punzada extraña en el pecho.

Llevo sin ver a Julie desde que volvimos del viaje a Hazel Field. Una parte de mí se alegra por no haber coincidido con ella en una semana, pero también he sentido una extraña sensación durante estos días por no haberla visto ni de casualidad. Como un vacío. No

sé explicarlo, ni tampoco sé a qué se debe. Tampoco es que fuéramos amigos antes, pero haber pasado tantas horas con ella, que ocurrieran tantas cosas en un solo día, tantas emociones… Me siento como si hubieran revuelto en mi pecho con brío y me hubiera dejado mareado, aturdido y un poco perdido.

"¿Tienes pareja para el baile de esta noche?" Miro a Sage con las cejas levantadas de la sorpresa, pero mantiene la vista fija en las flores expuestas sobre la mesa. Es como si me hubiera leído la mente.

Podría mentirle e inventarme el nombre de alguien, pero al final opto por la verdad. "No se lo he preguntado a nadie," contesto, encogiéndome de hombros. "Se lo pediré a alguna mujer solitaria como yo que esté en la carpa."

"Como si fuera cosa del destino, ¿no?," dice con una sonrisa ladeada.

"Exacto," digo, guiñándole un ojo.

"Cómo te gusta romper corazones."

"No te equivoques, Sage. Yo no rompo ningún corazón, solo los hago bailar un poco de salsa. A todos nos gusta tener un poco de atención de vez en cuando."

Sage rueda los ojos, dándome un apretón en el hombro. "Como me entere yo de que vas por ahí haciéndoles ilusiones a las mujeres, te parto las piernas."

"Cómo te gusta amenazarme con mis preciadas piernas," digo llevándome una mano al pecho con teatralidad.

"Es porque sé que aprecias demasiado lo que tienes entre ellas y me parecería más gracioso verte lidiar con una silla de ruedas."

"Te compadecerías de mí y me empujarías por todo River Cross, Sage, no te mientas."

"De eso se encargarían otras mujeres," dice, avanzando entre la multitud. "Estoy segura de que las tendrías loquitas y se pelearían para llevarte de un lado a otro."

Suelto una carcajada y sigo a Sage por la carretera, cada vez más concurrida. "¿Crees que ligaría más en silla de ruedas?"

"¿Quieres comprobarlo?" Me mira por encima del hombro con una ceja alzada, haciéndome reír otra vez.

La mañana transcurre sin altercados, mis piernas continúan en su sitio y Sage me ha hecho cargar con varias bolsas llenas de decoraciones artesanales que dejamos en su camioneta cuando nos da la hora de comer. Hablamos un rato con unos vecinos de Windstone, el pueblo que hay que cruzar desde Almond Valley para llegar aquí, pero nos tenemos que despedir a toda prisa cuando vislumbramos un par de trenzas doradas al otro lado de la calle.

No hemos logrado hablar con mi hermana en toda la mañana. Es como una lagartija escurridiza, cada vez que hemos tratado de acercarnos, o nos interceptaban unos vecinos o desaparecía detrás de algún puesto florido. Cualquiera pensaría que está huyendo de nosotros, pero sé que estos festivales la hacen evadirse de todo y apenas tiene tiempo de mirar alrededor. En su cabecita solo hay espacio para las tareas que tenga organizadas, mantener el orden en su tienda y estar pendiente del pequeño puesto que ha montado justo delante.

"¿Estamos jugando al escondite y no nos hemos enterado? ¡Porque se te da de miedo!" Sage intercepta a mi hermana adelantándola con una amplia zancada, obligándola a frenar antes de estamparse con su escaso metro y medio de altura.

"¡Pero qué sorpresa!" Lib se echa a reír y la abraza con fuerza, levantándola un par de centímetros del suelo. "¿Dónde está el idiota de mi hermano? ¿De verdad te ha dejado sola?"

"Si, bueno…"

"Estoy yo," anuncio con una sonrisa ladeada, cortando a Sage antes de que invente alguna excusa, a juzgar por la cara de pena que ha puesto. Lib me mira haciendo una mueca, pero se encoge de hombros antes de volverse hacia su amiga.

"Un Weston es un Weston. Y no sabría decirte cuál de los dos es peor compañía."

"Wade, sin duda," digo con convicción, ganándome una mirada de reproche por parte de mi adorable hermana. *Se nota que nos queremos, ¿verdad?* "Justo íbamos a ir a la carpa a comer algo, a ver qué ha preparado Theo este año."

"Tengo que arreglar un poco el escaparate de la tienda," dice, señalando con el pulgar a su espalda. Miro por encima de su hombro

las flores formando una perfecta corona naranja en la cristalera y bajo la mirada hacia Lib con el ceño fruncido. Sus ojeras están más oscuras de lo normal, y luce bastante cansada para ser solo las once de la mañana. "Hoy es el concurso de decoración floral," explica, frotándose las manos con nerviosismo. "Todos los años gana The Red, pero Julie me contó que hoy soñó que este año sería diferente. Llevamos desde las seis preparándolo todo porque quiero ganar, así que tiene que ser perfecto."

Ahora es mi turno de fruncir el ceño. "Me estás diciendo que este año vas a ganar por un… ¿sueño?"

Mi hermana y Sage comparten una mirada exasperada, como si estuviera diciendo una locura. Parece irónico que yo sea el más cuerdo de los tres en este momento.

"Sí, Tate, por un sueño. ¿Y qué? Julie nunca se equivoca con sus premoniciones nocturnas, y esta no me parece una excepción. Me lo he currado como nunca y tengo el escaparate más bonito de todo River Cross."

"Eso lo decidirá el pueblo," murmuro, alzando las cejas con retintín, irritando todavía más a mi hermana.

"¿Te esperamos para comer?," pregunta Sage, señalando la carpa al fondo de la carretera. Lib niega, jurando que tiene el estómago cerrado por los nervios, pero cuando nos marchamos prometemos traerle una caja de alitas para después.

Esta tarde hay programados varios talleres y actividades. Para los niños hay diferentes puestos para hacer flores de papel, plantar semillas en las jardineras del pueblo y en los campos a las afueras. También han organizado una gymkana para que busquen flores silvestres y hagan sus propios ramos.

Sin lugar a dudas, esa última es la actividad favorita de las madres, pues todos los años los hijos se los dan como regalo.

Encontramos un hueco libre en una mesa de picnic debajo de la carpa para sentarnos y ocultarnos del intenso sol del mediodía mientras comemos. Hay una inmensa barra que ocupa todo el ancho del espacio cubierto, donde sirven las bebidas y preparan las comidas. Theo ha cocinado alitas, hamburguesas y perritos calientes, y, como todos los años, es un completo éxito. Apenas hay

espacio para más vecinos, y muchos tienen que comer de pie, pero el ambiente es agradable, divertido y acogedor. Verdaderamente se siente como una festividad, con música country sonando por los altavoces.

"¿A qué taller te has apuntado hoy?," me pregunta Sage después de beber un trago de agua para bajar la hamburguesa que está devorando.

"Decoración de cerámica," contesto, limpiándome la boca con la servilleta antes de hacerla una bolita y encestarla en la papelera. *Punto*.

"Vaya, qué… delicado."

Veo a Sage apretando los labios para contener una risa.

"Ja, ja. Ríete lo que quieras, Sage, pero es una actividad muy entretenida y relajante. Además, necesito una taza nueva para mi café de la mañana."

"¿Y no te sirve una de la tienda de la esquina?"

"Me gusta llevarme un detalle de cada festividad."

"¡Eso sí que no me lo esperaba!," exclama, sonriéndome como si hubiera descubierto una nueva estrella en el cielo. "Tate Weston es un apasionado de los detalles."

Parpadeo una vez, pensándolo un segundo. "Pues… sí. Siempre me quedo con algo de cada sitio al que voy: las listas para organizar los proyectos, me llevé un pétalo de las flores que puse en el obstáculo que me pediste, un lirio azul de Agnes' Garden…"

Me pierdo en todos los recuerdos que guardo de cada momento especial en mi vida, y estoy tan ensimismado mirando a la nada, que casi no escucho la pregunta de Sage.

"¿Quién es Agnes?"

Abro la boca para contestar, pero la cierro de inmediato.

"¿Y por qué un lirio azul?," pregunta con curiosidad.

Me encojo de hombros, sabiendo que si lo digo en voz alta solo conseguiré que me acribille a preguntas a las que no tengo respuesta.

"¿No tienes nada que contar?" Solo pensar en el enorme ramo de flores azules que Agnes me dio me hace sonrojarme, y Sage se da cuenta porque prácticamente pega un chillido. "¡Te estás

sonrojando! Tate Weston, si no me dices ahora mismo en quién estás pensando, juro que me pondré a gritar.”

“¿Todavía más?,” digo con la voz estrangulada.

“Soy una mujer de palabra,” dice con seriedad.

Suelto todo el aire de mis pulmones, pasándome una mano por la barba de dos días.

“Agnes es la florista de Hazel Field, el pueblo al que fui la semana pasada a recoger las flores de Lib.”

“Ajá.”

Fulmino a Sage con la mirada, lo que le hace esbozar una sonrisa burlona. Me tiene comiendo de la palma de su mano, y sabe que se lo voy a contar todo con pelos y señales.

“Hubo un… malentendido entre Julie y yo.” No puedo evitar sonreír al recordar su expresión y cómo salió hecha una furia del almacén. “Así que le pedí a Agnes que me hiciera un ramo de flores azules para arreglarlo.”

Sage abre mucho los ojos y sus labios se separan formando una pequeña O. “¿Tú le pediste a Agnes un ramo de disculpas?”

Asiento, revolviéndome con incomodidad sobre el duro banco de madera. En su momento fue el único detalle que merecía la pena probar para ofrecerle una tregua a Julie. Sabía que intentar hablar con ella sería imposible. Necesitaba algo más significativo.

“¿Y qué dijo ella? ¿Te perdonó?” Hago un ruido afirmativo, y Sage se lleva las manos a la boca. “¿Y qué pasó después? ¿Hablasteis o… hubo algún tipo de confesión?”

“¿Confesión?,” suelto una risa entre dientes. “No, nada de eso. Aceptó mi tregua y seguimos con el viaje como si nada hubiera pasado.”

“Como si nada hubiera pasado…,” repite en voz baja, como si tuviera que pronunciarlo para creerlo.

Vuelvo a asentir, confuso, intentando averiguar a dónde quiere llegar con todo esto.

“¿Qué ocurre? ¿Julie te ha dicho algo de alguna confesi-”

“Por fin te encuentro.” La voz de mi hermano mediano me interrumpe, obligándome a cerrar la boca al instante. Lo último que quiero es que se entere y meta las narices donde no le llaman.

Aunque… no puedo evitar sentir una punzada de frustración al no saber la respuesta de Sage. ¿Julie le habrá hablado de mí? ¿Le habrá contado algo que yo no sé sobre el viaje? Quizá hice algo mal y no me di cuenta. Quizá debería hablar con ella y solucionarlo.

Me levanto en un acto reflejo del banco, sorprendiendo a Sage y Wade, que se me quedan mirando; una con las cejas alzadas y el otro con el ceño más fruncido que de normal.

"El taller está a punto de empezar…," invento como excusa para marcharme. Me saco el móvil del bolsillo para mirar la hora, y tampoco estoy muy equivocado. Quedan quince minutos para las cuatro y media.

"¿Quieres que vaya contigo?," se ofrece Sage, mirándome con confusión. Debe de estar alucinando con mi repentina prisa.

"Estoy bien," digo intentando tranquilizarla. No quiero tener una conversación incómoda con Julie y que Sage presencie cómo me parten el corazón. Otra vez.

Una ya fue suficiente, dos sería como cavar mi propia tumba.

Me despido a toda prisa, poco más y echo a correr, mimetizándome entre la multitud en busca de una melena rubia. Ni siquiera he pensado en qué le diré a Julie cuando la vea. Lo primero será preguntarle si le ocurre algo y después le pediré perdón si hace falta.

La busco en cada caseta, detrás de los puestos e incluso vuelvo a la carpa donde acabamos de comer —escondiéndome detrás de un contenedor para que Sage y Wade no me vean hacer el ganso—, pero no hay ni rastro de Julie Bell.

Mi móvil me sorprende cuando comienza a vibrar en mi mano, y desactivo la alarma que anuncia que el taller de cerámica comienza en dos minutos. Me debato internamente en si debería esperar un rato más y seguir buscándola o ya es hora de rendirse. A lo mejor es que se ha ido a casa después de ayudar a Lib con la decoración. Podría mandarle un mensaje y preguntárselo, pero me parece demasiado hasta para mí. La próxima vez que la vea —que podría ser de unas horas a varias semanas—, intentaré hablar con ella.

Entro un tanto derrotado en la pequeña carpa que han montado cerca del río, donde un grupito de mujeres charlan animadamente.

Me saludan con enormes sonrisas, encantadas de ver que un único hombre ha elegido este taller. Me paro frente a la vajilla que hay para elegir, expuesta sobre una enorme mesa cubierta con un mantel blanco con encajes. Necesito varios minutos para decidir cuál es la mejor opción para pintar lo que tengo en mente, y me decanto por una taza con forma irregular y un platito a juego.

A pesar de haber sido de los primeros en llegar, soy de los últimos en sentarse, y lo hago cerca de una esquina, entre dos asientos vacíos. La mujer que organiza el taller nos da la bienvenida, nos muestra dónde está la pintura y los utensilios y nos deja libertad creativa. Cojo todo lo que necesito antes de volver a sentarme, y sonrío al ver que el asiento de mi derecha está ocupado.

Hay una mujer pelirroja pintando un jarrón cilíndrico de verde, pero no parece muy habladora, porque apenas me mira cuando la saludo al sentarme a su lado. No continúa la conversación educada que trato de comenzar, y terminamos sumiéndonos en un silencio incómodo. Normalmente hablaría con cualquier persona que estuviera cerca, pero como el otro asiento está vacío y esta mujer parece que no tiene ganas de hablar con nadie, me tengo que conformar con compartir el silencio.

Cojo uno de los pinceles gruesos, comenzando por una fina capa de pintura blanca sobre toda la taza, incluido el interior. Espero a que se seque un poco, soplando suavemente sobre la superficie, impaciente, antes de darle unos toques con los dedos por encima para comprobar si ha secado lo suficiente para seguir con los detalles. Cambio de pincel y de color, empezando con la decoración del interior de la taza, mezclando pintura azul con verde.

Me quedo ensimismado en la tarea, disfrutando de mi momento a solas, aunque acompañado en silencio, y de la mezcla de olores de la pintura fresca y la arcilla húmeda.

"Perdón por llegar tarde. No sabía en qué carpa era."

"No te preocupes, hija. Tienes un hueco al lado de aquel muchacho de camiseta azul."

Oigo voces a lo lejos, difusas y entrelazadas, como un murmullo del que apenas soy consciente. No me doy cuenta de que unos pasos se acercan en mi dirección con fuerza; una estampida que

anuncia mi perdición. Porque eso es exactamente lo que encuentro cuando voy a coger más pintura y por casualidad levanto la vista: me quedo paralizado, con la mano a medio camino entre mi taza y la tabla con colores, atrapado en la mirada de la persona que permanece de pie frente a mí.

Sus ojos arden con un huracán de emociones, y siento que mi corazón se para al quedarme atrapado en este instante.

"Siempre apareces en los lugares más inesperados," susurra, mi perdición.

CAPÍTULO DOCE



Tate

Os ha pasado alguna vez que tenéis todo un discurso preparado como si fuera una presentación con *power point*, sabiendo de memoria punto por punto todo lo que tenéis que decir, pero cuando os toca hablar os quedáis completamente en blanco porque no podéis dejar de pensar en si los ojos de la mujer que tenéis delante son verde oliva o verde menta?

Porque eso es justo lo que me ha pasado.

Llevo boqueando como un pez fuera del agua desde hace ya un minuto entero. Y empieza a ser incómodo.

Julie me mira con las cejas enarcadas, pero de mi boca no sale ni un solo sonido.

Yo diría que son verde oliva, con ligeros destellos color miel.

Estoy empezando a sudar; si pasa otro segundo más voy a estar a dos neuronas de colapsar.

"¿Todavía no ha elegido su recipiente ni los colores?," pregunta la mujer que lleva el taller, acercándose a nosotros.

Intervención divina, gracias.

La mujer —alias, mi salvadora—, se lleva a Julie hacia la mesa de mantel blanco, que me mira por encima del hombro con los ojos entrecerrados, como si dijera «esto no ha acabado aquí». Aprieto los labios con fuerza antes de volver la vista hacia mi taza.

Joder… he hablado con Julie millones de veces, ¿por qué me tengo que quedar en blanco ahora, cuando tengo tanto que decir? Continúo decorando la cerámica, pero no estoy tan concentrado en la tarea como hace un rato, antes de que la mujer rubia de vestido azul de tirantes estuviera en el mismo lugar que yo. La veo seguir a la mujer por la carpa, escuchando sus explicaciones y sugerencias de pinceles con atención.

Casi sin darme cuenta, termino centrando toda mi atención en ella. Observo cómo camina con delicadeza por el lugar, como si fuera una nube que surca el cielo y se mueve con el viento. El vestido azul pastel se ajusta a su cintura de forma suave, marcando su silueta sin apretar, y luego cae suelto hasta los pies. La tela es ligera y fluida, y tiene un acabado sencillo con detalles en blanco y azul cielo.

Pero es su pelo lo que me tiene embobado. Lleva sus ondas rubias sueltas, adornadas con pinzas en forma de mariposas de colores, como diminutos destellos repartidos entre los mechones dorados. No puedo evitar pensar cómo sería deslizar la mano por su cabello, tan suave como lo recuerdo.

Aparto la vista cuando se da la vuelta y viene hacia aquí, acomodándome en el duro asiento, centrándome en la mancha de pintura azul sobre mi mesa. Escucho cómo se sienta a mi lado, dejando un plato con forma de tortuga marina con un agujero en medio, donde debería estar el caparazón.

"¿Qué se supone que es eso?," pregunto sin pensar. Me muerdo el interior de las mejillas sin atreverme a mirarla.

¿Por qué tengo que abrir la boca cuando no me toca?

"Podría ser un cenicero o un macetero, pero lo usaré como joyero," contesta sin más.

No ha sido fría ni distante, aunque tampoco ha sido la alegría de la huerta. Pero algo es algo, así que me lo tomo como una pequeña victoria. Me fijo en que no ha traído ningún bote de colores, solo un par de pinceles y una esponja.

"¿Y las pinturas?"

Se encoge de hombros, mirándome con la cabeza ladeada.

"Resulta que las que quiero usar las tienes tú."

Siento cómo mis mejillas comienzan a arder y me obligo a mirar hacia otro lado, intentando no mostrar que me tiene completamente fuera de mí. Por el rabillo del ojo distingo una sonrisa divertida bailando en sus labios, y una sensación extraña se asienta en mi estómago, como si un millón de mariposas, iguales a las que tiene decorando su pelo, revolotearan dentro de mí.

Echo más pintura en la tabla de madera y espero a que sumerja su pequeña esponja en ella antes de hacer lo mismo y continuar con mi pequeño plato.

"¿Son… arándanos?," pregunta Julie en voz baja, escudriñando mi lado de la mesa con una pequeña arruga entre las cejas. Me dan ganas de pasar un dedo por encima para hacerla desaparecer, pero en cambio me conformo contestando a su pregunta.

"Sí." Mi voz sale más ronca de lo que pretendía, así que carraspeo antes de continuar. "Me gusta el color y es el mejor fruto silvestre de esta temporada."

"¿Eso crees?," pregunta entrecerrando los ojos como si no me creyera. Asiento, volviendo a la pintura.

"Son pequeños, suaves y brillantes." Me encojo de hombros, pensando un segundo antes de continuar. "Los arándanos parecen simples frutos, pero esconden un encanto delicado, como alguien que ilumina todo a su alrededor sin esfuerzo."

Mantengo la vista clavada en sus manos, sin atreverme a mirarla, como si sus uñas pintadas de azul marino fueran lo más interesante que haya visto en la vida.

"Vaya… Nunca había pensado que a alguien pudieran gustarle tanto los arándanos." Suelta una pequeña risa. "Pensaba que yo era la única obsesionada con ellos."

"¿Ah, sí?," digo en tono burlón, ganándome otra risa suya.

"También creo que son el mejor fruto silvestre. Pero no pensé que alguien se fijara tanto en los… detalles."

"Los detalles son importantes," replico, intentando sonar despreocupado. "Sobre todo cuando llaman tu atención."

Ella arquea una ceja, vuelve a la cerámica y murmura casi para sí misma: "Cualquiera diría que hablas de arándanos."

Siento otra vez el calor subiéndome a las mejillas y aparto la vista hacia la mesa, concentrándome en los dibujos para distraerme, aunque sé que no funciona.

No soy propenso a sonrojarme. De hecho, nunca me sonrojo. La vergüenza no forma parte de mi vocabulario cotidiano. Puedo bromear, reírme de mí mismo, decir lo que pienso sin filtros, y casi siempre me sale bien. Veo la vida con cierta ligereza y, sobre todo, sin temores innecesarios.

Y sin embargo… aquí estoy. En un solo día he perdido la cuenta de las veces que me he sonrojado. Porque esta vez no se trata de mí ni de mi orgullo, se trata de Julie.

Por primera vez, alguien tiene el poder de desnudarme sin que yo quiera.

"¿Por qué has escogido la tortuga?," pregunto, optando por cambiar de tema antes de que mi cabeza se derrita.

Julie pinta la cabeza del animal con una esponja, dando toquecitos para dejar una textura azulada irregular pero suave.

"Me recuerda a mi madre," contesta, esbozando una adorable sonrisa al pensar en ella. "Siempre ha estado obsesionada con los animales marinos. Más que tú con los arándanos, y eso ya es decir…," murmura, lanzándome una sonrisa burlona que me hace reír. "Por eso estudió biología marina. Siempre me dice que hay tanto por descubrir en el mundo, que no quiere perderse nada. Le encantaba viajar y hacer expediciones a lugares recónditos del océano en busca de nuevos animales por observar y conocer, aunque en los últimos años apenas ha podido salir de su despacho... A ella no le importa que los científicos estimen que existen más de dos millones de especies y plantas marinas aún por descubrir. Layla Bell nunca se rinde," dice eso último con una risa ligera.

La pequeña burbuja que nos rodea es cómoda, agradable y cálida, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si fuéramos dos viejos amigos que acaban de reencontrarse y comparten anécdotas entrañables.

“Creo que tu madre me caería muy bien,” digo con una amplia sonrisa, guiñándole un ojo para hacer que se ría.

“Tenéis la misma determinación a la hora de hacer las cosas, siempre trabajando hasta el final,” dice, asintiendo con una pequeña sonrisa que pone a mi corazón a bailar sin previo aviso.

“¿Y las tortugas?,” pregunto con curiosidad, fingiendo tranquilidad, como si dentro de mí todo estuviera bajo control y no estuvieran sonando todas las alarmas que creía inservibles.

“Siempre encuentran el camino a casa, sin mapas y sin brújulas,” contesta con una sonrisa que le ilumina el rostro. *Joder, tiene que dejar de hacer eso*. “Son fuertes y resistentes, capaces de sobrevivir semanas sin comer, enfrentándose a mares enormes y tormentas que a cualquiera de nosotros nos harían desistir. Pero ellas siguen luchando, nadando, viviendo. Me fascina esa fuerza silenciosa, esa manera de sobrevivir sin hacer ruido, como si el mundo fuera un desafío que aceptan cada día.”

Julie me deja sin palabras. Si ya había conseguido desarmarme con solo dirigirme la palabra al comienzo del taller, ahora, con ese abanico de sonrisas que me ha regalado, como si tuviera que elegir mi favorita, me ha destruido por completo.

Como había previsto cuando la vi, Julie va a ser mi ruina.

Terminamos nuestras figuras de cerámica entre conversaciones triviales, anécdotas familiares y algunos de mis comentarios que consiguen sacarle más de una carcajada.

Estar con Julie se siente como caminar descalzo sobre la arena seca de la playa, esa que se cuela entre los dedos y se amolda a cada paso, suave y cálida. Es como si supiera exactamente dónde apoyarse para resultar perfecta. La sensación que me acompaña cuando estoy con ella no abruma, pero se instala poco a poco, metiéndose en cada rincón de mi ser para envolverme sin darme cuenta.

Con ella todo parece sencillo y natural, como si me conociera sin preguntar, sin necesidad de palabras, compartiendo cada risa y cada silencio.

Recogemos arropados por un silencio cómodo, desistiendo al intentar limpiar el mantel de las manchas de pintura azul. Vamos

hacia el pequeño horno donde se terminan de secar las figuras de todos los participantes del taller, y nos despedimos de las vecinas en cuanto cogemos la vajilla, guardándolas en pequeñas cajas de cartón. Salimos juntos de la carpa, encontrándonos con apenas una docena de personas en el campo. Parece que los demás habitantes de River Cross están en otro taller, ocultos bajo una carpa blanca al otro lado del río.

Echamos a andar hacia el camino que conduce al centro del pueblo, pero me paro antes de avanzar un paso más. Julie se gira hacia mí con expresión confundida, pero antes de que pueda preguntarme qué ocurre, acabo soltando lo que llevo toda la tarde guardándome.

"A mí los arándanos me recuerdan a ti," confieso, tendiéndole la caja donde está mi taza con su plato a juego.

"¿Para mí?" Se señala con una mano, sin apartar la vista del cartón marrón.

Asiento. "Puedes tirarlo en cuanto nos hayamos despedido," digo, intentando quitarle hierro al gesto.

"¿Es un truco?"

Alza la vista, titubeante, todavía sin coger la caja.

"No es ningún truco," digo despacio, con un tono más serio.

"¿Y has dicho que… te recuerdan a mí?"

Julie abre la boca ligeramente, haciéndome imposible el no bajar la mirada a sus labios. Aprieto la mandíbula un segundo, replanteándome si sería más fácil salir corriendo o fingir que me desmayo. Borro de mi cabeza la idea de huir, y es que a veces uno solo tiene que hacer frente a sus sentimientos y confesarse.

"Por fin te encuentro, cielo."

O ser interrumpido en el momento perfecto.

Y con esta ya hacen tres en el día de hoy.

"¿Mamá? ¿Qué haces aquí? Pensaba que estarías toda la tarde en el taller con Dorian y Daisy."

Julie se acerca a la mujer para darle un pequeño abrazo, que su madre recibe con una sonrisa ladeada.

Muy Thorne por su parte.

"He conseguido escaquearme antes de que me obligaran a seguir escuchando al señor Miller hablar durante otros cuarenta y cinco minutos sobre flores hechas con papel cebolla."

"Ay… el señor Miller puede ser igual de intenso hablando de sus gallinas que sobre cualquier otro tema," dice su hija torciendo el gesto.

"Me he quedado sin ramo, pero si gracias a ello he conseguido conocer a este hombre tan guapo, ha merecido la pena," dice girándose hacia mí con un guiño, provocándome una carcajada.

"Soy Tate Weston, señora Bell," me presento extendiendo una mano, que estrecha encantada. "Me han hablado mucho de ti."

"Uy, espero que solo cosas malas," me dice con una sonrisa divertida. "Y, por favor, llámame Layla."

Julie bufa a nuestro lado, pero la veo apretar los labios para contener una sonrisa.

"Si tu obsesión por los animales marinos es algo malo, entonces, sí."

Layla suelta una carcajada que le hace inclinar la cabeza hacia atrás, y su hija le lanza una mirada fulminante. "Con este vas en serio, ¿eh? Tiene que ser así si le cuentas cosas de tu madre."

Julie abre la boca y se pone colorada, pero no dice nada.

Interesante.

"Ha sido un placer conocerte Tate. Aunque seas un Weston, pareces un buen hombre, igual que tu padre," continúa Layla, visto que Julie sigue intentando arrancar su cerebro. La simple mención a mi padre me hace estremecerme, y una punzada que reconozco demasiado bien se apodera de mi pecho con fuerza. "Espero que trates bien a mi hija o no vas a volver a caminar tranquilo."

Parece mentira que una mujer tan adorable, con su cabello rubio y su estatura menuda, sea capaz de soltar una amenaza tan fría con una expresión tan tranquila. Ahora entiendo de dónde saca Julie sus ideas de tirarme del coche en marcha.

"El placer ha sido mío, Layla." Me despido con una sonrisa tensa, perdido en los recuerdos de mi padre.

No hay día que no piense en él, en lo mucho que lo echo de menos, en la de cosas que se está perdiendo y me encantaría que

pudiera haber vivido. Pero, sobre todo, me da pena que no pueda ver todo lo que sus hijos estamos logrando. Siempre estuvimos muy unidos, aunque Weston fuera el más cercano porque lo ayudaba con todos los trabajos del campo, y su muerte fue un golpe muy duro. Su inesperada partida, tan joven y tras lograr una victoria más en sus concursos de Raid, se sintió como si alguien hubiera apagado la luz de repente.

Nunca pensé que tendría que buscar mi lugar en la vida. Para mí, mi familia y la granja lo eran todo. Pero con la pérdida de mi padre, todo lo que alguna vez había tenido sentido se desplomó. Al principio no me preocupé demasiado, pero con el tiempo me di cuenta de que necesitaba llenar ese vacío y encontrar algo que realmente me hiciera feliz. Algo que fuera solo mío, sin la presión de hacerlo por la familia.

Por eso desempolvé el viejo despacho de los establos y me puse manos a la obra. Así encontré esa chispa que me faltaba, aquello que me ancla al presente y me recuerda quién soy y por qué estoy aquí.

Y, aunque mi padre ya no esté aquí, me gusta pensar que puede verme y que sonríe al ver todo lo que he conseguido.

"Tate, ¿estás bien?" Julie me mira con la cabeza ladeada. "Llevo llamándote como cinco minutos y no reaccionabas," explica, al ver mi cara de confusión. "No sabía si necesitabas un tiempo a solas o te estaba dando algo."

"Estoy bien," digo con una sonrisa, pero no me llega a los ojos.

Julie parece darse cuenta, porque se me queda mirando un buen rato sin decir nada, como si buscara una pista en mis ojos que le explicara qué ocurre.

"¿Quieres dar una vuelta?," propone, señalando la carretera que conduce al centro de River Cross.

Asiento, algo distraído, y la sigo como en piloto automático.

"¿Has dormido algo?"

Julie se sorprende con mi pregunta, porque me mira con los ojos bien abiertos. Me reiría si no sintiera todavía el pecho comprimido. Es adorable cuando la dejo sin palabras.

"¿Quién, yo?" Se señala, mirándome como si estuviera loco, pero justo un bostezo le hace cerrar los ojos y llevarse una mano a la boca para ocultarlo.

"No, me refería a tus pies… que caminan más lentos que tus pensamientos." Me trago la sonrisa que tira con fuerza de las comisuras de mis labios y, en su lugar, alzo una ceja.

"Es que Lib me ha hecho madrugar y no hemos parado en toda la mañana," explica, haciendo una mueca. Al igual que mi hermana, cuando me fijo en su rostro compruebo que tiene las ojeras oscuras y los ojos cansados.

"Y tú odias madrugar," asiento. Julie me mira confusa, y yo me encojo de hombros. "Tenías el mismo aspecto cuando fuimos a Hazel Field el otro día," explico como si fuera obvio.

"Ah, sí, cuando te babeé el asiento de la camioneta," murmura con cara avergonzada.

"No sabía que los adultos pudieran babear tanto, pensaba que solo era cosa de los recién nacidos," me burlo, ganándome un golpetazo en el antebrazo.

"Muy gracioso," farfulla, clavando la mirada en el suelo.

Avanzamos hacia The Green Basket, presenciando cómo poco a poco la calle se va llenando con más vecinos que terminan sus talleres florales. Dentro de veinte minutos se anunciará el resultado del concurso de escaparates, así que esperamos en la acera a que llegue mi familia.

"Por cierto, Julie…," comienzo, inseguro. Ahora que hay un ambiente cómodo entre los dos, es mejor quitármelo de encima cuanto antes y no seguir con la espina clavada por mucho más tiempo.

"¿Ocurre algo?," pregunta, clavando esos ojos verde oliva en mí con intensidad.

"Verás… El otro día, cuando fuimos a Hazel Field, yo… no sé si hice algo que te molestó. Además de ser un imbécil, pero eso no es nada nuevo," murmuro eso último, sin quitarle los ojos de encima. "Quería disculparme por si te he hecho sentir mal o te he hecho daño. No era mi intención. Jamás te haría daño a propósito, Julie."

Se queda en silencio varios segundos, mirándome sin parpadear, pero me obligo a no apartar la vista.

"¿Quieres que sea sincera?," dice al fin.

"Por favor."

"Estuve un poco distante e incómoda en el viaje porque noqueríaquemerompieraselcorazón." Me mira con los ojos muy abiertos, y a mí me lleva un par de segundos entender y procesar sus palabras de lo rápido que ha hablado.

Cuando lo hago, suelto una risa nerviosa. "Pero si habíamos hablado mil veces de que lo nuestro no iba en serio, que solo nos estábamos divirtiendo."

Julie se muerde el labio inferior, y mi mirada cae irremediablemente sobre su boca.

"Lo sé. Pero a veces las cosas cambian, ¿vale?," dice con sequedad, a la defensiva.

Me quedo en silencio uno, dos latidos, pero Julie continúa hablando.

"Pero está superado," dice, encogiéndose de hombros, pero desvía la vista hacia el suelo. "Ya no me gustas de esa manera y no quiero nada contigo."

Su voz es tan inexpresiva y su cuerpo está tan en tensión que a mí se me para el corazón. Una sensación que nunca había sentido se extiende por todo mi cuerpo y me deja sin aliento.

"¿Estás segura, Julie?," pregunto con cautela.

Asiente con energía.

"Sip. No hay nada de lo que preocuparse."

No sé en qué estoy pensando, probablemente en nada, cuando extiendo una mano hacia ella.

"Entonces… ¿amigos?"

Julie la mira como si le fuera a pegar la peste, pero alza la vista hacia mí y su expresión se relaja. Me fijo en su rostro, cansado pero resplandeciente por los rayos del sol que la iluminan como si fuera un ángel, con su vestido azul pastel y su pelo dorado. Un pequeño mapa de pecas salpica sus mejillas, como si el mismo sol se hubiera posado un instante sobre ella.

Tarda un latido en reaccionar, y termina estrechándome la mano con fuerza. Intento ignorar las emociones que su simple roce despierta en mí, pero se me hace imposible pasar por alto todo lo que Julie está comenzando a encender en mi interior.

No es el corazón de Julie el que peligra, sino el mío. Y es que empiezo a darme cuenta de que me va a ser imposible mantenerme alejado de ella sin tocarla, y estoy seguro de que eso va a acabar conmigo.

CAPÍTULO TRECE



Julie

El primer premio este año a la mejor decoración floral es para… ¡The Green Basket!"

El pueblo estalla en vítores, y los aplausos se entremezclan con los silbidos, risas y felicitaciones de los vecinos. El cielo se tiñe de colores al ser adornado con pétalos de flores, que caen desde lo alto del tejado de mi edificio. Todos los años, en la noche anterior al festival, el alcalde sube a la azotea con un par de ayudantes para dejarlo todo preparado para el día siguiente.

Miro a Lib sin dejar de sonreír, contagiada por el entusiasmo y la felicidad de River Cross. Mi amiga se queda en shock, llevándose las manos a la boca sin ocultar su emoción, que comienza a afectarle en los lagrimales. Me acerco a ella para guiarla hacia un pequeño taburete que han puesto en medio de la acera y recibir al sonriente alcalde.

"Lib Weston," dice con voz grave, tendiéndole una mano.

"Alcalde Harris," saludo yo, sosteniendo a una paralizada Lib entre mis brazos. La agarro como puedo para estrechar la mano del pobre hombre que espera con paciencia.

"Enhorabuena, chicas, habéis hecho un trabajo magnífico," nos felicita, entregándonos un pequeño trofeo con forma de ramo de flores silvestres.

Lib parece salir de su estupor, porque es ella quien extiende sus manos temblorosas para sostenerlo. Se lo queda mirando un buen rato, y finalmente lo alza con una sonrisa que podría iluminar el mundo entero, mostrándoselo al pueblo, que estalla en aplausos de nuevo.

Como si de una fuerza magnética se tratara, siento unos ojos posados en mí con intensidad, siguiendo cada uno de mis movimientos. Cuando miro por encima del hombro hacia el hombre que me sonríe en medio de la multitud, mis manos comienzan a sudar. Su sonrisa no es para su hermana, sino para mí.

No despega los ojos de mí, y, cuando creo que va a apartar la mirada… ¡me guiña un puto ojo!

Me giro en una exhalación hacia delante, sintiendo la cara ardiendo. Pero no es vergüenza lo que me recorre.

"¿Estás bien, Julie?"

Lib me mira con el ceño levemente fruncido, escudriñándome en busca de alguna pista en mi expresión.

"Sí, sí, todo bien," le aseguro, tragando con fuerza. Respiro hondo, intentando calmar los latidos descontrolados de mi estúpido corazón. Porque parece que no aprende. No le llegó haber pasado meses prendado de Tate, sino que cuando parece que ahora las cosas se van a poner más… cercanas, se vuelve loco con una simple miradita.

Si antes pensaba que iba a salir herida solo por pasar el tiempo justo con él, ahora que vamos a ser amigos se me va a hacer dificilísimo no dejar que mis sentimientos se descontrolen.

"¡Y ahora todos a la carpa, que en unos minutos dará comienzo el concierto de las *9 to 5 Queens*!," exclama el alcalde Harris hacia la multitud.

El pueblo entero comienza a moverse. Mi madre se acerca a nosotras para darnos la enhorabuena y despedirse, volviendo a la casa de Sloane con Dorian, que carga en sus brazos una adormecida Daisy.

La mayoría de las familias deciden dar por terminado el día volviendo a sus casas, pero algunas parejas y la gente joven nos quedamos al concierto. Sobre todo yo, que me muero por escuchar mis canciones favoritas de Dolly Parton por segunda vez en menos de un mes. Nos reunimos bajo la carpa y, mientras los hermanos Weston se quedan en la barra siendo unos aburridos, las chicas y yo nos perdemos entre el público para cantar y bailar al ritmo de la música country. Terminamos la noche acaloradas, con dolor de piernas y con el corazón rebosante de felicidad.

Volvemos hacia los hombres que nos esperan; uno con una sonrisa bobalicona en los labios al mirar a su mujer antes de besarla, y otro haciéndome sentir como si estuviera encima de un escenario y hubiera un único foco iluminándome. No sé si estoy sudando por haber bailado o es la forma en la que sus ojos me recorren, anhelantes, que me eriza la piel.

"¡Mirad los ramos que hicimos en el taller por la tarde!"

El chillido de Sage me hace parpadear, saliendo del trance en el que me habían abducido unos ojos azules como el mar.

La pareja nos enseña los dos ramos de flores de papel cebolla. Uno parece imitar unos tulipanes, un poco espachurrados porque Sage se tiró encima de Wade al besarlo, y otro tiene los pétalos de diferentes colores y estilos, como si fueran flores silvestres.

"Son preciosos," dice Lib, con corazones en los ojos.

"Y los dos son para Wade," explica Sage sin apartar la vista de él, que sacude la cabeza como si no tuviera remedio. "El de los tulipanes lo hice yo, para que lo ponga junto a los de verdad en la segadora de vuestro padre. El otro lo hizo él, pero cuando fue a dármelo dije que se lo quedara. Los hombres deberían recibir más ramos de flores."

"Como si nosotras recibiéramos muchos," exclama Lib, soltando un bufido.

"Bueno, algunas reciben ramos inesperados de flores azules," murmura Sage en voz tan baja que solo yo la escucho, haciéndome desviar la mirada de ella hacia Tate.

¿Se lo ha contado a Sage?

Tate parece no darse cuenta de mi escrutinio, enfrascado en una conversación con su hermano, y cuando me vuelvo hacia la pelinegra, la veo poner los ojos en blanco mientras le dice a Lib que «si no hay ningún hombre con el que mantenga una relación romántica, es difícil recibir flores», a lo que la rubia replica que «podrían regalárselas sus amigos o sus propios hermanos».

Discuten un rato manteniendo una expresión seria, pero Sage no tarda en responder con una risa floja, lo que deriva en un montón de carcajadas. Obviamente, termina dándole la razón a Lib. Porque en cuestiones sobre hombres, ella siempre tiene la razón.

Una sonrisa tranquila se instaura en mis labios durante toda la noche. Hablamos, bebemos y bailamos hasta bien entrada la madrugada y, cuando nos despedimos, siento el corazón cálido, como si hubiera recibido un fuerte abrazo. Mi amistad con las chicas no hace sino mejorar y ser cada vez más cercana, haciéndome sentir que no estoy sola. Las quiero como nunca había querido a mis pocas amigas de Westburn. Lo que nos une se basa en el respeto, el cariño y un amor incondicional, muy distinto a lo que experimenté en la ciudad, donde la gente solía ser más reservada y distante.

Wade ha seguido en su postura de hombre gruñón, aunque se ablanda con cada mirada de Sage. Me recorre una punzada de envidia cada vez que comparten unos segundos en su propia burbuja. Aunque no busque un romance estable, anhelo una relación como la suya.

Y, terminando con los hermanos Weston, ha sido Tate quien me ha sorprendido esta noche. Ahora que somos… amigos, esperaba cierta distancia, una incomodidad propia de dos personas que han tenido algo íntimo en el pasado pero que ahora se dan una oportunidad.

No esquiva mi mirada, ni yo soy capaz de evitarlo cuando sus ojos me buscan.

Sé que las alertas que gritan «peligro» se activan cada vez que estamos cerca, pero creo que ya va siendo hora de que me atreva a sentir. No puedo seguir viviendo a medias, apagando mi chispa cada vez que me dé miedo arriesgarme.



"Alice, cielo, ¿has traído la crema de sol?"

"Sí, mamá. Ya no tengo cinco años, así que puedes dejar de tratarme como si fuera una niña."

A Evan se le escapa una risa detrás de ella, que intenta disimular tapándose la boca y tosiendo con fuerza. Alice se vuelve hacia él con una mirada asesina que no hace sino empeorar su descontrolada tos.

"Da igual la edad que tengas, Alice. Te seguiré diciendo que te eches crema; tengas cinco como ochenta años," replica Sloane, llevándose una mano a la cadera con mirada severa.

"Con ochenta no creo que estés para recordárselo, pero soñar es gratis," murmura Evan, llevándose un puñado de anacardos a la boca.

"Entonces dejaré en mi testamento que el legado lo continúes tú," replica su madre, encogiéndose de hombros.

Evan suelta un resoplido. "Creo que yo tampoco estaré para hacer de niñera."

"Pero si eres el pequeño, Evan. ¿Dónde te crees que estarás?," pregunta su hermana con una sonrisa burlona.

"Detrás de ti ya te voy avisando que no," dice él en el mismo tono, ganándose un sopapo en la nuca.

Tengo que morderme el interior de las mejillas para disimular mi sonrisa. Valoro demasiado mi cara como para exponerme a que mi prima me la desfigure.

Hemos caminado durante una hora y poco, pero mi madre se quejó de que le dolían sus pobres rodillas «de anciana», como dije yo, y hemos parado para comer algo y descansar unos minutos. Evan se protege del sol llevándose una mano a la cara para que le haga de visera, provocando que la camiseta de manga corta se le suba, mostrando unos marcados abdominales. Al igual que Dorian, lleva unas bermudas negras que le quedan por debajo de las

rodillas, dejando al aire sus gemelos definidos. Mi prima y yo decidimos abrigarnos un poco más, con leggins negros y una camiseta térmica ajustada de manga larga.

En la montaña no hace mucho calor, a pesar de que el cielo esté despejado, pero una vez te pones a caminar, las capas de ropa comienzan a sobrar. Agradezco haber sido previsora y llevar un top deportivo bonito por debajo, en caso de que necesite refrescarme.

Muevo la cabeza de un lado a otro para que mi coleta baile mientras me acerco a Dorian con una sonrisa.

"Pareces un hada con esa camiseta amarilla," me dice la pequeña Daisy, ofreciéndome un cacahuete que cojo encantada.

"Gracias, cielo. Tú pareces un hada siempre, con esos ojazos azules y tus tirabuzones rubios como el oro. Siempre haciendo magia, robando sonrisas y amor de todo el que te conoce." Le toco la punta de la nariz, ganándome una risita adorable por su parte.

"Papá dice que siempre consigo lo que quiero," dice orgullosa.

"No me cabe la menor duda," contesto riendo.

Dorian se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos, pero su hija le da un beso en la mejilla no puede evitar una sonrisa que ilumina su rostro.

Es precioso ver cómo Dorian cuida solo de Daisy. Apenas conozco su historia, pero Sloane me contó que estaba casado con la madre de Daisy cuando la tuvieron. Lo único que sé es que se llamaba Sarah, que era preciosa, divertida y muy casera. Desconozco lo que ocurrió con Dorian y por qué se quedó solo con su hija. Nunca le he preguntado, y es tan reservado que no habla de ese tema con nadie. Sloane no quiso contarme más y yo no insistí; esa historia solo le corresponde contarla a mi primo mayor. Lo voy a querer de igual manera, así que no me importa no conocer más sobre la madre de Daisy.

Es una niña muy especial, sensible, extrovertida y sincera. Complementa a la perfección a su padre, más reservado, abierto solo con sus personas de confianza.

"¿Vamos a subir hasta ahí arriba?," pregunta Daisy, señalando la montaña más alta de todo Heaven Mountains.

"No, cielo. Seguiremos este camino hasta llegar a una zona de descanso a media hora de aquí," explica Dorian con paciencia.

"¿Has venido más veces?," le pregunto, extrañada. Es la primera vez que hago una ruta por aquí.

Dorian asiente, y me señala con el índice una de las montañas. "Suelo hacer senderismo por la zona. Normalmente subo hasta esa cima, pero llevaría toda una mañana y parte de la tarde, y el camino no está en tan buenas condiciones como este."

"¿Vienes solo?," pregunto con curiosidad, sentándome al lado de Daisy, que me coge una mano y entrelaza nuestros dedos.

"A veces lo acompaño yo," dice ella, sonriente.

"Sí, pero como solo tienes ocho años, caminamos poco tiempo por senderos de tierra…"

"Para fortalecer las piernas con el terreno," finaliza de memoria, sacando pecho al recordar las palabras exactas.

Su padre y yo nos reímos, y me cuentan la anécdota más divertida de sus vidas. Tiene que ver con un calcetín mojado, un palo y un grito poco masculino, según Daisy. Aprovechando que estamos todos juntos, les pido al resto de mi familia que se reúnan con nosotros, y no lo pienso dos veces cuando saco la cámara instantánea de mi mochila. Les hago una foto con las majestuosas montañas de fondo, y después me uno a ellos mientras mi madre me cambia el sitio.

Antes de darle la cámara, me da un ligero apretón en la mano y me sonríe como si supiera perfectamente lo difícil que es para mí verlos desde el otro lado de la mirilla.

"Venga, chicos, vamos a seguir antes de que anochezca," anuncia Sloane, recogiendo su mochila del suelo y pasándole la crema a Alice para que vuelva a echarse en la cara. "Hay que reponer cada cincuenta minutos," se excusa, ganándose un gruñido por parte de su hija y una carcajada incontenible de Evan.

Nos ponemos en marcha y continuamos hacia una zona de descanso, tal y como prometía Dorian. Mi madre camina a mi lado, preguntándome por el trabajo en la tienda y cómo está la familia Weston.

"Se te ve feliz, Luli," me dice con ternura, usando el apodo que solo utilizan ella y Eli, haciendo que mi corazón se encoja. "No te sientas mal por marcharte de Westburn," añade, como si me leyera el pensamiento. Al igual que su hermana, a veces pienso que las Bell son una familia de brujas. "Fue decisión mía quedarme en la ciudad, ese es mi sitio, pero no pasa nada si no es el tuyo. No tengo dudas en que perteneces a River Cross, cielo."

"Intentaré visitarte más," prometo con tristeza.

"No quiero que me visites, Luli. Quiero que vivas, por y para ti. No quiero que te preocupes por mí. Disfruta de haber encontrado tu lugar. No todos pueden decir lo mismo," dice con un guiño y una sonrisa ladeada.

"Gracias, mamá."

Engancha su brazo al mío sin dejar de caminar. Un silencio tranquilo se instaura entre nosotras mientras divisamos poco a poco las mesas de piedra de la zona de descanso.

"Y ahora cuéntame todo sobre el muchacho de ojos azules chispeantes del otro día."

Me atraganto con mi propia saliva, siento que me ahogo, y tengo que toser un buen rato para mitigar la quemazón en mi garganta. Mi madre me mira con una sonrisa socarrona, y sé que no tengo escapatoria.

"¿Quién?," pregunto, haciéndome la loca. Pero mi madre es inmune a mis juegos, porque me da un golpe en el brazo y me mira con las cejas alzadas.

Suspiro con fuerza, pero termino contándole cómo es que conozco al idiota de Tate Weston y los dolores de cabeza que me ha supuesto mantenerme cerca de él todos estos años. No le doy muchos detalles de nuestra relación… íntima, pero mi madre no es tonta. Sabe lo que hicimos detrás de los matorrales cuando fuimos de ruta con sus hermanos y Sage en Cinder Lake.

"Entonces… para que me aclare yo bien." Parpadeo, esperando a que continúe. "Estás enamorada de Tate Weston."

Desde lo más profundo de mi ser nace una carcajada de lo más estruendosa que me hace doblarme sobre mí misma en busca de aire. Nuestra familia se gira, asustada, pero mi madre les asegura

que va todo bien mientras a mí me da un ataque de histeria con el que siento que me quedaré sin cuerdas vocales.

"Voy a intuir que no estás enamorada," dice mi madre en cuanto consigo calmarme. Me seco las mejillas húmedas por las lágrimas con la manga de la camiseta. "Pero es innegable que te gusta," insiste.

Bufo. "¿Innegable?"

Layla me mira como si fuera estúpida.

"A mí no me vengas con esas, que te he parido. Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras, pero a mí no me engañas. He visto cómo lo mirabas. Antes y después de interrumpiros, así que a mí no me la cuelas."

Aprieto los labios con fuerza, desviando la mirada hacia el suelo. "Es complicado," murmuro.

"Oh, no, cielo," dice con ternura deteniéndose. Me hace mirarla, entrelazando nuestros dedos. "El amor es la cosa más sencilla del mundo. Amar es muy simple. Son las personas las que lo complican todo. Es el miedo, las dudas y el temor a dejarse llevar, lo que nos hace detenernos y no abrir nuestros corazones."

Miro a mi madre con atención, fijándome en cada detalle de su expresión. Parece dolida, la viva imagen de haber pasado por un corazón roto en mil pedazos.

"Cuando tu padre se fue me quedé destrozada," continúa, apretándome las manos con fuerza. "Pensaba que era el fin, que me iba a morir de pena y que no merecía volver a amar. Pero no fue así, porque estabas tú. El amor a veces llega de las maneras más inesperadas y cuando más lo necesitamos. Yo amaba a tu padre, pero aprendí a amarme a mí misma para no hundirme y arrastrarte conmigo."

"Mamá…"

"Es normal que tengas miedo a amar. Yo también estaba asustada antes de que tu padre se declarara. Pensaba que no era correspondido, que solo me veía como a una amiga y que viviría solo para verlo tener con otras mujeres lo que yo anhelaba."

"Pero se casó contigo," añado en un susurro.

Mi madre asiente con un brillo triste en los ojos.

"Nos juramos amor eterno y terminó yéndose al ver que no estaba preparado para ser padre. Pero no me arrepiento de haberlo amado, Luli. Es una de las emociones más bonitas y desgarradoras que podemos vivir, y no nos merecemos privarnos de sentirla al menos una vez en la vida."

La miro con los ojos humedecidos, sintiendo una presión en el pecho como si me gritara que le hiciera caso, que me armara de valor e hiciera frente al torbellino de emociones que bulle en mi interior.

Pero no es tan fácil.

"Al menos prométeme que lo harás cuando estés preparada," añade en voz baja, mirándome con la sonrisa que utiliza siempre que quiere pedirme algo y sabe que no podré negarme.

Una brisa brota de mi garganta. Echaba mucho de menos a mi madre.

"Te lo prometo."

"Esa es mi chica," susurra, dándome un fuerte abrazo que consigue juntar un poco las diminutas piezas de mi corazón partido.



Nos quedamos de pie en mitad del aparcamiento, a una distancia prudencial, viendo cómo mi madre discute con Michael sobre cuál va a ser la distribución en los coches.

A mí me da igual dónde me sienten. Estoy de vacaciones durante cinco días; no pienso meterme en ninguna discusión ni pretendo utilizar el cerebro más de lo estrictamente necesario. Además, después de caminar durante horas, lo que menos me preocupa es en qué coche voy a dormitar todo el camino de vuelta.

"Voy a ir por la noche a River Cross," me susurra Evan, parándose a mi lado. Seguimos con la mirada puesta en nuestra familia, que está a punto de comenzar a gritar.

No me sorprende nada, sabiendo que los Thorne son conocidos por su facilidad para hacer un drama de un grano de arena.

"¿Es una invitación?," pregunto con sorna.

Evan se encoge de hombros. "Te puedo dejar en casa."

Después de la fiesta del primer día del Wildflower Waltz, me pasé todo el miércoles holgazaneando en casa. Estaba tan aburrida que en cuanto Dorian me comentó que se pasaría por el pueblo a atender a un cliente, prácticamente le rogué que me llevara con él a Honey Ridge.

Llevo aquí desde entonces, pero creo que todavía no es hora de volver a casa.

"No hace falta," contesto, negando. "Pero si tienes algún recado que hacer, puedo acompañarte."

"Nena, es viernes por la noche. Lo que voy a hacer en River Cross no es que digamos un recado," dice riendo.

Me lo pienso un instante. Probablemente hable de ir a tomar algo con sus amigos o a bailar, *aunque no creo que Evan sea mucho de bailar…*

Guardamos silencio un rato, pero entonces él cambia el peso de una pierna a otra y me mira.

"¿Quieres pasar una noche en River Cross?," pregunta con una sonrisa ladeada.

"He pasado miles de noches en el pueblo donde vivo, Evan," digo con el ceño fruncido.

Pero él niega con la cabeza. "Pero no *conmigo* y fuera de The Red."

Mis cejas se juntan tanto que prácticamente forman una sola, y lo miro con desconfianza. "¿Por qué tengo miedo de saber adónde me llevarás si digo que sí?"

Pero no me contesta, sino que suelta una sonora carcajada. Me agarra de la muñeca y caminamos hacia su coche sin decir nada. No abro la boca, demasiado aturdida como para oponerme.

"Nos vamos a River Cross," anuncia mi primo antes de meterse en la camioneta, hablando por encima del hombro.

Mi madre y su cuñado siguen discutiendo, ajenos al secuestro que está ocurriendo justo delante de sus narices por parte de sus hijos.

"¿Cómo has conseguido convencerla?," pregunta Alice, haciendo una mueca.

"No creo que esté muy convencida," dice él con una risa, mirándome desde arriba. Parpadeo como respuesta, confirmando sin palabras que no pienso bajarme. "El poder de la curiosidad."

Me guiña un ojo antes de sentarse tras el volante y arrancar el motor del coche que me llevará a un destino que no estoy muy segura de querer conocer. Pero qué gracia tiene la vida si no improvisamos de vez en cuando.

CAPÍTULO CATORCE



Tate

Le doy las gracias a Rem por las bebidas y vuelvo hacia la mesa donde me esperan Luke y Wade. Tengo que hacer malabares para no tirar las jarras de cerveza fría, esquivando a la multitud y murmurando disculpas para que no me empujen. Bajo el escalón que separa la transitada barra —hecha con palets y una larga tabla de madera oscura encima— de la pista de baile y las mesas altas, que en realidad son barriles.

El hijo mayor de los Painter, Rem, transformó hace años el viejo granero de su familia para convertirlo en un bar. Aquí la gente puede bailar, cantar y estar con los suyos a gusto. No hay hora de cierre, ni tampoco un tope de decibelios. Estamos en mitad del bosque, cerca de Cinder Lake, y la casa más cercana está a un par de kilómetros.

A pesar de que seguimos yendo a The Red, y no vamos a dejar de hacerlo, también venimos aquí de vez en cuando porque están todos los vecinos de nuestra edad y el ambiente es mucho menos familiar.

Además, me encanta arrastrar a Wade al karaoke siempre que bebe unas cervezas de más…

La canción *Give It Up* que suena a todo volumen por los altavoces no es la grabación de un disco, sino la gente cantando en directo. Solo se pueden escoger canciones anteriores a los años dos mil, lo que le da un ambiente retro al lugar. Rem deja que cualquiera que quiera se suba a la tarima y cante, y, aunque no siempre tengan la mejor voz del mundo, nunca falla la gente que en la pista se suma a los coros sin importarles lo más mínimo.

"¿Has visto quién está por ahí?," me pregunta Luke en cuanto llego a nuestro barril y dejo las cervezas delante de cada uno.

Alzo la vista hacia él, negando.

"Ada," dice mi hermano, haciéndome un gesto con la barbilla para señalar detrás de mí.

"Genial," contesto encogiéndome de hombros, sin moverme ni un centímetro.

"¿No te gustaba?," pregunta Luke con confusión.

"Qué va." Doy un largo trago al líquido espumoso. "Tuvimos algo hace años, nada serio, pero lo dejamos porque ella estaba loca por otro."

"Auch."

Le lanzo una mirada aburrida, poniendo los ojos en blanco.

"Venga ya, Luke. Ese alguien er-"

"¡Hola, chicos!" La voz cantarina de Ada me interrumpe, mandándome callar mientras me doy la vuelta para mirarla.

El pelo liso caoba le cae por encima de un hombro, dejando al descubierto su espalda musculada de pasar tantas horas en los establos. Ada es una de las mejores amazonas que conozco, y siempre tiene un brillo de emoción en sus ojos color miel.

"¿Qué hay, Ada?," saludo con un toque en mi gorra roja.

"He oído que estás haciendo un recorrido de cross por Almond Valley," me dice con una sonrisa enorme.

Suelto una risa entre dientes, pero asiento.

"Así es." Y se me ocurre una nueva idea. "Tú hacías cross, ¿no?" Ada asiente. "¿Qué te parece si vienes un día a echarle un vistazo? No es perfecto, pero tal vez pueda funcionar para dar clases."

"¡Me encantaría! Veremos qué podemos hacer," exclama emocionada. Se vuelve hacia Luke, que nos observa con las mejillas

un poco coloradas. "¿Y tú, qué…? ¿Vas a invitarme a la cerveza que me prometiste la última vez?," pregunta con descaro, pasándose la lengua por los labios pintados de rojo carmesí.

Luke boquea como un pez fuera del agua durante lo que me parecen horas, y tengo que apartar la vista y morderme el interior de las mejillas para no reírme. No sé ni cómo, termina asintiendo, y Ada se despide contentísima antes de coger a Luke de la mano para arrastrarlo hasta la barra.

"¿Cuántos años dices que lleva enamorada de Luke?," pregunta mi hermano en cuanto los perdemos de vista.

Suelto la carcajada que estaba conteniendo.

"Unos cuatro o cinco."

"Madre mía… Pero si se ve a leguas," murmura con sorpresa.

Me encojo de hombros.

"A veces solo necesitamos un empujoncito."

"Pero si Luke también está enamorado hasta las trancas," insiste, frunciendo el ceño.

"Pues entonces un buen empujón y una bofetada para espabilar," contesto con una risa.

Wade suspira a mi lado, murmurando algo sobre lo lenta que es la gente en River Cross a la hora de expresar sus sentimientos. Será hipócrita el muy capullo… Puede que haya sido el más rápido en confesarse a su mujer, pero le llevó medio año darse cuenta de que no odiaba a Sage, sino que estaba completamente enamorado de ella.

Parece mentira, pero Wade tenía más ganas que yo de venir hoy al granero de Rem, y eso que le cuesta hacer cualquier cosa que requiera alejarse de Sage más de cinco minutos. A mí me apetecía quedarme en casa, organizar la semana que viene y dejar las cosas preparadas para comenzar con la siguiente fase del proyecto de cross.

Como le dije a Ada, quiero ver si sería factible dar clases utilizando el nuevo recorrido. Podría dedicar unas cuantas tardes a la semana a ser profesor, e incluso Ada podría echarme una mano si le interesa.

Ahora que tengo esta nueva idea, en lo único que puedo pensar es en volver a casa y comenzar a organizarlo todo.

"Escucho desde aquí cómo trabaja tu diminuto cerebro creando listas imaginarias de lo que tienes que hacer la semana que viene y todos los nuevos planes que te ha hecho ver Ada," dice mi hermano con voz cansada. "El único adicto al trabajo en esta familia soy yo, así que, por favor, si yo puedo dejar de pensar en ello por una noche, tú también puedes."

Me trago un resoplido, pero me obligo a vivir el presente.

"¿Qué tal el ganado este año?," pregunto, centrándome en él.

"Tengo una vaca que cojea, así que a ver si llamo a Dorian la semana que viene." Asiento, dándole otro trago a mi tercera cerveza de la noche. "Todavía no he empezado a organizar nada para la subasta, pero con Sage en el equipo no tendremos ningún problema."

"Es rápida," digo asintiendo.

"La más rápida de Almond Valley," dice con una sonrisa orgullosa. "¿Sabías que la primera vez que vino a ayudarme le dije que no recordaba tu primera vez con el ganado solo para molestarla?" Suelta una risa entre dientes. "Obviamente era mentira."

"Por favor, no me lo recuerdes," suplico, haciendo una mueca.

"En mi vida me he reído tanto como ese día," admite, cerrando los ojos al recordarlo.

Resoplo con fuerza, lanzándole una mirada fulminante. "Me tendisteis una trampa."

"Y tú demostraste tus dotes de acróbata," dice con una carcajada.

"Me parto de risa," farfullo entre dientes.

Wade me recuerda varias anécdotas en las que yo soy el protagonista, y, para sorpresa de nadie, cada una de ellas tienen que ver con una caída, un golpe o un comentario inoportuno. Desde que está con Sage lo veo mucho más relajado. Este Wade se parece mucho más al que era antes de que nuestro padre falleciera, y me alegro mundos de que haya encontrado paz en la persona que lo hace realmente feliz y saca lo mejor de sí.

Cuando Luke vuelve, después de varias horas haciendo sabe-dios-qué con Ada, tiene las mejillas coloradas y los rizos castaños despeinados. Le doy una fuerte palmada en la espalda, lo que le hace sonrojarse todavía más y, con una carcajada, anuncio que voy al baño.

Me refresco la cara y la nuca en los lavabos. Mi reflejo me devuelve la mirada cuando alzo la vista y me miro en el espejo. Estoy algo achispado por el alcohol, con los ojos brillantes y la gorra un poco torcida, pero una sonrisa tranquila permanece en mis labios.

Reconozco la canción que están cantando en el karaoke, pero cuando salgo del baño me quedo paralizado en al otro lado de la puerta. Todos en la pista de baile están haciendo los coros a la persona que canta *Don't go breaking my heart* de Elton John. Me quedo con la boca ligeramente abierta, con los ojos puestos en la mujer que se mueve por la tarima contoneando las caderas como si estuviera sola en su casa.

Da la impresión de que, cuando se vistió esta mañana, no sabía cómo acabaría el día, porque por su ropa todo apunta a que ha salido de ruta. Lleva unos leggings negros ajustados y una camiseta térmica amarilla que la hace parecer un ángel soleado.

Nunca la había visto tan… radiante. Está como pez en el agua, disfrutando del momento. Su pelo se mueve suelto al ritmo de la música y el público entona con ella. Canta arrastrando un poco las palabras, y el alcohol acentúa su acento del sur. Su sonrisa se ensancha cuando tararea una parte de la canción al olvidarse de la letra.

Me muevo por el local sin despegar la vista de ella, como un colibrí hipnotizado por su flor. Cuando la canción termina, el público aplaude como si hubiera visto a su cantante favorita, y no puedo evitar que un pequeño pinchazo de celos me recorra al darme cuenta de que no soy el único que ha tenido el privilegio de contemplarla así.

Julie se baja del escenario y, cuando echa a caminar hacia la barra, va tan ensimismada sonriéndole a la gente, que no ve el escalón que eleva la zona de bebidas. Con un par de zancadas,

previendo la resolución de su tropiezo, la agarro en el aire justo a tiempo.

Bajo la vista hacia ella, que me devuelve la mirada con los ojos vidriosos y entrecerrados, como si intentara enfocarme.

"Tienes que prestar más atención en dónde pisas, campanilla. No es la primera vez que te salvo de una caída," murmuro cerca de su oreja.

Julie bufa, pero se convierte en una pequeña carcajada que hace que se tambalee, así que cambio el agarre de sus antebrazos a su cintura.

"¡Solo me tropiezo cuando estás tú delante, Tate!," exclama riendo mientras se apoya en mí sin vergüenza. Nuestros muslos se rozan, y me dan ganas de levantarla en volandas y sacarla de aquí corriendo. "A lo mejor es que el mundo quiere que me caiga delante de ti solo para que me salves."

Intenta ser graciosa con sus palabras, pero en el fondo me estrujan el alma.

"¿Es una forma retorcida de ligar conmigo, campanilla?," pregunto con una sonrisa ladeada y el corazón latiendo con fuerza.

Julie resopla, sin perder el brillo en los ojos.

"Ni en tus sueños."

"Me rompes el corazón," dramatizo, acercándola a mí sin poder controlarme.

Estamos a solo unos pocos centímetros de distancia.

"¿Me has visto cantando?," pregunta en voz baja, su aliento rozando mi boca.

"Tenías al público en el bolsillo, cariño," susurro, bajando la mirada hacia sus labios pintados de marrón oscuro.

"¿Alguien se habrá dado cuenta de que olvidé la letra?"

"No sabría decirte… estaba ocupado en otra cosa," contesto, distraído, pendiente de cómo se mueven sus labios al hablar.

"¿Ah, sí?," pregunta con voz suave que me pone los pelos de punta. "¿Y qué te tenía tan ocupado?"

Me contengo para no alargar una mano y pasarle los dedos por la mejilla, así que me conformo dándole un breve apretón en la cintura.

El gesto parece hacerla salir de nuestra burbuja, porque parpadea y da un paso tambaleante hacia atrás. A pesar de que me muero por volver a sostenerla, me quedo quieto y dejo que se estabilice sola.

Julie me mira con la cabeza ladeada, como si fuera un acertijo que no termina de comprender.

"Perdona, Tate," se disculpa con una sonrisa triste. "Tengo que volver con Evan, le prometí que cantaríamos la siguiente."

Baja el escalón y me mira con las mejillas encendidas. Mi sonrisa no hace sino ensancharse. Es jodidamente adorable.

"Nos vemos, campanilla."

Me llevo una mano a la visera de la gorra como despedida.

"Ha estado bien verte, Tate," añade antes de darse la vuelta y desaparecer entre la multitud, dejándome ahí de pie con la cabeza hecha mierda y una incómoda presión en los vaqueros.

Estoy completamente jodido.

Porque la quiero más de lo que debería, y no puedo dejar de desearla.



No vuelvo a ver a Julie desde el karaoke. Me preguntaba dónde habría estado metida todos estos días, si siempre está o con mi hermana o ayudando a Sage con los caballos. Lib está de «retiro espiritual», como dice ella, durante todos los días del Wildflower Waltz, así que prácticamente se ríe en mi cara cuando le pido saber el paradero de su empleada.

Supongo que tampoco ayuda haberle preguntado mientras está tumbada en una hamaca en mitad del campo medio dormida, pero es el único rato de la mañana del martes en la que la encuentro en Almond Valley.

"Está en casa de sus tíos, en Honey Ridge," contesta con una sonrisa burlona. "¿Por qué? ¿Quieres ir a visitar a tu novia?"

Chasqueo la lengua contra el paladar.

"No es mi novia."

"La etiqueta es lo de menos, Tate," dice haciendo un gesto vago en el aire con una mano. "¿Por qué te interesa dónde está?"

Me rasco la nuca, pensando una razón de peso, porque yo tampoco lo sé.

"Mera curiosidad," contesto, lo que le provoca una risa.

"Respuesta incorrecta." Cierra los ojos, acomodándose en la hamaca roja que tenemos desde que éramos pequeños. "Qué tonto eres a veces," murmura para sí.

"Entonces… ¿no vas a hacer nada hoy?"

Lib abre un ojo y alza una ceja.

"¿Quieres que hagamos cosas de hermanos?"

"¿Qué es *cosas de hermanos*?," pregunto, confuso. Nuestras *cosas de hermanos* siempre han sido darnos collejas, estar con los caballos y tocarnos las narices.

"No sé, Tate, me estás poniendo nerviosa, ahí, preguntando por mi amiga, negando lo obvio, inventándote excusas baratas y esperando a ver qué te cuento como si fueras un niño de tres años al que le gusta la niña de la otra clase."

Abro mucho los ojos y hago una mueca. No sé qué decir, pero tiene razón. Lo mejor será marcharme y dejar de darle vueltas al asunto. Le doy la espalda a Lib pero, antes de que pueda dar un paso, me llama.

"Esta noche va a venir a River Cross a la última fiesta del Wildflower Waltz," dice con un tono serio. "Tómalo como una oportunidad para hablar con ella y confesarle de una vez lo que sientes."

Cojo aire lentamente. Le doy un par de vueltas a la idea, pero me duele el corazón solo de pensar en lo que debería decirle.

"Somos amigos," murmuro sin volverme. "No sé si estoy preparado."

"Entonces no le hagas ilusiones," dice en un tono suave. "No pasa nada si no es tu momento, no fuerces los sentimientos ni una situación que no quieres vivir. Pero no le rompas el corazón, Tate. Esta vez no te lo perdonará."

Abro la boca para preguntarle a qué se refiere, pero la cierro al instante, como si todas las piezas encajaran de pronto.

"Lo sé."

Porque ahora me doy cuenta.

Su actitud esquiva para tratar de guardar las distancias como si estuviera enfadada. Y también su nerviosismo al estar a solas conmigo, su expresión contenida al ver el ramo y mi taza.

Julie nunca estuvo molesta conmigo por haber hecho algo mal; estaba frustrada con la situación… porque yo no sentía lo mismo que ella.

No lo vi en su momento. No quise verlo. Estaba en las ganas con las que quedaba conmigo, en cómo siempre encontraba una excusa para alargar un poco más el tiempo juntos, en esa forma suya de mirarme como si yo fuera algo más que un simple plan. Era su ternura, en lo fácil que le salía acercarse, tocarme, sonreírme como si todo importara un poco más cuando yo estaba delante.

Y ahora lo entiendo.

Porque así es exactamente como me siento yo.

CAPÍTULO QUINCE



Tate

A veces no basta con ser valientes.

A veces expresar lo que sentimos es más difícil de lo que creemos. El miedo es tan intenso que necesitamos algo más que coraje. Nos asusta ser vulnerables, equivocarnos, no ser correspondidos, que nos rompan el corazón.

Qué irónico: algo tan sencillo como amar se vuelve complicado cuando realmente somos nosotros mismos quienes lo enredamos.

Luego están los celos, la envidia… y de repente parece que todo deja de importar. Te dan ganas de mandarlo todo a la mierda, convertirte en un troglodita por unos minutos y coger en brazos a la mujer que te vuelve loco, llevártela a un lugar donde solo tú puedas contemplarla y confesarle todo lo que sientes.

Pero no soy un troglodita ni tengo tanto valor.

Me quedo ahí, parado, con el corazón latiéndome a mil por hora, deseando poder cruzar la distancia que nos separa, pero atrapado por mis propios miedos.

He perdido la cuenta de cuánto tiempo llevo fulminando a la pareja que baila a varios metros de mí bajo el cielo estrellado de

River Cross. Suena *Purple Rain* por los altavoces, y tengo tantas ganas de que me peguen un tiro en la sien como de provocarme el vómito solo para tener una excusa para largarme de aquí.

Han pasado varias horas desde que cenamos y entre todos los vecinos hemos movido las mesas de picnic a los laterales del recinto para dejar espacio y así crear una pista de baile. Desde entonces han sonado canciones de todo tipo, desde música country hasta algún tema de pop y rock, pero ninguna balada.

Hasta ahora.

Qué coincidencia de mierda, justo cuando un hombre estaba bailando con Julie Bell.

No he podido acercarme a ella en toda la noche, demasiado ocupado hablando con mi madre de unos nuevos caballos que van a llegar dentro de varias semanas y, antes de eso, pendiente de la abuela Mira. Me he pasado toda la tarde preguntándole cada cinco minutos cómo se encontraba. A la quinta vez, casi me llevo un sopapo, así que agradecí la interrupción de mi madre.

El otro día el médico les dijo que la inquietud mental de mi abuela era por la edad y que lo mejor que podía hacer era rodearse de su familia y estar entretenida.

Y en cuanto a Julie… no es que hubiera reunido el coraje para ir y hablarle, pero al menos estaba la posibilidad en mi mente.

"Venga, vaquero, vamos a bailar."

Murmuro una retahíla de maldiciones por lo bajo, apartando la vista de la cabellera rubia que se mueve al ritmo de la música, pero acepto su mano y la guío al medio de la pista.

"¿Todavía te acuerdas de cómo se hace?," pregunta burlona mi hermana con una ceja alzada.

"¿Por quién me tomas?" La hago girar y después coloco mis manos en posición. "Soy el mejor bailarín de River Cross."

"Y el más humilde," dice, poniendo los ojos en blanco.

Suelto una carcajada que se siente como un soplo de aire fresco. Llevo tanto tiempo sentado en la silla de plástico, observando a Julie bailando con un tipo que no conozco, que ya me estaba hartando de estar ahí con el trasero cuadrado y el ceño fruncido.

"Elijah es bastante guapo," murmura de repente.

"¿Quién es Elijah?," pregunto, temiendo la respuesta.

Lib señala con la cabeza a la pareja que tenemos bailando y riendo a varios metros de nosotros. Aprieto los dientes con fuerza, obligándome a apartar la vista.

"No hagas como si no los hubieras visto antes," dice engreída. "Llevo observándote desde hace más de media hora y no has apartado la mirada de ellos ni un segundo. Ni siquiera mientras bebías de tu copa."

"No tenía nada mejor que hacer," murmuro con una mueca.

"Ya te digo yo que no," contesta riéndose.

Continuamos bailando en silencio hasta que la canción termina. Suelto su mano para volver a sentarme, pero Lib me obliga a bailar la siguiente. Acepto de mala gana, pero me animo enseguida al reconocer el tema:

Everybody Wants To Rule The World.

Mi hermana pega un chillido que me hace sonreír y comienza a saltar en el sitio. "¡No me lo puedo creer!"

"Nuestra canción," asiento, tendiéndole mi mano derecha, que agarra con una carcajada.

Cuando éramos unos críos nos pasamos todo un verano creando una coreografía para esta canción. Es una tontería y los pasos son absurdos, pero se convirtió en nuestro pequeño show cada vez que la familia se reunía.

Unos silbidos nos hacen girarnos hacia la izquierda, donde nos encontramos a mi madre aplaudiendo y animándonos mientras canta la letra con una sonrisa enorme dibujada en los labios.

Bailamos con energía, disfrutando como si volviéramos a ser niños de nuevo. Nos movemos por la hierba, cantando y saltando despreocupados, hasta que los otros vecinos se unen a mi madre y también comienzan a animarnos.

En un momento de la canción, me da por abrir los ojos y mirar por encima del hombro de Lib, provocando que todo mi cuerpo se tense. Julie y su acompañante siguen bailando y riendo, pero lo que me duele es la forma en la que ella lo mira, como si no hubiera nadie más presente.

"Hacen buena pareja," dice despreocupadamente mi hermana, como si a mí no me estuviera dando un derrame cerebral.

"¿Cómo?" Consigo pronunciar, con mitad de mi cuerpo colapsando. "¿Están saliendo?"

Lib parpadea varias veces con una sonrisa lobuna. "Pues no estoy muy segura," dice, soltando una risita. "Tendrás que preguntárselo a ella."

Estoy a punto de seguir sus indicaciones, soltándole la mano, cuando me agarra con fuerza y me obliga a seguir bailando.

Me mira con dureza, ni rastro de la picardía de antes.

"Ahora no, impaciente," dice, lanzándoles una mirada por encima del hombro. "Ve cuando no estén bailando y te relajes, que pareces un simio. Ni que fueras a darle una paliza al pobre hombre que no te ha hecho nada."

No que yo haya visto.

Asiento, cogiendo aire con fuerza. Libero la tensión de mi mandíbula al dejar de apretar los dientes, y me concentro en seguir el ritmo de la canción con el cuerpo.

Hago girar a Lib varias veces, haciéndola reír, y ese sonido me devuelve los pies a la tierra, deshaciendo el nudo en mi pecho lentamente. Me olvido de lo que me rodea, teniendo ojos solo para mi hermana y oídos para nuestra canción.

Pero la música se acaba, y con ella mis ganas de seguir en esta fiesta.

Paseo la vista por todo el recinto en busca de una pareja feliz, pero solo me encuentro con el supuesto Eliot. ¿O era Emi? Es igual. Está en la barra bebiendo una cerveza con un par de amigos que me suenan de haberlos visto alguna vez con Evan.

Paso de él y busco a Julie por la zona, pero es como si se la hubiera tragado la tierra. A pesar del estúpido y repentino ataque de celos de antes, todavía quiero hablar con ella. No estoy preparado para sincerarme, pero necesito un momento a solas para poner en orden mi cabeza.

Me doy un paseo por las mesas, saludando a los vecinos que me dan la enhorabuena por mi bailecito con Lib, sonriendo a mis amigos y disculpándome cuando alguna señora quiere hablar conmigo más

de un par de segundos. No encuentro a Julie por ninguna parte, no está en la zona donde todavía quedan algunos aperitivos que sobraron de la cena, ni en los baños portátiles tras la carpa.

Joder, a veces pienso que es el mundo el que insiste en mantenerla fuera de mi alcance.

Me rindo a los pocos minutos, dando la misión por perdida, y me dejo caer en la hierba cerca de la orilla del río con un pesado suspiro. No hay nadie por la zona, y los grillos cantan su monótona melodía como si fuera el murmullo de mi cabeza, recordándome una y otra vez lo estúpido que soy.

"¿Está ocupado?"

Alzo la vista con el ceño levemente fruncido, sin estar del todo seguro de haber reconocido esa voz femenina. Recorro su cuerpo despacio: unas Converse con setas pintadas a mano, sus rodillas asomando bajo el dobladillo de encaje de un vestido amarillo… y luego su rostro. Si mis ojos no me engañan, Julie está delante de mí.

Y me está sonriendo.

"¿Qué?," consigo pronunciar en un hilo de voz. Joder, estoy tan nervioso que me sudan las manos.

Julie aprieta los labios como si se estuviera aguantando la risa. Señala con la cabeza el suelo. "Que si hay alguien sentado contigo."

Bajo la mirada al trozo de hierba que me rodea, confundido.

¿Julie ve fantasmas?

Mierda… No quiero faltarle al respeto. Si ella cree en espíritus y seres oníricos, ¿quién soy yo para destruir sus ilusiones?

"No que yo vea," termino respondiendo, titubeante.

Julie me mira con los ojos bien abiertos durante un segundo, y de repente estalla en carcajadas. Me la quedo mirando medio paralizado, todavía confundido. Se sienta a mi lado con las piernas cruzadas, dejando unos cuantos centímetros entre nosotros.

"Quita esa cara, Tate, parece que acabaras de ver a un fantasma."

"Pero… Yo creía que… *Tú* eres la que-"

Alza una mano y cierro la boca al instante. Menos mal, estaba empezando a sonrojarme por mi incapacidad de pronunciar una frase completa.

"Te vas a hacer daño," dice medio riéndose.

¿Estará borracha? ¿Desde cuándo se ríe conmigo?

Miro su perfil con el ceño fruncido, tratando de averiguar sus intenciones.

"¿Qué haces aquí?," pregunta ella, robándome las palabras.

"Podría preguntarte lo mismo," contesto con las cejas alzadas.

Julie pone los ojos en blanco, pero no aparta la mirada de las oscuras aguas del río, iluminadas por el leve resplandor de la luna.

"Te estaba buscando," me sorprende diciendo. A mí se me corta la respiración, y siento el corazón golpeando con fuerza, como si quisiera abrirse paso entre mis costillas.

"¿Ah, sí?"

Hace un sonido afirmativo.

"Quería darte la enhorabuena." La miro con el ceño fruncido mientras se gira hacia mí con una pequeñísima sonrisa. "Por el tremendo espectáculo dancístico que has montado con tu hermana ahí dentro," aclara.

Flexiono las rodillas, apoyo las manos sobre ellas y me inclino hacia delante, escondiendo el rostro mientras dejo escapar un quejido. Julie se ríe a mi izquierda, pero a mí me puede la vergüenza.

Pensaba que estaría tan ocupada sonriéndole a su pareja de baile que no le prestaría atención a mi coreografía con Lib.

"Ha sido esclarecedor," continúa hablando. "Sabía que bailabas bien, pero no imaginaba que tendríais montada toda una coreografía." Suelta otra carcajada, que tapa mi gemido desesperado. "Ojalá lo hubiera sabido antes…"

"¿Para qué?" Mi voz suena floja, amortiguada por mis manos. "¿Para torturarme?"

"Por ejemplo."

No la veo, pero estoy seguro de que ha encogido los hombros y tiene una sonrisita de suficiencia plantada en la boca. Nos quedamos en silencio varios segundos, y, cuando consigo armarme de valor y levantar la cabeza, me encuentro con sus ojos verdes como olivas brillando de la diversión.

"No es algo que me dé vergüenza," explico con voz queda.

"¿Entonces qué pasa?"

Hago una mueca, como si me doliera algo físicamente al tener que pronunciar lo que pienso en voz alta.

"Es por ti."

Frunce ligeramente el ceño, como si no terminara de entender.

"¿Por mí?"

Trago saliva, incómodo.

"No quería que me vieras haciendo el idiota."

Julie ladea la cabeza, suavizando su sonrisa.

"Tate, tú siempre haces el idiota," dice, tratando de aguantarse la risa. "Pero ha sido entretenido."

Gimo, volviendo a esconder la cara entre las manos.

"Genial. Me alegra haber sido tu espectáculo de la noche."

"Oh, sin duda has sido el de todo el pueblo."

Dejo salir todo el aire de mis pulmones con una risa seca, y levanto la vista para mirarla. Me observa tan tranquila, para nada molesta, asustada o asqueada, que mis hombros se relajan al instante.

"Inventamos esa coreografía de pequeños," explico. "Y solo la hacíamos delante de la familia."

"¿Y hoy queríais ampliar horizontes o qué ha pasado?"

"¿Crees que había algún cazatalentos por ahí?"

"Diría que las posibilidades son una entre mil, así que a lo mejor es vuestro día de suerte," dice con una sonrisa que ilumina su rostro.

"Genial. Siempre quise ser bailarín de Beyonce."

Mi comentario le arranca una carcajada que le hace inclinar la cabeza hacia atrás, y siento el orgullo como una sensación cálida que me recorre todo el cuerpo.

"Sin duda causarías emoción," consigue decir, sin aliento. "Yo no he podido dejar de mirarte en toda la coreografía."

Mi boca se tuerce en una mueca.

"No sé si me alegro."

"Yo sí," asegura, dándome un pequeño empujón en el brazo. "Ha sido como ver a un pájaro haciendo la danza de apareamiento para su hembra."

"Por Dios…" Me paso una mano por mi incipiente barba. "Y yo que pensaba que no podías apartar la vista del increíble hombre con el que bailabas," farfullo entre dientes.

Julie abre la boca, y hasta yo me sorprendo de mi comentario de hombre de las cavernas.

"Vaya," dice al final, alargando cada vocal con una ceja arqueada. "No sabía que te fijaras tanto en mí."

"No me fijo," respondo demasiado rápido.

Julie esboza una sonrisa ladeada, lenta, peligrosa.

"Claro."

"Además, si tienes pareja, no importa," añado, aunque sé que sueno ridículo.

"¿Pareja?" Ladea la cabeza, mirándome con diversión.

Trago con fuerza, y no lo pienso demasiado cuando contesto:

"Sí, el tipo con el que estabas. Elías."

"Elijah," me corrige, alzando una ceja.

Hago un gesto de indiferencia con la mano. "Lo que sea."

"Vaya, qué atención al detalle tienes para lo que te interesa," dice burlona, deslizando la mirada por mi rostro.

Resoplo, cruzándome de brazos para aparentar control.

"Es un nombre difícil de recordar."

"Sí, para un niño de cuatro años," replica, imitando mi postura y entrecerrando los ojos.

Nos quedamos en un incómodo silencio durante lo que parecen horas. Julie me observa con un brillo divertido en los ojos que no termino de entender y me comienza a molestar. ¿Se está riendo de mí? ¿O se está burlando porque tiene pareja?

Cualquiera de las dos opciones me parece una mierda, y me enfado todavía más conmigo mismo por no haberme dado cuenta antes. ¿Desde hace cuánto que tiene novio?

¿Le he regalado un ramo y una puta taza de café mientras tenía pareja?

A mí me va a dar algo.

"Eli es mi mejor amigo," Julie corta mis pensamientos autodestructivos tan rápido como un cuchillo caliente deslizándose sobre la mantequilla.

Me quedo medio paralizado, con los ojos fijos en su expresión tranquila y escuchando cómo el latido descontrolado de mi corazón retumba con fuerza en mis oídos.

"¿Amigo?," repito como un estúpido.

La veo asentir, y es como si me hubieran quitado un enorme peso de encima. Observo cómo se inclina hacia atrás y apoya los codos en la hierba seca sin deshacerse de su sonrisa.

¿Y ahora qué coño va a pasar? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Es más que evidente que he quedado como un completo imbécil celoso, clavado en el césped, balbuceando frente a la única persona capaz de desarmarme en cuestión de segundos.

"¿No ves cómo siempre haces el idiota?," me pregunta con una sonrisa de suficiencia. *Por Dios…* "¿Sabías que te dan espasmos entre las cejas cuando te quedas en blanco?"

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, tengo a Julie pegada a mi cuerpo. Mis brazos siguen cruzados sobre mi pecho, y aprieto los puños contra mis costados para contenerme de hacer alguna tontería. Julie se sienta sobre sus rodillas, quedando cernida sobre mí, y extiende una mano para tocar el punto entre mis cejas. Con una delicadeza angelical, siento cómo desliza las yemas de sus dedos sobre mi cálida piel. La tensión de mi frente desaparece, y todo parece detenerse a nuestro alrededor, como si el mundo hubiera decidido esperar mientras ella juega con mis nervios.

"Mucho mejor," susurra con una leve sonrisa.

A mí me duele el pecho de lo fuerte que retumba mi corazón. Estamos muy cerca. Más de lo que recuerdo haber estado con ella desde que dejamos de vernos. Todo en mi ser me grita que me incline hacia ella y termine con la distancia que separa nuestros labios. Pero otra parte pequeña, *pequeñísima*, de mí me recuerda que no estoy siendo franco, que Julie me ha dejado claro que no siente nada por mí, que solo quiere ser mi amiga, y yo todavía no estoy preparado para dar el paso.

Odio al pequeño Pepito Grillo que me repite una y otra vez que no puedo besar a Julie ahora, que no debo marcharme y romperle el

corazón. No sería justo hacerle ilusiones si no voy a entregarme por completo, porque eso es lo mínimo que se merece.

Julie necesita a un hombre que esté a su lado pase lo que pase, que confíe en ella y sea sincero. Yo apenas soy capaz de ser honesto conmigo mismo y poner en orden el huracán de emociones que me invade cada vez que la tengo cerca. Lo mejor es mantener la distancia, evitarle un dolor demasiado grande, y que no se arrepienta de darme una oportunidad si no voy a llegar hasta el final.

Emito un ruidito para demostrarme a mí mismo que sigo vivo, que sigo respirando. Julie suelta una suave risa nasal, pero aprieta los labios cuando me separo de ella lentamente.

La veo juntar las cejas, y ahora es mi turno de pasar los dedos por encima de las arrugas que se le forman por el gesto.

"Lo siento, campanilla." Hago una pausa, rozando su mejilla con suavidad. "Será mejor que me marche."

"Si eso es lo que quieres," susurra con ojos tristes.

"Es lo mejor," murmuro con expresión torturada.

Julie me mira con intensidad, pero termina asintiendo.

"Está bien," dice mientras se levanta, sacudiéndose la tierra seca de las rodillas y tendiéndome una mano.

Pero no está bien. Nada está bien.

Ni siquiera la descarga eléctrica que siento al tocarla y la forma en la que contiene la respiración cuando me pongo de pie frente a ella. Echo un último vistazo a sus ojos verdes como olivas y, con el corazón latiendo a mil, doy un paso atrás.

Me alejo con la certeza de que volveré cuando esté preparado. Pero lo que me aterra es que, para entonces, ella ya no lo esté.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Julie

Me duelen las piernas, tengo la boca seca, hace rato que no siento los brazos y estoy sudando por sitios que ni sabía que podían sudar. La frente me pica ahí donde la tela de la gorra me aprieta y, cuando me la quito para limpiarme el sudor acumulado, tengo que cerrar los ojos con un quejido por el potente sol.

Añadimos ceguera a mi lista de quejas.

No me entra en la cabeza cómo hay gente que hace esto por diversión. Es lo más parecido al infierno que he estado.

"¡Vamos, lentas, ya podéis ir moviendo esos culos!," exclama Sage con su maldita energía infinita.

"¿Para qué quieres ir tan rápido?," pregunto con la boca pastosa. "¡Me va a dar una insolación!"

"¡Lo único que nos espera ahí arriba es un montón de piedras!," exclama Lib, que camina dando tumbos varios metros por detrás de mí.

Nuestra líder del senderismo continúa gritándonos sin mirarnos, ajena a nuestro estado deplorable.

"Te juro que como no se calle, la tiro por el barranco," dice Lib entre dientes, sujetándose a la barandilla que nos protege de una muerte segura. "Mi plan es esperar a la siguiente curva y hacer un descansito en cuanto la perdamos de vista."

Me parece el plan perfecto, y no me lo pienso dos veces cuando freno para ponerme a su altura. "¿Cuánto crees que tardará en darse cuenta de que no la estamos siguiendo?"

"Ni siquiera se gira para gritarnos como si estuviéramos en el ejército, Julie," dice con una risa que termina en una tos seca. "No se va a dar cuenta hasta que llegue arriba del todo, pasen tres horas y vea que todavía no hemos aparecido."

Tuerzo la boca, sintiéndome un poco culpable. Pero es comprensible: o hacemos un *speedrun* de la ruta o sobrevivimos al día de hoy.

Avanzamos a paso de tortuga, tostándonos al sol de la tarde lentamente pero por una buena causa. En cuanto Sage tuerce la esquina y se pierde tras la ladera de la montaña, Lib y yo salimos escopeteadas hacia el bosque. Tropezamos con nuestros propios pies destrozados, pero no dejamos de correr hasta que llegamos a la sombra. Nos tiramos al suelo húmedo y frío a un lado del camino, y agradecemos a todo el que se nos ocurre durante más de cinco minutos seguidos.

"¿Por qué no propusiste ir a un spa?," murmura Lib, hecha un ovillo sobre la hierba.

"No pensé que Sage se pondría en plan sargento," contesto, tumbándome sobre mi espalda para mirar cómo las hojas de los árboles nublan el cielo. "Imaginaba una ruta tranquila, de una hora como mucho, divertida y que nos hiciera conectar con la naturaleza. Igualita a la que hice con mi familia durante la semana del Wildflower Waltz."

"Con lo único natural que estoy conectando es con mi instinto. Y me pide a gritos que mate a mi mejor amiga."

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme.

Es serio. A mí también me gustaría asesinar a Sage por habernos hecho sufrir durante más de dos horas bajo el sol abrasador de pleno julio.

"En cinco minutos le mando un mensaje," murmuro con los ojos cerrados, disfrutando de la suave brisa. "Espero que estés más tranquila para entonces."

Escucho cómo suspira con pesadez. "Intentaré contenerme…"

Aprovechamos la pausa para beber y comer un par de barritas energéticas. Saco la cámara de mi mochila y le hago varias fotos al paisaje desde las sombras, sin atreverme a tocar el sol todavía. Lib, mucho más relajada que antes, me pide que le saque una foto, en la que me muestra una sonrisa preciosa, y después nos hacemos un par de *selfies* en los que o a mí se me ve media cara o le corto la cabeza a Lib.

Estamos riéndonos de las desastrosas fotos cuando escuchamos una estampida acercándose. Alzamos la vista y la clavamos en el camino, y de repente Sage aparece sin aliento y chorreando en sudor como si hubiera corrido una maratón. Hacemos una mueca de asco al verla, y chillamos cuando prácticamente se nos tira encima para abrazarnos.

"¡Pensaba que os habría atacado un oso!," exclama con la cara enterrada en el hombro de Lib.

"Pero si te avisé de que íbamos a hacer un descanso," replico, intentando alejarme de ella.

"¡Os podría haber comido un oso mientras venía! ¡He tardado más de media hora en bajar corriendo!"

Frunzo el ceño y Lib sonríe.

"¿Tan lejos estabas?"

"¡Te lo dije!," me dice Lib a la vez.

Sage se separa con los ojos vidriosos, y nos obliga a levantarnos y dar una vuelta sobre nosotras mismas para asegurarse de que estamos bien.

"Sage, te prometo que si nos hubiera atacado algo, te habríamos mandado un mensaje," digo, dándole un sorbo a mi botella.

"Ah, perfecto. Algo así como: «Hola, Sage, nos están matando. Besitos» hubiera sido perfecto."

No puedo evitar soltar una carcajada. Lib niega con la cabeza, divertida.

"Relájate. Lo único que nos está matando es la ruta," digo, volviendo a sentarme en la hierba fresquita.

Lib resopla y se deja caer en el suelo con dramatismo.

"Confirmo. Mis piernas han dejado de responder desde hace cuatro kilómetros. Ahora mismo estoy funcionando por inercia."

"Pero si hasta aquí solo hay cuatro kilómetros y medio," dice Sage con el ceño fruncido.

"Lo sé," contesta la rubia con una ceja enarcada. "Imagínate el sufrimiento al que me has estado sometiendo."

Sage aprieta los labios para contener una sonrisa.

"Ha sido una idea de mierda," admito con una mueca.

"La peor forma de empezar el verano," asiente Lib.

"Para mí no ha sido tan terrible." Sage se encoge de hombros, pero no ve la mirada asesina de su amiga. "¿Al menos has podido hacer alguna foto para tu cuaderno de viajes?," pregunta, sentándose bajo un árbol.

Extiendo un brazo para darle las instantáneas, y observo cómo pasa los papeles mientras se muerde el labio inferior.

Pero frunce el ceño de pronto. "¿Decapitar a Lib en todas las fotos era a posta?" Gira las polaroids para que las veamos, haciéndonos volver a estallar en risas. Son insuperables. Pretendo enmarcarlas en mi apartamento. "Están genial, Julie," murmura, volviendo a mirarlas con una sonrisa satisfecha.

Las fotos no tienen nada que ver con la tímida instantánea que saqué de las montañas desde la carretera cuando fui a Hazel Field con Tate. Siento que ha pasado una eternidad desde ese viaje… y apenas un mes desde la última vez que lo vi. Su recuerdo llega sin avisar, como una punzada breve que desaparece antes de que pueda hacerle sitio. Y mejor así, porque preferiría volver a hacer esta ruta que encontrarme pensando más de un segundo al año en Tate Weston.

Hace varias semanas que Lib y Sage saben de la existencia de mi cuaderno de viajes. Cuando mi madre me lo regaló y conocí a las chicas, no tenía intención de mantenerlo en secreto, pero una parte de mí sentía miedo, incluso vergüenza, de que lo descubrieran. Y sobre todo que vieran que ni siquiera lo estaba utilizando.

Llevaba varias semanas sin coger la cámara, pero sentía que ya iba siendo hora de comenzar a llenar el cuaderno de nuevos recuerdos.

La noche después del último día de la subasta anual de ganado, cuando estábamos cenando en The Red, les conté a mis amigas esta parte de mi mundo. Ellas, para mi sorpresa, estaban encantadas e ilusionadas, y me propusieron hacer un viaje para empezar. Al principio me reí, como si fuera una idea bonita pero lejana, algo que se dice sin pensar demasiado. Pero cuanto más hablaban, más alcanzable parecía.

Comenzaron a lanzar destinos al aire, a imaginar planes improvisados, a preguntarme qué lugares me gustaría capturar primero. Y, sin darme cuenta, terminamos organizando una ruta por las montañas.

Alguien tendría que habernos advertido de que Sage era una fanática del senderismo y que Lib y yo necesitábamos unos pulmones nuevos.

Es curioso, porque estaba tan encerrada en mí misma, temerosa por dejar salir una parte secreta de mí, que no era consciente de todo lo que me estaba perdiendo. A pesar de que este haya sido el peor plan jamás elaborado, es un recuerdo más para mi cuaderno de polaroids.

Hemos reído, hemos sudado y no nos ha comido un oso, así que *supongo* que no ha salido tan mal después de todo.

"¿Has pensado a dónde nos quieres llevar ahora?," pregunta Sage después de subirse en el asiento del conductor. Me sujeto al respaldo de mi asiento para mirar hacia atrás, donde Lib me observa con cara de súplica.

"¿Alguna petición?," le pregunto, con una sonrisa torcida.

Lib abre mucho los ojos y pega un chillido.

"¡Quiero ir a la playa!," exclama con todas sus fuerzas.

"¡Siempre he querido hacer surf!," añade Sage a mi lado.

Ambas me miran expectantes con los ojos como platos, y me obligo a quedarme en silencio varios segundos para crear un poco de tensión. *Viendo el éxito de hoy… ¿qué es lo peor que puede pasar?*

"Hace años que no veo el mar," contesto, encogiéndome de hombros, consiguiendo que estallen en chillidos.

Grito con ellas y nos abrazamos torpemente dentro de la camioneta, pero estoy tan feliz que no me importa clavarme el broche del cinturón en la rodilla. Voy a llenar el cuaderno de historias divertidas y especiales; siempre acompañadas de estas dos alocadas a las que quiero incluso cuando me sacan de quicio.



Meto la última camiseta en mi maleta pequeña con un suspiro mientras escucho el ligero rumor de las olas que se filtra por la ventana abierta. El olor a salitre del mar se mezcla con el suave aroma del ambientador de la habitación. La arena que parece haberse quedado pegada a mis chanclas me hace cosquillas en los dedos de los pies al caminar de un lado a otro. Guardo las cosas que voy encontrando tiradas por el suelo de cualquier manera, y cierro la cremallera tras acomodar mi neceser.

Sé que todavía quedan unas horas para marcharnos, pero me conozco lo suficiente como para saber que si lo dejo para el último momento llegaremos tarde a la estación de tren.

Me ato bien a la cintura mi enorme camisa de rayas azules, vuelvo a echarme un poco de crema, me pongo mi gorra blanca favorita y salgo por la terraza para reunirme con mis amigas en la arena.

Lo bueno de haber reservado durante todo un fin de semana una pequeña casa en la costa es que no necesitamos caminar más de dos pasos para llegar a la playa.

Es un paraíso.

"¡Oye, rubia! ¿Dónde te habías metido?"

Sonrío al escuchar el grito de Lib, que se incorpora sobre sus codos y me mira a través de sus enormes gafas de sol. No hay ni rastro de Sage por la arena, pero intuyo que estará dándole una paliza a algún ser invisible del mar.

Es como un *gremlin*, se convierte en una cría al tocar el agua.

"Estaba recogiendo la habitación y haciendo la maleta. No pensé que me fuera a llevar tanto, pero parecía que hubiera pasado un tornado."

"Sí, el tornado Sage," dice con un resoplido. "Esa mujer no sabe lo que es una percha."

Extiendo mi toalla a su lado medio riendo antes de tumbarme de espaldas.

"No quiero irme," balbuceo con los ojos cerrados.

Lib suelta una pequeña risa. "Ni tú ni nadie, Julie. Trasladaría la tienda aquí solo para poder tocar la arena todos los días al salir del trabajo."

"Mi sueño," murmuro con un suspiro.

Hemos tenido la pequeña playa para nosotras solas durante todo el fin de semana. Descubrimos que este sitio es una cala diminuta enmarcada por dos enormes acantilados y la única casa cercana es la nuestra. El pueblo está a varios kilómetros y durante el trayecto de ida nos fijamos en que hay decenas de playas como esta a lo largo de toda la costa.

Como oasis ocultos en medio del bosque.

"¿A qué hora es el tren?," pregunta Lib con voz adormecida.

"A las seis," contesto en el mismo tono.

Vinimos en tren porque era o pasar un par de horas dentro de un vagón o hacernos seis horas de coche. Wade nos acercó a la estación, y hoy nos recogerá en Windstone.

"¿Y qué vamos a hacer durante el tiempo que nos queda?"

Abro un ojo para mirarla confundida.

"Limitarnos a respirar… y decepcionar a nuestras familias en silencio."

Estos dos días no hemos hecho otra cosa que dormitar en la arena y bañarnos lejos de Sage para evitar sus ahogadillas.

"Ya, pero podríamos innovar, no sé, como hacer-"

Un grito agudo corta a Lib en seco, y yo pego un bote que me hace levantarme del suelo y poner las manos en posición de ataque. No tengo ni idea de pelear, pero ya improvisaré.

Miro a mi amiga con la cara desencajada del terror al recordar que a esta playa no viene nadie, pero ella se limita a mirarme con los labios apretados como si se estuviera aguantando la risa.

"¿Sorpresa?," murmura con un tono de pregunta que me hace bajar las manos y torcer la boca.

Lib sabe que no me gustan las sorpresas. Ahora mismo mi imaginación no tiene límites, y no me gusta un pelo lo que sea que estén tramando.

Antes de que pueda preguntarle en qué consiste la maldita sorpresa, Sage aparece en mi campo de visión saliendo a toda prisa de la casa. Detrás de ella aparece otra figura con una inconfundible melena rojiza que la delata al instante.

Me quedo clavada en el sitio, viéndolas correr torpemente por la arena con el pelo suelto ondeando a sus espaldas.

"Podría ser una escena eliminada de *Los vigilantes de la playa*," murmura Lib, poniéndose de pie a mi lado.

Inclino la cabeza hacia la izquierda y ella me imita.

"Sí, en la versión parodia, como si fuera *Scary Movie*."

Lib entrecierra los ojos, observando la escena como si fuera una experta en cine. "Yo diría más bien versión *low cost*… con presupuesto de bocata de atún."

"Auch, eso es un insulto al bocata de atún," digo cruzándome de brazos.

Lib se ríe, aunque no tarda en sumarse a nuestros gritos cuando nuestras amigas por fin llegan.

"¡Nada que ver con vuestra ruta del infierno por las montañas!," exclama Rachel, dándonos un abrazo a cada una. "Menos mal que yo sí sé tomar buenas decisiones y me he unido al mejor plan del mundo."

"Tendrías que haber venido ayer," dice Sage, haciendo un puchero.

Rachel esboza una sonrisa enorme y mira a su alrededor. "No me importaría venir solo un par de minutos con tal de ver este paraíso."

"Lo decía por nosotras, pero ahora mismo no te culpo por haberte unido al plan." Sage le saca la lengua, y se gira hacia

nosotras. “Cuando volvamos, Rae se va a quedar toda la semana en Almond Valley,” explica con una sonrisa.

“Por fin me han dado vacaciones en el trabajo.” Asiente. “Me hubiera encantado venir ayer, pero tuve que recuperar un turno de tarde para convencer a mi jefa de que me las merecía,” explica su amiga poniendo los ojos en blanco.

Sage le pregunta sobre el trabajo, pero Rachel ya está dejando su mochila en la arena como si el mar la estuviera llamando desde hace horas.

“No pienso contestar a nada que tenga que ver con pies callosos o columnas torcidas. He venido hasta aquí para ver agua, no para seguir sobreviviendo a la vida de una mujer independizada. Así que, ¿nos bañamos ya o vamos a seguir posponiendo decisiones como adultos funcionales?,” pregunta con una sonrisa ladeada.

Sage se quita las chanclas asintiendo con energía. “Entrar. Definitivamente entrar.”

Nos metemos en el agua lentamente, quejándonos de lo fría que está a cada paso, como si decirlo en voz alta fuera a hacer que cambie. Nos miramos entre risas, con esa mezcla de sufrimiento exagerado y emoción contenida, hasta que alguna da el siguiente paso y las demás la seguimos sin pensarlo demasiado.

Lib es la primera en sumergirse y castañear los dientes cuando sale a la superficie con las trenzas empapadas. “¿Por qué no hemos venido aquí antes?”

“Porque la idiota de Julie se había guardado su cuaderno de viajes para ella solita.”

“¡Pero si ni siquiera viajé!,” exclamo, golpeando el agua para salpicarla.

“¿Tienes un cuaderno de viaje?,” pregunta Rachel con curiosidad, ignorando olímpicamente el chapuzón que le acaba de caer en la espalda por la mala puntería de Sage, que pretendía devolverme el golpe.

“Sí, pero… es una tontería,” admito avergonzada.

“¡No digas eso! Seguro que es algo súper especial y significa mucho para ti.”

Rachel me sonríe con ternura, y siento cómo mi corazón se ablanda sin remedio. Asiento con una tímida sonrisa y le explico por encima lo que contienen las pocas páginas que he llenado, sin atreverme a darle demasiada importancia.

Con Rachel no tengo la misma confianza que con las otras, así que al principio me cuesta un poco más decirlo en voz alta. Pero, a medida que hablo, me doy cuenta de que no tenía ningún sentido haberlo ocultado durante tanto tiempo. No es nada raro… y compartirlo se siente sorprendentemente bien.

Rachel me promete que lo llenaremos de recuerdos de la playa, de Almond Valley y de River Cross cuando volvamos a casa. Lo dice con seguridad, como si no fuera una posibilidad, sino un plan ya decidido.

Inclino la cabeza con una sonrisa, e imagino las fotos que he hecho estos días cubriendo las páginas que todavía permanecen en blanco: la arena entre los dedos de los pies, Lib y Sage flotando boca arriba en el mar, un atardecer eterno…

Por primera vez, no me pesa que el cuaderno esté casi vacío.

Me gusta pensar que le está esperando algo ahí fuera.

Y, tal vez, a mí también.

CAPÍTULO DIECISIETE



Julie

El suave balanceo del tren avanzando lentamente por las vías me adormece tan pronto como me desplomo sobre mi asiento. Después de la caótica bienvenida de Rachel a nuestro retiro espiritual, no descansamos en todo el día. Sage demostró ser la mejor de las cuatro haciendo ahogadillas —si es que había alguna duda— y nos pasamos horas huyendo de ella. Hicimos carreras por la arena, nos tiramos al agua desde unas rocas y disfrutamos como si volviéramos a tener doce años.

Probablemente no me sentía tan exhausta desde esa edad, y por eso pierdo la batalla contra mis párpados a los tres segundos de que el tren se ponga en marcha. No sé cuánto tiempo pasa desde que me quedo dormida hasta que alguien me agarra del hombro y me sacude con cuidado, pero termina de un plomazo con mi sueño bastante subido de tono, protagonizado por un hombre tatuado hasta el cuello con hombros de nadador.

"Venga, Julie, levanta ese culo," me susurra la voz de Lib.

Abro los ojos con pesadez, sintiéndome todavía más cansada de lo que estaba, y giro la cabeza mientras me quito las legañas para

observar el paisaje de la ventana.

Estación de Windstone

Estoy tan dormida que no me había dado cuenta de que el tren ya está completamente parado. Me tapo la boca con la mano cuando un bostezo me hace cerrar los ojos de nuevo.

"Julie, no tenemos todo el día," me llama Sage desde la puerta del vagón.

Me levanto a desgana y salgo con ellas arrastrando mi maleta. No abro los ojos del todo para no despertarme. Así, cuando llegue a casa, bastarán un par de segundos para caer rendida. Lib entrelaza su brazo con el mío y me guía por la estación. Me dejo llevar medio adormecida con la mente en una sola cosa: las suaves sábanas de mi cama.

La cálida noche nos da la bienvenida de vuelta a casa cuando salimos de la estación. Ninguna lleva chaqueta encima, pero tampoco las necesitamos, con los veinte grados que deben de hacer. Una ligera brisa, aunque demasiado caliente, hace revolotear mi pelo suelto cuando llegamos al aparcamiento.

Con los ojos a medio abrir, observo cómo mis amigas suben las maletas a la batea de la camioneta y, para mi sorpresa, ellas también toman asiento como pueden ahí detrás. No recordaba que la camioneta de Wade solo tuviera asientos delanteros, pero no lo pienso demasiado cuando me quedo ahí plantada y todas me gritan que me suba de una vez al asiento del copiloto.

Mi único pensamiento es: *qué majas mis amigas, sacrificando sus vidas para que yo pueda echar otra cabezadita de diez minutos.*

Ilusa de mí, la realidad es justo la contraria.

Pero no me doy cuenta hasta que me subo a la camioneta, abrocho mi cinturón, me acomodo para dormirme contra la ventanilla y respiro hondo. Porque es el fuerte aroma que podría reconocer en cualquier parte lo que me hace reaccionar.

Cuero y heno.

Abro mucho los ojos como en una película de terror, completamente despierta de sopetón. Me giro a toda prisa hacia el asiento del conductor, sujetando con fuerza el cinturón como si fuera mi ancla, y siento cómo se me desencaja la mandíbula.

Tate Weston está conduciendo.

Repito. Tate Weston está conduciendo.

Boqueo como pez fuera del agua, intentando encontrar las palabras para formular las mil preguntas que se arremolinan en mi mente, pero mis cuerdas vocales no están por la labor.

"¿Te ha comido la lengua el gato, campanilla?," pregunta Tate con su usual aire despreocupado, hincando un codo en el marco de la puerta, aprovechando que la ventanilla está bajada.

Cuando por fin consigo encontrar mi voz, Tate ya ha puesto el coche en marcha y conduce por la oscura carretera.

"¿No venía Wade a recogernos?," pregunto en un hilo de voz.

Tate niega, volviéndose hacia mí un segundo.

"Se quedó dormido en el sillón de la casa de mi madre, así que he decidido ser un buen hermano y hacerle el favor. Mi madre dice que una vez al año no hace daño," dice, guiñándome un ojo con sarcasmo.

"Genial."

Atrapo mi labio inferior entre los dientes y me giro hacia la ventanilla, deseando no haberme despertado. La última vez que vi a Tate recuerdo que estábamos a solas y demasiado pegados en el Wildflower Waltz. El ambiente entre nosotros era demasiado… cercano y no volvimos a hablar desde entonces. Tampoco nos hemos visto, y no sé si lo que siento ahora es alivio o temor.

Me dolió que se fuera, sobre todo después de esos segundos de extraña complicidad que aún no sé cómo interpretar. Lo único que sé con certeza es que hay algo. No me lo he inventado, en algún punto él también sintió lo mismo que yo… pero decidió apartarme. Y duele.

Porque no es lo mismo que no sientan lo mismo que tú a que lo sientan y aun así decidan no elegirte.

Es como quedarse a medias de algo que nunca llegó a empezar del todo, pero que tampoco termina de desaparecer.

Tate aprieta con fuerza el volante con su mano izquierda y baja el volumen de la radio con la otra. La canción que suena no está en la discografía de Elton John ni es alguna cercana al espíritu glam.

Que no esté puesta su playlist no sé si es una buena señal, pero no soy tan migajera como para cruzar esa línea.

Tampoco tengo tiempo de pensarlo demasiado, porque me sorprende al aclararse la garganta y dirigirse hacia mí.

"¿Cómo han ido las vacaciones?"

Ah, así que ahora esta va a ser nuestra dinámica. Conversaciones de vecinos que se encuentran casualmente por la calle.

Reprimo un resoplido y me encojo de hombros.

"Bastante bien."

Tate parece conforme con mi escueta respuesta, porque hace un sonido de aprobación y no continúa con la conversación.

Mejor.

Encima de que me ha despertado y no voy a poder dormir esta noche más de tres horas, me da la alegría de no hacerme sufrir con una conversación banal.

Pero el paraíso lo hemos dejado a cientos de kilómetros atrás, y no tarda ni dos segundos en volver a abrir su bocaza.

"¿Habéis ido a la playa al final?"

Tengo que contener el impulso de fingir que me desmayo para no contestar. En cambio, hago un ruidito afirmativo.

"¿Y en qué momento ha aparecido Rachel?," continúa preguntando con un deje divertido.

Ha pasado más de un mes desde que no lo veo y ahora… ¿me pregunta por Rachel?

¿Cómo pueden ser así los hombres, pasando de ti un día e interesándose por tu vida al siguiente?

Me encojo de hombros, armándome de paciencia.

"Hoy por la mañana."

"Entonces seguro que no habréis parado en todo el día," dice riendo. "Hasta que la conocí no pensé que existiera alguien con más energía que Sage."

Me ablando un poco al hablar de Rachel y me acomodo mejor en el asiento para mirarlo de soslayo. Siento que los músculos se me relajan y dejo de tener los hombros en tensión.

"Dormí todo el trayecto en tren," admito, y, como si hubiera invocado el sueño, un bostezo me hace cerrar los ojos unos segundos. Tate suelta una carcajada que lo envuelve todo.

"Julie Bell babeando un vehículo. Me haré el sorprendido."

“Muy gracioso,” murmuro rodando los ojos.

Me lanza una mirada rápida con una sonrisa ladeada.

“¿Sabes? Es como la tercera vez que admites lo divertido que soy. ¿Debería empezar a creérmelo?,” pregunta con tono burlón.

Me muerdo la lengua para no darle la satisfacción de fingir una risa, aunque el silencio también acaba siendo una forma de dársela.

"No te emociones demasiado…," digo, respirando hondo. "No es tan difícil hacer gracia cuando te lo tomas todo como una farsa."

“¿Una farsa?,” pregunta, confundido por mi tono, ni rastro de la diversión de hace un momento.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula. Debería callarme y dejar esta conversación para otro momento… o para nunca. Pero algo en mi interior me empuja con fuerza a continuar, como si me hubiera quedado atrapada en una frase que no dejo de repetir en mi cabeza: *hablar o morir*.

“Sí, una farsa.”

“Julie… ¿de qué estás hablando?”

Siento que la rabia comienza a bullir en mi interior, el último empujón que necesitaba para hablar. Siempre hablar.

“A esto.” Nos señalo a los dos. “Esta relación. Esta tregua. Esta *amistad*.” Tate me mira con los labios apretados y el ceño levemente fruncido. “No es justo para mí. Porque parece que tú puedes seguir hablando conmigo como si fuéramos dos personas normales en un coche… y yo no.” Mi voz va desapareciendo, y hago una pausa antes de añadir: “Sé que te dije que aceptaba ser tu amiga, pero ahora me doy cuenta de que no puedo simplemente desconectar todo lo demás, Tate.”

Nos quedamos en silencio lo que parece ser una eternidad. Mi razón no manda cuando estoy cerca de él, sino mi corazón. Y ahora mismo está demasiado frágil como para arriesgarme a fingir que no ocurrió nada diferente la última vez que nos vimos.

“Lo sé, y lo siento,” dice en un hilo de voz. “Sé que no he hecho las cosas bien y que no he sido del todo sincero. Debería haber guardado las distancias contigo. Pero no podía contenerme. Cuando se trata de ti nunca puedo contenerme, cariño.”

Me giro en el asiento con los labios ligeramente separados. Observo cómo se pasa una mano por la cara, y puedo sentir su desesperación desde aquí.

"Sé que no es excusa y que te he hecho daño. Pero ahora mismo solo puedo ofrecerte mi amistad," dice, más despacio, como si le costara. "Siento no poder ser lo que a ambos nos gustaría que fuera. Pero necesito tiempo. Y no quiero hacerte daño por no saber dónde estoy."

Trago con fuerza para intentar deshacer el enorme nudo de mi garganta.

"Vale…" Asiento despacio, sin atreverme a mirarlo. "Supongo que es lo que hay… Gracias por ser sincero, al menos."

Tate deja escapar el aire en una lenta exhalación.

"No es así como imaginaba tu vuelta de las vacaciones," farfulla entre dientes, como si a él le molestara más que a mí.

Se me escapa una risa nasal y mis mejillas se sonrojan sin remedio.

"Te prometo que la próxima vez que me acerque a más de medio metro de ti, tendré las cosas claras."

"¿Debería empezar a creérmelo?," pregunto con una ceja alzada, recordando sus palabras.

"Y que lo digas, cariño."



"…necesito diez kilos de patatas, tres de pepinos, berenjenas y calabacines, dos cajas de cerezas, cinco lechugas y dos cebollas."

"Y yo necesito unas vacaciones…," murmuro con la vista fija en el ordenador.

"¿No tuviste suficiente siendo *Donna and The Dynamos* durante todo un fin de semana?"

Alzo la mirada durante dos segundos solo para fulminar a Eli.

"¿Sigo con el pedido o prefieres seguir imaginando cómo me entierras vivo en tu mente?," pregunta despreocupado.

Hago una mueca y dejo el ordenador de lado.

"¿Por qué quieres tantas cosas?"

Eli se encoge de hombros. "El miércoles tenemos comida familiar."

"¿Con la familia de tu madre?" Asiente. Al igual que yo, Eli lleva sin saber nada de su padre desde que era un niño. "Nos reunimos un día al mes y vamos rotando de ubicación. Esta vez nos toca ir a casa de su hermano en Windmille, justo al otro lado del río."

"Tendrás ganas de verlos," digo con una sonrisa.

Eli se rasca la nuca haciendo una mueca.

"Sí, bueno, quitando que mi tío está medio loco y se pone a discutir con la tele en mitad de la comida y que mi abuela siempre cuenta la misma historia… Podría decirse que sí." Suelta una risa. "Preferiría comer a solas con mi madre, pero no puedo quejarme; es solo una vez al mes."

"No hace daño a nadie," asiento, devolviéndole la sonrisa antes de volver a centrarme en la pantalla del ordenador. "¿Quieres algo más o con esto vas bien?"

Las campanitas que anuncian un nuevo cliente suenan antes de que a Eli le dé tiempo a contestar. Permanecemos en silencio mientras vemos cómo unas piernas desnudas entran dando tumbos en el local. Y digo piernas porque es lo único que alcanzamos a ver. Su cuerpo está cubierto por un montón de cajas.

"¿Hola?," dicen las cajas con una voz femenina.

"¿Necesitas ayuda?," me limito a preguntar, observando con el ceño fruncido cómo se tambalea.

"Por favor, que alguien me eche una mano," suplica, soltando un jadeo que por fin nos hace reaccionar.

Eli y yo corremos hasta ella con los brazos extendidos, preparados para coger las cajas superiores. La expresión angustiada de mi jefa nos recibe nada más quitamos la primera caja. Pesa bastante, y la escucho suspirar de alivio cuando las vamos dejando en el suelo.

Al mirarla, veo que intercala la vista entre Eli y yo varias veces. Su ceño se frunce cuando nuestros ojos conectan, y sus mejillas se tiñen de un intenso rojo al apartar la mirada.

Aprieto los labios para no sonreír, y entrecierro los ojos al verla ahí parada.

"¿Necesitas ayuda con algo más?"

"No, gracias, eso es todo," contesta a toda prisa. Mira fugazmente a Eli antes de coger una de las cajas y dirigirse hacia la puerta del almacén. "¡Voy a guardar esto!," exclama con la voz tres tonos más agudos de lo normal.

Lib desaparece tan rápido como llegó, y nos volvemos a quedar solos en la tienda. Regreso a mi sitio tras el mostrador algo aturdida, miro la pantalla del ordenador sin saber muy bien qué estoy buscando, y no tardo ni dos segundos en alzar la vista hacia Eli con el ceño fruncido.

¿Pero este no estaba liado con Alice?

"¿Le has hecho algo?," pregunto con una mirada acusatoria.

"¿Yo?" Se señala a sí mismo con un dedo y abre los ojos dramáticamente. "Te juro que no he hecho nada, Luli."

Alzo las cejas. "Y una mierda."

Eli chasquea la lengua contra el paladar y su expresión se vuelve maliciosa.

"Es el efecto que causo en todas las mujeres, cielo."

"Asqueroso," digo, fingiendo una arcada que le arranca una carcajada. "Y muy poco humilde por tu parte."

"Soy un hombre, Luli. ¿Qué esperabas?"

Touché.

Pongo los ojos en blanco, pero mi sonrisa me delata.

"Nunca había visto a Lib tan nerviosa."

"¿Crees que le gusto?," pregunta y hasta suena esperanzado.

"En serio, Eli, hazte mirar lo de la humildad."

Vuelve a reírse, y se inclina sobre el mostrador para apoyar los antebrazos.

"Lo pregunto en serio, Luli."

"¡Y yo qué sé!," exclamo riendo. "No pienso hacer de Celestina, así que no esperes que yo se lo pregunte. Si quieres saber algo de Lib, tendrás que hablar con ella tú solito."

"Vale," dice tranquilo.

Y, sin más, se aleja del mostrador y comienza a caminar hacia la puerta trasera. Lo intercepto antes de que le dé tiempo a cruzar el umbral.

"¿A dónde te crees que vas?"

Eli me mira con el ceño fruncido. "Me acabas de decir que si quiero saber algo que hable con ella."

"Yo- sí- bueno," balbuceo, parpadeando muchas veces. Eli alza las cejas y me obligo a parar y pensar antes de hablar. "No puedes entrar ahí sin más y exigirle que te diga si le gustas."

"¿Por qué no?"

"Porque así no es cómo se liga," contesto como si fuera obvio.

"¿Me vas a decir tú a mí cómo se liga, Julie Bell?," pregunta cruzándose de brazos con una sonrisa de suficiencia.

"No te atrevas a poner esa estúpida sonrisa conmigo, Elijah. Y sí, te voy a decir yo cómo se liga *con Lib*."

"Genial, soy todo oídos."

"Para empezar, no entres ahí como un orangután y espera al momento oportuno para hablarle. Primero tienes que ver si está ocupada, si tiene un buen día o si está a punto de mandarte a la mierda con la mirada. Y, por favor, no le sueltes lo primero que se te pase por la cabeza. Empieza normal, como una persona civilizada. Un *hola*, una conversación sencilla… y ya verás por dónde tirar."

"¿No era que no ibas a contarme nada sobre Lib?," pregunta, alzando una ceja con una sonrisa satisfecha.

"¡Pues para de hacer eso!," exclamo, llevándome las manos a la cabeza. "Te estás metiendo en mi mente. ¡Sal ya!"

Eli suelta una fuerte carcajada que le hace inclinar la cabeza hacia atrás, pero termina asintiendo y volviendo a su lugar. Al otro lado del mostrador.

"No pienso hablar más del tema, así que olvídate de mí," digo, mirándolo con los ojos entrecerrados.

"Está bien, no haré más mi truquito mental." Alza las manos en señal de rendición.

"¿Podemos seguir con el pedido?," pregunto, soltando un suspiro. "Eres mi último cliente del día y en cinco minutos se acaba mi turno, así que me encantaría irme a mi casa. Después de esta charla solo

quiero encerrarme en mi apartamento y no volver a verte en una temporada."

"¡Julie, ¿puedes venir un segundo?!," nos llega la voz amortiguada de Lib desde el otro lado de la pared.

Cierro los ojos un momento.

Sin duda, esta es la peor mañana de mi vida.

Para cuando los vuelvo a abrir, Eli me mira con una enorme sonrisa con la que enseña sus dientes.

"Háblale bien de mí," dice en un tono anhelante.

Reprimo una risa. "Olvídate. De. Mí."

"Venga, Luli, me debes un favor."

"Yo no te debo nada."

"Te lo suplico."

Respiro hondo, negando con la cabeza mientras intento mantener la seriedad.

"Ya veremos."

Y antes de que Eli pueda añadir nada más, la voz de Lib vuelve a colarse desde el almacén.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Tate

Has pensado qué vas a hacer con todos los obstáculos?”

Me alzo sobre la silla para girarme y mirar a mi hermano con el ceño fruncido.

“¿Saltarlos?,” pregunto de vuelta.

Wade resopla como si fuera un caballo y me lanza una larga mirada de reproche. Es demasiado fácil sacarlo de sus casillas. Y llevo años perfeccionando mi técnica para tocarle las narices en el menor tiempo posible.

“Me refiero al recorrido. ¿Es solo para ti o tienes pensado anunciarlo?”

Freno a Raven para dejar de hacer contorsionismo y ponerme al lado de Shiny. Miro a Wade con una sonrisa contenida, y su ceño fruncido se marca todavía más. Es encantador.

“En principio iba a ser algo para Almond Valley,” admito, haciendo una pequeña pausa para recordar todo lo que he estado pensando durante estas últimas semanas. “Pero cuando fuimos al viejo granero en primavera hablé con Ada, Ada Sterling, y pensé que sería una

buena idea usarlo también para dar clases. Incluso montar una escuela de equitación."

"¿Eso es lo que quieres?," pregunta mi hermano, mirándome con la cabeza ladeada. "¿Ser profesor de equitación?"

Me encojo de hombros.

"Nunca me lo había planteado, pero creo que es algo que me puede gustar. Estaré ocupado durante todo el día, pero adoro los retos, amo los caballos y me encanta enseñar cosas nuevas. Es una buena combinación, y podré seguir con mis proyectos, aunque serán para ir mejorando la escuela."

Wade no me contesta al instante, sino que lo medita durante tanto tiempo que me hace dudar de mis posibilidades. No he pensado mucho los detalles, es solo una idea a largo plazo y tampoco sé si funcionará. Pero tengo ilusión, experiencia y un recorrido, así que no lo veo tan negro como parece que lo está pintando Wade en su cabeza.

Cuando por fin habla, yo también estoy terminando de convencerme de que va a ser un completo desastre.

"Es una buena idea," me sorprende diciendo. Y así, de un plumazo, borra todo rastro de mis malos pensamientos. Lo miro con los labios apretados, conteniéndome para no sonreír. "Si crees que es algo que vas a disfrutar haciendo, entonces adelante. Crea la mejor escuela de cross de la provincia."

"¿De verdad?", pregunto, incapaz de contener la emoción en mi voz.

Veo un atisbo de sonrisa en sus labios que me devuelve la esperanza que me faltaba.

"De verdad, Tate."

Esas simples palabras quizá para él no signifiquen nada, pero para mí abren una puerta que no estaba seguro de atreverme a cruzar: el empujón que necesitaba para comenzar una nueva etapa.

Terminamos con la última tarea de la mañana, arreglando la última valla del cercado del ganado. Me pareció que sería más rápido proponerle a Wade ir a caballo para movernos de un lugar a otro, así que apenas tardamos media hora en dejar todos los prados en condiciones y reemplazar un par de candados.

Lo primero que hago en cuanto dejamos los caballos en los establos es llamar a Ada y pedirle que venga hoy a la granja.

Si todo va bien, podrá ver el recorrido y hablaremos del futuro de la primera escuela de equitación de Almond Valley.



Salgo a toda prisa de la casa de mi madre con Sage pisándome los talones. Cometí el error fatal de contarles a todos durante la comida que Ada vendría, y no han dejado de acribillarme a preguntas hasta que el móvil me ha sonado por una nueva notificación y la he usado como excusa para largarme.

Lo que ellos nunca sabrán es que era un correo para avisarme de que me estoy quedando sin espacio. El mismo que recibo todos los malditos días.

Y no me preguntaron lo que todo el mundo preguntaría, no. Todas las cuestiones iban dirigidas hacia Ada, el tipo de relación que tenemos y afirmaciones sobre lo guapa que es.

De coña.

Solo me quedan un par de metros para llegar a la puerta de mi camioneta y, contando con que las piernas de Sage son igual de estables que las de un cervatillo, la carrera está ganada.

Una sonrisa de suficiencia estira las comisuras de mi boca, pero un chillido poco convincente me obliga frenar en seco para girarme.

"¡Qué daño!," se queja Sage, tocándose la rodilla.

Su amiga, Rachel, aparece por la puerta en lo alto de las escaleras. Es como una extensión de Sage. Lleva casi una semana aquí y, como cada vez que viene, se ha convertido en una más de la familia. Todos la adoran y siempre intentan emparejarla con alguien del pueblo. A ella no le parece mal, sino lo contrario, e incluso se pone exigente con los pretendientes que les enseñan mi abuela y mi madre.

"¿Qué has hecho?," pregunto sin acercarme. Con esta mujer nunca se sabe. No quiero que me salte a la espalda y eche a perder

mi plan de huida.

"Me he dado con…" mira a su alrededor, como si estuviera buscando algo "…la barandilla."

Enarco una ceja, dando un paso atrás para apoyarme contra el caliente metal de la puerta.

"Sage, la barandilla está a medio metro de ti."

La veo apretar los labios, decidiéndose entre seguir haciendo el tonto o soltar lo que sea que tenga que decirme.

"Agh, está bien." Suelta un resoplido, sentándose en el escalón. Rachel se reúne con ella en la escalera, tomando asiento a su lado. "Queríamos proponerte algo."

Intercalo la vista entre las dos, expectante, sin saber muy bien a dónde quieren llegar.

"¿*Queríamos*?"

"Sí, ha sido sobre todo cosa de Rae. Ya sabes, con todo esto del recorrido, los caballos, el pueblo… Llevamos un par de días dándole vueltas a una idea y creemos que puede ser interesante hacer algo con tu proyecto de cross."

Me cruzo de brazos, pero no me pongo a la defensiva.

"Os escucho," digo, asintiendo una vez.

Sage esboza una pequeña sonrisa, y Rachel le da un pequeño codazo para que continúe.

"Sería hacer una especie de evento, o una fiesta. Con gente. Rollo inauguración."

Parpadeo, procesándolo.

"¿Un evento?" repito.

"Sí," asiente ella, animándose. "Con caballos, gente del pueblo, incluso visitas de fuera. Organizar algo para que todos puedan ver el trabajo que has hecho. Incluso podríamos juntarlo con los clientes que tengo de Trust & Trot. Hacer una bienvenida de los nuevos servicios de Almond Valley."

Sage se retuerce nerviosa las manos sobre el regazo, y su amiga la mira un segundo antes de volverse hacia mí: "No es nada cerrado, solo una idea… pero pensamos que podría funcionar muy bien contigo."

"¿Los nuevos servicios?," me limito a preguntar.

"Bueno… sí…," Sage titubea al hablar, bastante más nerviosa que cuando me persiguió por toda la casa. "Conociéndote, estaba casi al cien por ciento segura de que ibas a abrir el recorrido para todo aquel que quisiera entrenar o incluso que tendrías pensado dar clases."

Suelto una incrédula carcajada que las hace mirarme como si me hubieran salido dos cabezas. No deja de sorprenderme el fuerte poder que tiene mi cuñada para leer cada uno de mis pensamientos.

"Es justo de lo que iba a hablar con Ada en…" miro la hora en el móvil y trago saliva al ver que me acaba de mandar un mensaje de que ya está aquí. "…ahora mismo."

"Creo que alguien no llega a tiempo para su cita," canturrea Rachel con una sonrisa diabólica.

Sage la empuja con el hombro, pero me mira esperando una respuesta.

"Es muy buena idea, chicas," admito mientras abro la puerta de la camioneta. "Os prometo que lo pensaré. Si queréis, puedo comentárselo ahora a Ada para ver qué opina."

"¡Pero que no nos robe la idea, eh, sinvergüenza!," exclama Sage, alzando la voz por encima del ruido del motor cuando arranco. "¡Queremos créditos!"

"¡Encárgate del cartel y pon tu nombre bien en grande!," grito de vuelta, guiñándole un ojo.

Nos despedimos con un trato listo para ser firmado y no tardo ni dos segundos en poner rumbo a los establos.

El aire cálido de la tarde se cuela por las ventanillas bajadas, haciendo que el pelo que sobresale bajo mi gorra me haga cosquillas en la nuca. Aparco al lado de un todoterreno azul cian y me recoloco la gorra antes de bajar del coche para asegurar unos mechones rebeldes tras mis orejas.

Entro en el establo, normalmente vacío a estas horas del día, para encontrarme con una larga melena con destellos rojizos recogida en una coleta baja. Lleva unos vaqueros ajustados, escondidos en los bajos por unas gastadas botas de montar marrones, y una camisa azul bien metida por la cinturilla y arremangada hasta los codos.

Cubro la distancia que nos separa con unas cuantas zancadas, y a medio camino Ada se da la vuelta al escuchar mis pisadas.

"¡Tate!," exclama antes de rodearme con sus brazos en un corto abrazo.

"Perdón por llegar tarde," me disculpo, quitándome la gorra para poder mirarla sin obstáculos. La visera me robaba parte de su expresión, al ser igual de alta que yo.

"No te disculpes. He sido yo quien no avisó al salir para aquí," dice con una ligera risa. "Estaba en Blue Ranch cuando me llamaste, así que fue terminar de duchar a un caballo, comer algo rápido y venir. No quería perder el tiempo. Tengo muchas ganas de ver lo que has montado," explica con alegría, casi dando saltitos de la emoción.

Parece una niña pequeña con un nuevo juguete, pero no puedo juzgarla: por dentro me siento exactamente igual.

"Te agradezco mucho que hayas venido, Ada. ¿Qué te debo?"

Hace un gesto con las manos para restarle importancia.

"Con unas alitas en The Red estoy más que servida."

Me río entre dientes, pero asiento mientras la guío hacia los caballos que llevaremos.

"Iba a cenar con Luke esta noche, pero puedo preguntarle si puedes unirte."

Me giro para ver cómo Ada abre la boca de la sorpresa, antes de esbozar una sonrisa ilusionada, casi suplicante.

"Nada me encantaría más."

"Trato hecho, entonces."

Nos damos la mano para sellar el trato.

"Vamos a ver esos obstáculos," dice, guiñándome un ojo.

Está eufórica mientras preparamos a los caballos, aunque ya no sé si su entusiasmo se debe a ver por fin el recorrido o a la cena que nos espera esta noche. De cualquier forma, me alegro de que haya podido venir tan rápido. No tengo prisa en poner en marcha mis planes, pero sí quiero dejar organizado todo lo que debería hacer con el recorrido y saber cuáles son los planes que pueden funcionar, siendo realistas.

Y para ello necesito a la experta en equitación, Ada Sterling.

Mientras avanzamos por las tierras de mi familia le cuento las mil ideas que se me han ido ocurriendo durante estas últimas semanas. Ada me escucha con atención, reflexionando en voz alta sobre cuáles pueden salir mejor y cuáles peor.

Hacemos una lista de pros y contras, y termina ganando por unanimidad el plan de crear una pequeña escuela de equitación. Con la única condición de que sea a jinetes que ya sepan montar a caballo.

Serán cursos de perfeccionamiento o de iniciación al cross. Se impartirán todos los niveles, pero sin empezar desde cero. Me recomienda, tal y como había pensado, que yo sea el profesor al comienzo. Si la cosa sale bien y funciona, poco a poco podré plantearme el contratar a otro profesor.

Entendiendo por *otro profesor* a ella.

"¿Te interesaría?," pregunto con sorpresa.

"Claro," dice, encogiéndose de hombros con una sonrisa. "Ahora estoy dando clases en Blue Ranch, en Windstone, pero tengo varios días libres. Podrías tomarte todo el mes para pensarlo, dejar que el verano termine. Aprovecha el tiempo y termina de montar el recorrido. Haz unos cuantos obstáculos más, cava alguna zanja o ver si puedes añadir alguna charca por la zona. Incluso puedes hacer obstáculos más simples en alguna zona de campo que tengáis libre y entrenar ahí para que tus caballos se vayan acostumbrando."

Me quedo en silencio, intentando procesar toda la información de golpe.

Ada se ríe, dándome unas palmadas en el brazo.

"No te agobies, Tate. Tienes todo el tiempo del mundo y ninguna prisa, la combinación perfecta," me recuerda. "Y siempre puedes llamarme si te ves perdido o necesitas ayuda con algo relacionado con las instalaciones."

"Gracias, de verdad," digo con una sonrisa agradecida que corresponde.

Le enseño los obstáculos uno a uno. Ada se baja del caballo para inspeccionarlos más de cerca y darme su aprobación. Me dice cosas a mejorar con la mejor de sus intenciones y tomo nota de cada uno de sus apuntes. En mitad del recorrido nos da por hacer una lluvia

de ideas para nuevos obstáculos, y solo consigue que aumente el cosquilleo que me lleva acompañando desde que comencé el proyecto.

Ada se sorprende del nivel de detalle que he puesto en cada uno de los saltos, y se ríe al ver la locura que es el obstáculo con el seto de flores rosas.

Las horas pasan en un abrir y cerrar de ojos, y, casi sin darnos cuenta, apenas nos queda una hora para volver a casa e ir a River Cross.

"Ahora dime la verdad, Ada," comienzo, girándome para mirarla. "¿Crees que esto funcionará en el pueblo?"

Mi amiga aprieta los costados de su montura para avanzar hasta quedar a mi lado. Tuerce ligeramente la boca en lo que dura un parpadeo. El gesto le hubiera resultado imperceptible a cualquiera, pero me doy cuenta. Y la sensación que me embarga dista mucho de ser agradable o alentadora.

"Te voy a ser sincera, y es que va a ser complicado…," admite, lanzándome una amable sonrisa. "Te recomiendo que le des una vuelta y pienses en contratar a alguien para promocionarlo," continúa. "No es fácil convencer a la gente de por aquí para que se apunten a clases de una disciplina como es el cross."

"¿Y eso?," pregunto con el ceño fruncido.

Ada se encoge de hombros.

"Solo organizan concursos a mínimo una hora de aquí, así que es complicado que le interese a alguien solo por pasatiempo. A todos nos gusta participar alguna que otra vez en algún concursillo. Le da una chispa diferente al deporte."

Hago una mueca, recordando haber visto un par de folletos en el corcho de The Red anunciando algún concurso y ninguno era por la zona.

"Respira, Tate," me recuerda riendo. "Solo quiero dejarte claro que no es tarea fácil, pero para ti va a ser pan comido, ya lo verás."

Suspiro, mirándola con diversión, aunque por dentro estoy acojonado.

"Quiero que Almond Valley sea conocido en todo el pueblo."

"Y no tendrás problema en conseguirlo," asiente, guiñándome un ojo. "Pero no va a ser tarea fácil. Vas a tener que trabajar duro los próximos meses."

Dejamos todo limpio en los establos cuando terminamos, pero le pido unos minutos para apuntar todas las ideas y planes para el recorrido en mi pequeño despacho.

Ada asoma la cabeza por la puerta, y la miro con una expresión de disculpas antes de cerrar mi libreta.

"Vamos, vaquero, que me muero de hambre. Si no vamos ya a The Red, acabaré almorzando tu brazo… o el de Luke," añade, mordiéndose un dedo con picardía.

"Espero que escojas con sabiduría," murmuro con una risa, levantándome para seguirla con una satisfacción serena y el corazón lleno como nunca antes.



"¿Queréis algo más?," les pregunto a mis acompañantes, que no han apartado la vista del otro en toda la cena.

Me quedo ahí plantado, de pie frente a la mesa, durante varios segundos. Cambio el peso de una pierna a la otra, y termino carraspeando con fuerza cuando me doy cuenta de que no me han ni escuchado.

Por primera vez en la noche, Luke por fin se digna a mirarme.

"Otra cerveza, sí."

"¡Para mí también, por favor!," exclama Ada frente a él, lanzándome una rápida mirada agradecida antes de volverse hacia mi amigo para reanudar la conversación a la que, claramente, no me han dejado participar en toda la noche.

Casi puedo ver los corazones saliendo de sus ojos. *Ew.*

Me abro paso entre la gente del bar que ha ido llegando después de la hora de cenar. Es sábado por la noche y, a pesar de que The Red siempre está lleno los fines de semana, se nota en el ambiente que los vecinos están encantados de que haya vuelto el buen

tiempo. No hay ni un asiento vacío en todo el local, y tengo que pedir perdón varias veces para llegar hasta la barra.

Llevamos un par de días de lluvia incesante, pero justo hoy ha decidido salir el sol.

Y, con él, mi hermana y sus amigas.

Me interceptan antes de haberlas visto, siendo Sage la primera y única en darme un fuerte abrazo. Rachel me saluda con un gesto de la cabeza, y mi hermana me da un puñetazo de broma en la mejilla.

Son como las protagonistas de *Sexo en Nueva York*: Sage es Carrie, intensa, romántica y caótica; Rachel sin duda es Samantha, independiente, segura de sí misma y arrolladora; mi hermana, Lib, es Miranda, más sarcástica, inteligente y realista.

Pero falta la Charlotte del grupo, la más dulce, sensible y perfeccionista.

Desvío la mirada a nuestro alrededor, sintiendo el corazón en la garganta. Una melena rubia decorada con un enorme lazo azul bebé me hace entornar los ojos. Está inclinada sobre la barra, con las rodillas sobre un taburete, intentando llamar la atención del camarero que, para sorpresa de nadie, es Theo.

Sonrío inconscientemente cuando se gira hacia la derecha y veo su perfil. Se está mordiendo el labio inferior, concentrada, y tiene las cejas ligeramente fruncidas.

Es adorable.

"Hola, tierra llamando a Tate," canturrea Sage, pasando una mano por delante de mi cara varias veces.

Salgo del trance al que soy incapaz de no sucumbir y bajo la vista a los tres pares de ojos de diferentes colores que me miran como si me estuvieran haciendo un escáner facial.

"¿Qué ocurre?," pregunto, confundido.

"Te lo dije," se limita a decir Lib, mirando a Sage durante un segundo, que pone los ojos en blanco sin apartar la vista de mí.

"Esto no prueba nada."

"¿Cómo que no?," pregunta la del pelo medio rojo, metiéndose en la conversación a la que no se me ha invitado. "¿No te parece suficiente?"

"Claro que no, no ha admitido nada," insiste la pelinegra.

"Pero cuenta perfectamente."

"Más claro, agua," asiente mi hermana.

Pero Sage no cede, sino que se cruza de brazos.

"La norma era que lo dijera en voz alta."

Intercalo la vista entre ellas como en una partida de tenis. Es bastante incómodo que estén discutiendo entre ellas pero que no dejen de mirarme en ningún momento.

"¿Qué hay que decir en voz alta?," me animo a preguntar, ganándome que todas tuerzan la boca.

"¿No veis? No tiene ni idea," dice Sage, entrecerrando los ojos.

Lib resopla a su lado, alzando las cejas.

"Tate, por favor, ilumínanos."

La boca se me abre en un acto reflejo.

"¿Qué? ¿Yo?" Me señalo. "¿Estabais hablando de mí?"

Rachel rueda los ojos.

"Es idiota."

Mi hermana asiente.

"No se entera ni de dónde sopla el viento."

Alzo las manos, siendo consciente de que jamás había estado tan confuso en toda mi vida.

"Chicas, por favor," suplico. "Como dice Lib, no me estoy enterando de nada. Si fuerais tan amables de explicarme de qué narices estáis hablando, podré responderos e *iluminaros* como queréis que haga."

Sage se muerde el labio inferior y se gira hacia sus amigas. Las tres intercambian una mirada con la que mantienen toda una conversación sin necesidad de palabras que me pone los pelos de punta. Parece que toman una decisión rápido y todas están de acuerdo, porque se vuelven hacia mí, todas a la vez, con la misma sonrisa diabólica. Dan un mal rollo de cojones.

"Te gusta Julie."

No es una pregunta. ¿O sí? No *suena* a pregunta. ¿Debería contestar con una pregunta o con una afirmación? Pero… ¿afirmación de qué? No he sido capaz ni de admitirlo en voz alta a mí mismo, voy a hacerlo ahora, un sábado noche en The Red,

rodeado de vecinos y con la chica de la que creo que me estoy enamorando a menos de cinco metros.

Por Dios… creo que me va a dar algo.

"Está cortocircuitando."

"Creo que se va a desmayar."

"¿Y si se cae? ¿Podremos las tres con él?"

"Yo no tengo ganas de cogerlo. Lo dejaremos caer y luego, si eso, lo llevamos al hospital."

"¿Y si se hace daño en la cabeza? No quiero tener que convivir con un parapléjico."

"Rachel, si ni siquiera vives aquí."

"Lo sé, pero creo que me sentiría tan mal que me mudaría aquí solo para cuidar de él."

"En caso de daño cerebral, yo seré la idiota que se haga cargo de él, así que retiro lo dicho: si se cae, le agarramos la cabeza."

"¿Qué hay del resto del cuerpo?"

"Oye, chicas, ¿Tate está bien? Lleva un rato sin moverse."

"Ah, hola, Julie. Sí, es como si su cerebro hubiera borrado todos los datos y se hubiera olvidado de cómo se vive."

"¿Has conseguido las bebidas?"

"Sí, están en la barra. He venido en cuanto os he visto con Tate. Lleva sin parpadear ya varios minutos."

"¿Y si le soplamos en los ojos?"

Por Dios… que ahora están todas mirándome.

Parpadeo con fuerza. El ruido del local vuelve de golpe, como si hubiera sacado la cabeza de debajo del agua.

"Yo…"

Sage me da un codazo en el costado. "Respira, campeón."

"¿Te ha comido la lengua el gato?," pregunta Julie con una sonrisa ladeada que ahora mismo me sienta como una patada en la boca del estómago.

"Ahora mismo no puedo contestar," digo de carrerilla, sabiendo que no puedo negar lo innegable pero que tampoco puedo admitirlo aquí. Y menos delante de Julie.

"¿Contestar a qué?," pregunta ella, mirando a sus amigas.

Todas me lanzan una mirada de reproche, como si hubiera empezado yo con el interrogatorio.

Sage suelta aire por la nariz, como si le diera hasta pereza la situación.

"Contestar a nada," dice, volviéndose hacia Julie. "Solo le están tomando el pelo."

Me paso una mano por la nuca y doy un paso atrás.

"Debería volver con mis amigos," digo en voz tan baja que no sé si me habrán escuchado.

Pero lo hacen, porque se abalanzan sobre mí. Incluso Julie.

"Oh, venga, no te vayas. ¿Con quién has venido?," pregunta Rachel con una mirada ladina. Qué peligro tiene esta mujer.

"Con esos dos." Señalo con la cabeza la mesa en la que están sentados Luke y Ada, ahora uno al lado del otro, demasiado pegados como para ser solo dos amigos.

"Ew," suelta Lib, haciendo una mueca.

Exacto. Ew.

Me encojo de hombros. "Es lo que hay."

"No vuelvas todavía. Está claro que no te echan de menos," insiste Sage. "Quédate con nosotras un rato. Ibas a pedir, ¿no?"

Me lanza una mirada que no sé muy bien cómo leer.

"Vale," cedo al final. "Pero solo un rato."

No creo que Luke y Ada echen en falta sus cervezas…

Rachel levanta los brazos como si hubiera ganado algo.

"¡Eso es lo que decimos todas!"

Cuando vuelvo la vista hacia ellas, Julie me está mirando.

Y me sonríe como si se alegrara más que nadie de mi decisión.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Julie

El mundo da vueltas a mi alrededor. Es como si todos los muebles hubieran cobrado vida y se estuvieran moviendo a toda velocidad. No consigo enfocar nada. *¿Así se sentirá la comida al meterla en el microondas?*

Como esto no pare, voy a acabar vomitando.

O tal vez soy yo la que está girando.

Estoy a punto de caer al suelo, mareada, con una sonrisa boba plantada en los labios. Siento el suelo deslizarse bajo mis pies; una estrepitosa caída inminente. Cierro los ojos, dejándome llevar, aceptando mi destino… pero unas grandes manos me alcanzan antes de comerme el suelo.

No puedo parar de reír por la adrenalina del momento. Todos mis sentidos están nublados por el alcohol y el cansancio. Y, aun así, no me pasa inadvertido el cosquilleo que me recorre ahí donde me sujetan con firmeza en la cintura desnuda.

Llevo un top amarillo corto y una falda vaquera que me llega hasta la mitad de los muslos. Hay bastante piel a la vista y, en el caso de Tate, también a su alcance.

Abro los ojos muy lentamente, todavía sin poder enfocar lo que tengo delante. Los ojos azules que me observan son inconfundibles, y me cuesta no quedarme ensimismada al observarlo tan de cerca.

A pesar de no distinguir una mierda.

Los destellos azules tintineantes me recorren el cuerpo como si buscara alguna herida. Una profunda carcajada escapa de mi garganta cuando mueve las manos y me hace cosquillas.

"Alto, vaquero, no querrás que me mee en tus brazos."

No soy consciente de lo que digo hasta que me escucho. Vuelvo a reírme sin poder controlarlo, ya que claramente he dejado mi autocontrol en la pista de baile hace ya unas horas.

Tate suelta una risa grave que me eriza la piel. Observo cómo se agacha lentamente hasta quedar a mi altura, y su boca queda a pocos centímetros del lóbulo de mi oreja. Siento un calor en la entrepierna, y rezo para no haberme meado encima.

Lo siento, ¿vale? Estoy borracha y no soy de piedra.

"Creo que te mereces un descansito," dice con voz ronca.

Mis labios se entreabren al sentir que mis pulmones colapsan, reclamando un poco de oxígeno.

"Agua," consigo pronunciar con la boca seca.

Me aparto de él antes de que le dé tiempo a contestar, y me acerco con pasos tambaleantes a la barra. Hay un taburete libre, y no me lo pienso dos veces antes de subirme y sentarme sobre mis rodillas. Estiro todo mi cuerpo por encima de la encimera llena de bebidas vacías para llamar la atención de Theo.

Lo saludo como una sonrisa —como llevo haciendo toda la noche — y le pido un vaso de agua. Apenas se ve sorprendido, y no me extraña, porque creo que todo el local se ha dado cuenta que las tres mosqueteras y yo, D'Artagnan, nos hemos pasado un poco con las bebidas.

"Aquí tienes, señorita."

Me deja delante el vaso con una pajita, y en agradecimiento le lanzo un beso que le hace reír.

Trato de bajarme del asiento, pero está demasiado alto y tengo las manos ocupadas como para hacerlo con gracia. Lo más sencillo hubiera sido dejar el vaso y deslizarme hacia el suelo, pero borracha

soy igual de cabezota que un Weston, y me quedo con las neuronas justas como para ni siquiera planteármelo.

Pero, como lleva haciendo toda la noche, mi príncipe azul ve que estoy en apuros y viene en mi rescate.

¿No veis cómo es Encantador?

"¿Qué has dicho?," pregunta con una sonrisa divertida.

Siento un calor acumulándose en mis mejillas, y sacudo la cabeza, balbuceando cualquier excusa.

Definitivamente solo puedo beber agua a partir de ahora, ya no distingo entre lo que pienso y lo que digo en voz alta.

"Es una muy buena idea, campanilla," murmura Tate, para mi maldita sorpresa.

¡Julie! ¡Deja de pensar!

Escucho la risa entre dientes de Tate demasiado cerca de mi oído. *¿¡Desde cuándo estamos tan cerca otra vez!?* Me sujeta de las axilas como si fuera una niña pequeña, desenredo las piernas bajo mi trasero y me deja sobre el supuestamente estable suelo.

Pero a mí todo me da vueltas, y estable es la última palabra que se me ocurriría para describir cómo son las arenas movedizas bajo mis pies.

"¿Estás bien?," pregunta Tate preocupado, agachándose para mirarme de cerca. Desliza la vista por todo mi rostro, como si tuviera un escáner y me estuviera analizando.

Siento que comienzan a sudarme las palmas de las manos. Antes de que se me resbale el frío vaso, lo sujeto con fuerza con ambas. Tate no se aleja de mí, sino que me mira expectante, esperando que responda.

Bebo un sorbo, tanto para aclararme la garganta como para ganar algo de tiempo. No puedo pensar con claridad si Tate me mira como si fuera la única flor azul en medio de un campo de margaritas.

"Estoy mareada," admito, llevándome el vaso a la mejilla para bajar el calor. Ya no sabría decir si estoy ardiendo por Tate o por la cantidad de gente que hay en el local.

Tate asiente y se gira hacia donde están mis amigas, bailando sin vergüenza en medio de la pista como si estuvieran en el salón de su

casa. Rodea mi muñeca con delicadeza y me dejo llevar sin oponer resistencia mientras se abre paso entre la multitud.

Las chicas gritan al vernos. Se acercan a nosotros para abrazarnos torpemente, intentando no derramar sus bebidas encima de nosotros.

Me río al devolverles el gesto.

Vaya exageradas. Ni que hubiéramos estado una hora ausentes. Solo habremos estado… ¿diez minutos? Bueno, entre que fui a la barra y Theo me atendió, habrán sido más. Unos… ¿veinte? ¿cuarenta?

Ay, madre, no tengo ni idea.

"Creo que me voy a ir a casa," prácticamente les grito para que me escuchen por encima de la canción country que suena a todo volumen por los altavoces que cuelgan del techo.

Todas ahogan un grito y niegan con la cabeza, rogándome que me quede un rato más. Pero, aun estando bajo los efectos del alcohol, sé que con Rachel presente *un rato* significa aguantar despierta tres horas más. Y ya son las tres de la mañana.

Sage es la primera en calmarse, analizando mi rostro con la cabeza ladeada. "¿Necesitas que te acompañemos?"

Niego con fuerza, fijándome en cómo Rachel mira a nuestras amigas con gesto suplicante. Me siento mal al marcharme, siendo el último fin de semana de Rachel aquí, pero necesito beber dos litros de agua y dormir la mona.

"No hace falta, voy sola."

Total, son solo un par de calles hasta mi edificio.

Me fijo en cómo Lib intercambia una mirada con su hermano. Deben de estar manteniendo toda una conversación en sus cabezas, porque aguantan varios segundos sin apartar la vista, fulminándose con los ojos. *Cosas de hermanos, supongo*.

Es Tate quien termina suspirando con fuerza como si se hubiera rendido. Una sonrisa orgullosa ilumina el rostro de Lib, y me giro hacia él buscando una explicación de lo que acaba de ocurrir.

"Te acompaño," dice sin más.

"¿Qué?," grazno. Me aclaro la garganta con los ojos muy abiertos. "No hace falta," digo, intentando sonar más calmada.

Lo veo encogerse de hombros, ajeno al estado de ebullición en el que se encuentra mi cuerpo por la mera idea de pasar tiempo a solas con él.

"Estoy cansado. Y no estás precisamente en condiciones de hacer turismo nocturno."

Abro la boca para protestar, pero se me escapa una risa floja antes de intentarlo.

"No estoy tan mal…"

"Estás lo bastante mal como para que eso no sea negociable," me corta Sage, seca, pero sin dureza.

Asiento de mala gana.

Voy a coger el bolso que me tiende Lib, y solo en ese momento me doy cuenta de que Tate todavía me sujeta la muñeca. Ambos bajamos la mirada hacia donde nuestros cuerpos conectan, pero de repente me suelta como si el contacto le abrasara.

Intento ignorar el pinchazo que siento en el pecho, y en su lugar me centro en agarrar el bolso con mi mano libre.

"Está bien," accedo.

"Mándame un mensaje cuando llegue," le pide Sage a mi acompañante.

Antes de volverme hacia la puerta, miro hacia ellas una última vez. Todas me abrazan como despedida y me prometen que me echarán de menos. Me tengo que alejar de aquí antes de que me líen para quedarme, sino nunca conseguiré marcharme.

"No os pongáis peores sin mí."

"Demasiado tarde," responde Rachel, alzando su botellín.

Y entre risas, el grupo de amigas vuelve a su ruido.

Me abro paso por el local hasta llegar a la puerta, pero antes de salir me giro hacia la barra y me pongo de puntillas para despedirme de Theo. Le lleva unos segundos verme; me saluda con la mano y me lanza un beso, imitándome.

Salgo de The Red entre risas y con mi escolta, algo más callado de lo normal, pisándome los talones.

Caminamos por las calles vacías de River Cross en un extraño silencio. Solo se escuchan nuestros pasos y el ruido apagado, cada

vez más lejano, de la música del local. No nos lleva ni diez minutos cruzar la manzana y llegar a mi edificio.

Nos paramos frente al portal sin abrir la boca. Mantengo la vista clavada en mis pies. Hemos estado juntos durante horas, cantando y riendo, ¿por qué ahora es todo tan… incómodo?

Tate no dice nada, y me están empezando a sudar las manos. ¿Debería preguntarle si quiere subir? Me ha acompañado hasta aquí sin habérselo pedido. Ya es más de lo que me esperaría de cualquier hombre. Y ha estado toda la noche pendiente de mí. Joder, hasta me ha ayudado a bajar de un maldito taburete. Qué mínimo que invitarle a un vaso de agua… ¿no?

Qué diablos.

"¿Quieres pasar?"

No soy tan valiente como para alzar la vista para ver su reacción, sino que me giro hacia la puerta y meto la llave en la cerradura. Lo escucho decir algo en voz baja a mi espalda, pero solo entiendo algo como «para asegurarme de que estés bien».

La excusa para no mirarlo es buena y, como la cobarde que sí soy, no espero a que me conteste, sino que me adentro en el portal y directamente sujeto la puerta para que pase.

Intento mantener la mente en blanco mientras lo escucho seguirme por las escaleras. Lo bueno es que estoy lo suficientemente borracha como para que no me importe subir en silencio.

Creo que mis pulmones no aguantarían respirar e intentar mantener una conversación al mismo tiempo.

Al entrar, me quito los zapatos, apoyándome en la pared para no perder el equilibrio, y avanzo hasta la cocina a por dos vasos.

Tate me sigue y, cuando me giro para preguntarle qué quiere beber, me quedo embobada. Su enorme cuerpo lo ocupa todo. A su lado, mi apartamento parece encogerse hasta volverse ridículamente pequeño. No dejamos de mirarnos cuando pasa de la cocina al salón en solo dos zancadas. Incluso mi sofá de tres plazas parece un simple sillón cuando se deja caer sobre él.

Me observa a lo lejos con tanta intensidad que la distancia entre nosotros deja de sentirse real.

Cojo aire despacio, con la boca ligeramente entreabierta, y no se me escapa cómo traga saliva con fuerza mientras sigue cada uno de mis movimientos.

"¿Quieres agua?," consigo decir con la voz algo ronca.

"Claro," murmura, como si a él no le costara hablar mientras a mí me resulta demasiado fácil quedarme sin aire.

Asiento una vez, obligándome a apartar la vista para rellenar los vasos en el fregadero. Mis pasos ya no son tan inestables como hace una hora, pero aun así avanzo con cuidado de no derramar el agua y me siento lo más lejos de Tate en el sofá. Dejo el suficiente espacio como para que nuestros cuerpos no lleguen a rozarse ni por accidente.

El silencio se cierne sobre nosotros, y siento que me va a dar algo. ¿Para qué narices lo he tenido que invitar a subir? Intento mantener la mente en blanco, recreándome en mi borrachera, pero los efectos del alcohol no hacen más que menguar. ¿Y si me tomo otra cerveza?

Por Dios, Julie… admite de una vez que estás jodida.

Cierro los ojos con fuerza hasta que veo destellos detrás de los párpados. Ninguno de los dos abre la boca, y me planteo fingir que me quedo dormida. No es tan difícil. Solo tengo que respirar fuerte o soltar algún ronquido.

Pero un movimiento a mi derecha me pone en alerta y me hace olvidar mis estúpidos planes de huida. Todo mi cuerpo se tensa, pero solo me atrevo a abrir un ojo lentamente. *Porque soy una cobarde, ¿recuerdas?*

Veo —si es que se puede llamar *ver* a tener el ojo entrecerrado— a Tate inclinándose sobre la mesa. Por un momento pienso que va a coger el vaso de agua que le he dejado, pero en su lugar pasa los dedos por encima de una superficie marrón con letras bordadas en dorado. Mi cerebro no es lo suficientemente rápido como para predecir lo que está a punto de ocurrir. Me limito a observar cómo Tate vuelve a recostarse en el sofá con el objeto entre sus manos.

No sé por qué abro los ojos. Si por una llamada celestial de mi ángel de la guarda o porque me he cansado de no ver una mierda. Pero es como si de repente mi cerebro conectara los puntos que estaban perfectamente ordenados delante de mi cara.

Porque Tate tiene mi cuaderno entre sus manos, y mi encefalograma se convierte en una puta línea recta.

Salto encima de él como si mi vida dependiera de ello. Tate se asusta —y con razón, porque vaya maníaca debo de parecer desde fuera— y, como acto reflejo, se aferra al cuaderno de las narices, estrechándolo contra su pecho.

Lucho para quitar sus dedos de mi bien más preciado de la casa, pero Tate no se mueve un centímetro.

De hecho… *¿se está riendo?*

"¡Desgraciado!," exclamo entre dientes, sentada sobre mis piernas y usando el peso de todo mi cuerpo para hacer fuerza.

Tate responde con una risa suave que nace en su pecho y llega hasta mis manos, apoyadas en él.

No tengo tanto aguante a estas horas de la noche, y la cercanía entre nosotros se vuelve imposible de ignorar, así que respiro hondo y dejo de forcejear. Pruebo a mirarlo suplicante, pero no reacciona. Espero a que se canse, que me devuelva el cuaderno y olvidemos los últimos cinco minutos de nuestra vida.

Pero Tate no es de los que se rinden tan fácilmente.

Lo veo esbozar una muy lenta, casi tortuosa, sonrisa ladeada que no me gusta un pelo.

"Ni se te ocurra," farfullo, dejándome caer de nuevo sobre el sofá.

"Venga, campanilla, no puede ser tan malo," dice casi rogando. "Es solo un diario. ¿Qué puedes esconder que sea tan terrible? O no serás… una asesina en serie y aquí escribes todas las cosas retorcidas que les quieres hacer a tus víctimas." Se echa a reír, como si fuera la idea más descabellada que ha pensado nunca. Yo me dedico a mirarlo fijamente con una ceja enarcada. "¿Por qué no me dejas verlo?"

"Porque no eres de confianza," suelto sin pensarlo.

Tate parpadea.

"Eso ha dolido."

"No me importa."

Pero sí lo hace.

"Pensaba que éramos amigos."

"Tú y yo no podemos ser amigos, Tate," digo demasiado brusca. Pero ambos sabemos que tengo razón.

Y no sé si me duele más que su rostro no exprese ninguna emoción o la puñalada que yo misma he clavado en mi estómago.

"Entonces no lo abro," dice sin inmutarse.

Se inclina otra vez para dejar el cuaderno donde estaba, pero suelto un resoplido, murmuro para mis adentros una ristra de palabrotas y lo intercepto antes de que llegue.

"Está bien," mascullo con fastidio.

Porque cuando se trata de Tate no tengo ningún instinto de resistencia: siempre acabo cayendo en su juego.

Con una sonrisa de suficiencia, abre el cuaderno sobre su regazo y pasa las páginas muy despacio, con una delicadeza casi mágica. Tate jadea al descubrir su interior, y lo mira todo con una fascinación demasiado sincera para mi delicado corazón.

"Wow," murmura en un hilo de voz, pasando a la siguiente página. "Esto no me lo esperaba."

Las fotos de Heaven Mountains nos devuelven al día de la desastrosa ruta con mis amigas.

Pero también están las instantáneas que hice cuando fuimos a Hazel Field. El recuerdo me hace encogerme en el asiento. Me encantaría que el sofá se abriera y me tragara. Pero me quedo paralizada al ver una sonrisa asomar en los labios de Tate.

"Te quedó preciosa, campanilla," dice con la vista clavada en las páginas llenas de fotografías y frases. No sé si lo dice por el *collage* o por el paisaje de las montañas que se veía desde la camioneta, pero me permito devolverle la sonrisa y relajarme a su lado.

Me acerco a su costado para ver mejor el cuaderno y, casi sin darme cuenta, acabo apoyando mi mejilla contra su hombro.

A Tate parece no importarle el contacto, porque se acomoda mejor contra el cojín y ladea la cabeza para dejarme más espacio.

Siento cómo el corazón me late desbocado, pero me obligo a calmarme, a soltar un poco el control y dejarme llevar.

Las páginas siguen pasando despacio, una tras otra, hasta que el ritmo se vuelve casi hipnótico. No sé en qué momento empiezo a hundirme más contra él, buscando inconscientemente su calor. Solo sé que el cansancio acumulado de la noche comienza a pesarme en los párpados.

Se difumina en mi memoria el instante en que cierro los ojos, y lo último que recuerdo es el suave tacto de su camiseta, el sutil balanceo de su cuerpo con cada respiración y unas ligeras caricias en la mejilla, tan suaves que no distingo si son reales o solo una versión deseada de la realidad.

CAPÍTULO VEINTE



Julie

Los rayos de sol entran por la ventana sin timidez alguna. Podría ser el despertar ideal para muchas personas, pero para mí es lo más parecido al infierno en un domingo a las ocho de la mañana.

Me doy la vuelta en la cama, huyendo del haz de luz que me estaba cegando, soltando un quejido en voz alta por el dolor de cabeza. Porque sí, quejarse en voz alta le da más veracidad al drama: si no lo haces, es como si el daño no contara.

Las sábanas me cubren la cabeza, a pesar del calor que hace, en un intento de refugiarme de la claridad. Me odio por no haber bajado las persianas ayer al llegar de fiesta.

Aunque, en realidad… No recuerdo haber venido a mi habitación a dormir. Lo último que recuerdo es haberme acurrucado en el sofá, junto a…

De un salto estoy encima de la cama, bien despierta y con el corazón a punto de salírseme por la garganta.

Ay, madre.

Ayer me dormí en el hombro de Tate.

Y además, estoy segura de que no me desperté y vine a la cama.

Pero ahora *estoy* en mi cama. ¿Me habrá traído él?

Ay, madre. ¿Y mi pijama?

Bajo la vista a mi cuerpo, temiendo lo que pueda encontrar. Pero respiro hondo cuando reconozco la ropa que llevaba ayer por la noche. Menos mal.

No es como si fuera la primera vez que Tate me ve desnuda, pero así no sería precisamente cómo me gustaría que pasara.

Bueno, tampoco es como si eso fuera a repetirse, pero…

Me estoy yendo por las ramas.

Bajo de la cama para coger un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes limpia. Como si estuviera en una misión de espías, abro la puerta lo suficiente como para sacar solo la cabeza. Aguanto la respiración para escuchar mejor, mirando el pasillo, pero el silencio parece reírse de mí al no devolverme nada.

¿Cuándo se habrá ido Tate? Y, lo más importante, ¿cuánto tardó en darse cuenta de que me había quedado dormida sobre su hombro y me llevó a la habitación?

Vuelvo a respirar, más agitada de lo normal al pensar en ello, y me adentro en el baño. Me hago un moño en la coronilla y me lavo la cara a conciencia, dejando que el agua se lleve los rastros de maquillaje que no se quedaron en mi almohada. Termino de cambiarme de ropa, ajustando los pantalones con un par de vueltas en la cinturilla porque me quedan demasiado grandes, y deslizando por encima de mi cabeza una camiseta demasiado corta que deja mi barriga a la vista.

Genial elección de pijama improvisado. Pero no pienso salir de casa en todo el día, así que me importa una mierda. Además, ya me ducharé por la noche.

Voy a la cocina, agonizando por meterme un poco de cafeína en el cuerpo y tomarme un analgésico para el dolor de cabeza, caminando como un espíritu persiguiendo a algún pobre humano para conseguir su última voluntad antes de poder irse en paz. Me froto la cara cuando el sol vuelve a alcanzarme, pero me quedo helada al girarme hacia la derecha y ver una sombra danzando por mi cocina.

Tardo un par de segundos en identificar a la persona que está allí, moviéndose como si fuera su casa.

Pero no puede tratarse de nadie que no sea *él*:

Tate está en mi cocina.

Peleándose con mi cafetera.

Y lamento decir que él no va ganando.

Lo escucho soltar una maldición entre dientes, dejando a un lado la jarra llena de agua, y tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

Observo detenidamente su cuerpo ahora que no es consciente de mi presencia. Lleva la misma ropa de ayer y el pelo completamente despeinado, con los rizos apuntando a todas partes. No lleva zapatos, y la camiseta se le levanta, dejando a la vista su abdomen marcado, cuando se estira para coger dos tazas de la estantería sobre el fregadero.

Virgen santa.

Siento que el calor se acumula en mis mejillas ante las inesperadas vistas. Y lo peor no es eso, sino las tazas que sujeta: mi favorita de limones y la que me hizo en el taller de artesanía.

Carraspeo para aliviar la quemazón de mi repentina garganta seca, llamando sin querer la atención del nuevo inquilino.

Tate se gira hacia mí con las cejas alzadas, pero no me mira a la cara. Sus ojos bajan a mis pies descalzos, subiendo con una lentitud agónica por mis pantalones demasiado bajos y mi camiseta demasiado corta. Desliza la mirada por todo mi cuerpo con una expresión tranquila, contrastando con la mía: los ojos muy abiertos, los labios apretados y un calor creciendo de forma insistente en mi interior.

Me quedo paralizada ante su escrutinio, y espero a que él sea el primero en hablar. Creo que si intento hacerlo yo, solo saldrá un aullido indescriptible.

"¿Estás bien?," pregunta con voz grave.

Mis pies se ponen en marcha sin habérselo ordenado, como mariposas que siguen el impulso de acercarse a las flores.

"Necesito una aspirina," admito, acercándome al cajón de las medicinas, justo a su izquierda.

Tate no se mueve cuando me quedo a un paso de él, sino que incluso siento que se inclina hacia mí.

"¿Has dormido bien?"

Hago un ruidito afirmativo, sin confiar en que mis cuerdas vocales funcionen teniéndolo tan cerca.

"Dejé que me babearas un poco la camiseta antes de llevarte a la habitación. Espero que no te haya molest-"

Abro mucho los ojos, echándome hacia atrás para verle la cara.

"¿¡Te babeé la camiseta!?," le corto, pegando un grito.

¿Me puedo morir de la vergüenza?

Tate me mira con una expresión divertida, encogiéndose de hombros. "No es la primera vez que llenas de saliva algo que es mío, campanilla."

Me. Va. A. Dar. Algo.

Tengo que echar a este hombre de mi casa antes de que me dé un infarto.

Aprieto los labios con fuerza, volviendo la vista al cajón de las medicinas. Concéntrate. Aspirinas. Necesito aspirinas.

"Además, tampoco me importó mucho. Estás adorable cuando duermes," continúa diciendo, ajeno a la fiesta que tiene montada mi corazón ahí dentro.

Sigo ocupada en mi tarea, saco un par de pastillas de los blísteres y me las trago sin pensarlo. Haciendo como si la presencia de Tate no me estuviera volviendo loca, vierto en silencio el agua de la jarra en la cafetera, pongo un par de cucharadas de café en polvo sobre el filtro y la enciendo.

"¿Café?," pregunto como si nada, apoyándome en la encimera, lo más alejada de Tate como me lo permite mi pequeño apartamento.

"Gracias," contesta con una sonrisa ladeada.

Un silencio incómodo se instaura entre nosotros. Me extraña que se haya quedado, así que respiro hondo y rompo el silencio preguntando lo que lleva un rato en la punta de mi lengua:

"¿Qué haces aquí?," pregunto de golpe, sin filtros.

Tate se cruza de brazos sin que su sonrisa tiemble, como si no le afectara en absoluto.

"Me quedé dormido en el sofá."

Frunzo el ceño.

"¿En mi sofá?"

Asiente. "Estaba hojeando otra vez el cuaderno de viajes cuando me dormí sin darme cuenta."

Parpadeo.

"Después de… llevarme a mi habitación," digo, sin tono de pregunta.

Aun así, él asiente.

"¿Y te has quedado toda la noche?," pregunto, aunque la respuesta sea obvia.

Tate se encoge de hombros, como si fuera lo más natural del mundo. Esboza una sonrisa con la que podría conseguir lo que quisiera.

"Por si acaso."

Por si acaso.

Claro.

La cafetera pita, avisando de que el café está listo, pero Tate se me adelanta y es quien llena nuestras tazas con el líquido negro. Me tiende la que está pintada con arándanos, y me armo de valor para sostenerla con una firmeza fingida, tratando de ocultar mis manos temblorosas. Para mantenerme ocupada, me encargo de añadirles leche, y vuelvo a mi sitio en cuanto están listos.

Como si mantener las distancias fuera a salvarme de mis propias emociones.

"Podrías haberme despertado por la noche en vez de llevarme a la cama," digo, dándole un sorbo a la dulce bebida que sabe a gloria después de una noche de cervezas amargas.

"Créeme que lo intenté," contesta, medio riendo, dejándome lívida. "Te zarandeé un poco y te moviste como si estuvieras en el gimnasio y yo fuera tu saco de boxeo."

"Eso no es cierto," murmuro con un parpadeo.

"Claro que sí," insiste, riendo. "Casi me gano un codazo en la tráquea, así que no quise jugármela y te llevé a la cama."

"Lo siento," consigo pronunciar con una mueca.

Pero Tate se encoge de hombros.

"Fue emocionante."

No puedo evitar que se me escape una risa al imaginar la escena: Tate, con lo grande y fuerte que es, derrotado por una mujer dormida.

El silencio vuelve a instaurarse en mi cocina, pero ya no es tan incómodo. La atmósfera entre nosotros es ligera, y me permito relajarme un poco.

Me apoyo un poco más en la encimera, dando un sorbo a mi café sin saber muy bien qué decir.

"Gracias," digo al final, en voz baja. "Por… lo de anoche."

Tate esboza una pequeña sonrisa y, cuando contesta, su tono es tan suave como una caricia.

"No es nada."

Pero no suena a *nada*.

Asiento despacio, sintiéndome cohibida de pronto, y desvío la vista hacia la ventana abierta. El sol se cuela por ella mientras la ligera brisa de la mañana refresca el piso.

Su móvil comienza a sonar sobre la encimera, obligándome a mirarlo.

Tate contesta al teléfono sin apartar la vista de mí. Lo veo escuchar con atención lo que sea que le estén diciendo, respondiendo con monosílabos y movimientos de cabeza como si pudieran verle.

"Era mi hermano," explica tras colgar. "Tengo que ir a echarle una mano con el ganado."

"¿Ahora?," pregunto, y me arrepiento al instante de hablar, porque mi tono suena suplicante, como si lo último que quisiera fuera que se marchara.

¿Por qué quiero alargarlo? Debería irse…. Ya se ha quedado durante toda la noche.

"Si necesitas algo…" Parece que va a seguir hablando, pero se queda en silencio un momento, como si se arrepintiera de lo que iba a decir. "Nos vemos, campanilla," termina diciendo, apartando la vista.

Frunzo el ceño, viendo cómo desaparece tras la puerta.

Me vuelvo a quedar sola en el apartamento; con Tate dentro parecía diminuto, pero ahora el espacio se siente enorme,

demasiado para llenarlo yo sola.



"¿Qué tal ha ido la tarde, Julie?"

Después de la resaca de ayer, le pedí a Lib que me cambiara el turno de hoy a la tarde para poder dormir doce horas seguidas.

No me arrepiento de nada. Ha sido la mejor idea de mi vida.

"Bien, entre la tienda y los pedidos he estado ocupada," contesto, removiendo mi descafeinado con la cucharita metálica.

"¿Cómo vas con la motocicleta?"

Suelto un resoplido. *Ese trasto del demonio…*

"La odio. Y creo que es mutuo, porque cada vez que me subo me tambaleo como si me estuvieran empujando. Hubiera preferido que compraras un poni."

"No podrás decirme que es mucho más rápido que ir andando a todas partes…," contraataca, arqueando una ceja.

"Pues yo preferiría ir a caballo. Suena divertido ir por River Cross con una cesta en la grupa," suelta Sage con una risita.

"Sage, a ti cualquier cosa que incluya caballos te parece divertida. Incluso si hay riesgo de muerte."

"Es lo que le da sentido a la vida."

"No entiendo cómo Weston no te tiene encerrada en casa, entrando en pánico cada vez que te haces una heridita," dice Lib, frunciendo el ceño antes de darle un sorbo a su refresco de naranja.

Hoy decidimos que nada de alcohol. El sábado ya fue suficiente para todo el mes.

"Oh, créeme, nada le gustaría más que mantenerme en una habitación solo para él," contesta la pelinegra subiendo y bajando las cejas descaradamente.

"Por Dios…" Lib finge una arcada.

"Ah, y el hijo de los Allen volvió a preguntar por ti," cambio de tema con una sonrisa, desviando la atención a mi amiga de trenzas.

"Agh, qué hombre más insufrible." Vuelve a fingir una arcada, provocándome una risa. Sage, en cambio, junta las cejas.

"¿Quién es el hijo de los Allen?," pregunta, apoyando los codos en la mesa para acercarse más. No conozco a nadie más chismoso que ella.

"Shane . Está *obsesionado* con Lib."

"Desde que teníamos cinco años," aclara ella.

"Su familia es cliente desde que abrió la tienda, pero suele venir él y siempre, siempre, siempre, pregunta por la jefa."

"Y la jefa nunca está," añade Lib, rodando los ojos.

"Oh, venga, Lib, dale una oportunidad al pobre muchacho," suplica Sage, soltando una carcajada.

"Me estoy reservando."

"¿Ah, sí?," pregunta alzando una ceja con una sonrisa pícara. Lib resopla, pero baja la vista a su plato, moviendo una patata de un lado a otro.

"Nunca he tenido una cita, ¿vale?," confiesa en voz baja.

"¿Qué?"

"Pero si tienes treinta años, Lib. Estás más cerca de la jubilación que de aguantar toda una noche de fiesta hasta el amanecer."

"Pero-"

"Lo que Sage trata de decir es que nos sorprende que no hayas tenido ninguna cita, con lo guapa y agradable que eres siempre con todos los hombres," digo yo, cortándola para dejarla sin palabras.

Sage suelta una risa nasal. "Así se habla, Julie."

"Pero, ¿por quién me tomáis?," exclama Lib con las mejillas calientes. "No he tenido ninguna porque siempre he estado tan centrada en el trabajo, en que mi propio negocio funcionara, que no he tenido tiempo para citas."

"Perdón por dudar de tus capacidades para ligar," murmura Sage con una sonrisa burlona.

Lib pone los ojos en blanco, pero no le lleva la contraria, haciéndome abrir mucho la boca.

"No me puedo creer que no sepas ligar," dice Sage, pronunciando en voz alta mis pensamientos.

Nuestra amiga replica con algo que no escucho, porque mi mirada se desvía hacia algo más allá de ella. Escucho como si estuviera al otro lado de un cristal cómo discuten sobre las habilidades sociales de Lib mientras mi atención se focaliza en la persona que camina hacia aquí. Me muerdo el interior de las mejillas para reprimir una incrédula risa por la coincidencia.

"Y hablando de ligar…," comienzo en voz baja, llamando la atención de mis amigas.

"Buenas noches, preciosas."

La única que no se gira hacia la voz masculina es Lib. Mantiene la vista fija en su vaso, como si fuera lo más interesante del local. Para evitar una risa, alzo la vista hacia el recién llegado, que me sonríe guiñándome un ojo.

"¿Qué hay, Eli?," saludo, lanzándole una mirada rápida a Lib, que ni se inmuta. "¿Cómo fue la comida familiar del otro día?"

"Ya sabes…" Se lleva las manos al cuello, como si se estuviera estrangulando. Sage se ríe a mi lado. "Como te dije, habría preferido quedarme en casa, pero podría haber sido peor. Al menos esta vez no hubo heridos."

"¿Heridos?," salta Sage, tapándose la boca con una mano. "¿Pero vosotros os veis para comer o para pelearos?"

"No te hagas la sorprendida," dice Lib, llamando la atención de todos. "En nuestra familia nos reunimos con la excusa de vernos, pero lo que realmente nos gusta es que Tate y Weston se toquen las narices y hagan un poco el circo."

"Como vuestros bufones," añade Eli, ganándose un asentimiento de aprobación de mi amiga con trenzas. "Lo nuestro fue cosa de un fregadero demasiado lleno y unas manos de mantequilla," explica, mirando a Sage.

"¿Quién fue el pobre soldado herido?," pregunta ella con una sonrisa burlona.

Eli agacha la cabeza, haciendo que unos mechones ondulados oculten parte de su rostro. Casi me echo a reír por su inesperada vergüenza, y me muero de la ternura al ver cómo sus mejillas van adquiriendo un tono rosado.

"Fui yo," admite al final, carraspeando.

Sage suelta una carcajada inmediata.

"Fue bastante patético," continúa diciendo, todavía sin atreverse a levantar la mirada. "Estaba recogiendo la mesa, se me escurrió un plato y me llevé por delante medio fregadero."

"Y luego la torpe soy yo," dice Sage sin dejar de reír.

"Me dejó secuelas emocionales graves," replica él, levantando por fin la vista.

Nuestros ojos se cruzan un segundo y su sonrisa vuelve a aparecer con su brillo pícaro de siempre.

"¿Y tú?" pregunta entonces, aunque su mirada se desvía rápidamente hacia Lib. "¿Sigues evitando cualquier tipo de interacción humana que implique sentimientos?"

Sage suelta un «Uuu» alargado, girándose hacia su amiga como si acabara de empezar un espectáculo.

Lib aprieta los labios, pero no levanta la vista.

"No estoy evitando nada," murmura.

"Claro," dice Eli, apoyándose en el respaldo de la silla vacía junto a ella. "Simplemente ignoras mi existencia de forma muy sutil."

"Eso no es verdad."

"Ah, no?" Se inclina un poco, lo justo para invadir su espacio sin tocarla. "Porque llevo aquí como… treinta segundos, y todavía no me has mirado."

El silencio se instala entre nosotros, tensándose más y más a cada segundo que pasa.

Sage me clava el codo en las costillas sin disimular.

"Esto es mejor que cualquier serie," susurra.

Lib, como si hubiera salido de un trance, por fin se digna a alzar la vista.

"Hola, Eli."

Él sonríe como si acabara de ganar la lotería.

"Hola, Lib."

Sage y yo intercambiamos una mirada, y tengo que apretar los labios para no descojonarme en su cara.

"Hola, Sage."

"Hola, Julie," continúa la broma.

“Acabo de recordar que tengo que tender una lavadora, ¿me echas una mano?”

Tengo que hacer el esfuerzo de mi vida para tragarme la risa.

“Claro, me encanta tender la ropa a las once de la noche,” contesta muy seria. “Vámonos.”

No esperamos a que Lib replique, sino que recogemos nuestros bolsos y salimos escopeteadas del bar. Le lanzo una última mirada a Eli cuando llegamos a la puerta, que inclina la cabeza en agradecimiento.

“Me debes una,” vocalizo, sin llegar a pronunciar en voz alta.

“Lo que quieras,” responde de la misma manera. Se señala los ojos con dos dedos y después me apunta en una advertencia silenciosa, como si me estuviera prometiendo que no se va a olvidar. Más le vale.

Salimos del bar sin atrevernos a mirar atrás.

Después de esto, creo que Lib nos deshereda como amigas.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Tate

¡Más rápido! Si vas así de despacio no vas a saltar ni el obstáculo más pequeño. Tienes que ir seguro, ¡con fuerza!”

Da igual las veces que le grite lo mismo a Wade, que no escucha. Es como si todo lo que le dijera le entrara por un oído y le saliera por el otro. Aunque, a juzgar por la forma en la que resopla o me hace la peineta sin disimular cada vez que abro la boca, me entiende perfectamente.

Solo hace oídos sordos.

Y se nota que no me hace ni caso porque ya van cuatro veces que Shiny le ha rehusado el primer salto. Él se niega a saltar, su jinete a escuchar y yo a repetir lo mismo ochenta veces.

“¿Hacemos un descanso?”

Como respuesta, recibo un gruñido cansado.

Me subo a la valla blanca mientras Wade desmonta de su caballo, enreda las riendas en la madera y se acerca. Acompañado de un suspiro agotado, me restriego las manos por la cara en un intento de sacudirme la frustración. Llevamos horas con esto y no hemos obtenido ningún resultado.

No sé si es que Wade es un alumno nefasto o es que yo no sirvo para profesor.

"Odio admitirlo, pero el problema soy yo," dice mi hermano en un murmullo.

Levanto la cabeza de golpe, encontrándome con su expresión tranquila. Nada de ceños fruncidos. *Qué extraño…*

"¿Cómo?," pregunto, incrédulo.

Weston resopla con fuerza, apartando la vista.

"No eres un mal profesor, es que no me gusta saltar."

"¿Entonces por qué me dijiste que sí?"

Se queda en silencio un momento, dándole suaves patadas a un trozo de madera para sacarlo de la pista improvisada.

"Necesitabas ayuda y yo estaba libre," contesta sin más, encogiéndose de hombros.

Respiro hondo en respuesta. No puedo enfadarme con él por ser un negado en el cross. Siempre ha sido el primero en ayudarme desde que somos pequeños y ha venido hoy cuando nadie más podía. *O quería*… Mi hermana se niega a pisar la tierra cercana a cualquier obstáculo que no tenga calabazas decorándolo encima de un caballo.

Me jode no haber sacado nada del entrenamiento, pero mejor así. Prefiero dejarlo ahora que seguir en el bucle de repetir, fallar, repetir, fallar… como si en algún momento, por pura magia, a Wade se le fuera a dar bien.

"¿Por qué no le pides a otro que te ayude? Estoy seguro de que conoces a más hombres que puedan estar interesados en recibir clases de equitación." Alza las cejas, mirándome con un brillo diferente, antes de añadir: "O mujeres…"

Pongo los ojos en blanco, pero se me escapa una risa nasal que no puedo controlar.

"Tu Sage está demasiado liada como para venir una tarde," contesto, encogiéndome de hombros.

Mi hermano me dedica una mirada con la que podría matar y enviar al infierno a cualquiera.

"Es mejor que se mantenga alejada de actividades con riesgo de muerte," masculla entre dientes. "Ya corre el suficiente peligro con

los pobres caballos traumatizados que le llegan a Trust & Trot.”

Asiento. Solo con las anécdotas que nos cuenta en la comida se le quitarían las ganas a cualquiera de estar en su piel. Hay que ser muy fuerte para trabajar todas las tardes con esos caballos. Lidiar tan solo un solo día viendo el terror y el dolor reflejado en los ojos de esos animales ya requiere más valor del que tiene la mayoría.

“Y nuestra querida hermana mayor es demasiado miedica como para poner su vida en mis manos, como diría ella,” digo con un resoplido.

“No la juzgo,” se limita a decir el insufrible de mi hermano.

“Me parto de risa…”

Weston me da un golpecito en la rodilla.

“Pero conoces a más gente, ¿no?,” insiste.

“Que esté dispuesto a hacer esto, no. Mis mejores opciones erais tú y Sage, pero no va a ser posible por tu parte, y no quiero que Sage se sienta presionada. A Lib no le gusta, así que descartada, y ayer hablé con Luke, pero me dijo que no estaba interesado en nada que no tuviera que ver con tractores o agricultura.”

Wade sonríe mientras sacude la cabeza, alucinado con mis pobres opciones. Nos quedamos en silencio durante un momento, pensando en alguien que no sea de Almond Valley que pueda echarme una mano.

Y que no le tenga miedo a mancharse.

Durante estos días he podido arreglar un pequeño cercado que Wade tenía abandonado y me las he ingeniado para construir con unas cuantas maderas y troncos sueltos un par de obstáculos para poder calentar. Lo hemos vallado para no confundirlo con un campo de cultivo y no meter la maquinaria de trabajo sin querer.

Porque, conociéndonos, es algo que podría pasar.

Mi siguiente tarea va a ser hacer un par de agujeros para llenarlos de agua o arena. Así podré preparar a todos los caballos del establo y no correr el riesgo de que le tengan miedo. Los valientes que vengan a entrenar deben ser conscientes de que no va a ser un paseo por las montañas, sino que es muy posible que acaben tragando barro.

Por eso encontrar a alguien cercano que no haya hecho cross antes para que pruebe las instalaciones es una misión imposible. Voy a admitir mi derrota en voz alta, pero mi hermano se me adelanta.

"Y qué me dices de la mujer rubia… ¿Cómo se llamaba?" Lo piensa unos segundos, en los que yo permanezco paralizado. "La que trabaja para Lib en la tienda, que es amiga de las chicas… ¿Judy?"

"Julie."

El aire se escapa de mis pulmones en cuanto pronuncio su nombre. Pensar en ella me hace sentir un dolor equivalente a un puñetazo en la boca del estómago.

Después de mi magnífica idea de quedarme dormido en su sofá hace una semana, lo último que debería hacer es presentarme en su puerta a pedirle un favor. Suficiente vergüenza nos hice pasar a la mañana siguiente como para volver a verla tan pronto. Como mínimo tenía pensado volver a cruzármela dentro de cinco años.

Aprieto la mandíbula y desvío la mirada, como si así pudiera olvidar también el recuerdo: su salón a oscuras, el suave aroma a lavanda que desprendía su pelo, el roce de su mejilla contra mi hombro, la forma en la que se aferró a mi cuello al llevarla hasta su habitación… y su cara al verme en su cocina, medio confundida, medio… no sé. No llegué a descifrarlo.

Estaba demasiado nervioso como para entenderlo.

Lo único en lo que podía pensar —y ver— era el pequeño hueco que su ropa dejaba al descubierto en su estómago.

Tuve que salir de allí en cuanto tuve oportunidad para no hacer una gilipollez de la que ambos nos arrepintiéramos, a pesar de que mi hermano en la llamada me dijo que no era importante y que podía pasarme en cualquier momento del día.

Pero eso no podía saberlo Julie.

Estoy seguro de que ella agradeció que me marchara, que la dejara sola y que dejara de molestarla con mi presencia. Suficiente tendría con aguantar la resaca de la noche anterior.

"Deberías hablar con ella," dice mi hermano, sacándome de mis fantasías, frunciendo el ceño de una manera extraña. Porque sí, mi hermano tiene diferentes formas de arrugar la frente.

"No sé si es una buena idea," murmuro, bajando los ojos hacia mis manos, entrelazadas sobre mis rodillas.

"¿No sabe montar o qué?," pregunta, burlón.

"Claro que sabe-" Me interrumpo a mí mismo, alzando la vista para encontrarme con su sonrisa ladeada. Tengo que contenerme para no arrearle un guantazo, dándome cuenta de que ahora voy a tener que contárselo todo. "No es lo que tú piensas."

Wade enarca una ceja. "Ilumíname."

Lanzo un suspiro derrotado, bajándome de un salto de la valla para ponerme a su altura. Le cuento todo lo que he vivido con Julie, desde que nos conocimos hasta ahora. Me ahorro contarle el detalle de la otra noche. Y todos los detalles sobre nuestras noches juntos. Esos son recuerdos que nos pertenecen solo a nosotros.

Mi hermano me escucha en silencio mientras caminamos hacia Shiny para desatarlo y volver al establo. No dejo de hablar en todo el camino, y es entonces cuando me doy cuenta de todo lo que tengo que contar sobre Julie.

A pesar de que lo nuestro nunca ha sido… lineal —más bien idas y venidas, días o incluso semanas sin decirnos nada—, caigo en la cuenta de que es la persona que más detalles conoce sobre mí. Me cuesta dejarme llevar con la gente, incluso mis amigos más cercanos no me conocen a la perfección. Soy de guardarme pequeños secretos sobre mí mismo, como si fueran reliquias que solo unas pocas personas merecen conocer.

Pero con Julie nunca fue así.

Con ella ha sido distinto desde el principio. Más fácil. Algo natural. Como si en su presencia no me hiciera falta medir cada cosa que digo o hago. A su lado todo es sencillo; mis pensamientos fluyen sin barreras, confiando sin cuestionarlo.

Y eso es lo que me llama la atención ahora: sin darme cuenta, Julie es la única persona con la que no me he cerrado del todo.

Es la primera en saberlo todo sobre mí, aunque ella todavía no se haya dado cuenta.

La idea de pedirle ayuda con el proyecto de cross ronda en mi cabeza incluso después de terminar de hablar con Wade.

¿Su consejo? Que le eche valor de una vez por todas.

Lo sé. No es precisamente el más indicado para decirlo, teniendo en cuenta que fue prácticamente Sage quien dio el primer paso.

Pero, aunque no me guste admitirlo, sé que tiene razón. Debería decidir qué hacer con esto; todo lo que siento en el pecho. Si seguir como hasta ahora, escondiéndolo detrás de una amistad imposible, o arriesgarme a cruzar una línea que después no va a ser posible borrar.

Imaginar que voy a hacerlo mal, que no voy a estar a la altura de lo que ella siente… me frena más de lo que me gustaría admitir. Por eso la idea de continuar dando pasitos pequeños pero lentos y constantes hacia la misma dirección me da cierta calma, porque sé que tarde o temprano me atreveré a saltar al vacío.

Y tendré la certeza de que habrá tierra firme al otro lado.



Sin haberme podido negar, termino cenando en casa de Wade y Sage. Después de guardar a los caballos en sus cuadras y limpiar los establos, a mi hermano lo llamaron por teléfono. Para sorpresa de nadie, era Sage —es la única de todo Almond Valley que se atreve a llamarlo—, invitándome a cenar a su casa. Quería negarme, incluso lo intenté sin palabras, pero la mirada asesina que me lanzó mi hermano mientras seguía hablando tan tranquilo con su mujer, no me dejó opción.

Era aceptar o acabar atropellado por su camioneta.

Wade odia que lo cuestionen y que le salgan con excusas baratas, pero que le digan que no a Sage lo soporta aún menos. Con ella se comporta como un perro protector, pero más oscuro y gruñón. Algo como Cerbero, impidiendo que los muertos salgan del infierno para mirar o hablarle a su mujer.

Y luego voy yo y me preocupo por si me comporto como un cavernícola…

Weston no tiene remedio. Yo al menos lo intento.

Conduzco mi camioneta hasta la casa de mi hermano con él en el asiento del copiloto. Suena *Come On Elieen* por los altavoces del coche, acompañándonos junto con la puesta de sol. Después de todo un día de trabajo, Weston mantiene los ojos cerrados durante todo el viaje. Probablemente mañana tenga agujetas después de haberse pasado horas peleando encima de la silla de salto, acostumbrado a su montura vaquera.

Escuchamos la música sin mediar palabra; Wade demasiado cansado como para discutir y yo todavía dándole vueltas a lo que hablamos en los establos. Quiero que alguien inexperto venga a Almond Valley para probar el recorrido de cross, darle una clase de prueba —tanto para comprobar mis habilidades como profesor como para mejorar su técnica—, y decidir si debería volver a hablar con Ada o esto no es más que un sueño frustrado demasiado ambicioso.

Me jode admitirlo, pero mi única opción viable es Julie.

Todos mis intentos por mantenerme alejado de ella han sido, en el mejor de los casos, ridículos. Soy incapaz de dejar de pensar en ella, y menos en dejar de buscarla en cada detalle. Incluso cuando no lo hago, siempre hay alguien que me lo recuerda y la vuelve a poner en el pedestal dentro de mis pensamientos donde parece que pertenece.

Cuando creo que no voy a volver a verla, que por fin cumpliré mi promesa y mantendré las distancias hasta ordenar mi mente y tener las cosas claras, vuelve a aparecer. Está en cada idea, cada decisión, incluso en cada proyecto. No conozco a nadie mejor que ella para ayudarme en esta —ahora estúpida— idea del cross, y sé que será complicado mantenerme alejado de ella si trabajamos juntos, pero a veces hay que hacer sacrificios para conseguir nuestras metas.

Aunque ese sacrificio conlleve perder la cordura.

Aparco al lado de la vieja camioneta de Sage, dándole un fuerte manotazo al antebrazo de mi hermano para que despierte. Gruñe algo entre dientes, pero se quita la gorra antes de bajar del coche y subir las escaleras hasta su casa. Persiguiéndole como un caballo detrás de una zanahoria, entramos en la calidez de su acogedora cabaña de madera. Huele a especias y a algo ligeramente dulce, como a tomate, a medida que nos acercamos a la cocina.

"Buenas, Sage," saludo al cruzar el umbral y verla de espaldas a nosotros, removiendo una salsa rojiza en la olla.

La dueña de la casa se gira con una sonrisa que ilumina sus ojos grises como una bonita tormenta de verano, acercándose primero a mí para darme un fuerte abrazo y después a su marido.

"¿Qué tal ha ido?," pregunta, dirigiéndose a mí pero entrelazando las manos en la nuca de Weston.

"Tu marido es insufrible, lo cual no es nada nuevo," explico, apoyándome en la encimera detrás de mí. Sage sonríe, sin apartar la vista de mi hermano, que la sujeta por las caderas con una firmeza casi posesiva. "Pero, para sorpresa de todos, logré que admitiera que algo se le da mal y lo tuvimos que dejar." Weston gruñe, lanzándome una mirada asesina, pero no replica. Sage se ríe, acariciándole la incipiente barba con cariño. Tanta ternura me dan ganas de vomitar. "Han sido varias horas de gritos, ceños fruncidos y exasperación constante, pero ha merecido la pena."

"¿Ah, sí?," pregunta con sorpresa, volviéndose hacia mí con las cejas alzadas.

Asiento.

"Ha sido esclarecedor. Me he dado cuenta de que no soporto a mi hermano y prefiero dejártelo todo para ti solita," digo elevando los labios en una sonrisa ladeada que no puedo evitar. Sage suelta una carcajada, apoyando las manos en el pecho de Weston, que se eleva en una profunda inspiración. Supongo que esperando armarse de una paciencia que no tiene. "No me hubiera hecho gracia que se hiciera daño, así que lo dejamos antes de que tu querido marido tuviera un accidente."

"El que va a tener un accidente vas a ser tú como no cierres esa boca tan grande que tienes," masculla mi hermano. *Lo que yo decía… cero paciencia.*

Veo cómo Sage le da un pequeño apretón en los brazos, sin perder la sonrisita, y se gira hacia mí con un brillo divertido en los ojos.

"Gracias por traer a mi marido sano y salvo a casa," dice con exagerada seriedad.

Casi suelto una carcajada al inclinarme para hacer una estúpida reverencia. "El placer ha sido mío."

"No sé quién es más idiota de los dos," dice entre dientes el gruñón de la familia, alejándose de nosotros para revisar las ollas y terminar de preparar la cena.

Observamos en silencio lo que hace. La atmósfera que nos envuelve es acogedora y familiar, igual a la que suele haber en la casa de mi madre durante las comidas. Con Sage me siento como en casa y, a pesar de estar siempre tocándole las narices a mi hermano, nadie me conoce mejor que él. Cuando hablo, me escucha aunque no le interese una mierda lo que esté diciendo.

"¿Qué vas a hacer ahora?," me pregunta Sage, tomando asiento en la mesa de la cocina.

Me dejo caer en la silla frente a ella, apoyando los antebrazos en la tabla de madera.

Reprimo las ganas de pasarme las manos por la cabeza y tirarme con fuerza del pelo. Puedo ser transparente con ellos siempre que quiera, pero ahora mismo no quiero que vean lo mucho que me afecta la solución a la que he llegado.

"No tengo ni idea," miento, con la esperanza de que Sage me salve y se le ocurra alguna otra opción que no me dé un miedo de la hostia. "Tengo que encontrar a alguien que esté dispuesto a pasar una tarde en Almond Valley, rodeado de caballos, hierba, barro y obstáculos que acojonarían a cualquiera que solo haya saltado barras de salto."

Sage se muerde el labio inferior, dándole vueltas al asunto.

"¿Y qué hay de Luke?," pregunta con un tono esperanzado, pero tuerce la boca al ver mi expresión.

Niego con la cabeza, recostándome en la silla con un suspiro cansado y cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

"No puedo contar con nadie de Almond Valley. Ya se lo he preguntado a todos."

"¿Ni siquiera Lib?" No espera a que le conteste, añadiendo: "Olvídalo, recuerdo que el día que nos enseñaste el recorrido casi se mea encima."

Escucho a mi hermano soltar una risa entre dientes.

"No te preocupes, Sage. Ya se me ocurrirá algo," le digo, previendo la cara de circunstancias que está a punto de poner.

"El verano es temporada alta para Trust & Trot, pero si me das un par de semanas a lo mejor consigo mover algunas sesiones de entrenamiento para liberar una tarde."

"No," sentencia Weston, volviéndose hacia nosotros con el ceño fruncido.

Aunque me moleste que mi hermano se meta, me sentiría peor si me dejara convencer a Sage para que cambie su negocio por una cuestión de última hora que no he avisado con la suficiente antelación. Ha sido un fallo mío, así que me toca joderme y encontrar una solución sin molestar a mi familia. Estoy seguro de que en otras circunstancias Sage se apuntaría sin pensárselo, pero esto va más allá de las ganas que tenga de ayudarme. Y no se me ocurriría pedirle algo que perjudique a su negocio y sus entrenamientos.

Esos pobres caballos no pueden esperar.

"Seguro que conoces a alguien de confianza que pueda echarte una mano," dice Sage con una sonrisa triste.

"Eso es lo que le he dicho yo," añade Weston, acercándose para dejar sobre la mesa una olla humeante que desprende un delicioso olor a tomate y orégano. El estómago me ruge pero no me avergüenzo. Llevo desde el mediodía sin llevarme nada a la boca.

Wade nos sirve sin abrir la boca, concentrado en la tarea. No es hasta que se sienta y Sage bebe un trago del agua que añade: "Le propuse avisar a tu amiga, la rubia."

Veo cómo su mujer se atraganta con el líquido y comienza a toser, esbozando una expresión que no soy capaz de descifrar. ¿Horrorizada? ¿O tal vez… asqueada?

¿Eso que baja por su mejilla es una lágrima?

"¿Julie?," consigue decir con voz estrangulada, intercalando la vista entre su confuso marido y yo. Que, bueno, estoy medio petrificado. No sabía que fuera a ser una tan mala opción.

"Esa misma," asiente Weston, sentándose a su lado. "Sabe montar a caballo y conoce a Tate. Sois amigas desde hace tiempo y Lib también la adora, así que es la candidata perfecta."

"La candidata perfecta," repite Sage en un susurro, sin apartar la vista de mí. *Joder, me está empezando a dar mal rollo.*

"No te preocupes, Tate, lo hace cuando alucina con algo," dice mi hermano como si me leyera la mente, lanzándome una mirada divertida al señalar a su mujer con la cabeza.

Tuerzo la boca en una mueca, obligándome a bajar la vista para centrarme en mi plato.

Pasamos demasiados minutos en silencio hasta que Sage por fin se aclara la garganta, desvía la vista de mí para volver a beber un sorbo de agua y respira hondo.

"Entonces… vas a preguntarle a Julie si te puede ayudar con el proyecto de cross," dice, abriendo mucho los ojos, como si de verdad estuviera escandalizada con la idea de que Julie y yo estemos a solas en un mismo sitio.

"Ajá," asiento, enrollando un poco de pasta en mi tenedor. "Mañana me pasaré por la tienda para preguntarle qué le parece. Así, si me manda a la mierda, tendrá la oportunidad de abofetearme, escupirme o cualquier otra cosa que se le ocurra en persona."

"Pero-"

"Sage, amor, deja que el destino se encargue de ellos," interrumpe Weston.

¿El destino? ¿Desde cuándo mi hermano es tan místico? A este o se le ha ido la olla o es que la pasta lleva algo.

"No, que hagan lo que quieran. Tate es lo suficientemente maduro como para saber qué es lo que se merece Julie y qué podría hacerle más daño que bien," dice en un tono frío que se siente como una puñalada rápida en el pecho, pero me muestro estoico, asintiendo de acuerdo. "Me parece una buena idea que le vayas a pedir ayuda, Tate," añade, sacando un poco la hoja de mi corazón. "Pero mañana no la vas a encontrar en The Green Basket."

Frunzo el ceño.

"¿Cómo que no?"

Sage ladea la cabeza.

"¿No te has enterado?"

Me giro hacia mi hermano, que parece igual de confuso que yo. "¿De qué?"

Sage aprieta los labios, desviando la vista hacia su marido antes de volverse hacia mí.

"Julie está en Honey Ridge. Su primo, Evan Thorne, tuvo un accidente ayer."

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Julie

Me hundo a propósito en el incómodo sillón para sentir cómo la dura madera se clava en la parte baja de mi espalda. Mantengo los ojos cerrados, escuchando el insufrible zumbido de las luces del techo. Inspiro hondo para calmar los incontrolables latidos de mi corazón, pero me arrepiento al instante en el que huelo el fuerte aroma a antiséptico y alcohol. Aprieto con fuerza los párpados, rezando para que no me vuelva a doler la cabeza.

Llevo dormitando en la misma posición varias horas, después de que Alice me obligara a ir a ducharme a su casa esta mañana. No quería separarme de esta mierda de sillón, pero justo llegó Sloane y me prometió que me guardaría el asiento en mi ausencia.

Aún me duele el pecho al recordar el miedo que pasé anteayer cuando Alice me llamó. Estaba con Sage, echándole una mano con los nuevos caballos de Trust & Trot mientras reíamos por una anécdota que ella estaba contando sobre Wade y su hosco carácter. Había pasado toda la tarde con ella, aguantando el calor sin quejarme, animada por estar cerca de los caballos y ser de utilidad. Íbamos a terminar de limpiar uno de los prados con el sol de media

tarde acompañándonos, cuando mi móvil comenzó a sonar en mi bolsillo, anunciando una llamada entrante.

Era Alice, avisándome de que habían ingresado a Evan esa misma tarde. No me contó mucho, solo que estaba en el hospital de Hazel Field, ya que es el más cercano a Honey Ridge. Me dio el número de habitación, intentó tranquilizarme, asegurándome que no era nada grave, y colgó tras recibir nada más que mi silencio. No fui capaz de contestarle, demasiado confusa ante la avalancha de emociones que estaba sintiendo como para ponerlo en palabras.

Solo pude decirle a Sage que me iba en ese mismo momento a Hazel Field. Con las prisas, la angustia y la alarma activada, me olvidé de llamar a Lib. Tenía que avisarla de que no iba a poder ir a trabajar los siguientes días, pero mi cabeza no estaba para pensar en otra cosa que no fuera conducir hasta el hospital y asegurarme de que Evan estaba bien. Solo hasta que aparqué en Hazel Field tres horas más tarde y pude ver a mi primo, no me permití tranquilizarme.

Era casi medianoche, pero llamé a Lib de todas formas, sorprendiéndome al responder al segundo tono. Le conté que estaba en el hospital por un familiar y que no iba a estar en River Cross lo que quedaba de semana. Ella lo entendió y me dio permiso para estar el tiempo que necesitara. A pesar de que estuvimos varios minutos en llamada, no mencioné en ningún momento el nombre de Evan.

No sé si fue por la conmoción o por la angustia acumulada durante horas, o si, a pesar de que Lib y Evan ya no son amigos, una parte de mí sabía que mi amiga se iba a preocupar por él y prefería quitarle ese peso.

Cuando volví a entrar en la habitación del hospital, me dejé caer en el incómodo sillón, agotada después de la noticia y las horas en coche, y me dormí casi al instante.

Así que no fue hasta ayer por la mañana que Alice me contó lo que había ocurrido.

La alarma de una de las habitaciones contiguas me saca de mi burbuja de dolor. Me asusto, incorporándome al instante en el duro asiento. Abro los ojos y recorro con atención la blanca habitación,

aunque enseguida tengo que entrecerrarlos: la fría luz del techo es demasiado intensa, casi agresiva. Observo la estancia con la vista borrosa, buscando cualquier cosa fuera de sitio, pero está tan impoluta y perfecta como en los últimos dos días.

Me vuelvo hacia la cama, donde Evan duerme plácidamente. Le han dado tantos calmantes para el dolor que lo único que puede hacer es dormir. Y mejor así, porque no quiero imaginar la conmoción que debió sentir en el momento del accidente.

Alice lo encontró el martes por la mañana de casualidad. Según lo que me contó ayer al mediodía, fue a hacerle una de sus visitas mensuales para darle parte de las verduras que habían estado recolectando en el huerto esas semanas. Llamó a la puerta de la entrada y esperó varios minutos, pero nadie fue a abrirle. Se extrañó de que no estuviera, cuando le había avisado de que iría hacía escasas horas y él había estado de acuerdo. Revisó en todas las zonas de la casa, incluso en el jardín trasero y el pequeño cercado donde guarda a su caballo. Pero allí no había nadie.

Justo antes de darse por vencida, bastante enfadada con que se hubiera marchado sin avisarla, recordó que Evan tenía un enorme almacén a varios metros de su casa bajando la montaña. Allí estaba su taller de artesanía que, si no recuerdo mal, es a lo que se dedica Evan.

Alice prácticamente corrió hacia el edificio de una planta de piedra con un mal presentimiento apretándole el pecho. Igual que cuando la vi ayer, se mordía el labio con tanta fuerza que se hizo pequeñas heridas que sangraban levemente.

Cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue un montón de sangre en el suelo de madera. Me imaginé perfectamente el horror desfigurando sus suaves facciones, deslizando la vista por todo el lugar hasta dar con su hermano. Alice lo encontró agarrándose la

mano con fuerza, envuelta en un paño completamente rojo de la sangre que no paraba de emanar de la herida.

Y es que, según le contó su hermano, todo pasó muy rápido.

Evan estaba usando la sierra de arco para cortar unas tablas, cuando esta se deslizó por la madera al estar poco afilada, acercándose demasiado a su mano izquierda y llevándose por delante su dedo anular. No me quiero imaginar el dolor que debió sentir —sobre todo la impresión de cortar sin querer su propia piel—, pero su hermana fue rápida y, gracias a que reaccionó a tiempo, pudieron salvarle el dedo.

Alice corrió hacia él, que estaba lívido y más pálido de lo normal, paralizado frente a la mesa de trabajo, donde la sierra reposaba en su sitio como si no hubiera ocurrido nada. Envolvió el dedo en un paño limpio para después ponerle hielo y sacó a su hermano de allí a rastras. La ambulancia tardaría el doble que ella, así que se limitó a coger todo lo necesario y conducir hasta el hospital más cercano. El pobre Evan no aguantó despierto ni la mitad del viaje, desmayándose al poco de salir a la carretera.

Desconozco cuánta sangre puede salir de un dedo cortado, pero los médicos, además de cosérselo, tuvieron que hacerle una transfusión urgente.

Para cuando lograron estabilizarlo, asegurándose de que el dedo se había salvado, ingresaron a Evan en una habitación libre. Entonces fue cuando Alice me llamó.

A pesar de que insistieron mil veces en que Evan estaba bien y no corría ningún peligro, después de que mi prima me contara lo ocurrido, mi cabeza no paró de darle vueltas a la idea de perderlo. Imaginé los miles de escenarios diez veces más terribles que podrían haber ocurrido. En vez de su dedo, podría haberse cortado sin querer el antebrazo, o peor, que hubiera estado con la motosierra y esta saltase, haciéndole daño en la pierna o el pecho. Los accidentes ocurren, sí, sobre todo si se trabaja a diario con estas herramientas.

Pero fue el remordimiento lo que dio rienda suelta a mi imaginación atormentada. La distancia que nos separa —esas horas de coche que siempre han sido la excusa para no visitarlos tan a menudo— comenzó a hundirse en mí como una culpa tardía, como

si no haber estado allí en el momento justo me hiciera responsable de todo lo que mi mente insistía en recrear.

Tanto Sloane como Alice lograron tranquilizarme, haciéndome ver que yo no tenía la culpa de nada. Pero la idea no desapareció del todo. Se quedó en un rincón de mi mente, como una pequeña herida que no termina de cerrar, amenazando con abrirse de nuevo si no hago algo para remediarlo.

Y por eso ahora lo último que quiero es irme a casa. Necesito quedarme con mi familia, estar ahí para ellos como ellos han estado para mí durante todo este tiempo, aunque haya sido a la distancia. No quiero convertirme en la prima o sobrina ausente, la que se deja ver una vez al año por obligación. Quiero estar presente, vivir en sus días buenos y también en los malos.

Lo que más anhelo es formar parte de mi familia, y ya va siendo hora de tener las prioridades claras; es la única manera de no volver a perderme en la distancia.



Paso con energía el cepillo de cerdas por encima de la enorme mancha de sangre, con cuidado de no arañar la madera. Evan rasca con su mano sana, la derecha, la mesa de trabajo, que también tenía algunas salpicaduras. Se ayuda de un paño húmedo, que en algún momento fue blanco. Ahora todo está bañado de rojo, tanto su trapo como mi cepillo. Aun habiéndonos puesto guantes, estos también están cubiertos de una capa rojiza.

Con la suerte que tengo, seguro que ha traspasado a la piel.

"¿Cómo va eso?," pregunta Evan detrás de mí con la respiración entrecortada del esfuerzo.

Me giro para mirarlo por encima del hombro, dejándome caer sobre mis talones.

"Me siento como en *Barbie y las Tres Mosqueteras*, cuando tienen que limpiar el suelo con un cepillo de dientes."

"¿Quieres que te deje uno? Creo que tengo un par sin estrenar," contesta con un tono burlón, alzando las cejas.

"No, gracias, creo que es más rápido con este trasto," contesto con una sonrisa irónica, levantando el enorme cepillo que él mismo suele usar para limpiar el suelo de los restos de astillas y viruta.

"Era por si te querías sentir parte de una película de esas de carcelarios, ya que estás aquí encerrada en contra de tu voluntad, ayudando a un inválido a limpiar su propia sangre por haber sido un idiota irresponsable."

Frunzo el ceño, girándome por completo hasta apoyar el culo en el suelo. Lo observo desde abajo, esperando que me devuelva la mirada, pero mantiene la vista fija en la mesa.

"No estoy aquí en contra de mi voluntad, Evan. Quería ayudarte y limpiar contigo no me supone ningún problema. Tú mismo me dijiste que somos familia y, aunque no nos veamos tanto como nos gustaría, estamos aquí para apoyarnos."

Evan niega con la cabeza, haciendo una mueca como si algo, además de la mano, le estuviera doliendo.

"Deberías estar en River Cross, trabajando en la tienda, disfrutando de tu vida," dice en voz baja.

"Donde debería estar es en tu casa," digo con firmeza, comenzando a sentir el enfado corriendo por mi cuerpo. "Estoy en casa de mi maldito primo favorito, echándole una mano en su taller, que está patas arriba porque es un hombre idiota, dramático y, a veces, increíblemente cabezota."

Me aparto como puedo unos mechones rebeldes de la cara, que se han caído del moño en mi coronilla, intentando no mancharme de sangre. Evan mantiene la vista en su trapo sucio y se muerde el labio inferior con fuerza.

"No pienso irme, Evan, así que vete acostumbrándote a tener a alguien pendiente de ti hasta el domingo," sentencio con un tono más suave, pero dando por finalizada esta conversación.

Vuelvo a girarme para seguir con el cepillo, y escucho a Evan resoplar detrás de mí. No le doy la satisfacción de volverme, sino que continúo frotando el suelo con fuerza.

Sé que le fastidia tener una niñera, porque a mí también me molestaría que alguien estuviera pendiente de mí, pero es lo que hay. Mi misión es hacerle la vida más sencilla ahora que va a estar con la mano vendada y en rehabilitación durante varios meses. Aunque yo solo pueda quedarme hasta el domingo, pretendo venir todos los fines de semana que tenga libres a partir de ahora, así que ya puede ir acostumbrándose.

El marrón de la madera ya comienza a verse bajo la enorme capa de sangre cuando unos toquecitos en la puerta me hacen volverme hacia Evan. Intercambiamos una mirada ceñuda antes de girarnos hacia la entrada del taller.

"¿Hola?," grita mi primo, dejando el trapo sobre la mesa.

La puerta se abre con un fuerte chirrido. *Engrasar las bisagras cuando acabe con esto: anotado.* La claridad de la tarde me hace entrecerrar los ojos mientras intento enfocar las dos figuras que permanecen en el umbral. Escucho las pisadas de Evan acercándose a la puerta, pero se detiene a medio camino.

Justo frente a mí, tapándome las vistas.

Me inclino sobre mis rodillas, apoyando las manos en el suelo para estabilizarme, cuando los veo. Mi boca se abre, y juro que mi mandíbula roza el suelo ensangrentado. Vuelvo a apoyar el culo sobre mis talones con rapidez, obligándome a permanecer tranquila, oculta tras el enorme cuerpo de Evan.

Respira hondo, Julie.

A lo mejor es solo una ilusión y estoy flipando. ¿Estaré dormida? Quizás esto solo es un sueño… O más bien una pesadilla.

"¿Los… hermanos Weston?," escucho preguntar a Evan, haciendo realidad lo que me temía.

Vamos, no me jodas.

Contengo un sonido estrangulado cuando me incorporo, saliendo de mi pobre escondite. Lo primero que veo delante de Evan es el ceño permanentemente fruncido de Weston. Me saluda con una leve inclinación de la cabeza, pero estoy demasiado aturdida como para corresponder. Armándome de un valor que no sé ni de dónde sale, doy un paso a la derecha. Para mi sorpresa, me encuentro con unos ojos azules que ya estaban fijos en mí.

Tate me sonríe como si hubiera ganado el gran premio.

"Los mismos en carne y hueso," dice él, sin apartar la vista de mis ojos atormentados. Me quedo ahí paralizada, como una presa a punto de ser atrapada.

"Aunque no podríamos decir lo mismo de ti…," murmura Weston, fijándose en la mano vendada de Evan.

Mi primo se ríe entre dientes, sacudiendo la cabeza.

"Gajes del oficio," dice despreocupadamente, aunque no se me pasa por alto la manera en la que pasa los dedos con delicadeza por encima del vendaje.

"Veníamos a ver cómo estabas, Moderno Prometeo" dice Tate, adentrándose en el taller con una sonrisa de oreja a oreja.

Me muevo con él, acercándome a la ventana para quedar frente a ellos. Cuanta más distancia deje con Tate, mejor para mi pobre corazón. Ya tuvo suficiente con el infarto que casi me da el domingo; no necesita ponerse en modo discoteca otra vez por estar demasiado cerca de ese hombre de ojos azules que no parece dispuesto a perderme de vista.

"Veo que sigues siendo igual de gracioso que hace años," masculla Evan, pero puedo ver un ligero brillo en sus ojos, como si disfrutara de sus tonterías. A pesar de que ni yo a veces lo soporto, estoy segura de que lo ha echado de menos.

"Ya me conoces," dice este, guiñándole un ojo.

Evan pone los ojos en blanco, pero suelta una risa que se desvanece lentamente cuando Tate recorre el espacio que los separa y lo envuelve en un fuerte abrazo. Mi primo se queda quieto, como si no se esperara el gesto, pero se recupera al momento y le pasa los brazos por la espalda.

Los miro con una sonrisa incontenible, viendo cómo ambos sonríen contra el hombro del otro. Son la viva imagen de dos viejos amigos que por fin se reencuentran y se dan cuenta de que nada ha cambiado después de todos estos años.

Cuando se separan, Tate le pasa la mano por el pelo como si tuvieran cinco años. Evan se queja, murmurando algo como «sabes que lo detesto», y Weston aprovecha para acercarse también. Le da un corto abrazo, volviendo a dejar sin palabras a mi primo. No

puedo evitar soltar una carcajada al verlo tan descolocado; él, que siempre ha sido firme y seguro de sí mismo.

Los tres se giran hacia mí: Evan con una sonrisa ladeada, Weston con el ceño fruncido y Tate con una mueca divertida que me hace volver a reír.

"Sois de lo que no hay," digo encantada. Cojo los paños llenos de sangre y la sierra, volviéndome hacia la puerta. "Estaré fuera mientras os ponéis al día. Tendréis bastante de lo que hablar."

Miro a Evan con las cejas alzadas, fingiendo una expresión inocente, lo que le arranca una carcajada.

No sé qué ocurrió entre ellos para que se distanciaran, pero no me corresponde estar presente mientras lo resuelven. A pesar de que me muera de ganas de quedarme aquí sentada con palomitas, obligo a mis pies a obedecer para darles su espacio. Me despido con una pequeña sonrisa y un gesto con la cabeza antes de salir a la cálida tarde, odiándome por no quedarme a escuchar el drama mejor escondido de Almond Valley.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Tate

Estoy seguro de que ella querrá hablar contigo, Evan, si le das una oportunidad."

Mi amigo de la infancia resopla, pasándose una mano por el pelo rubio con reflejos caoba, deshaciendo sin darse cuenta sus definidos tirabuzones.

"No estoy tan seguro, tío. La cagué bastante con ella." Hace una mueca de desagrado, recordando lo que solo él y mi hermana saben que ocurrió.

"Da igual cuánto la jodieras, Evan," continúa diciendo Wade. "Han pasado muchos años desde aquello. No podéis estar enfadados toda la vida."

"Un buen polvo de reconciliación siempre funciona," digo yo, guiñándole un ojo a Evan.

Weston me da un golpetazo en el hombro, haciéndome tropezar hacia delante.

"Estás hablando de tu hermana, imbécil."

"¿Y qué? Somos humanos, no me digas que tú y Sage nunca habéis echado un-"

El golpe, esta vez mucho más fuerte, me obliga a callarme y alejarme unos pasos del animal que tengo por hermano.

Lo que hay que aguantar.

"Eran amigos de la infancia, seguro que solo se veían como hermanos," dice Weston, lanzándome una dura mirada.

Evan no lo desmiente, pero tampoco lo confirma. Esbozo una sonrisa de oreja a oreja, viendo cómo la cara de mi amigo comienza a colorearse de un rojo intenso. Mi hermano no parece enterarse de nada, demasiado ocupado mirándome fijamente, pensando en las mil maneras de matarme y tirarme por el barranco.

"Piénsalo, Evan," le digo, subiendo y bajando las cejas con picardía.

"Créeme, no hago otra cosa en todo el día," farfulla entre dientes, demasiado bajo como para que mi hermano, que está caminando por todo el taller a varios metros de nosotros, lo haya escuchado.

Vuelvo a guiñarle un ojo, arrancándole una sonrisa ladeada tan propia de los Thorne.

Y hablando de sonrisas ladeadas…

"Voy un momento fuera, a ver cómo está campanilla."

"¿Campanilla?," pregunta Evan alzando una ceja, sin perder la sonrisita.

Asiento.

"Es mi hada," contesto, bajando un poco la voz, como si estuviera desvelando un secreto.

La boca de Evan se abre ante la franqueza de mis palabras, pero no le doy tiempo a salir de su estupor. Le doy una palmada en la espalda y salgo al calor de la tarde soleada.

El paisaje que nos rodea es de película. Un sendero de tierra, flanqueado por flores silvestres, conduce hasta la casa de Evan. Los pinos que bañan las montañas se alzan como monumentos a la madre naturaleza por encima de mi cabeza. Son más altos que cualquier casa del pueblo, y están repartidos por las tierras de Honey Ridge.

Mis pies se mueven solos, a pesar de que en las cercanías del taller de Evan no haya ni rastro de un cabello rubio como trigo bajo

el sol. Camino por el sendero con el aroma a pino y tierra seca hinchando mis pulmones.

Llevo días sin ver a Julie y, pese a la distancia entre nosotros, la he echado de menos.

Cuando me enteré de que Evan estaba en el hospital y Julie había ido a visitarlo, algo en mi cabeza se activó. Como una alarma que no sabía que existiera de repente cobrara vida. Y no saltó porque hubieran hospitalizado a mi amigo de la infancia, no… fue por ella. Solo de imaginarla aquí, lejos de River Cross, preocupada hasta la médula por su familia, dejándolo todo a un lado sin atender a nada que no fuera asegurar el bienestar de los suyos… me revolvió algo por dentro. Una mezcla de orgullo, envidia y algo que no supe identificar, pero que me hizo sentir fuera de lugar.

Por eso no lo pensé dos veces cuando, al día siguiente, le propuse a Wade ir a visitar a Evan. No opuso resistencia, sino que aceptó al momento. Tampoco sospechó que mi urgencia se debiera a la necesidad visceral de hacer el viaje solo para ver a alguien que no fuera nuestro amigo de la infancia.

Solo a mí se me ocurriría usar lo de arreglar las cosas con Evan como excusa para ver a Julie.

Pero ha funcionado.

Evan, Weston y yo volvemos a estar en contacto y, aunque nada sea como cuando teníamos diez años, volver a sentir ese apoyo resulta reconfortante. Lo echaba de menos. Y me ha hecho ilusión comprobar que no ha desaparecido el brillo divertido en sus ojos, el mismo que tenía de pequeño.

El sonido del agua chapoteando me hace girar hacia la izquierda, cambiando de dirección para acercarme cada vez más al rocoso acantilado. Me abro paso entre la maleza que flanquea el sendero secundario. Escucho entre el suave murmullo de la pequeña cascada artificial el tímido tarareo de una canción.

Tardo un momento en reconocerla, y cuando lo hago, no puedo evitar sonreír.

Hold me closer, Tiny Dancer.

Avanzo cantando la letra en mi cabeza, siguiendo la desentonada melodía de esa voz femenina que podría reconocer en cualquier

parte.

Count the headlights on the highway.

Cuando por fin llego a un pequeño claro delante del acantilado, me quedo sin aliento ante las preciosas vistas. La inmensidad de las montañas de Honey Ridge podría dejar sin habla a cualquiera. Pero es la mujer que, inclinada sobre el lavadero de piedra, frota con una expresión concentrada de lo más adorable unos trapos manchados.

Su tarareo continúa hasta que termina la canción, y yo me quedo ahí plantado, como si también formara parte del decorado; un árbol más.

La observo en silencio durante unos segundos, pero, antes de que resulte demasiado perturbador, me acerco haciendo el suficiente ruido con los pies como para que Julie levante la cabeza y me vea. Me sonríe con naturalidad, provocando una oleada cálida en mi pecho.

"Hola, campanilla," saludo, quedándome de pie a su lado.

Ya no reacciona ante su apodo, sino que ladea la cabeza, mirándome de arriba abajo antes de volverse hacia el agua. No se me escapa el leve rubor que tiñe sus mejillas antes de darme la espalda.

"¿Habéis arreglado lo vuestro?," me pregunta, volviendo a frotar contra la piedra las telas llenas de sangre.

"Creo que sí," contesto con un asentimiento aunque no pueda verme. "No vamos a volver a tener la misma relación que cuando éramos críos con tan solo una conversación, pero creo que es un buen comienzo."

Julie para de limpiar, girando la cabeza para mirarme con curiosidad.

"¿Te gustaría que fuera como antes?"

Contengo una sonrisa, dando un paso hacia ella.

"Claro," admito. "Ojalá Lib se olvide un rato de lo que le hizo Evan y por fin se den un buen revolcón."

La boca de Julie se abre formando una enorme O antes de soltar una estridente carcajada que la dobla en dos.

"No tengo ni idea de lo que ocurrió entre ellos, pero firmo donde sea para que eso pase," consigue decir sin aliento.

"Te lo haré saber," le aseguro, guiñándole un ojo.

Julie asiente con una sonrisa divertida, firmando el trato sin palabras. Desvío la vista hacia las montañas, sintiéndome de pronto demasiado cohibido ante su intensa mirada.

"¿Cómo ves a Evan?," le pregunto cambiando de tema. "¿Crees que cuando vuelvas a River Cross podrá aguantar más de media hora sin usar la mano mala?"

Julie suelta una risa mientras se inclina hacia delante para lavarse las manos en el agua, haciendo que unos mechones ondulados del color del oro se escapen de su recogido, enmarcando su delicado rostro.

"Espero que su madre lo convenza para mudarse a su casa mientras está en rehabilitación," contesta con un tono más preocupado del que me esperaba.

"¿Y cómo estás tú?"

La pregunta la coge por sorpresa, haciéndole alzar las cejas mientras se señala con la mano.

"¿Yo?"

Asiento, pestañeando en el proceso.

"Bueno… supongo que podría estar mejor," contesta, un poco insegura. "A pesar de que los médicos me aseguraron unas quinientas veces que Evan no corría ningún riesgo, hasta que se levantó para volver a casa, no me tranquilicé. Es como si mi mente no me permitiera calmarme."

Me mira con el ceño fruncido, apretando los labios de repente, como si no estuviera del todo segura en contarme lo ocurrido. Parece que no va a seguir hablando, pero las palabras fluyen como si no le diera tiempo a controlarlas.

"Cuando me llamó mi tía, Sloane, para decirme que Evan estaba en el hospital, casi se me cae el mundo encima. No he estado muy presente en la vida de mi familia, y tampoco es porque no quiera, sino porque apenas sé cómo encargarme de mí misma como para añadirme más preocupaciones. No sé si tiene mucho sentido o suena fatal…," murmura más para sí, pero yo asiento, entendiéndola demasiado bien. "Adoro a mi familia y los quiero con todo mi corazón, pero me cuesta abrirme y bajar la guardia, ¿sabes? Sloane,

Alice y Evan son unas de las pocas personas que no son mi madre que me conocen a la perfección y han visto todas mis caras. Pretendía no entrar demasiado en su mundo, en su familia, para que si algo ocurriera no me afectara. Pero, después de lo de Evan, sé que estoy metida hasta el cuello. Y la verdad es que… no es tan malo. Me gusta preocuparme por ellos, e incluso disfruto que se preocupen por mí, pero ver a Evan así, tan débil y vulnerable… me hace replantearme si realmente quiero estar tan alejada de ellos o debería permitirme ser más constante, estar más presente. Comportarme de una vez como si fuera de la familia."

Julie me mira con súplica en los ojos, como si le doliera más a ella que a su primo haber estado en el hospital. A pesar de no haber pasado por lo mismo, puedo entender su dolor, su miedo a abrirse, a echar raíces y a implicarse de corazón en su familia.

No puedo echarle nada en cara a Julie. Soy el claro ejemplo de alguien que se encierra en mí mismo cuando está ocupado con alguno de sus proyectos. Lo último que quiero es arrastrar a mi familia a ese bucle de trabajo, preocuparlos con mi cansancio o con esa incapacidad de parar hasta terminar lo que empiezo.

Pero supongo que hay formas más sanas de vivir.

"Entiendo que es complicado para ti, después de toda una vida con tus padres en la ciudad."

"Con mi madre," corrige, mordiéndose el interior de las mejillas. No pregunto, aunque las palabras me quemen en la garganta, sino que me limito a asentir.

"Solo llevas aquí unos años," continúo. "Aunque estés asentada, tengas tu piso y trabajo estable, mentalmente te puede costar algo más acostumbrarte al cambio," digo en un tono suave. Me siento sobre el muro de piedra que nos separa del barranco rocoso lleno de musgo.

Julie aprieta los labios, formando una tensa línea. Imita mis movimientos al subirse de un saltito a las piedras y girándose, quedando frente a la vista a mi espalda, permitiéndome ver su delicado perfil.

"Es complicado," murmura, arrugando imperceptiblemente las cejas.

"No dudo que lo sea. Pero si lo que quieres es derribar los muros que te separan de tu familia, hazlo. Puede sonar fácil o tonto decirlo, pero solo tienes que dejarlos entrar."

"Dejarlos entrar," repite en un susurro, con la mirada perdida en el horizonte.

Cojo aire con fuerza, humedeciéndome los labios antes de armarme de valor y contarle una parte de mí.

"Haz una lista," suelto de golpe.

Julie frunce el ceño, girando la cabeza para mirarme.

"¿Una lista?"

Me encojo de hombros, animándome a continuar.

"Yo hago listas constantemente. No puedo salir de casa sin escribir una en mi libreta." Julie suelta una pequeña carcajada, devolviéndole a sus mejillas su usual color rosado. A pesar de su risa, no hay mentira en mis palabras. "Prueba a hacerlo. Escribe todas las cosas que quieres hacer con tu familia: visitarlos, hacer un viaje, ir a comer… lo que se te ocurra. Puedes hacerla a corto o largo plazo, tú decides. Y si quieres cambiar algo o añadir más cosas, no lo dudes. Eres la que manda en tu lista."

Julie parece meditarlo un momento, volviéndose hacia las montañas. No aparto la vista de ella mientras lo piensa. La idea no parece disgustarle, porque, al cabo de un rato, una tímida sonrisa asoma en las comisuras de sus labios y asiente con convicción.

"Lo probaré," dice sin mirarme.

Nos quedamos en silencio lo que parece una eternidad. Una cómoda atmósfera nos envuelve, como si por fin hubiéramos hecho las paces con nosotros mismos y nos permitiéramos ser transparentes delante del otro. Parece que, al final, solo había que ser paciente y esperar el momento adecuado.

"Ahora entiendo por qué Evan no sale de casa," dice con una sonrisa ladeada que me recuerda tanto a la picardía de su familia. "Yo también me quedaría aquí contemplando las vistas todo el día."

"No podría estar más de acuerdo," murmuro en voz baja, sin apartar la mirada de su precioso rostro, bañado por la luz dorada de la tarde.

Julie no dice nada, pero por el rubor que cubre sus mejillas me da a entender que sabe que no estoy mirando lo mismo que ella. Permanecemos en el claro hasta que el atardecer cubre el cielo y tiñe el paisaje de unos tonos anaranjados que parecen de película.

Sigo a Julie con la mirada cuando se baja del muro y recoge los trapos del lavadero. Adivino lo que va a decir cuando se gira hacia mí, todavía sentado sobre las piedras, pero me adelanto antes de que abra la boca.

"Quería pedirte algo."

Si parece sorprendida de mis palabras, no lo demuestra. Me mira con una expresión tranquila, ladeando ligeramente la cabeza, expectante.

"Es sobre el proyecto que estoy haciendo."

"El de cross, ¿no?" Asiento. Su rostro se ilumina, y una sonrisa estira las comisuras de sus labios hacia arriba. "Lib me contó que habías construido tú solo un montón de obstáculos por Almond Valley. Todavía no he podido pasarme por allí para verlo, pero ella y Sage me enseñaron fotos y te ha quedado espectacular. Enhorabuena, Tate, es una pasada."

Por Dios…

Creo que estoy volviendo a cortocircuitar delante de Julie.

"Yo- yo- bueno…. Gracias," tartamudeo como puedo, demostrando como un estúpido que algo no funciona como debería en mi cerebro.

Julie aprieta los labios, conteniendo una risa.

"¿Qué querías pedirme?," pregunta mientras se cruza de brazos, haciendo como si no me estuviera faltando el aire.

Consigo inspirar sin ahogarme, tragando saliva con fuerza para hacer que desaparezca el enorme nudo en mi garganta.

"Necesito ayuda con las clases."

"¿Qué clases?"

"De cross."

Frunce el ceño, perdida.

"¿Vas a dar clases de cross?"

"Sí," contesto sin más.

¿Hola, cerebro? ¿Puedes funcionar de una vez y darle una respuesta más concreta a mi pobre campanilla? Gracias.

"El otro día vino Ada Sterling a Almond Valley para ver el recorrido." Julie asiente, esperando en silencio a que continúe. "Ella da clases de equitación en otro rancho, pero estuvimos hablando de que sería una buena idea aprovechar el recorrido y crear una pequeña escuela de cross."

Julie no contesta al momento. Ni siquiera reacciona.

De hecho, es como si se hubiera quedado congelada en el tiempo. Tiene la boca un poco abierta y las cejas alzadas.

"Una escuela de cross," dice lentamente tras lo que parecen horas en silencio.

"Ajá," contesto algo inseguro, dando un paso atrás.

Parece que va a saltar a mi cuello en cualquier momento.

Y no sé si la idea me gusta más que me asusta…

"¡Es una gran idea!," exclama, sorprendiéndome al verla realmente emocionada. "Me encanta el cross, es mi disciplina favorita. Ya cuando las chicas me hablaron del proyecto me pareció una pasada, pero hacer una escuela es increíble. Podrías hacer concursos en Almond Valley, o incluso en River Cross. Se podría hablar con el alcalde y utilizar alguno de los caminos del bosque hasta el pueblo. Si sale adelante también podrías hacer una especie de festival, y así vendría gente de toda la provincia. Seguro que a los vecinos les encanta la idea. Nada como una buena fiesta para contentarlos."

Julie sigue hablando, sin parar siquiera para coger aire. La escucho anonadado, sin atreverme a interrumpirla para pedirle que hable más despacio y así quedarme con todo. Tampoco se me pasa por la cabeza sacar la libreta que guardo en el bolsillo trasero de mis pantalones y apuntar lo que dice. Solo puedo quedarme quieto, observando cómo su rostro se ilumina a medida que habla y le va dando forma a sus ideas.

No sé durante cuánto tiempo permanezco en silencio, escuchándola. Solo que, cuando termina, jadea como si hubiera corrido una maratón. Le sonrío de oreja a oreja y ella me devuelve la

sonrisa, y con ese gesto tan sencillo me doy cuenta de que no puedo hacer nada de esto sin Julie a mi lado.

Y que probablemente esta mujer sea lo mejor que me haya pasado en la vida.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Tate

Volvemos a Almond Valley en el mismo día a pesar de que ya no hay ni rastro del sol y son varias horas de viaje. Wade tiene que trabajar mañana, yo tampoco quiero perder un día de trabajo y ambos creemos que aprovecharnos de la hospitalidad de Evan es pasarse. Ya hemos cruzado una línea viniendo a su casa, retomando el contacto y preocupándonos por él después de todos estos años.

Como le dije a Julie hace unas horas, nada va a ser lo mismo ni tendremos la misma amistad que cuando éramos unos críos, pero hay que empezar por alguna parte. Y visitarlo después de haber estado en el hospital creo que es ir por el buen camino. No pretendemos volver a ser sus amigos y que mágicamente sea todo perfecto, sino más bien que Evan recuerde que puede contar con nosotros si le ocurre algo o necesita ayuda.

El viaje de vuelta se pasa volando. *Aunque puede ser que sea porque me paso durmiendo tres cuartas partes del camino.* Para cuando despierto, ya reconozco la carretera y los árboles que nos

rodean. Al mirar por la ventanilla vislumbro en la oscuridad el cartel que anuncia nuestra granja.

"¿Has dormido bien, princesa?"

Me estiro sin vergüenza alguna, alzando los brazos por encima de la cabeza.

"¿Princesa?"

"Roncabas como Fiona en *Shrek*," contesta apretando los labios con la vista clavada en el asfalto.

Alzo las cejas, girándome para mirarlo.

"El sueño te está afectando, Wade. ¿Eso que acabas de hacer es una broma?"

"Otro igual…," masculla entre dientes, apretando con fuerza el volante.

Suelto una risa ligera, acomodándome de nuevo en el asiento mientras entramos en nuestras tierras. Solo se escucha el ruido de las ruedas deslizándose por los caminos de piedras y la suave melodía de una canción country sonando por los altavoces.

"Ha estado bien volver a ver a Evan," me sorprende diciendo mi hermano después de un rato en silencio.

"Se le echaba de menos," reconozco, asintiendo. "Está igual que cuando éramos pequeños. Le siguen saliendo esas pecas en las mejillas en verano."

"Y sus rizos indomables siguen igual de despeinados," añade Wade, soltando una pequeña risa entre dientes.

"Ojalá todo fuera igual de fácil que cuando éramos críos. Me jode haber venido solo porque tuvo un accidente." Me paso la mano por los ojos, intentando ahuyentar el sueño y el malestar. "Perder un dedo suena a putada, sobre todo para él, que vive de trabajar con las manos."

"Los médicos dijeron que con rehabilitación volverá a tener movilidad, pero nunca volverá a ser lo mismo," dice, soltando un suspiro cansado. "Cuando te marchaste para ver a Julie, nosotros seguimos hablando. Me enseñó el taller y los trabajos que ha estado haciendo durante estos años. Es muy bueno, Tate. Ya me lo demostró cuando hizo el cartel para Sage de Trust & Trot. Tiene muchísimo talento."

"Espero que el accidente no le afecte demasiado." Tuerzo la boca. "Lo último que se merece es tener que cambiar de trabajo."

Mi hermano asiente, apretando la mandíbula.

Si cortarse un dedo ya es una experiencia traumática, tanto física como psicológicamente, perder el trabajo por ello debe de sentirse como caer al infierno. No me quiero imaginar cómo se debe sentir Evan.

Wade me deja en casa, recordándome que la semana que viene tendremos que vernos todas las mañanas para construir un nuevo cercado para el ganado. Después de la subasta de hace un mes, las cuadras quedaron medio vacías, así que han estado buscando algunas reses nuevas para llenar parte del espacio. Ha sido el primer año que vendieron tantas vacas, así que este verano se está notando la falta de trabajo en la parte ganadera.

Además de tener las mañanas ocupadas con Wade, una de las tardes voy a organizar una visita a Almond Valley con la única persona que suele visitar Almond Valley y que todavía no ha visto el recorrido de cross.

Mi campanilla.

Antes de marcharnos a casa, y después de escuchar sus infinitas ideas para el concurso de Almond Valley, le prometí que le haría una visita privada por la zona. Me muero de ganas de redactar una lista con todas las cosas que quiero enseñarle y hablar con ella, pero hoy debería descansar.

Ha sido un día largo, lleno de emociones, buenas y malas, y mi cuerpo lo nota cuando el sueño me puede cuando me quito la ropa y me tiro en la cama.

Me duermo con una sonrisa boba en los labios, recordando la ilusión en los ojos de Julie al hablar sobre mi proyecto.



"La charca es lo suficientemente profunda como para que, si te caes, el agua te llegue hasta la cintura. Si eso ocurre, vas a llenarte de

barro hasta las cejas, no te creas que saldrás limpia. Con esta combinación lo que pretendo es que primero saltes ese obstáculo de allí, galopes por el campo, cruces la charca sin miedo y termines subiendo el escalón de tierra. El resto del recorrido es pan comido, solo es seguir el camino marcado y saltar lo que sea que se te ponga por delante."

Trazo líneas con las manos como si estuviera en un aeropuerto, enseñando el camino que deben seguir los pilotos. Al igual que en la equitación, el jinete debe guiar a su caballo, así que tampoco se diferencian mucho. Además, tanto el avión como el animal te pueden matar.

Bueno… debo reconocer que me asusta un poco ese símil.

"¿Y si Dante le tiene miedo al agua?"

Julie baja la vista hacia su caballo pinto, de pelaje blanco con manchas marrones, que tiene su propia cuadra en nuestro establo desde que se mudó a River Cross.

"Pues primero pasa por la charca para comprobarlo," contesto, encogiéndome de hombros sobre Raven.

Observo al otro lado del agua cómo Julie aprieta las piernas y Dante avanza con zancadas rápidas. Ese caballo tiene una energía descomunal que pondría nervioso a cualquier jinete, pero me sorprende haber comprobado hoy que su amazona lo controla mejor que cualquier profesional con experiencia. Por lo que sé, Julie suele dar paseos con Lib y Sage, así que está más que acostumbrada a ir por el campo y retener la potencia de Dante.

En lo que llevamos de tarde, Julie ha saltado como parte del calentamiento todos los obstáculos de la pista vallada, le he enseñado el recorrido entero, incluyendo el arco de flores rosas de Sage, y ahora estoy mostrándole la zona nueva que terminé en las tardes de esta semana. No pensé que tardaría tanto en ver a Julie. Desde que volvimos de Honey Ridge, he estado soñando cada noche con traerla aquí. Pero entre la vuelta a la rutina y las ganas de terminar este añadido, el único momento que me quedaba libre era el viernes. Una semana sin ver a Julie, pensando en ella antes de quedarme dormido por las noches.

La peor clase de tortura jamás inventada.

Y no ha sido hasta hoy, cuando por fin he podido volver a verla, que he comprendido cuánto necesitaba este momento.

Mi plan para esta tarde era simplemente enseñarle los obstáculos, pero Julie estaba tan ilusionada con la idea de formar parte del proyecto, que no pude negarme cuando me preguntó si podíamos improvisar un entrenamiento y probar algunos saltos. Sobre todo cuando me miró haciendo ese pequeño puchero capaz de convencerme de cualquier cosa.

"¿Crees que saldrá corriendo cuando toque el agua?," pregunta titubeante, alzando la vista de la charca para mirarme con inseguridad.

"Solo hay una forma de comprobarlo," digo con una sonrisa ladeada, aparentando tranquilidad para que no se preocupe. Ella no ve cómo estoy sujetando con fuerza el pomo de la silla para lanzarme al suelo con rapidez si se cae al agua.

Julie asiente, un poco más convencida. Le deja las riendas largas a Dante para que primero acerque el hocico al agua y huela por la orilla. Sin hacer ningún movimiento, permite que su caballo avance a su ritmo. Primero parece sorprendido, pero la curiosidad no tarda en aparecer, sorprendiéndonos al dar varios pasos y meterse él solo en el agua.

Su amazona levanta la cabeza con la boca abierta.

"¿Has visto eso?" Recoge un poco las riendas para que Dante se mueva por la charca. No hace ningún movimiento brusco ni parece que mojarse las patas le importe lo más mínimo.

"Ya tienes tu caballito de mar." Julie se ríe, más por la liberación de la tensión que por mi pésima broma, pero aun así consigue que se me instale un calor agradable en el pecho. "Prueba a salir del agua y volver a entrar en todos los aires, así Dante se va acostumbrando a la sensación del agua chocando con su cuerpo."

Mi nueva alumna asiente, siguiendo mis indicaciones.

Tenía pensado proponerle cubrir el hueco que necesitaba para entrenar a alguien conocido, pero ni siquiera ha hecho falta preguntárselo. Ha sido ella quien ha tomado la decisión por su cuenta. Y se siente sorprendentemente bien que, sin haberlo planeado, encaje conmigo a la perfección.

Terminamos de entrenar en la zona nueva después de un cuarto de hora trabajando en la charca. A pesar de que el caballo de Julie no parece tener ningún problema con el agua, no me arriesgo a que se caiga el primer día, así que dejamos la combinación de los tres obstáculos para más adelante. Cuando se sienta más segura con el recorrido, iremos encadenando más de dos saltos seguidos.

Por hoy, nos quedamos satisfechos con una pequeña gran victoria: que Dante no haya mostrado miedo al agua y que haya saltado varios de los obstáculos más rústicos sin dudar.

Volvemos a la zona de los establos para duchar y dejar a los caballos en el prado. Raven y Dante siempre han compartido paddock, algo a lo que hasta ahora no le había dado demasiadas vueltas. A diferencia de nosotros, ellos se han llevado bien desde que Dante llegó. Siempre han estado en el mismo punto, sin cambios ni altibajos, mientras que nosotros hemos pasado por idas y venidas constantes.

Ahora, igual que ellos, parece que nosotros también estamos en armonía, justo donde parece que pertenecemos.

Llevo mi silla al guadarnés y la cubro con su funda de tela negra antes de hacer lo mismo con la de Julie. Les paso un agua a los hierros de las cabezadas con la manguera y recojo los protectores de las patas. Cuando vuelvo al prado, me fijo en que Julie se ha soltado la trenza y su cabello ondea a su espalda. La observo desde la distancia, embobado en cómo reparte unos trozos de zanahorias entre los dos caballos.

La llamo desde la puerta del cercado y se gira al instante, haciendo que sus ondas doradas se muevan con el viento.

Parece un hada del bosque, acariciando a los caballos con delicadeza, rodeada de árboles y las montañas a su espalda.

"Ven, quiero enseñarte una cosa."

Me sigue sin pensarlo y sin preguntarme a dónde vamos.

La guío por las cuadras hasta que llegamos a la puerta de mi despacho, ordenado y limpiado esta misma mañana. Me hago a un lado para que ella entre primero, y me sonríe al pasar, provocando que mi corazón se salte un latido, tanto por el gesto como por la cercanía de nuestros cuerpos.

Respira, Tate.

Julie se pasea por el pequeño espacio, observándolo todo con curiosidad, sonriendo al ver los diseños de los obstáculos colgados del corcho en una de las paredes.

"¿Los has dibujado tú?," pregunta con la vista fija en ellos.

"Sí. Todo lo que hay ahí colgado lo he hecho yo," asiento.

"Vaya…," susurra, acercándose más. Desliza los dedos por los papeles con suavidad, como si fueran una reliquia y pudieran romperse con solo tocarlos.

Me apoyo en la puerta cerrada, viendo con una sonrisa tranquila cómo se mueve por mi despacho como si fuera su casa. Julie me mira de vez en cuando, como pidiendo permiso, y yo asiento todas y cada una de las veces.

He decidido rendirme con esta mujer, que mire y coja lo que quiera. Yo ya soy suyo.

No puedo evitar ensanchar la sonrisa cuando se acerca al escritorio. Pasa las manos por encima de la madera hasta topar con mi libreta abierta justo en el centro de la mesa. Doy varios pasos hacia ella, bajando la vista hacia las palabras que Julie está leyendo con una arruga entre las cejas.



Sin pararme a pensar si lo que estoy haciendo contradice mis palabras, extiendo la mano hacia ella, pasando el pulgar por encima de las líneas de su frente. Desaparecen al momento, relajándose bajo mi suave tacto. La calidez de su piel envía unas pequeñas descargas eléctricas a todo mi cuerpo. Sus ojos verdes como olivas se clavan en los míos, y por unos segundos, el mundo desaparece a nuestro alrededor.

Me quedo paralizado cuando Julie inclina la cabeza para atrás y nuestros labios quedan a escasos centímetros de distancia. Sigo el movimiento de su garganta al tragar, notando la calidez de su aliento contra mi boca. Tengo la sensación de que es ella quien se va a lanzar y me va a besar, pero de repente pestañea y el hechizo se rompe.

Vuelvo a la realidad con pesadez, como si me sacaran a la fuerza de un sueño demasiado bueno. Doy un paso atrás sin apartar la vista de ella, encontrándome con sus mejillas ruborizadas. Sonrío al ver que ahora es Julie quien se ha quedado sin palabras, y espero a que haga la pregunta que lleva rondando su cabecita desde que leyó la última frase de mi lista.

Sentía que estaba en deuda con ella y que debía mostrarle una parte importante de mí después de haber invadido su intimidad al leer su cuaderno de viajes.

"¿Por qué la última cosa de la lista tiene tantos interrogantes?," pregunta en un hilo de voz. "¿A qué propuesta te refieres, Tate?"

Me siento sobre la mesa, quedando frente a ella.

"Voy a seguir la idea que tuvieron Sage y Rachel para el recorrido de cross."

"¿Rachel?"

Asiento.

"Cuando volvisteis de las vacaciones en la playa me comentaron que habían pensado que podíamos hacer una inauguración del recorrido. Anunciar las clases de cross para comenzar los entrenamientos y que así la gente conociera más Almond Valley."

"Es una gran idea," murmura, asintiendo para que continúe. Toma asiento tras el escritorio, y tengo que respirar hondo y apartar

la vista para no pensar en cómo la imagen de Julie sobre mi silla despierta un calor en mi entrepierna.

"He estado pensándolo y creo que sería buena idea hacerla en septiembre. La gente estará de vuelta en River Cross y podremos atraer tanto a los vecinos como a los nuevos habitantes."

"Me parece fantástico, Tate. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?"

Aprieto los labios antes de volverme hacia ella, que me mira desconcertada.

"Necesito tu ayuda." Mis palabras la toman por sorpresa, porque alza las cejas y se señala el pecho. No espero que pregunte lo obvio, sino que asiento y continúo: "Eres experta en promocionar eventos y crear publicidad."

"Yo no-"

Intenta explicarse pero levanto una mano para cortarla.

"Eres mi mejor y única opción, campanilla. Sé que puedes hacer un gran trabajo y que dará resultados. Estoy seguro de ello." La veo morderse el labio inferior, y pronuncio una última frase sin poder controlarme: "No te lo pediría si no confiara en ti."

Julie ladea la cabeza, pensándoselo durante un rato. Por la forma en la que intercala la vista entre la lista y mis ojos, estoy seguro de que va a aceptar. El proyecto de cross le hace tanta ilusión como a mí, y ahora mismo negarse está muy por encima de sus fuerzas.

Si le hubiera preguntado esto mismo hace medio año, probablemente me habría dado una bofetada y me habría mandado a freír espárragos.

Pero ahora es distinto.

Lo veo pintado en su cara antes incluso de que abra la boca.

Pero me sorprende de pronto cuando un brillo diferente transforma su expresión.

Despacio, esboza una sonrisa ladeada.

"¿Y qué me llevo yo por organizar la mejor inauguración de Almond Valley?"

Reprimo una sonrisa apretando la mandíbula.

"Es que todavía no te he hecho la propuesta que está apuntada en mi lista, cariño."

Su boca se abre pero ningún sonido sale de ella, así que me tomo la libertad de liberar mi sonrisa.

"Cinco meses," anuncio. Me mira ojiplática, entendiendo entre cero y nada. "Yo seré tu profesor de cross y tú mi alumna ejemplar. Tienes cinco meses para convertirte en una experta en la disciplina. Y no te preocupes, porque durante ese tiempo te ayudaré a organizar el primer concurso de cross en Almond Valley. Será el debut de ambos."

Hago una pausa, observándola.

"Y voy a asegurarme de que sea tu primer oro, cariño."

CAPÍTULO VEINTICINCO



Julie

Recojo uno de los doscientos papeles que hay repartidos por el suelo a mi alrededor. Lo leo varias veces antes de volver a dejarlo donde estaba y apuntar en mi nueva libreta lo necesario. El reloj de la pared, colgado encima del corcho, me recuerda que debo darme prisa si quiero terminar hoy todo este desastre.

Tengo el culo entumecido por llevar más de cuatro horas sentada en el frío suelo, pero necesitaba el espacio. Me organizo mejor si tengo toda la información repartida por las losas de hormigón, a la vista, sin que los folios estén desorganizados y amontonados encima de un escritorio minúsculo.

Me desperezo alzando los brazos por encima de la cabeza, escuchando cómo me estalla la espalda cuando inclino el cuerpo hacia los lados. Debería levantarme para estirar las piernas, pero solo necesito dos minutos más para terminar esto y luego ya podré largarme.

Cojo otro folio con un montón de líneas y medidas apuntadas a ordenador justo cuando la puerta se abre delante de mí. No alzo la vista para ver quién es. Solo una persona vendría por aquí.

"¿Todavía sigues aquí?"

Hago un ruidito afirmativo sin dejar de mirar el plano del recinto. Giro el folio intentando visualizar dónde irían las mesas, teniendo en cuenta el espacio que ocuparía la barra.

"¿Te has levantado de ahí en algún momento de la tarde?"

Vuelvo a hacer otro ruidito, esta vez negativo, mientras muevo la cabeza de izquierda a derecha. Aprovecho el movimiento para estirar el cuello y suelto un suspiro al sentir un alivio instantáneo.

"Deberías dejarlo ya."

Escucho cómo el recién llegado resopla con fuerza, y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no ablandarme y hacerle caso.

Si no termino esto hoy, no voy a poder dormir esta noche. Es una manía que tengo desde pequeña: si empiezo algo, tengo que terminarlo. Mi cuerpo no me deja relajarme, y me cuesta horrores focalizar mi atención en cualquier otra cosa que no sea lo que estoy haciendo.

Por eso tampoco levanto la vista cuando escucho cómo se acerca, sorteando los papeles para no pisarlos, y se agacha a mi lado.

"Campanilla," me llama su voz ronca. Frunzo el ceño, pensando en cómo voy a meter a cien personas en un recinto de doscientos metros cuadrados. Necesitamos como mínimo cuatrocientos. *¿Podremos usar el prado de la izquierda-?*

"Julie. Mírame."

El tono autoritario que emplea me hace perder el hilo, obligándome a levantar la vista para encontrarme con sus ojos azules bañados de preocupación.

Frunzo el ceño, sosteniéndole la mirada.

Reprimo las ganas que me inundan de acercarme a él que me dejan sin aliento. Me piden que levante la mano y acaricie su incipiente barba en un gesto instintivo por borrar la desazón de su expresión.

"¿Va todo bien?," pregunto en un hilo de voz, analizando cada línea de sus marcadas facciones. Está tan cerca que su aroma a cuero y heno me nubla los sentidos. Si me inclinara un poco podría rozar la punta de su nariz con mi frente.

"Eso te iba a preguntar yo, campanilla," dice, bajando la vista un segundo hacia mis labios. "El trato no era que te encerraras como Rapunzel en su torre, sino que trabajaras en la organización cuando tuvieras algún rato libre. No hay prisa en hacer la inauguración, y yo puedo echarte una mano con…" echa un vistazo al papel que todavía sujeto entre mis manos "…los planos."

"Pero ya casi he terminado," murmuro, mirando mi libreta para intentar explicarle lo que he apuntado, pero él continúa hablando sin escucharme.

"Llevas aquí metida toda la tarde, sola, pasando frío sentada en el suelo y organizando un evento para una persona que ni siquiera te cae bien. Seguro que tienes mejores cosas que hacer que pasar horas delante de estos papeles, como visitar a Evan o estar un rato con tu familia. Es viernes por la noche, maldita sea, deberías estar con tus amigas." Hace una breve pausa para respirar hondo y bajar la voz. "Me moriría si por mi culpa no tuvieras tiempo para hacer tu vida, campanilla."

Ahora sí, no me contengo cuando suelto el folio y alzo las manos para posarlas sobre sus mejillas, enmarcando su rostro. El gesto lo coge por sorpresa, tensándose bajo mi contacto, pero me mantengo firme y lo miro con toda la seguridad que me lo permite el cuerpo.

Agradezco estar sentada, porque si estuviera de pie tendría las piernas hechas gelatina y estoy segura de que me caería de culo.

"Tate, esta inauguración me importa tanto como a ti," digo con decisión. "Sé lo mucho que te ha costado llegar hasta aquí y cuánto significa para ti el proyecto de cross, por eso quiero que sea perfecto. Lo siento si no te gusta mi forma de trabajar, pero si llevo toda la tarde aquí encerrada es porque quiero. Me da igual que sea viernes por la noche, ya veré a las chicas mañana." Trago saliva antes de añadir: "No me siento obligada a trabajar ni estoy pasando por un infierno, así que agradecería que no te preocuparas por mí. Y claro que me caes bien, idiota. Pero cuando me concentro en algo

me olvido de todo lo que me rodea y pierdo un poco la noción del tiempo.” Suelto una risa nasal al mirar el reloj de la pared, que ya marca las diez de la noche. “Bueno… puede que bastante.”

Tate sacude la cabeza, mirándome sin reírse, pero siento cómo se relaja bajo mi tacto. Inclina la cabeza hacia un lado, y mi respiración se entrecorta al ver cómo cierra los ojos al apoyarse en mi mano.

“Estás loca si piensas que no voy a preocuparme por ti, cariño,” susurra, rozando mi piel con los labios.

Mi boca se entreabre sin poder evitarlo. Siento que caigo al vacío lentamente al no entender lo que está ocurriendo. ¿Qué me quiere decir con eso? ¿Por fin habrá llegado a su fin el tiempo que dijo que necesitaba? He sido paciente durante todos estos meses, esperándolo, aferrada a esa promesa que dejó suspendida en el aire la última noche del Wildflower Waltz.

Bajo las manos por su rostro y dejo que continúen su recorrido hasta reposar en mis rodillas. Tate esboza una sonrisa ladeada, como disculpándose, antes de abrir los ojos. Espero que vuelva a mirarme para pedirle explicaciones, pero antes de que pueda decir nada, él se me adelanta.

“El domingo vas a hacer el recorrido entero con Dante,” dice con suavidad, como si estuviera pidiéndome permiso. Asiento una vez, algo aturdida por el cambio de conversación. “Estoy seguro de que no tendrás problema con los obstáculos ni con el agua. Lo has repetido mil veces.”

Y es cierto; la semana pasada estuve todos los días entrenando en la charca.

“¿Dónde estarás tú?,” pregunto en un susurro.

“Al final de todo,” dice en el mismo tono. “Te esperaré junto al último obstáculo, preparado para darte la enhorabuena.”

“¿Y si me caigo por el camino?”

“Te levantas y te vuelves a subir. Si te ocurre algo, lo sabré,” contesta con una firmeza sorprendentemente delicada. “Cuando terminé de colocar los obstáculos me aseguré de instalar cámaras por todo el recorrido por si alguna vez me pasaba algo. Siempre le

mando un mensaje a Wade cuando voy a entrenar solo, así sé que estará atento a las cámaras si no recibe otro al terminar.”

“Vaya… lo tienes todo pensado.”

Tate se levanta sin dejar de mirarme, como si temiera que fuera a desaparecer si aparta la vista.

“Hay que estar preparado,” dice, guiñándome un ojo.

Y, así de rápido, la atmósfera íntima desaparece, dando lugar a la inusual comodidad que nos ha acompañado estas últimas semanas. Con una leve sonrisa, recojo los papeles que cubren el suelo grisáceo. Trato de disimular la agitación en mi pecho cuando veo por el rabillo del ojo cómo Tate vuelve a agacharse para ayudarme.

“¿Necesitas que te eche una mano con todo esto?,” pregunta, alzando una carpeta que pone *Comida*, donde están los datos de The Red y unos cuantos restaurantes más de la zona.

Sacudo la cabeza.

“Lo tengo controlado. Ya tengo la lista de los vecinos que vendrán, los planos del recorrido y la zona donde se pondrá la barra con las mesas. Solo me falta que me resuelvas un par de dudas sobre el terreno y confirmar con Theo la comida que preparará y cuántos camareros va a necesitar.”

Tate deja los papeles perfectamente ordenados encima del escritorio antes de volverse hacia mí, todavía sentada en el suelo.

“Y luego soy yo quien lo tiene todo pensado al detalle...,” murmura con una sonrisa burlona. “¿Has decidido cuándo será?”

Asiento. El otro día me sorprendió al dejarme elegir el día, con la pobre excusa de que, al ser yo quien lo organiza, me merecía decidir algo importante.

Como si no me hubiera dejado elegir todo lo demás…

“La fecha ya está apuntada en el calendario de todo River Cross; es el primer sábado de septiembre, la semana que viene.”

“Es perfecta, campanilla. Gracias.” Esboza una sonrisa de oreja a oreja. Con una sola zancada queda de pie frente a mí. “Venga, te llevo a casa. Tienes que estar descansada para el domingo.”

Extiende una mano para ayudarme a levantarme del suelo, pero no se le escapa la mueca de dolor que hago cuando me tiene que sostener porque tengo todos los músculos del cuerpo entumecidos.

“Y mañana ni se te ocurra venir por aquí,” me advierte, lanzándome una mirada amenazante tan poco usual y dura en él que solo consigue hacerme reír.



La voz de Nancy Sinatra cantando *These Boots Are Made For Walking* resuena a todo volumen en cada esquina del local abarrotado de gente. Apenas cabe un alfiler entre toda la clientela. Hay quienes están sentados, como nosotras en nuestra habitual mesa, y los que hace tiempo se rindieron en la búsqueda de un sitio vacío y permanecen de pie aunque apenas sean las siete de la tarde.

Aprovecharse del aire acondicionado de The Red es la excusa perfecta para huir de los inusuales treinta grados de la calle. Incluso yo en mi pequeño apartamento estaba comenzando a agobiarme, cansada de aguantar delante de mi pequeño ventilador sin poder hacer nada más que perseguir su lento movimiento.

Sage llega con tres jarras llenas hasta arriba de un líquido dorado con hielo. Estamos solas en la mesa junto a la ventana, pero en cualquier momento llegará nuestra rubia con trenzas.

“¿Y esto?,” pregunto, oliendo la bebida.

“Sidra moderna,” contesta con una sonrisa. “Theo dice que acaba de llegarle y que está buenísima.” Se sienta frente a mí antes de darle un buen trago. “Pruébala.”

Hago lo que me pide sin rechistar, alzando las cejas al percibir un inesperado sabor dulzón. Tengo que contenerme para no seguir bebiendo; no quiero emborracharme hoy. Mañana tengo entrenamiento con Tate por la mañana temprano, así que mi plan de hoy consiste en tomarme un par de bebidas con mis amigas y volver a casa para acostarme pronto.

“Está buenísima,” asiento, mirando la jarra de cerca.

Pero parece que esta tarde no solo voy a estar solo con mis amigas. Vuelvo la vista hacia Sage después de dejar el vaso sobre la

mesa, pero una cabellera rubia me hace mirar por encima de su hombro. Y me quedo boquiabierta.

Sage se gira en el asiento con el ceño fruncido al verme paralizada. No tarda ni un segundo en fijarse en lo mismo que yo.

"No me jodas," murmura con la voz cargada de diversión.

Vemos cómo Lib se acerca a nosotras con una sonrisa ladeada. Mantiene la vista clavada en mí mientras se abre paso por el local, pero yo no puedo apartar la mirada de su mano. Porque no viene sola. Y sus manos están entrelazadas.

Me va a dar un parraque.

La inesperada pareja se queda de pie delante de nuestra mesa. Un extraño silencio nos envuelve, y parece que queremos romperlo pero nadie parece saber cómo. Sage carraspea, incómoda, y Lib cambia el peso de un pie al otro.

"Buenas tardes, preciosas," nos sorprende hablando la voz masculina al lado de nuestra amiga de cabello trenzado.

Desvío la vista de mi amiga hacia él, cada vez más horrorizada. Porque se trata de Eli. Mi amigo Eli. Que, por si fuera poco aparecer de la mano con mi amiga, me mira con una sonrisa arrogante que me hace querer arrancársela de un golpetazo.

¿En qué momento ha ocurrido esto?

¿En qué momento he conseguido *que ocurriera esto?*

"¿Qué hay?," les dice Sage, dándome una patada por debajo de la mesa para recordarme que tengo que respirar.

No sé en qué momento he dejado de hacerlo, pero cuando cojo aire me siento viva de nuevo, como si hubiera estado horas bajo tierra.

"Dicen que hoy es el día más caluroso del año, y eso que ya estamos terminando agosto. Menos mal que hemos entrado, porque hace un calor insoportable ahí fuera," contesta Lib, pero no aparta la vista de mí.

"Hacía tiempo que el calor no era tan agobiante a estas horas," asiente Sage. "¿Queréis sentaros?," pregunta, señalando los bancos donde estamos acomodadas.

"Claro," dice Eli, empujándome para sentarse en el mismo lado que yo. Me dejo mover sin oponer resistencia, demasiado

concentrada en seguir respirando.

Los escucho hablar, pero no soy capaz de entender lo que dicen. Es como si estuvieran hablando un idioma que no conozco. Un camarero se acerca minutos más tarde para traerle una cerveza a Eli, y reanudan la conversación cuando se va, ajenos a mi estado de shock. Sigo sin enterarme de lo que hablan, demasiado concentrada intentando comprender en qué momento ha ocurrido esto.

Hace tan solo unas semanas, Lib decía que nunca había tenido una cita. Y ahora tiene pareja. Que no es nada más y nada menos que mi amigo. Elijah Jones. Que, si mal no recuerdo, también estuvo con mi prima Alice hace varios meses.

Ay, madre. Si Lib se entera me mata.

"¿Alguien me puede explicar qué está ocurriendo?"

Todos se quedan en silencio, sorprendidos por mi pregunta.

Es Eli quien me da un codazo en el costado para que lo mire, y frunzo el ceño al ver que su sonrisa burlona no ha desaparecido.

"Lib y yo estamos saliendo, *gracias a ti*."

"¿Cómo que gracias a mí?," pregunto soltando una carcajada carente de alegría.

"Tú me dijiste cómo acercarme a ella." Se encoge de hombros, dejándome con la boca abierta. "Yo solo seguí tus instrucciones."

"Supongo que me conoces mejor que nadie," añade mi amiga desde el otro lado de la mesa, guiñándome un ojo.

Miro cómo aprieta los labios para no reírse. Debe ser muy graciosa mi cara de puro horror.

"No debisteis empezar a salir hace mucho," dice Sage, mirándolos con una sonrisa amable. "La última vez que os vimos juntos Lib apenas era capaz de mirarte sin ponerse colorada."

Eli se ríe a mi lado.

"Aún lo sigue haciendo," contesta mi supuesto amigo, provocando ese mismo efecto en las mejillas de Lib. "Fue ese día cuando comenzó todo. Yo solo estaba intentando averiguar si Lib estaba teniendo un día bueno o malo para lanzarme."

"Y supongo que tú se lo mejoraste," adivina Sage con una pícara sonrisa.

Lib asiente. “Después de que huyerais, estuvimos varias horas hablando y nos enteramos de que sentíamos lo mismo.”

“Ay, madre,” solo soy capaz de murmurar.

“Eso es lo que digo yo cada vez que-”

“¿Queréis algo más de beber?,” pregunto pegando un chillido, antes de que Lib termine la frase, varias octavas más agudas de lo normal.

“Estamos bien, Julie, gracias,” dice Eli, dándome unas palmadas en la pierna para tranquilizarme, pero solo consigue el efecto contrario.

Eli cuenta los consejos que le di aquel día en The Green Basket, consiguiendo que mi horror se transforme en vergüenza. Entierro la cara en mis manos mientras apoyo los codos sobre la mesa, deseando que deje de hablar.

No es tan terrible que estos dos salgan juntos. En realidad, es lo que estaba deseando. A pesar de mis intentos por molestar a Eli, hice lo que me pidió y le hablé bien a Lib sobre él.

Pero me ha tomado por sorpresa, eso es todo. Y supongo que, en el fondo, también los envidio. Han tenido el valor de admitir lo que sienten y tomar una decisión juntos.

“Bromas aparte.” Lib tuerce la boca antes de volverse hacia mí algo más seria. “Queremos saber qué opinas. Eli es tu amigo desde hace años, y yo soy tu jefa, aunque, por encima de todo, tu amiga. No quiero que esto resulte incómodo para ti.”

Se señala a ella y a Eli con la mano. Intercalo la vista entre los dos, apretando los labios mientras le doy vueltas a la cabeza.

“Bueno, a ver…,” titubeo un instante, tratando de poner en orden la explosión de emociones que estoy sintiendo. “Tengo que confesar que la noticia me ha pillado desprevenida.” Mi voz es temblorosa e insegura. No siento incomodidad ante la idea de que estén juntos, pero me pone un poco nerviosa que me estén mirando con tanta expectación. “No me esperaba que fuera a ocurrir tan pronto,” admito. “Pero en verdad es lo que todos imaginábamos que sucedería. Incluso lo estábamos deseando.”

Miro a Sage como pidiendo refuerzos. No sé qué estoy diciendo y temo cagarla. Sonrío para mis adentros al ver que asiente una vez,

continuando por mí.

"Lo que Julie quiere decir es que se alegra mucho de que hayáis hecho caso a vuestros corazones y estéis juntos."

Escucho cómo Lib suelta el aire de sus pulmones con fuerza. El cuerpo de Eli se relaja a mi lado, y me pasa un brazo por los hombros para darme un abrazo ladeado.

"Tenía miedo de que me dieras una patada en los huevos," admite en un susurro cerca de mi oído para que solo yo lo escuche.

"Aún estoy a tiempo…"

Mi cuerpo se sacude por su risa, y yo también me permito relajarme.

Mi mente divaga, recordando las palabras de Sage: «hacer caso a vuestros corazones». La frase vuelve una y otra vez a mi mente, como un eco suave que no sé si me consuela o me inquieta. Porque… ¿y si fuera tan sencillo? ¿Y si el nudo que siento en el pecho no fuera más que la respuesta que llevo semanas evitando escuchar?

Hacer caso al corazón implica arriesgarse, dejar de esconderse detrás de excusas y medias verdades. Implica admitir lo que, no muy en el fondo, desearía que alguien me dijera de vuelta.

Observo a Eli y a Lib en silencio.

¿Confesarse es tan fácil como parece?

Puede que Tate no me corresponda, pero… ¿y si sí lo hace?

"Julie también piensa que si queréis darle detalles de vuestra vida sexual que, por ella, encantada," añade la pelinegra, cortando los enredos en mi cabeza de golpe. Cuando proceso sus palabras, no me queda otra que inclinarme sobre la mesa para darle un golpetazo en el brazo, a la vez que se gana escuchar un grito horrorizado de Lib en el oído.

Eli es el único que se ríe con ella, pero no le dura mucho, porque recibe a su vez una patada por debajo de la mesa de parte de Lib. El hombre de la mesa hace una mueca de dolor y se rasca la zona golpeada.

Sage se ríe, recostándose contra el respaldo.

"Creo que ha sido una mala idea incluirte en nuestra familia," dice con una sonrisa maliciosa.

No podría estar más de acuerdo…

Pero Eli parece ajeno a su sentencia, sonriendo como quien acaba de ganar el mejor premio de la feria.



Respiro hondo, me siento en la silla y cuento los trancos antes de prepararme para el salto.

Uno, dos, tres… ¡arriba!

Apoyo las puntas de los pies en los estribos y me inclino hacia delante para alzarme sobre el cuello del caballo. Disfruto durante unos segundos demasiado cortos de la sensación de estar volando.

Cuando sus patas delanteras golpean el agua, levantando una lluvia de gotas que empapan mis pantalones marrones, echo el cuerpo hacia atrás y vuelvo a sentarme. Retomamos el galope, y me concentro en acompañar a Dante con las caderas sin presionarlo demasiado. Llevamos una buena velocidad; si aceleramos, será difícil medir bien la distancia del siguiente obstáculo.

La sonrisa no desaparece de mis labios cuando avanzamos por la charca y mi caballo no titubea. Estoy empapada de agua y cubierta en sudor, pero ver a Dante tan contento y libre es suficiente como para que no me importe. Aprieto las piernas para que salte el escalón que pone fin a la zona con agua, soltando una carcajada al casi salir volando por la fuerza del impulso. Me recoloco en el asiento sin dejar que Dante caiga al trote, agarrándome con fuerza a sus crines para recobrar el equilibrio.

Recuerdo las instrucciones de Tate en mi cabeza durante todo el recorrido como si fueran mi mantra: sujetar a Dante cuando saltamos y dejarlo correr en las zonas planas. Parece mentira que solo llevemos dos semanas entrenando para aprender a gestionar la energía de Dante. Pensé que no aguantaría hacer el recorrido entero sin cansarse, pero me sorprende al apretar el paso cuando encaramos los últimos obstáculos.

Vuelvo a sentarme y a contar en mi cabeza, manteniendo la calma mientras el caballo acorta la distancia con sus amplios trancos y se alza sin problema sobre los troncos de madera.

No puedo parar de reírme y acariciar a Dante cuando aterrizamos en la mullida tierra tras sobrepasar el último obstáculo. Todavía no me creo que en tan poco tiempo hayamos conseguido hacer el recorrido de principio a fin sin más problemas que una pequeña confusión en la medida del impulso para saltar. Suelto las riendas y me inclino sobre el cuello de Dante para acariciarlo como se merece y recuperar el aliento.

Cuando los acelerados latidos de mi corazón vuelven a su velocidad normal tras la carrera, vuelvo a colocarme sobre la silla, alzando la vista en busca de un sombrero marrón.

Y ahí está, esperándome subido a su yegua con una sonrisa de oreja a oreja que ilumina su rostro.

Joder, debería ser ilegal ser tan guapo.

Recupero las riendas para dirigir a Dante hacia ellos al trote. Casi sin aliento y acompañada de una sonrisa satisfecha, me quito el casco sin dejar de avanzar.

No sé en qué pienso —probablemente en nada— cuando freno a Dante justo a su lado y prácticamente me lanzo para abrazar a Tate. Mi gesto lo toma por sorpresa, porque se queda paralizado. Tarda varios segundos en reaccionar, como si no se lo creyera, antes de rodearme con sus fuertes brazos.

Me estrecha contra su cuerpo, que encaja a la perfección con el mío, como si los hubieran hecho a medida. No parece importarle que esté cubierta en sudor, porque desliza una mano por mi cintura mientras me pasa con delicadeza la otra por el pelo antes de sujetarme por la nuca para atraerme un poco más hacia él.

Apoyo la mejilla contra su firme pecho, y escucho los latidos de su corazón, que retumban a la par que los míos, fuertes y rápidos.

Tengo que reunir toda la fuerza que me queda para apartarme lo justo y mirarlo a los ojos. Observo un brillo diferente en ellos, como si la alegría se mezclara con la emoción. Escucho a mi cuerpo, pues ahora es quien toma las decisiones, y alzo las manos para entrelazarlas en su nuca.

Bajo la vista hacia su boca, solo para comprobar que su sonrisa sigue ahí. Me paso la lengua por los labios para humedecerlos después de la carrera, y no se me escapa cómo el pecho de Tate se hincha al respirar hondo con la vista clavada en mi boca.

Cuando se trata de Tate, no me cuesta dejar que mi cuerpo decida por mí antes que mi corazón. Y por eso no me supone un esfuerzo inclinarme hacia delante y acortar la distancia que nos separa. No llego a besarlo de verdad, apenas rozo sus labios, pero basta para que una descarga eléctrica me recorra de arriba abajo.

Me separo muy a mi pesar, completamente empapada y jadeante. La decepción me golpea al ver que Tate ha dejado de sonreír y no muestra emoción alguna en sus tensas facciones. Lo observo unos segundos, esperando algo —cualquier cosa— antes de que la vergüenza me inunde.

Que me rechace con palabras es algo que puedo soportar, pero que no corresponda al beso resulta desolador.

Mi corazón no puede estar más destrozado cuando me separo de él y dejo que el aire vuelva a correr entre nosotros. Siento la piel de gallina a pesar de que estemos a veinte grados, y me obligo a desenlazar las manos de su cuello para cruzar los brazos.

Pero me detengo a medio camino cuando Tate vuelve a tocarme. Sus manos se deslizan despacio por mi piel con una suavidad que me deja sin aliento. Es un roce tan sutil que creo imaginármelo, pero mi cuerpo reacciona antes que mi mente.

Vuelvo a inclinarme hacia él, incapaz de resistirme a la atracción entre nosotros.

El nudo en mi pecho sigue ahí, pero desaparece por completo cuando Tate me sujeta la nuca con una mano e inclina la cabeza hacia mi cuello. Inspira hondo, haciendo que mi respiración se entrecorte, antes de depositar un delicado beso sobre mi pulso.

"No sabes cuánto tiempo llevaba deseando hacer esto," murmura contra mi piel.

Antes de que me dé tiempo a procesar lo que está ocurriendo, sus labios ya están sobre los míos. Me besa con una ferocidad inesperada con la que confirma cada una de sus palabras. Le devuelvo el beso con la misma intensidad, pasando de nuevo las

manos por sus hombros. Juego con los mechones de su pelo que se cuelan bajo el sombrero de vaquero, que no tardo en quitarle de un movimiento.

Rozo provocativamente la piel desnuda de su cuello con las uñas, consiguiendo que Tate deje salir un ronco gemido contra mi boca. El sonido me enciende sin remedio, y no lo pienso cuando deslizo la lengua por su labio inferior, como si pidiera permiso. Tate abre la boca para darle la bienvenida a mi lengua. Me acaricia con una suavidad mágica, provocando un hormigueo en todo mi cuerpo. Me agarra de la nuca para inclinar mi cabeza y profundizar el beso, arrancándome un gemido que desaparece entre sus labios.

Había besado a Tate decenas de veces antes, pero esta es diferente. Me siento más unida a él, como si nuestros corazones por fin se hubieran puesto de acuerdo para latir a la vez y con la misma intensidad. Me quedaría horas, días, besando a Tate sin parar. Es como si ahora pudiera reemplazar el oxígeno por sus labios y fueran lo único que necesito para vivir. Y por eso rechisto cuando se separa y junta nuestras frentes para recuperar el aliento. Mantengo los ojos cerrados mientras siento un cosquilleo en la nuca, ahí donde Tate me acaricia el pelo. Deslizo la mano por su mejilla, sonriendo al ver cómo inclina la cabeza para apoyarse contra mi palma.

Tate es el primero en apartarse, y mi mano cae hasta posarse en su pecho, que sigue subiendo y bajando a toda velocidad. Cuando abro los párpados, me encuentro con sus ojos azules como una tormenta en medio del océano. Me mira con una pequeña sonrisa, igualita a la mía, y sigo el movimiento de su garganta cuando traga con fuerza.

Joder, quiero volver a besarlo.

"Ha sido una pasada verte hacer el recorrido, campanilla," susurra sin dejar de mirarme, pasándome un mechón que se ha soltado de mi trenza por detrás de la oreja.

Mi sonrisa se ensancha al recordar por qué estamos aquí, todavía encima de nuestros caballos.

"¿Has visto que casi me caigo?" Tate asiente, rozándome la nuca con los dedos. Es como si no pudiera apartar las manos de mí, como

si hubiera estado resistiéndose durante todo este tiempo y ahora la batalla estuviera perdida.

"Y aun así lograste volver a estabilizarte."

Ahora es mi turno de asentir, bajando la vista a sus labios.

"¿Y qué pasa si ahora quiero lo mismo contigo?," me atrevo a preguntar, observando sus pupilas dilatadas.

"¿A qué te refieres?" Su voz ronca provoca un calor incontenible entre mis piernas, y tengo que morderme el labio para no perder el control.

"A que besarnos se ha sentido como caer," admito en un hilo de voz, acercándome de nuevo hacia él. "Y ahora quizá tengamos que aprender a mantener el equilibrio."

"Entonces no te sueltes, cariño. Porque no pienso dejar de caer contigo."

Y, como si sellara una promesa que pone patas arriba todo mi mundo, Tate vuelve a estampar sus labios contra los míos con una delicadeza que hace que me derrita entre sus brazos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Tate

Sus dulces labios bailan contra los míos. Mi lengua se abre paso entre ellos, recibiéndome en la cálida humedad de su boca. Cada vez que inspiro puedo oler el aroma a lavanda que desprende su cabello. Es como si tuviera un ramo de flores entre mis manos. La suavidad de sus labios son como pétalos en primavera. Las punzadas en mi nuca cuando me clava las uñas cada vez que profundizo el beso…

"Tierra llamando a Tate." Un resoplido. "Está pasmando otra vez."

"Pero si hace un segundo nos estaba contando el *planning*."

"Pues míralo, está ahí como un pasmarote."

"Tate, ¿puedes oírme?"

"No parece que pueda oír más que el sonido de su propia voz dentro de esa cabeza de almendra que tiene."

Una risa entre dientes.

"Ha sido en cuanto ha entrado Julie."

"Julie… ¿qué le has hecho?"

"¿Yo? Nada. ¡Lo juro!"

"Nunca jures antes de tiempo…"

Un silencio.

Después, unas risitas.

"No se os puede dejar solos, tortolitos."

Un quejido.

"¿Qué hacemos ahora?"

Otro silencio.

"¿Tienes un vaso por ahí?"

Un grifo abriéndose.

Y, de repente, algo muy frío. Y húmedo.

Doy un respingo sobre el asiento, levantándome a toda prisa para huir de lo que sea que me esté atacando.

Joder, me he quedado en babia.

Otra vez.

Vete tú a saber cuántas veces me he perdido en ese beso desde el domingo, pero ya es miércoles y no puedo parar de pensar en ello.

Porque he besado a Julie.

Otra vez.

Son tantas las veces que nos hemos besado a lo largo de estos últimos años que ya he perdido la cuenta. Pero, a pesar de haberlo hecho decenas de veces, esta ha sido la primera en la que han aparecido las mariposas en el estómago. Y no solo eso: han montado una fiesta con rayos y truenos incluidos.

Todavía puedo sentir los chispazos que me recorrían bajo la piel cada vez que me tocaba.

Y ahora, por si no fuera suficiente tortura tenerla rondando en mi cabeza todo el día, está justo delante de mí.

Les estaba contando a Sage y Lib el plan de este fin de semana para la inauguración del recorrido de cross, pero en cuanto Julie ha entrado por la puerta me he quedado paralizado.

Tardo varios segundos en enfocar lo que tengo delante. Sage, con los brazos cruzados y una sonrisa que no augura nada bueno; mi hermana, con un vaso vacío en las manos y las cejas alzadas; y Julie con el ceño fruncido y la boca torcida en una mueca.

Bajo la vista por su cuerpo lentamente, memorizando la imagen. Lleva un vestido amarillo vaporoso que se ciñe a su pecho y su

cintura como si estuviera hecho a medida para después caer en una falda hasta las rodillas.

Sigo bajando y, *por Dios*… unas bonitas y brillantes botas rojas envuelven sus pies.

Esta mujer me va a provocar un infarto.

No soy capaz de articular palabra todavía, así que me limito a carraspear con fuerza.

"¿Se está atragantando?," pregunta Sage.

"¿Voy a por más agua?"

"¡No!," exclamo, extendiendo los brazos hacia ella para frenarla antes de que le dé tiempo a dar un paso.

Mi hermana esboza una sonrisa burlona, dejando el vaso vacío en la encimera antes de alzar las manos en señal de rendición.

Pero ni aun así me siento seguro con ella cerca.

"¿Estás bien?," pregunta Sage con el ceño fruncido. "Parecía que te estuviera dando algo."

"Sí, como aquella vez en The Red, ¿te acuerdas? Y también pasó algo similar, justo cuando apareció Ju-"

"Claro que me acuerdo," interrumpo a mi hermana antes de que termine la frase. Siento la cara ardiendo a pesar de estar empapado de agua helada. "Les estaba contando a estas dos los detalles sobre la inauguración del sábado." Miro a Julie cuando hablo, que esboza una sonrisa ladeada, sin duda consciente del color rosado de mis mejillas. "Sigamos con lo que os estaba diciendo... ¿Dónde me he quedado?"

Lib suelta una risa, subiéndose al mostrador.

"Estabas diciendo algo sobre unas flo-"

"¡Ah, sí!," la interrumpo antes de que sea demasiado bocazas.

Otra vez.

Le lanzo una mirada asesina, sentándome de nuevo en el taburete a su lado. Mi hermana me mira torciendo la boca, pero se pasa los dedos por la boca como si cerrara una cremallera.

"Como os he dicho, por la mañana se hará el recorrido a caballo. Enseñaré todos los senderos y la zona. Quienes no quieran acercarse, como Lib, también se hará una retransmisión en la zona de la comida a través de una pantalla. Cuando terminemos será la

hora de la comida, de la que se encarga Theo, y por la tarde habrá un par de conciertos para quienes se quieran quedar a pasar el día."

"Que, con algo de suerte, serán todos los invitados," añade Julie, guiñándome un ojo.

Por Dios… No la había visto desde el domingo, así que me alegra saber que no hay ningún tipo de incomodidad entre nosotros. *Más allá de mi extraña manía de quedarme pasmado cuando aparece de sorpresa.* Solo quiero que pase esta semana y la inauguración para poder tener un rato libre y hablar de lo ocurrido.

Hasta entonces, me conformo con que se ría con mi incapacidad de concentrarme cuando la tengo cerca.

Asiento, volviéndome hacia ella. "Espero conseguir alumnos para que se apunten a las clases y así comenzar cuanto antes el curso de cross."

"Suena bien," dice Sage, mirándome con una sonrisa orgullosa. Me da un apretón en el brazo antes de acercarse a la puerta. "Tengo que volver al trabajo, pero avísame si necesitas ayuda con algo de la organización. Aunque parece que te va muy bien con nuestra amiga…"

Le lanza una mirada significativa a Julie, que se pone colorada y maldice entre dientes. Sage cierra la puerta después de salir, y el sonido de sus carcajadas resuena a través del cristal.

"Tú también deberías volver al trabajo," me dice mi hermana, señalándome con las cejas alzadas.

"Y yo que comenzaba a pensar que disfrutabas con mi compañía," me burlo, bajándome del taburete de un salto. Lib desaparece tras la puerta del almacén, refunfuñando por lo bajo al desear haber sido hija única.

Le sonrío inocentemente a Julie cuando paso por delante de ella para marcharme, pues todavía no se ha movido de la puerta desde que llegó. Me despido con un beso en la mejilla. Es solo un ligero roce, pero me fijo en cómo aguanta la respiración durante los pocos segundos que dura. El gesto la toma tan desprevenida como a mí, y me separo de ella antes de que me pegue un guantazo por pasarme de la raya.

“Hasta el sábado, campanilla,” murmuro con toda la seguridad que me lo permite el cuerpo.

“Nos vemos, Tate,” susurra Julie, ladeando la cabeza como si intentara descifrar cómo deberían encajar las piezas de un puzle que solo ella puede ver.

Le regalo una sonrisa antes de marcharme. Anhelo poder tocarla como hace unos días, pero me conformo con aferrarme al recuerdo de su suave piel en mis labios hasta el día de la inauguración.



El sol desciende a una velocidad vertiginosa hasta ocultarse al otro lado de las montañas, bañando el cielo de unos tonos anaranjados irreales que parecen de película. El día entero ha pasado en un abrir y cerrar de ojos y, casi sin darme cuenta, la noche se cierne sobre Almond Valley. Los últimos minutos de la inauguración llegan a su fin. Los vecinos que conozco se acercan a la mesa donde estoy acomodado junto a mi familia para despedirse y darme la enhorabuena.

He perdido la cuenta de las veces que he estrechado manos en menos de doce horas. Incluso los nuevos vecinos de River Cross y habitantes de pueblos cercanos vienen para decirme unas últimas palabras antes de marcharse. La fiesta termina entre las risas de los invitados, la música olvidada a un lado de la zona de baile, las flores azules adornando cada esquina del recinto, el sonido de los vasos chocando y los caballos relinchando.

Vuelvo a ponerme en pie para despedirme con un abrazo de mi madre y mi abuela. Han aguantado toda la jornada encantadas, pero a todos nos pesan las horas del día.

El cansancio se ve reflejado en sus rostros, y les doy un beso en la sien a cada una.

“Estamos orgullosas de ti, Tate,” me dice la abuela Mira mientras me toca la mejilla. Sonrío antes de besarle la palma.

“Gracias por venir.”

En la mesa están bebiendo con calma Wade y Dorian, hablando sobre la hija del último, Daisy.

"Está en casa de sus abuelos, en Honey Ridge. Quería traerla para que viera los caballos, pero ya sabes cómo es Sloane. Si a mí me dicen que soy sobreprotector con Daisy, no te imaginas cómo es ella," dice Dorian, riendo. "La pequeña tiene una obsesión brutal con los caballos, no puede vivir sin ellos. Obviamente se puso a llorar en cuanto se enteró de que no vendría conmigo." Suspira, pasándose las manos por la cara. "Me dio tanta pena que estuve a punto de no venir."

Dorian me mira con los ojos teñidos de culpa, y no puedo hacer más que soltar una carcajada.

"Eres demasiado blando para ser un padre soltero," digo, dándole un apretón en el hombro.

"No soy blando," replica con el ceño fruncido.

"Lo eres," rectifica mi hermano. "Si fuera mi hija, me hubiera ido sin remordimientos. Sin drama ni negociación."

Dorian resopla, negando mientras le da un trago a su cerveza.

"Claro, a ti no te costaría porque tienes la sensibilidad de una piedra."

Me río de nuevo al imaginarme a Wade con críos.

"Eso es un hecho. Ahí sí que no hay negociación," asiento, mirando a mi hermano con una sonrisa burlona.

Él gruñe en respuesta, pero no nos lleva la contraria. Me encanta tocarle las narices, pero sé que en el fondo —muy en el fondo—, debajo de todo ese muro de piedra maciza, hay un corazoncito bombeando.

Aunque solo lo haga por Sage…

"Voy a ver cómo están mis invitadas favoritas," digo, pasándoles una mano por la cabeza para alborotarles el pelo —o, en caso de Wade, hacerme cosquillas con su rapado.

Ambos refunfuñan y amenazan con pegarme, pero huyo de ahí antes de que les dé tiempo a levantarse.

Son unos ancianos, no podrían ni alcanzarme.

Sus protestas e insultos me persiguen hasta que llego a la pista de baile vacía. Mi sonrisa no flaquea cuando me encuentro con tres

mujeres bailando juntas como si fueran niñas en el patio del colegio. Sus carcajadas resuenan por encima de la música, pero justo comienza a sonar *SOS* de ABBA y las risas se ven reemplazadas por chillidos de alegría.

Espero a que se tranquilicen un poco para dar un paso titubeante hacia atrás, con la mala suerte de que me ven a un lado del camino. Intercambian una mirada entre ellas que no me gusta un pelo y, antes de que pueda reaccionar y salir por patas, estoy rodeado de unas cabelleras de diferentes colores mientras me empujan por la hierba.

Juro que puedo escuchar los silbidos y aplausos de mi hermano y mi amigo al otro lado del recinto.

"¡Tate, vamos a bailar!," exclama Sage, tirando de mis manos.

"Hay que celebrar que la inauguración ha sido un éxito," dice mi hermana quitándome el sombrero para lanzarlo al aire.

"Luego podrás volver con tus amigos, pero ahora eres *nuestro*," añade Julie con una risita, empujándome por la espalda.

Joder, no sabe cuánto me gustaría ser suyo.

Agradezco que no pueda verme, porque sentir sus pequeñas manos haciendo fuerza en mi espalda es suficiente para ponerme nervioso.

"No quiero bailar, chicas, solo venía a ver si necesitabais algo," gimoteo, intentando darles pena y que se apiaden de mí.

Pero consigo el efecto contrario, y sus carcajadas se escuchan por encima de la canción.

"*Necesitamos* que bailes con nosotras, Tate," dice Lib con una enorme sonrisa.

"Tú eres el único que saldría a bailar con nosotras con un par de copas encima. Los otros dos especímenes con los que te juntas no cumplen ninguno de nuestros deseos nunca," se lamenta Sage, lanzándoles una mirada fulminante a pesar de que no puedan verla desde tan lejos.

Trato de resistirme otra vez, clavando los pies en la tierra, pero son demasiado fuertes.

"Pero si solo he bebido agua."

"Venga," Julie arrastra las vocales, dejando de empujar para ponerse delante de mí. "Solo son cinco minutos, luego podrás irte a hacer cosas de macho como limpiar estiércol o cortar algo de leña."

"Campanilla, estamos en verano," digo con el ceño fruncido.

Lib se pone al lado de Julie, mirándome con los ojos entrecerrados.

"Pues en todas esas películas y libros donde hay leñadores buenorros da igual la estación del año, que el prota siempre está con un hacha en la mano y sin camiseta."

"Creo que te estás confundiendo con *American Psycho*," le corrige Julie medio riendo.

"No es una peli de asesinos," insiste mi hermana. "Es sobre el mítico ermitaño que vive en una cabaña en las montañas y solo sabe gruñir y ser un borde."

"Vaya, igualito a Wade cuando llegué," murmura Sage con una sonrisita.

"Además, Christian Bale no tiene nada que hacer frente a todos esos leñadores," finaliza mi hermana, cruzándose de brazos, triunfal.

"No tengo nada que añadir, señoría," dice Julie con un tono serio. Sage asiente a su lado, apretando los labios para ocultar su risa.

¿Y qué se supone que tengo que decir yo ahora?

Me miran expectantes, como si fuera culpa mía y estuviera loco por no cortar leña sin camiseta cuando hasta hace dos días estábamos a treinta grados.

En vez de seguirles el juego —porque me da miedo dónde acabará la conversación— decido rendirme, muy a mi pesar, y señalo el espacio frente a los altavoces en la hierba.

"¿Vamos a bailar o vais a seguir discutiendo sobre si debería quitarme o no la camiseta?"

"¡Por favor, no te la quites!"

"¡Quítatela!"

Exclaman todas a la vez antes de estallar en carcajadas. A pesar de no saber quién ha dicho qué, una enorme parte de mí se imagina que Julie ha sido la que ha dicho solo una palabra. Pero, por mi salud mental, me convenzo de que no ha sido ella, sino Sage, y que Julie no me lanza una mirada culpable cuando deja de reírse. Tiene

un brillo diferente en los ojos, como si se sintiera más a gusto, más libre conmigo.

Bailamos al ritmo de las canción de ABBA sin importar que no haya nadie más en la zona. Les echo miradas de vez en cuando a los vecinos rezagados que se habían quedado cenando. Pero la última vez que miro, después de varios minutos concentrado en las mujeres que tengo alrededor, ya no queda nadie.

Cuando la música termina y apagamos el reproductor y los altavoces, el silencio inunda el lugar. Mi hermano se acerca para despedirse y llevar a Sage a casa. Dorian nos da un abrazo antes de marcharse. Quedamos mi hermana, Julie y yo en medio de un campo sin gente.

Sé que Lib la trajo desde River Cross y tenía pensado llevarla de vuelta, pero casi suelto una carcajada cuando la veo bostezar como si llevara despierta veinticuatro horas.

"Ve a dormir, yo la llevo a casa."

"Tampoco iba a poder llevarla, creo que me he bebido como diez cervezas," admite, mirando a su amiga con una sonrisa apenada.

"No te preocupes, Lib," contesta ella medio riendo. Se vuelve hacia mí pestañeando con rapidez. "Si no te importa…"

Debería importarme, pero no de la manera que lo hace.

Me hubiera ofrecido a llevarla a casa aunque Lib no hubiera bebido… Puedo llegar a ser muy cabezota, y no hubiera dejado de insistir hasta conseguirlo.

Asiento una vez. "Venga, vamos."

Nos despedimos de mi hermana con un abrazo antes de poner rumbo hacia el aparcamiento improvisado que pusimos en uno de los campos de ganado. Encontramos mi camioneta sumidos en un cómodo silencio. Ninguno de los dos habla, pero tampoco parece que haga falta. La inauguración ha sido increíble, tanto para los vecinos como para unos posibles patrocinadores de la escuela de cross. El proyecto ha conquistado a todos los invitados y, con algo de suerte, podré arrancar la escuela la semana que viene. Varias personas me han dicho que estaban interesadas en entrenar conmigo, así que confío en que todo salga bien.

Arranco la camioneta, bajo las ventanillas y conduzco hacia River Cross con el canto de los grillos de fondo y la luna iluminando la carretera. Hablamos con orgullo del éxito de la inauguración y las sensaciones desde el punto de vista de cada uno. Reímos al recordar la incapacidad de Sage para coordinar los pies al bailar, y casi sin darnos cuenta, los quince minutos de trayecto llegan a su fin.

Enfilamos la calle de Julie, pero ella no deja de hablar de los libros a los que se refería mi hermana cuando bailamos juntos. Me hace gracia pero a la vez me pica algo por dentro. Me da cierta envidia que lean ese tipo de historias con la excusa de que no existen hombres así en la realidad.

Porque, si me lo pidiera, yo podría ser perfectamente uno de esos protagonistas sin camiseta.

No consigo que Julie se calle ni siquiera cuando aparco frente a su portal y apago el motor. Sigue hablando como si no hubiera tenido tiempo para hacerlo durante todo el día, pero yo dejo de escuchar lo que dice. El botón de silencio parece que solo funciona cuando alargo una mano hacia ella y le aparto con delicadeza los mechones que enmarcan su rostro, rozando su piel apenas un segundo.

Y entonces, por fin, se queda callada.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que, de un segundo a otro, la tengo encima y su boca se mueve contra la mía como si llevara todo el día buscándola. Deslizo las manos por todo su cuerpo, tratando de memorizar cada uno de sus huecos. No me contento con tocarla por encima de la ropa, pasando la mano por dentro de su camiseta para tocarle la barriga. Julie jadea contra mi boca, y el sonido me golpea de arriba abajo, haciendo que me endurezca al instante contra la tela de mis vaqueros.

Atrapo su labio inferior entre mis dientes, arrancándole un gemido agudo. Aprovecho que abre la boca para introducir la lengua en ella, y Julie se pega aún más a mí en respuesta. Siento sus pezones endurecidos a través de la tela de su camiseta, y maldigo para mis adentros al obligarme a frenar.

"Debería irme a casa," digo sin aliento antes de que vuelva a atrapar mi boca en un intenso beso que me nubla los sentidos.

"O no…," susurra ella, dejando de besarme para enterrar la cara en mi cuello.

Escucho cómo inspira mi aroma, y ese simple gesto me vuelve loco. Dibuja una línea en mi piel con sus labios, y tengo que contenerme para no dejar escapar un jadeo. Aprieto la mandíbula con fuerza, armándome de valor para reunir las pocas fuerzas que me quedan para cogerle las manos. La aparto lo suficiente como para mirarla pero que nuestros cuerpos sigan en contacto.

Tiene un brillo diferente bajo la luz azulada de la luna. El dorado de su pelo tiene un color más intenso, y sus ojos relucen como dos gemas verde oliva, mirándome con deseo.

"Quiero hacerlo bien, campanilla." La sujeto de los hombros, rozando con las puntas de los dedos la piel erizada de su nuca. "Primero tenemos que hablar de lo que ocurrió el otro día. Pero no quiero hacerlo hoy. Ha sido un día muy largo y estamos cansados. Lo mejor es que nos vayamos a dormir cada uno en su casa, contentos y orgullosos porque la inauguración de cross ha salido mejor que bien."

"Ha superado nuestras expectativas," asiente ella en un susurro con los labios hinchados y brillantes.

Me obligo a volver a mirar sus ojos para no perder el control.

"En el próximo entrenamiento hablaremos de lo ocurrido."

"Tenemos una conversación pendiente," murmura, pero no usa un tono de pregunta.

Asiento.

"Te lo prometo."

Julie suspira con fuerza, rindiéndose bajo mi tacto.

"Está bien. Buenas noches, Tate."

"Buenas noches, campanilla."

Le doy un último beso en la frente, posando mis labios unos segundos más de lo necesario. No la pierdo de vista desde que sale de la camioneta, y me mira con esa sonrisa que me desarma al volverse hacia mí, hasta que cruza el portal y desaparece al otro lado.

Y, aun sabiendo que yo la he dejado marchar, me quedo unos segundos más allí, como si en cualquier momento fuera a volver.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Julie

Sujetar riendas con firmeza, bajar los talones, levantarle la cara a Dante, apretar las piernas.

Uno, dos, tres… ¿Cuatro, cinco y… al suelo?

Vaya mierda.

Reúno las pocas fuerzas que me quedan para no reflejar dolor en mi expresión cuando esta vez me clavo una rama en la parte baja de la barriga. El pinchazo me recorre la zona y se extiende con rapidez. Maldigo entre dientes cuando me giro para quedar tumbada de espaldas al suelo, consigo levantarme la camiseta y veo el comienzo de un nuevo moratón. Es la cuarta vez que me caigo hoy. Y solo llevamos una hora entrenando.

"No estás concentrada."

Cierro los ojos y respiro hondo. Otro pinchazo, esta vez en la espalda, me hace soltar un quejido por lo bajo. En la segunda caída me choqué contra uno de los saltos de madera, así que también me duele al inhalar fuerte.

Vaya día de mierda.

"¿Puedes levantarte?," pregunta la misma voz, que hoy ya no soporto más, aproximándose a mí junto a sus pasos.

Dejo salir un gemido en respuesta, abriendo los ojos con pesadez.

"Estoy hecha una mierda, Tate. Déjame en paz," murmuro cuando veo su estúpida cabeza sobre mí. Me mira con el ceño fruncido, y no sé si está pensando en las mil formas que todavía me quedan de caerme de Dante o se está replanteando llamar a una ambulancia. Voto por la segunda opción, pero, a juzgar por la forma en la que sus comisuras se elevan en una sonrisa ladeada, tendremos que usar la tercera opción.

Ser yo quien llame a la ambulancia porque he dejado estéril a Tate Weston.

"Venga, te ayudo a levantarte," dice con suavidad, acuclillándose a mi lado.

Me dejo mover como una muñeca de trapo a pesar de las ganas que tengo de darle una patada en la entrepierna. Dejo que me mueva a su antojo; aun si quisiera ayudarle, no podría: tengo todos los músculos agarrotados. Hasta dentro de tres días no creo que vuelva a ser funcional. Menos mal que es viernes y mis planes para este fin de semana eran no salir de casa ni para hacer la compra. Así podré morir en paz.

"Con cuidado," murmura con voz ronca. Su boca está demasiado cerca de mi oreja, provocándome un cálido escalofrío que se mezclan con los pinchazos de dolor por mi cuerpo. La combinación es… inquietantemente excitante, y me odio a mí misma por reaccionar así en una situación tan inoportuna.

Sujeta mis brazos con fuerza, inclinándome hacia su pecho. El gesto me pilla desprevenida, pero siento que mis hombros se relajan cuando comienza a masajearlos con delicadeza.

"Relájate, no te voy a hacer volver a subirte al caballo."

"Gracias a Dios," suspiro contra su camiseta negra de algodón. "Aunque te mandaría a la mierda si me lo pidieras."

"Lo sé."

Mi cuerpo se sacude con su risa. Me duele la espalda con el movimiento, pero me trago el quejido. Masajea cada músculo

agarrotado de mi espalda hasta que el sol comienza a desaparecer tras las montañas. Yo me dejo hacer, en silencio, sin quejas ni malas caras.

"Vamos, campanilla, un último esfuerzo."

Tate me separa de la calidez de su cuerpo, aunque me muera de ganas de quedarme un rato más así, y me sujeta por los hombros. Me mira con la cabeza ligeramente ladeada, inspeccionando cada rasgo de mi rostro. Parece que busca algo que le indique que me estoy muriendo o que voy a sobrevivir. En vez de preguntármelo, se limita a observarme en silencio, así que yo hago lo mismo con él.

Sus labios carnosos están ligeramente enrojecidos porque se los ha estado mordiendo toda la tarde; siempre lo hace cuando está concentrado. Su nariz grande va a juego con el resto de las partes de su cuerpo: los ojos, los hombros, los brazos… Su mandíbula se marca más cuando aprieta los dientes, y me dan ganas de extender una mano y rozarle el mentón para que libere la tensión.

No sé si estamos un minuto o media hora mirándonos, pero Tate de repente parpadea despacio y rompe el momento. Se levanta con cuidado de no hacerme daño, tirando de mí con suavidad hacia arriba para dejarme de pie frente a él.

"¿Me acercas a casa?," pregunto en un hilo de voz, conmocionada por el íntimo momento.

Tate sacude la cabeza, esbozando de nuevo esa sonrisa que me pone la piel de gallina.

"Nop." No dice nada más, haciéndome fruncir el ceño.

"¿Y entonces cómo pretendes que vuelva a River Cross? Lib está con Eli, y Sage y Wade están cenando fuera."

"Es que no vas a ir a River Cross, campanilla," contesta, encogiéndose de hombros. "Vamos a ir a mi casa porque te voy a invitar a cenar. Estás demasiado cansada como para cocinar, y no quiero que te vayas a dormir con el estómago vacío."

Me quedo boquiabierta, pestañeando varias veces y con miles de pensamientos revoloteando sin control en mi cabeza.

"¿Tengo opción?"

"En realidad…" Hace como que se lo piensa, llevándose una mano a la barbilla. "No."

Resoplo, poniendo los ojos en blanco. No me disgusta la idea de ir a cenar a casa de Tate; lo que no me hace tanta gracia es que no me deje decidir por mí misma.

Aunque… ahora que lo pienso, todavía tenemos una conversación pendiente. Porque en las últimas semanas no nos hemos besado una, sino dos veces.

Y ninguna de ellas ha sido casual, ni mucho menos un accidente.

Tate me prometió que hablaríamos de lo sucedido en el próximo entrenamiento, contando con que sería el lunes. Pero hasta hoy no hemos coincidido en horarios. No he visto a Tate desde que me dejó en casa el día de la inauguración, y ya han pasado cinco días desde entonces. He estado muy liada con la tienda durante toda la semana, y Tate tampoco se ha quedado atrás con el tema de las clases.

Gracias a la inauguración y mi plan de promoción, la escuela de cross se ha dado a conocer en todo el pueblo y un montón de vecinos de todas las edades están interesados en que Tate los entrene. Sobre todo sabiendo de quién es hijo: uno de los mejores jinetes de Raid de la provincia.

Ya ha pasado un mes desde que hicimos el trato de organizar la competición a cambio de que yo participara en ella, así que tengo poco más de cuatro meses para darle forma a nuestras ideas. El entrenamiento de hoy ha sido una mierda, pero así es la vida en la equitación: hay días buenos y malos. Lo importante es sobrellevarlos con seguridad, no forzar y dejarlo cuando te duelen demasiado los huesos.

"Al menos déjame ducharme cuando lleguemos," le digo a Tate cuando consigo recuperar las riendas de Dante. Creo que me odia después de haberme tirado cuatro veces y haberlo intentado una decena más sin éxito.

"Solo si puedo hacerte compañía," contesta con un guiño.

"Eres imposible…," murmuro con fastidio, aunque las ganas de que lo cumpla me devoran por dentro.

Hablamos sobre sus planes para la escuela durante el camino a los establos a caballo y después a su casa en su camioneta. Las clases comenzarán la semana que viene, así que Tate está bastante

nervioso porque desea más que nadie que todo salga bien. Es la primera vez que entrena a tanta gente, sobre todo a desconocidos, y el reto le impone respeto, además de un poco de miedo ante la posibilidad de que se le quede grande.

"No le des tantas vueltas, Tate," le digo apoyando una mano en su pierna mientras conduce. El gesto nos toma por sorpresa a los dos, pero continúo hablando a pesar de tener la cara como un tomate: "Sabes muchísimo de caballos, has montado toda la vida y eres el mejor jinete de la granja. Se te da bien enseñar, y yo soy el claro ejemplo de que puedes hacerlo. Los entrenamientos conmigo han sido un éxito, *quitando el de hoy*… Pero verás que es mucho más fácil de lo que crees."

"Pero eso es porque ya eras buena de antes, campanilla."

"Tonterías." Hago un gesto con la mano para restarle importancia, provocándole una ligera risa. "Estoy segura de que hay gente con más talento ahí fuera y que en sus días malos no se cae mil veces. Además, tus alumnos no van a ser tan impertinentes como yo y tendrán la suficiente educación como para no mandarte a la mierda."

"*Touché*." Suelto una risa nasal, dándole un golpe en el brazo. "Y tampoco me van a pegar."

"*Touché*," murmuro riendo. "Si necesitas ayuda en la organización de las clases o para colocar obstáculos o darle un par de puñetazos a alguien que se pasa de listo, avísame."

"Lo tendré en cuenta." Asiente varias veces. "Sobre todo la última parte…"

"Es tu negocio, Tate. No dejes que nadie te diga cómo tienes que llevarlo. Ni siquiera yo con el tema de la promoción. Eres el que siempre va a tener la última palabra, y si algo no te gusta solo tienes que decirlo y buscaremos una solución."

"¿*Buscaremos*?"

"Claro." Le doy una palmadita. "Trabajo para ti, ¿recuerdas?"

Tate se gira para mirarme, sonriendo de una forma que podría hacer que cualquier cosa fuera posible.

Especialmente si soy yo quien está delante.

Llegamos a su casa cuando el cielo ya está teñido de negro y el aire fresco de la noche nos recibe al bajar de la camioneta. Después de ducharme en el baño de invitados, me pongo la ropa limpia que Tate me ha dejado encima de la cama de la habitación. Se trata de un pantalón de chándal al que le tengo que dar varias vueltas en la cintura para que no se me caiga y una camiseta que me llega por los muslos. Parece la ropa que utilizo para andar por casa cuando estoy sola, con la diferencia de que esta huele a él: una combinación de pino, limón y heno.

Sería capaz de reconocer su olor en cualquier parte y jamás me cansaría de él.

Cruzo la casa de una sola planta para llegar a la cocina, observando los marcos que decoran las paredes por el camino. En todas las fotos sale Tate, con sus hermanos, con su abuela, con amigos… a excepción de una. Me paro delante para mirarla con detenimiento. Su madre, Emily, rodea con los brazos a un hombre igual de corpulento que Tate pero con el pelo de un color más oscuro. Lo reconozco al instante: Paul Weston.

Pude conocer al padre de Tate cuando me mudé a River Cross. Era un hombre dulce y entregado a su familia. Todos en el pueblo lo adoraban, al igual que su mujer y sus hijos. Fue terrible cómo falleció tras terminar el que sería su último concurso de Raid. Al menos pudo irse con la certeza de estar rodeado de los suyos y sabiendo que era querido por todos ellos.

No todos pueden decir lo mismo antes de morir. Él, al menos, fue un hombre afortunado, tanto por ser amado en vida como por haber podido despedirse entre ese amor.

Sigo caminando hasta llegar a la amplia cocina bañada en madera, al igual que el resto de la casa. Los muebles están hechos de un tono clarito de marrón, combinando a la perfección con las paredes pintadas de color crema. Tate está de espaldas a mí, terminando de cocinar algo en la sartén. Huele a una mezcla de cebolla pochándose y patatas en aceite. La mesa ya está puesta, así que me encargo de coger la jarra de agua y rellenarla en el fregadero.

El sonido del grifo abierto llama la atención de Tate, que se gira para mirarme con curiosidad. Él también se ha cambiado de ropa para estar en casa. Lleva una camiseta de algodón gris y unos pantalones de chándal negros. No lleva zapatos, pero sí calcetines.

La imagen vista desde fuera me da un poco de vértigo, ambos vestidos con su ropa en una acción tan cotidiana y familiar como cenar juntos. Uno cocinando y la otra terminando de preparar la mesa.

"¿Cómo estás?," pregunta con una pizca de preocupación que no se me pasa por alto, volviéndose hacia los fuegos.

"Mejor," admito con una sonrisa. "Siento que he revivido después de ducharme. El agua fría hace milagros."

"¿Tienes alguna herida?"

"Qué va, solo un montón de moratones por todo el cuerpo," contesto riendo.

"Si necesitas analgésicos o alguna cosa, están en la estantería de mi baño."

Asiento y murmuro un suave «gracias». Vuelvo a la mesa para sentarme justo cuando Tate apaga los fuegos y me sigue con la comida humeante entre sus manos. Bebo un trago de agua al ver lo que ha cocinado. Es una tortilla de patatas con cebolla, y solo con verla se me hace la boca agua. Tiene un color amarillo intenso, propio de los huevos caseros, que le da un aspecto aún más apetitoso.

"Qué pinta…," murmuro.

"Que aproveche," asiente Tate, dándome vía libre para servirnos y devorar el manjar que ha preparado.

Que me ha preparado.

Esa frase resuena una y otra vez en mi cabeza durante toda la cena. Hasta que no tengo el plato vacío y me vuelvo a servir para llenar mi pobre barriga hambrienta, no paro ni para respirar. Cuando por fin estoy llena, feliz y contenta por la mejor cena casera de mi vida, recuerdo que no estoy sola y ni siquiera es mi cocina.

Alzo la vista con las mejillas sonrosadas, y me encuentro con la mirada divertida de Tate, que me observa desde el otro lado de la mesa.

"¿Contenta?"

"Estaba buenísima," admito en un tímido susurro con la cara ardiendo.

"Me alegro, campanilla." Termina el último trozo de tortilla de su plato sin dejar de mirarme. Siento que me ruborizo todavía más —si es que es posible— ante su atento escrutinio.

Me mira como si fuera a decir algo, y la bombilla en mi cansada cabecita se enciende de pronto. Tenemos una conversación pendiente. Una importante conversación que decidirá el destino de nuestra relación, si es que lo que tenemos se puede denominar como tal.

Estoy a la espera de que hable, pero, después de tragar, simplemente coge el vaso de agua y bebe sin apartar los ojos de mí. Tanta miradita empieza a ponerme nerviosa.

Siempre es el hombre quien tiene que dar el primer paso: el que se lanza a besar a la princesa en los cuentos de hadas, el que le regala flores a su amada, el que se declara con un montón de pétalos de rosas… Pero, *¿y si fuera al revés solo por una vez?*

No sé de dónde saco la valentía y las fuerzas para tomar la iniciativa, pero una vez comienzo a hablar no hay quien me pare.

"Tate…," comienzo insegura, sin saber muy bien por dónde hacerlo. "Que me hayas cocinado, y no cualquier cosa, *no un vaso de leche con galletas*, sino una tortilla que estaba increíble, significa muchísimo para mí. No es solo por invitarme a cenar, sino porque no querías que me fuera a dormir con el estómago vacío o a base de palitos de pan. No es solo que me hayas conquistado por el estómago… es que estoy enamorada de ti." Hago una breve pausa para poner en orden todo lo que siento, arremolinado en mi pecho. "Estoy enamorada de estos pequeños detalles que, quizá, para ti no significan nada porque te salen de forma natural y sin pensarlos. Pero para mí lo significan todo. Significan que hay alguien que se preocupa por mí tanto como yo me preocupo por él. Como la taza de arándanos. No fue solo el regalo… fue que la decoraras con algo que te recordaba a mí. Por Dios, Tate…" Resoplo, negando ligeramente. "¿Cómo esperabas que no me enamorara de ti después de eso? Ese fue de los últimos detalles que me hicieron rendirme

contigo. Porque no fue de un día para otro… sino poco a poco, a lo largo de estos meses. ¿Y sabes dónde empezó todo? El día que viajamos a Hazel Field. Supe que te quería cuando me regalaste ese enorme ramo de flores azules para disculparte. ¡Azules, Tate! Mi maldito color favorito. Porque lo sabías… Sabías cuál era mi color favorito sin habértelo dicho antes y sin que yo supiera siquiera cuál es el tuyo." Cojo aire, dándome cuenta de que he hablado de carrerilla sin pararme a respirar. No espero a que Tate hable, sino que continúo sin detenerme a entender su expresión. "Y a estas alturas… después de todo, de habernos besado otra vez y de sentir algo tan fuerte por ti que ya me he cansado de luchar en contra…" Trago saliva. "No me importa si no sientes lo mismo. Solo necesitaba que lo supieras."

Tate se mantiene en silencio durante lo que parece una eternidad. Ahora sí, me armo de valor para alzar la vista de la mesa y observar su expresión. Pero, cuando deslizo los ojos por su rostro, no veo nada. No hay emoción alguna reflejada en su cara, lo que me hace fruncir el ceño.

He tenido tiempo desde que nos besamos por primera vez hace una semana para imaginar cualquier escenario posible. Me mentalicé para que Tate me correspondiera, para que no lo hiciera, para que llorara, para que se riera en mi cara, para que me mandara a la mierda…

Pero nunca imaginé un escenario en el que a él no le importara mi declaración.

La vergüenza comienza a aparecer, nublando mi vista. *¿Cuál es la manera más rápida de desaparecer?* La puerta está demasiado lejos como para llegar sin tropezar. Además, Tate está en medio; no sé si le dará por agarrarme o ponerme la zancadilla para impedir mi huida. Todas mis opciones son una mierda, así que solo me queda enfrentarme a su mirada, demasiado tranquila para el torbellino de emociones que estoy sintiendo yo, hasta que se aburra y decida marcharse.

"Es el azul."

Me quedo en blanco por su inesperada interrupción.

"¿Perdón?"

“Mi color favorito,” dice lentamente, como si tuviera problemas en entender el idioma. “Es el azul.”

“¿Desde cuándo?”

“Desde el día que fuimos a Hazel Field, te regalé ese ramo y vi tu cara de felicidad al ver que eran flores azules.”

“¿No sabías que era mi color favorito?”

Tate niega, esbozando una sonrisa ladeada.

“No soy tan egocéntrico como para pensar que el tono de mis ojos era tu color favorito.”

Siento cómo me arden las mejillas.

“No- no… no es por eso,” balbuceo, notando cómo el calor se propaga hasta llegar a mis orejas.

“No te preocupes, campanilla. Mantendré tu secreto a buen recaudo.”

“Entonces, ¿por qué el ramo era azul?”

“Porque el azul te hace brillar como un ángel.”

Cojo aire lentamente, dejando que los pulmones se me llenen para después vaciarse despacio. No sé qué contestar a eso, así que hago la pregunta que llevo teniendo en la punta de la lengua desde hace varios años.

“Tate, tú… ¿sientes lo mismo que yo?”

“¿Lo mismo?” Suelta una pequeña carcajada que pone patas arriba todo mi mundo y rompe mi corazón en mil pedazos.

Estoy a punto de levantarme y marcharme a casa, aunque ya sea demasiado tarde y el camino hasta River Cross me lleve horas andando. Porque una cosa es que no sienta lo mismo, y otra muy distinta es que me humille.

Pero entonces Tate alarga las manos sobre la mesa y atrapa mis muñecas. Sus pulgares dibujan círculos sobre mi piel, y no aparta la vista de la confusión que deben reflejar mis ojos.

“Julie,” dice con voz ronca. “Lo que siento por ti no es amor.” Veo cómo se mueve su nuez cuando traga. “Es algo que va mucho más allá.”

El aire se me queda atrapado en el pecho y la boca se me entreabre. Tate no espera a que procese sus palabras antes de continuar hablando:

"El azul no es lo único que se ha convertido en *mi favorito* gracias a ti," confiesa con una pequeña sonrisa. "Los lirios ahora son mi flores favoritas, después de ver cómo se te iluminaba la cara al encontrarlos en el ramo. Los arándanos dejaron de ser solo un fruto de primavera, sino que se convirtieron en mis favoritos el día que pinté tu taza. Adoraba el cross y todo lo que conllevaba crear una escuela, pero, *gracias a ti*, entrenarte con Dante es para mí el mejor momento de la semana." Siento los fuertes latidos de su corazón a través de sus dedos. "Mi objeto favorito es tu cuaderno de viaje y ver cómo poco a poco lo vas rellenando de recuerdos, lugares y personas especiales para ti. Me encanta cuando entras a un sitio y me dejas sin habla; quedarme embobado mirándote porque eres lo único que puedo ver en una sala llena de gente. Porque cuando me miras, todo lo demás desaparece. Nada más me importa cuando estoy contigo. Me haces querer ser mejor hombre, esforzarme más y sacar lo mejor de mí."

Parpadeo varias veces, tratando de hacer encajar las piezas desordenadas de mi cabeza.

Todo parece estar en su lugar, pero hay algo que no termino de comprender…

"Me dijiste que necesitabas tiempo para entender qué sentías y para estar seguro." Tate asiente, animando a continuar hablando. "Pero, si hace varias semanas que lo sabes… ¿Por qué no me lo has dicho antes?"

"¡Porque estoy jodidamente enamorado de ti, Julie!," exclama, sin poder contener la emoción en su voz. "Y eso me aterra. Estoy cagado de miedo, campanilla. Me da miedo no ser suficiente para ti porque, joder… eres Julie Bell. Ningún hombre está a tu altura."

"Tú lo estás," afirmo con firmeza.

"Primero tendré que demostrártelo."

"Ya lo estás demostrando, Tate."

Durante varios segundos ninguno dice nada. Tan solo nos miramos. Tate me observa como si no supiera qué hacer con mis palabras. Se levanta de la silla, soltando mis manos con el movimiento, sin apartar los ojos de mí. Rodea la mesa con pasos

lentos, como si tuviera miedo de que desaparezca si se mueve demasiado rápido.

"Dímelo otra vez," murmura.

Trago saliva con fuerza, cruzando las piernas bajo la mesa para mitigar el calor que despierta entre mis muslos.

"Tú eres el único hombre al que quiero, Tate Weston."

Y, casi sin darme tiempo a procesar lo que ocurre, Tate me levanta de la silla sin esfuerzo y devora mi boca con una urgencia feroz, como si su vida dependiera de ello. Entrelazo las manos en su nuca y lo acerco más a mí para profundizar el beso. Tate baja las manos por mi cuerpo hasta llegar a mis muslos y, sin previo aviso, me alza en el aire y me pega contra su pecho. Chillo de la sorpresa, provocándole una suave risa que se entrelaza con el gemido que dejo salir cuando me da un fuerte apretón en el culo.

Cruzo las piernas en su espalda para no perder el equilibrio y nuestros labios vuelven a encontrarse. Nos movemos al mismo ritmo, como si bailáramos la misma melodía. Como si supiéramos exactamente qué quiere el otro.

Araño el cuello de Tate con fuerza cuando me sienta sobre la mesa y me sujeta por las rodillas. Mi lengua se abre paso en su boca cuando deja escapar un suave gemido, y el sonido vuelve a mojar mi ropa interior.

Tate desliza su boca por mi cuello, provocándome lentamente, dejando besos húmedos sobre mi pulso antes de subir hasta el lóbulo de mi oreja.

"Aunque me vuelva loco verte con mi ropa, solo quiero tenerte desnuda sobre mi mesa," murmura con voz ronca en mi oído. Dejo escapar un fuerte gemido, por lo que Tate se lo toma como vía libre para continuar mi tortura.

Se separa de mí para quitarse la camiseta, volviendo a atrapar mis labios antes de que me dé tiempo a disfrutar de las vistas. Gimoteo sobre su boca para quejarme, provocándole una risa, y planto las manos sobre su pecho para apartarlo lo suficiente como para observarlo. Los músculos de sus anchos hombros se tensan bajo el roce de mis uñas. Tiene los abdominales marcados de

trabajar largas horas en el campo, aunque el tamaño de sus brazos es lo que hace que me humedezca los labios.

Y que mi ropa interior se eche a perder.

"Te necesito, Tate."

Me quito la camiseta con un ágil movimiento, dejando a Tate boquiabierto al comprobar que no tenía nada por debajo.

"La madre que me-"

Antes de que pueda terminar la frase, entierro las manos en su pelo y lo atraigo hacia mí para darle un beso húmedo. Recorre mi cuerpo desnudo con sus manos callosas, y, sin darme tiempo a reaccionar, nuestros pantalones desaparecen, formando un montón de ropa a nuestros pies.

"Joder, cariño, me vuelves loco," murmura contra mi piel, besando cada centímetro de mi piel.

Cierro los ojos y me arqueo hacia él cuando comienza a bajar por mis clavículas hasta llegar a mi pecho y meterse mis pezones en la boca antes de morderlos con la fuerza justa. Juega con ellos y hace conmigo lo que quiere, llevándome al límite solo con la boca y unos ligeros pellizcos.

Muevo las caderas buscando una fricción que no existe, lo que hace que Tate sonría sobre uno de mis pezones antes de soplarle por encima. Lo tengo tan sensible que la sensación se multiplica, obligándome a bajar una mano hacia mi entrepierna para buscar el placer que no me está dando.

Tate me da un manotazo sin cuidado, y apoyo las manos a la altura de mis caderas, recostándome sobre la mesa.

"Estate quietecita," murmura antes de darme un beso húmedo.

"Pues dame lo que quiero," digo en el mismo tono, ladeando la cabeza, desafiante.

Tate enarca una ceja, tomándoselo como un reto. No deja de mirarme cuando me mete dos dedos en la boca antes de bajar lentamente por mi cuerpo. Traza varios círculos sobre mi hinchado clítoris por encima de mi ropa interior, pero sigue su camino hasta echar a un lado el hilo de mis bragas e introducirlos en mi ansiada humedad.

Sus movimientos son lentos al principio, estimulando a la vez mi punto sensible con el pulgar. Me mantiene atrapada bajo su control el suficiente tiempo como para desesperarme, pero me hace suspirar de alivio cuando comienza a moverse más rápido. Me hace gemir tan fuerte que agradezco que su casa esté en medio de la nada.

El sonido de mis fluidos junto con el de nuestros gemidos me vuelve loca, haciéndome clavar las uñas en la madera y arquear la espalda, buscando más fricción.

"Vamos, cariño, quiero ver cómo te corres en mis dedos."

Muevo las caderas al mismo tiempo que él introduce y saca los dedos de mí. Vuelve a trazar círculos sobre mi clítoris, haciéndome perder el control.

"Tate…," gimo sobre su boca. Muerde mi labio inferior con fuerza, haciendo que me retuerza debajo de él. "Voy a…"

Tate entierra la cabeza en mi cuello.

"Córrete, cariño. Empápame los dedos," murmura con voz ronca en mi oreja.

Tengo la mente tan nublada por el deseo que solo puedo hacerle caso, dejándome llevar sobre su mano. Tate saca los dedos de mi interior, empapados con mi humedad. Comienzo a salivar cuando veo cómo se los mete en la boca con la vista clavada en mí.

"Por Dios…," consigo decir con un gemido ahogado.

Me quedo ensimismada observando cómo desliza los dedos por mi todavía húmedo interior y sigue saboreándome, soltando gemidos graves que vuelven a calentarme.

"Tu declaración llegó antes de lo esperado," dice sin dejar de mirarme. "El postre está esperando en la nevera, pero no puedo decir que no me alegre que este sea el sustituto."

Me guiña un ojo con descaro antes de repetir el mismo gesto. Sin pensarlo demasiado, dejándome llevar, intercepto su mano antes de que llegue a sus labios. Le agarro por la muñeca para girársela y que introduzca los dedos en mi boca. Muevo la lengua por su longitud, probando mi sabor salado.

El gesto le arranca un gruñido a Tate, que saca los dedos de mi boca con un sonoro *pop* antes de atrapar mis labios con los suyos sin perder el tiempo.

"Joder, no puedo esperar."

Veo cómo se baja la ropa interior y me quita las destrozadas bragas con una sonrisa satisfecha. Las lanza por encima del hombro, arrancándome una carcajada.

"Eres un animal."

"Es que contigo no hay quien sea bueno, cariño."

Vuelve a besarme entre risas, deslizando las manos por todo mi cuerpo, como si quisiera memorizarlo con las puntas de los dedos. A pesar de que siempre hayamos usado preservativo, un impulso me hace enterrar las manos en su pelo para que no se vaya.

"Tomo anticonceptivos."

Tate deja de besarme el cuello para mirarme con el ceño levemente fruncido.

"Nunca lo he hecho sin condón."

"Está bien," murmuro jadeante.

Le doy un beso que nos deja sin aliento. Tate me pega a su pecho para no dejar espacio entre los dos. Bajo una mano para rodear su erección con firmeza y comienzo a hacer movimientos de arriba abajo. Tate sisea en mi oreja, sin necesidad de decirme cómo tengo que hacerlo.

Hemos hecho esto muchas veces, pero nunca se ha sentido tan real como esta.

"Más fuerte," murmura contra mi hombro, soltando un gemido ronco cuando hago lo que me pide y a su vez juego con sus huevos con la otra mano.

"Quiero que me folles, Tate."

"¿Aquí?"

Dejo escapar una risita, sin dejar de moverme. "Podemos hacerlo por toda la casa, si eso es lo que quieres."

"Por Dios, cariño, no me hagas suplicarte."

Tate me aparta para que deje de tocarlo. Me mira a los ojos antes de sujetar su erección para colocarla delante de mi abertura, como pidiendo permiso. Asiento después de recostarme sobre la mesa, apoyando los codos sobre la dura madera.

"Llevaba meses muriéndome de ganas de hacerte mía, Julie."

"Pues ojalá la espera haya merecido la pena," susurro con una pequeña sonrisa.

"Sin duda soy el hombre más afortunado del mundo, cariño," confiesa, antes de introducirse en mí con una firme embestida.

Jadeamos a la vez, tomándonos un momento para acostumbrarnos a la sensación. A pesar de estar acostumbrada a su tamaño, esta vez siento más su dureza dentro de mí.

"Esta vez no voy a aguantar mucho," admite, inclinándose sobre mí para darme un largo beso. "Te prometo que en las siguientes duraré más."

Me río debajo de él, haciendo que vibre ahí donde nuestros cuerpos se unen, provocándole un gemido a Tate que me hace retorcerme. Comienza a moverse lentamente, buscando poco a poco un ritmo que nos guste a los dos. No soy capaz de mantenerme callada cuando se mete de nuevo mis pezones en la boca y juega con mi control. Profundiza las embestidas, arrancándome un gemido que me daría vergüenza soltar si estuviera en mi apartamento.

Como prometió, Tate no tarda en llegar al clímax, pero antes de dejarse llevar, dibuja suaves círculos en mi clítoris para hacerme terminar con él.

"Dime que soy tuyo," jadea contra mi oreja.

Gimo con fuerza, moviendo las caderas para seguir el ritmo irregular de sus arremetidas.

"Eres mío, Tate."

Y, con su nombre en mi boca, nos deshacemos a la vez sobre la mesa de su cocina. Nuestros cuerpos cubiertos en sudor se abrazan como si nos estuviéramos cayendo al vacío juntos. Tardamos varios minutos en recuperar el aliento y, cuando Tate se separa de mí, me sorprende dándome un precioso beso, tan delicado como en los cuentos de hadas.

"¿Cómo estás, cariño?" Suspiro con fuerza, haciendo un ruidito afirmativo, todavía presa de haberme entregado al placer. Tate se ríe y vuelve a deslizar los dedos por mi zona sensible, haciéndome sisear. "Venga, campanilla, voy a limpiarte antes de pasar una noche dentro de ti."

Y, como tantas otras promesas, Tate la cumple hasta el final.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Julie

Me despierto con la luz del día colándose por las rendijas de la persiana a medio bajar. Cojo la manta para taparme hasta el cuello y bostezo contra las sábanas antes de darme la vuelta en la amplia cama. Cuando inhalo lentamente, las alarmas saltan en mi cabeza. Un fuerte olor a pino y limón me hace abrir un ojo y observar la habitación donde estoy, pues comienzo a dudar de que sea la mía.

Al fondo de la habitación de paredes color crema descubro en el suelo de madera unas botas llenas de tierra, que descansan a un lado del armario. Miro a la izquierda y veo varias camisetas de algodón amontonadas sobre una cómoda, al lado de un par de camisas de botones. El paisaje a través de la ventana es un extenso campo de cultivo verde rodeado de infinitos senderos de tierra.

Efectivamente, no estoy en mi apartamento.

Sino en la casa de Tate. Concretamente, en su dormitorio.

Estoy un minuto en silencio, a la espera de cualquier ruido, pero no se escucha ni el canto de los pájaros aquí dentro. Me deslizo fuera de la cama, dándome cuenta a medio camino de que solo llevo

puesta una camiseta de algodón que me llega hasta los muslos. Una imagen de la noche anterior viene a mi mente en forma de *flashback* y suelto una carcajada al recordar que Tate las lanzó sin cuidado por la cocina.

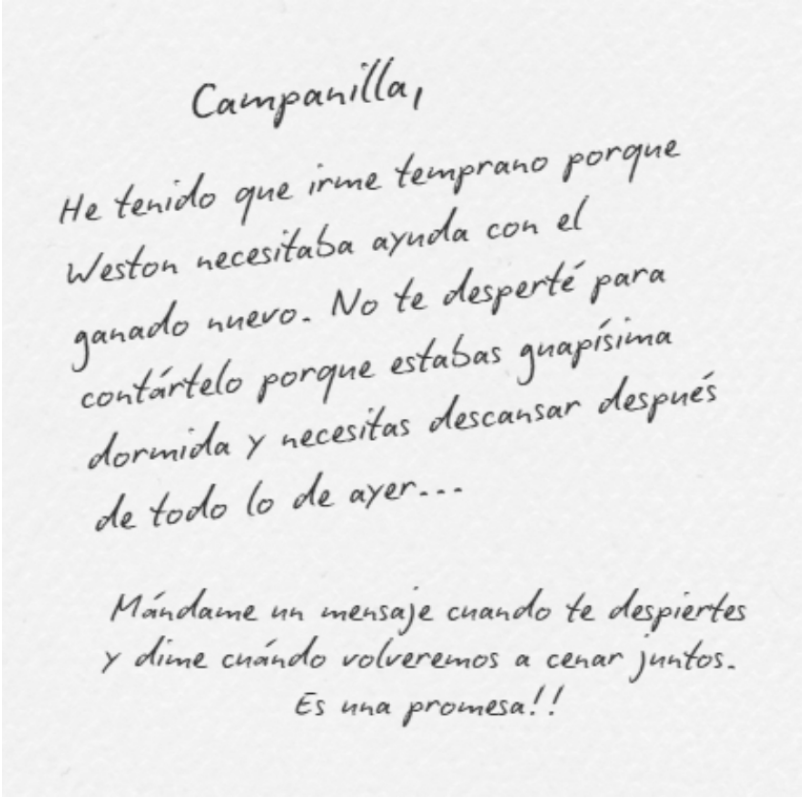
Me paseo por la casa como si fuera la mía. No hay ni rastro del dueño por ninguna parte, así que me tomo la libertad de ir a la cocina para desayunar. Hoy trabajo de tarde, así que no me preocupa tomarme mi tiempo para comer y pensar en cómo voy a volver a River Cross. Porque, a diferencia de mi ejemplar anfitrión, yo no tengo coche.

Suelto una carcajada al darme cuenta de que no tengo cómo volver a casa; Tate me ha dejado aquí sola. *Será desgraciado*…

Entro en la cocina, sonriendo al recordar lo que pasó ayer encima de esa mesa de madera, pensando a quién podría pedirle que me lleve a River Cross sin que haga muchas preguntas. ¿Mis amigas? Descartadas. ¿La madre de Tate? *Ja*. ¿Su hermano? Antes muerta que estar quince minutos en silencio a solas con él.

Tal vez Tate tenga un rato libre y pueda llevarme. Es lo mínimo, ¿no? Después de dejarme aquí encerrada…

En la cocina huele a café y tortitas, a pesar de estar frías a un lado de la encimera. Hay una nota al lado, arrancada de lo que parece su cuaderno, y una sonrisa bobalicona se extiende por mi rostro al reconocer su letra.



Busco mi móvil por todas partes, encontrándolo completamente cargado encima de la mesa de la cocina. Hago lo que dice la nota, abriendo la aplicación de mensajes y buscando el nombre de Tate. Le doy a enviar antes de pararme a pensar si debería haber puesto algún emoticono o le estoy dando demasiadas vueltas.

Julie: Ya estoy despierta. Gracias por las tortitas.
Tate: Buenos días, campanilla 🧚 ¿Encontraste el postre?
Julie: ¿No…?
Tate: Está en la nevera 😉

Dejo el móvil sobre la encimera para abrir la nevera. Saco el recipiente de cristal cubierto con papel de aluminio. Lo dejo en la mesa y lo desenvuelvo, abriendo la boca con deseo al ver que es tiramisú casero. Es imposible que sepa que es mi favorito. Estoy a punto de preguntarle a qué viene esto, cuando suenan tres notificaciones nuevas. Parece que se me ha adelantado… Pero,

cuando enciendo el móvil no es Tate, sino el chat del grupo con mis amigas:

Lib: ¡No me puedo creer que te hayas vuelto a liar con mi hermano!
Sage: ¡Qué callado te lo tenías!
Rachel: ¿Qué? ¿Por fin lo habéis hecho en su camioneta?

Julie: ¿Cómo os habéis enterado?
Sage: Estoy ayudando a los chicos con un cercado nuevo y tu hombre ha aparecido con una sonrisa de lo más extraña y no se le va.
Julie: Madre mía…
Julie: Y, Rachel… no.
Julie: Todavía…

Bloqueo la pantalla del móvil, que comienza a sonar con decenas de notificaciones nuevas. Una sonrisa satisfecha se extiende por mi rostro mientras abro el cajón para coger una cuchara pequeña. Degusto un trozo cerrando los ojos y soltando un pequeño gemido al saborearlo. Está buenísimo, cremoso y con el punto justo de café. Me recuerda mucho al… *¿itiramisú de mi madre!?* Abro los ojos de golpe y no pierdo el tiempo. Rescato de nuevo mi móvil, dándole a los botones a toda velocidad para llamar a la persona que mejor me conoce en el mundo pero que no vive ni cerca de aquí.

"Buenos días, Luli. ¿Cómo estás?," la dulce voz de mi madre me saluda.

"Iré al grano," contesto con firmeza. "Hay un tiramisú en la casa de Tate Weston que sabe igualito al tuyo, así que ya puedes ir desembuchando."

"Vaya, así que ese chico va en serio..."

"¡Mamá!"

"¿Qué, cielo? Es cierto. Ningún hombre dejaría que una mujer cualquiera se metiera en su nevera… y sus negocios."

"¿Qué? ¿A qué viene eso ahora? Solo le estoy echando una mano con su proyecto de cross. Eso es todo."

"Sí, una mano… ahí abajo." Puedo imaginarme perfectamente sus cejas subiendo y bajando, dejándome perpleja.

Siento que la cara me arde mientras me quedo con la mandíbula desencajada mirando la pared. Entierro el rostro entre mis manos, soltando un grito ahogado.

"Por favor, no vuelvas a hacer eso," murmuro con la voz amortiguada por mis manos.

"Oh, venga, Julie. Ni que no te conociera como la palma de mi mano. Es evidente que algo ha pasado entre vosotros. Tienes un brillo diferente y hacía mucho que no te veía tan sonriente."

"¡Pero si ni siquiera puedes verme!," exclamo, sin alzar la cabeza todavía.

"Suenas feliz," insiste con diversión.

A quién quiero engañar.

"Solo estoy contenta," contesto, encogiéndome de hombros, pero siento un ligero rubor en las mejillas.

Mi madre se toma un minuto en silencio, como si se estuviera metiendo en mi cabeza.

"¿Has estado escribiendo en el cuaderno de viaje?"

Intento ocultar mi sorpresa por el cambio de tema y lo acertada que es su pregunta, pero su carcajada me dice que soy demasiado transparente con ella. Incluso sin verme.

"¿Qué has hablado con Tate?," pregunto de vuelta.

"Ay, es un hombre encantador. La verdadera pregunta es: ¿de qué no hablamos?"

Me trago un resoplido, intentando mantener la paciencia.

"He estado haciendo fotos de mis amigos, los primos, hemos hecho algún viaje… La verdad es que me estoy quedando sin espacio."

"Eso es bueno, Luli. Me alegro de que hayas encontrado tu lugar seguro para mostrar esa parte de ti."

"Yo también me alegro, mamá," murmuro con sinceridad.

Le hago una rápida actualización de los últimos meses, el viaje a la playa, la inauguración… Le hablo sobre mis amigas, sobre Evan y sobre Tate. Pero es cuando llego a esta última persona que recuerdo la finalidad de esta llamada.

"Ahora en serio, mamá. ¿Cuándo has visto a Tate y por qué le has hecho un tiramisú?"

"Bueno… tal vez esté ahora mismo en casa de mi hermana en Honey Ridge. Y tal vez Tate se pusiera en contacto conmigo para preguntarme por ti."

"¡Mamá! ¿Por qué no me dijiste nada?"

"¡Era una sorpresa!," exclama, riendo. "Además, pocos saben que la forma más fácil de conquistarte es por el estómago."

Me la imagino perfectamente guiñándome un ojo con una sonrisa ladeada. Pongo los míos en blanco, dándome por vencida.

"¿Hasta cuándo estarás aquí?"

"Me quedo todo el mes. Ven cuando quieras. No te preocupes si no consigues sacar un día para visitar a la vieja de tu madre. Entiendo que estarás muy ocupada enredada en las sábanas de ese vaquero, y no me extraña... ¡Vaya espalda tiene! Yo tampoco querría salir de allí."

"Por el amor de…"

"No jures en vano, Luli," me interrumpe con seriedad.

Resoplo con fuerza.

"Iré algún fin de semana," prometo antes de colgar. "Este no puedo que tengo que descansar, el entrenamiento de ayer fue una mierda y tengo el cuerpo destrozado."

Y tal vez estoy peor por haber pasado toda la noche con Tate.

"Ay, ¡lo que echo yo de menos la juventud!," exclama, como si me leyera el pensamiento.

Nos despedimos prometiendo vernos pronto y, antes de volver a comer el delicioso tiramisú de mi madre, le mando un mensaje a Tate pidiéndole que me lleve a casa. Me contesta al instante, prometiendo venir a por mí en una hora. Tengo el tiempo suficiente para mentalizarme y prepararle un tercer grado.

Porque mi madre no cocina para nadie a menos que sea de la familia.



Organizar el primer concurso de Almond Valley es un poco más enrevesado de lo que pensaba. Ahora que Tate ha comenzado las clases, ya sabemos cuántos alumnos pueden estar interesados en participar, sin contar con la gente externa que, en cuanto tengamos el programa, quiera unirse. Contactar con el ayuntamiento para pedir el permiso fue demasiado fácil, así que estaba claro que no iba a ser todo de arcoíris. Lo peor fue hablar con la federación para que nos dieran el visto bueno de los obstáculos y nos consiguieran personal cualificado. Necesitamos jueces titulados y técnicos que homologuen los saltos de Tate.

Por si fuera poco, todavía tengo que pedir los contactos para contratar seguridad y a personal de sanidad, en caso de que ocurra algún accidente. Dorian me dijo que podía hacerse cargo de los controles veterinarios de los caballos y que conocía a un par de personas que podrían echarle una mano a buen precio, así que una preocupación menos. En las próximas semanas tendremos un montón de gente yendo y viniendo para controlar que todo esté bien.

Va a ser un estrés, pero si organizo las citas, creo que puedo sobrevivir. Solo me falta crear el programa, hacer los carteles y preparar las inscripciones online.

Como le había dicho a mi madre, el fin de semana dormí todo lo que pude. Tate me escribió todos los días para preguntarme cómo estaba, por si me encontraba mal. Estaba preocupado por mí, por si me había hecho más daño del que creíamos en el último entrenamiento. Quitando las agujetas y los moratones que colorean todo mi cuerpo, estoy mejor que nunca.

Me siento llena de energía, feliz y con un sentimiento de estabilidad que no había sentido nunca. Por primera vez en mucho tiempo, todo en mi vida parece cuadrar y haber encontrado su lugar.

Termino de apuntar en mi libreta del proyecto de cross todo lo que me falta por organizar justo cuando la campanita de la tienda anuncia un nuevo cliente.

Alzo la vista con el bolígrafo metido entre los dientes y el ceño levemente fruncido. Siento cómo el calor comienza a acumularse en mis mejillas cuando veo quién acaba de entrar. Tate lleva puesta una camisa granate que le queda como un guante junto con unos vaqueros. Los mechones rubios sobresalen en su nuca bajo el sombrero, dándole un aire despreocupado.

Entra en The Green Basket con una sonrisa tranquila, quitándose el sombrero al acercarse a mí.

"Buenas tardes, campanilla."

"¿Qué hay, vaquero?" Inclino la cabeza como si llevara un sombrero, esbozando una sonrisa ladeada que hace que Tate suelte una risa.

"¿Estás ocupada?," pregunta con esa voz grave.

"Justo estaba organizando el concurso de Almond Valley." Cojo la libreta, girándola hacia él. "Me falta por cerrar lo que está subrayado. Pero son cosas pequeñas: el programa, inscripciones, decoración… En las próximas semanas tendremos que quedar con todas estas personas." Señalo los nombres con la punta del boli. "Son gente de la federación, profesionales y todo eso que es papeleo y más papeleo. Está todo bajo control, jefe, así que no deberías preocuparte por nada."

"*¿Jefe?,*" pregunta con diversión, enarcando una ceja.

Me encojo de hombros.

"Quieras o no, lo eres. Estoy literalmente trabajando para ti."

"No por mucho tiempo…," murmura, pero no lo suficiente bajo como para que no lo escuche.

Lo miro con el ceño fruncido, pero él me regala otra sonrisa que me pone colorada. Extiende una mano hacia mi rostro, y pasa los dedos con delicadeza por encima de la arruga entre mis cejas.

"Mucho mejor," susurra. Baja la vista hacia mis labios y la mantiene varios segundos antes de volver a mis ojos. Trago saliva con fuerza, intentando no caerme de la silla. "¿Puedo besarte, campanilla?"

Exhalo con fuerza, sintiendo mis hombros relajarse.

"Pensaba que no lo preguntarías nunca."

Tate sonríe enseñando los dientes antes de inclinarse por encima del mostrador y darme un delicado beso. No tiene nada que ver con los que nos hemos dado hasta entonces. Este está lleno de ternura y… ¿amor? Inhalo para respirar su aroma, sujetándome al cuello de su camisa para no perder el equilibrio.

Cuando se separa de mí, no se aleja del todo. Apoya la frente sobre la mía y habla sobre mis labios.

"Esperaré a que salgas de trabajar," susurra, volviendo a besarme. "Te prometí otra cena, ¿no?"

Suelto una risa ligera, empujándolo hacia atrás para poder mirar a esos ojos azules como el mar en calma. "¿Otra?"

Tate se ríe entre dientes, pero me guiña un ojo antes de volverse hacia la puerta.

"La última vez no me dio tiempo a probar el postre."

Tal y como prometió, Tate me espera fuera de la tienda a las ocho y media, cuando termino de trabajar y cierro la enorme verja de metal del escaparate.

Vamos a cenar a The Red, el único local donde merece la pena comer en River Cross. Nos sentamos en una mesa alejada de las demás para tener algo de intimidad. Aunque… a quién queremos engañar. Es imposible tener intimidad en este pueblo. Los vecinos nos saludan cuando pasamos por delante de ellos, observando nuestras manos entrelazadas con sorpresa y diversión. Tate se encuentra con un par de amigos, que en cuanto me ven le dan unas palmadas en el hombro, diciéndole cosas como: «por fin» o «esta vez espero que sea diferente».

No saben cuánto rezo para que se cumplan sus palabras.

Pedimos la cena, y, mientras esperamos, hablamos del concurso. Le cuento con más detalle lo que le comenté en la tienda por la tarde. Tate me habla sobre las clases, lo contento que está y lo divertido que es tener a alumnos de todas las edades. Algunos llevan sus caballos propios a los entrenamientos, pero otros utilizan los de los Weston. La edad no es lo único diferente entre los nuevos clientes, sino también el nivel. Hay desde chavales que saben saltar

lo básico, pero que nunca se han enfrentado a un obstáculo hecho de madera, hasta los que llevan varios años perfeccionando la técnica y necesitan un nuevo enfoque.

Tate me cuenta que todos parecen contentos con su manera de dar clase. Era lo que más miedo le daba, pues, sin contar conmigo, nunca había hecho de profesor a tan gran escala. También me habla de Ada Sterling, la amazona que da clases en Blue Ranch. Lo ha estado ayudando a organizar las horas y algunos tecnicismos de la modalidad de cross.

Sonrío durante toda la conversación, pendiente de la forma en la que su expresión se ilumina cada vez que habla del proyecto.

"Estoy muy feliz por ti, Tate," digo, pasando las manos por encima de la mesa para acariciar las suyas.

Tate gira las muñecas y abre las palmas, cambiando las tornas.

"Yo también, campanilla." Esboza una tierna sonrisa que afecta directamente a mi corazón, acelerando sus latidos. "Quería pedirte algo."

"Si es volver a tener el mismo entrenamiento que el otro día, lo siento pero tengo que pasar."

Tate se ríe entre dientes, pero sacude la cabeza, negando.

"No te voy a obligar a nada, cariño. Puedes negarte o mandarme a la mierda si quieres. Estás en tu derecho." Lo miro con confusión, poniéndome en lo peor. Se toma su tiempo para respirar hondo y volver a mirarme. "Quiero que seas mi socia," dice con firmeza. "Eres una amazona buenísima y la mejor en tu trabajo, así que quiero que dejes de trabajar *para mí* y trabajes *conmigo*."

Abro la boca, presa de la sorpresa.

Esto sí que no me lo esperaba.

"Yo… no sé qué decir."

Tate me da un apretón en las manos.

"No hace falta que contestes ahora. La oferta seguirá estando en pie el tiempo que necesites."

Lo pienso durante unos segundos, dándole vueltas en la cabeza, intentando aclararme antes de hablar.

"¿Crees que es buena idea?" Tate frunce el ceño, sin seguirme. "Quiero decir… después de lo que ha pasado entre nosotros."

Lo miro con los ojos bien abiertos, sin querer perderme su reacción.

Suelta un profundo suspiro, recostándose en el asiento.

"Cariño…" Se humedece los labios, sujetando mis manos con fuerza. "Ya me lo había planteado antes de que pasara nada entre nosotros. Pero después de todo esto… lo tengo aún más claro. Quiero que seas mi socia." Hace una pequeña pausa, sin soltarme. "Nos complementamos muy bien, campanilla. Y creo que podemos hacernos bien el uno al otro."

"Porque esta vez es diferente," murmuro, sin aliento.

Asiente.

"Lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con lo que teníamos antes. Quiero estar contigo de la misma forma que tú quieres estar conmigo. Démonos una oportunidad, cariño."

Siento que el mundo deja de girar. Si esto es un sueño, que alguien me pellizque. Espero unos segundos, pestañeando despacio como si en cualquier momento fuera a desaparecer, pero, cuando vuelvo a abrir los ojos, Tate sigue ahí, mirándome con el mismo amor.

"No deseo nada más, Tate," respondo con la voz tomada por la emoción.

Tate no dice nada. Me sujeta la cara entre sus manos, se inclina sobre la mesa y acorta la distancia entre nosotros. Me besa lento, como si quisiera quedarse para siempre en este momento.

Siento que nos caemos al vacío, pero no me importa. Porque ahora sé que, pase lo que pase, siempre caeré entre los brazos de la persona de la que estoy enamorada.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Tate

Nunca me había sentido tan eufórico como en estos últimos meses. El concurso de cross en Almond Valley es dentro de unas semanas, aunque todavía no sé la fecha exacta. Menos mal que no lo planeamos más tarde, porque parece que este año el invierno va a ser muy frío, y es más seguro hacer cross con la hierba seca que empapada de nieve.

Estiro las mangas de mi gruesa camisa granate cuando la gélida brisa me da la bienvenida al salir del establo. Acabo de terminar de entrenar con Raven en los nuevos obstáculos para la competición, y, a pesar de que me den bastante envidia los binomios del concurso, esta vez yo solo voy como entrenador.

Ya organizaremos más eventos en los que pueda participar como jinete. Estoy seguro de que Julie todavía tiene mil ideas.

Me dirijo hacia mi despacho, a un lateral de la nave, donde sé que encontraré a Julie. Tengo que hablar con ella antes de ir a cambiarme para cenar en la casa de mi madre.

Después de todos estos meses, no solo estamos saliendo de manera oficial, sino que también somos socios. Le llevó un par de semanas aceptar mi propuesta de trabajo, pero, a pesar de que me sorprendió de que tardara tanto, una pequeña parte de mí sabía que no se iba a poder resistir.

Hemos trabajado duro para conseguir sacar adelante la escuela de cross y el evento en Almond Valley, donde jinetes de todas las categorías participarán en el primer concurso de la zona. Durante este tiempo, Julie no ha dejado el trabajo en la tienda de Lib, pero los tres sabemos que continuar así a largo plazo es algo inviable.

Depende de Julie dejar o no el trabajo, y yo la apoyaré sea cual sea su decisión final.

A cambio de ser mi socia, le he cedido temporalmente mi oficina para cuando necesite arreglar el papeleo, por eso sé que me la voy a encontrar ahí en cuanto abra la puerta. Le dejé un hueco en la estantería para que pueda tener sus cosas organizadas, pero, conociéndola, va a necesitar mucho más espacio. Gran parte de mis papeles se pueden tirar porque son de proyectos que nunca se llevaron a cabo o intentos fallidos, así que un día de estos tendré que hacer limpieza para que Julie esté cómoda ahí dentro.

Giro la esquina para encontrarme con la puerta cerrada del despacho. No se escucha ni un ruido del interior; a Julie le gusta trabajar en silencio. Abro la puerta, y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja cuando miro hacia abajo.

Está Julie sentada en el suelo con un bolígrafo detrás de cada oreja, rodeada de un montón de papeles y con su libreta de trabajo sobre el regazo. Es la viva imagen de una mujer que pone el cuerpo y alma en sus trabajos y desea la perfección más que nadie. La escena me recuerda a cuando la encontré de la misma manera hace cuatro meses mientras preparaba la inauguración.

La similitud me arranca una sonrisa, porque nuestra relación no podría ser más distinta ahora.

Entro en la pequeña habitación, fijándome bien dónde piso para no rozar los papeles con los zapatos sucios de andar por el campo.

"¿Cómo puede ser que, aun estando en noviembre y haga un frío que pela, sigas empeñada en trabajar tirada en el suelo?"

Julie chasquea la lengua contra el paladar sin levantar la vista.

"No me toques las narices, Tate. Primer aviso."

Hago lo que me pide, manteniéndome callado tanto como el cuerpo me lo permite. Porque no aguanto más de cinco minutos, deseando que deje el bolígrafo de una vez y me preste atención. Llevamos sin vernos solo un par de días, pero después de haber dormido juntos prácticamente cada noche durante tres meses, estas últimas cuarenta y ocho horas han sido un infierno.

Me acerco con pasos inseguros hasta que rozo su rodilla con mi pie. Julie sigue sin mirarme, así que soy yo quien se agacha para quedar a su altura.

"Campanilla…," canturreo, jugueteando con un mechón suelto de su coleta baja.

"Segundo aviso, Tate. A la tercera te la llevas," suelta con dureza. Me duelen las mejillas de sonreír.

"¿Qué me llevo, exactamente?," pregunto en un tono burlón, haciendo que suelte un gruñido.

"Te doy a elegir entre una bofetada, un puñetazo en el estómago o un tirón de orejas."

Me humedezco los labios, acercándome a su oreja.

"¿Y con la boca no me ofreces nada?"

Observo cómo la piel de su nuca se eriza y se le entrecorta la respiración. Aunque hace un esfuerzo por mantener la concentración y mirar los papeles que tiene delante con determinación, sé que la tengo en el bolsillo.

Julie es incapaz de resistirse a mis caricias.

Bajo la cabeza para rozar su cuello con los labios. En cuanto los poso sobre su piel, deja escapar un largo suspiro e inclina el cuerpo hacia mí. Beso cada centímetro de su piel desnuda, bajando hasta donde me lo permite su camiseta ancha, rozando su clavícula. Julie me agarra del pelo para que me aparte.

"¿Por qué siempre acabamos haciéndolo sobre una mesa y no en la cama como la gente normal?," pregunta con los ojos vidriosos del deseo.

"Te estás adelantando a los acontecimientos, campanilla," murmuro bajando la vista a sus labios húmedos. "No hemos

acabado nada. Esto no ha hecho más que empezar.”

Atrapo su boca con fiereza, fundiéndonos en un beso apasionado que la hace gemir contra mis labios. Deslizo la lengua dentro de su boca y la agarro de la nuca para intensificar el beso. Jadeamos a la vez, parando para recuperar el aliento.

Me levanto del suelo, arrastrándola conmigo mientras la sujeto por las axilas para sostenerla y después rodear su cuerpo con mis brazos. Me agacho delante de ella, dejando un reguero de besos desde la boca hasta el estómago. Desabrocho sus vaqueros, deslizándolos por sus musculadas piernas de entrenar duro tantos meses.

“Apóyate contra el escritorio y abre las piernas para mí,” le ordeno con voz firme, poniéndole una mano en la barriga para inclinarla hacia atrás.

Julie hace lo que le pido sin protestar, alzando una de las piernas para ponerla sobre mi hombro cuando le quito la ropa interior. Sonrío contra su piel desnuda y alzo la vista para mirarla mientras deslizo la lengua lentamente por su entrada. Julie jadea y se agarra al borde del escritorio.

“Nunca me cansaré de tu sabor, campanilla. Podría devorarte durante todo el día,” murmuro con voz ronca contra su humedad.

“Espero que eso sea una promesa,” susurra al mirarme con una sonrisa lasciva. Repito el gesto, saboreándola despacio, arrancándole un agudo gemido.

Aumento la velocidad, succionando y pasando los dientes por encima de su punto más sensible, haciendo que gima cada vez más fuerte. Introduzco la lengua en su interior, y Julie echa la cabeza hacia atrás. La pongo al límite sin usar los dedos, ocupados masajeando sus duros pezones por debajo de la ropa.

No tarda en tensarse alrededor de mi lengua, así que libero sus pechos para bajar hacia su húmeda entrada. Meto los dedos uno a uno sin dejar de succionar con fuerza su clítoris. Julie mueve las caderas contra mi boca, decidiendo el ritmo, y no dejo de moverme dentro y fuera de ella. Tira de mi pelo cuando llega al orgasmo, empapándome la mano y la barbilla.

Julie se deshace sobre mi boca, recostada jadeante en la mesa. Deslizo la lengua para beberme sus fluidos hasta que no queda nada, gimiendo al saborearla. Levanto la mano para apoyar los dedos en sus labios y que ella también pueda probarse. Se los mete en la boca sin dudar, y gime con fuerza, endureciendo todavía más mi erección.

Me levanto del suelo, acariciando sus piernas desnudas con las puntas de mis dedos, haciendo que sisee entre dientes.

"Mi turno," murmura con una sonrisa ladeada, sorprendiéndome al agarrarme por el cinturón para hacerme ocupar su lugar contra el escritorio.

Se agacha delante de mí, plantando las rodillas en el frío suelo. No me da tiempo a protestar, porque con rápidos movimientos me quita el cinturón y se deshace de mis pantalones junto con mis calzoncillos para liberar mi dura erección.

Julie alza la vista para mirarme, ladeando ligeramente la cabeza, y tengo que hacer un esfuerzo enorme para mantener el control. Ninguna mujer me ha desestabilizado tanto como ella, capaz de hacer que me corra sin necesidad de tocarme.

Observo cómo recorre mi longitud con la mano desde la base hasta la punta con movimientos lentos pero firmes. No deja de mirarme en ningún momento, volviéndome loco. Se humedece los labios antes de pasar la lengua por el líquido que comienza a gotear de la punta, y me tengo que contener para no agarrarla de la coleta y deshacerme en su boca.

Desliza la lengua de arriba abajo, haciéndome gemir.

"Como no te la metas ya en la boca, me va a dar algo, cariño," siseo, alargando una mano para sostenerle la barbilla entre el índice y el pulgar.

"Me gusta verte así." Le da un beso en la punta. "Aguantándote." Otro en mi vientre. "Antes de perder el control."

Con un ágil movimiento, se mete toda mi longitud en la boca hasta que choca con su garganta. Jadeo sin apartar la vista de sus labios, que rodean mi erección con firmeza. Dejo que Julie marque el ritmo al principio, intercalando la lengua con la mano, llevándome al límite. Me fijo en cómo desliza una mano entre sus piernas para

buscar su propio placer, y maldigo en voz baja cuando jadea contra mí. Sus gemidos comienzan a entremezclarse con los míos, haciendo que sus movimientos se vuelvan más torpes. Mi mano se enreda en su coleta, tomando el control de las embestidas.

Me muevo contra su boca con dureza, haciendo que se atragante con mi longitud y sus ojos se llenen de lágrimas.

"Voy a correrme, cariño," aviso con la voz entrecortada, todavía en la calidez de su boca. Julie suelta un gemido contra mí, pero no se aparta.

No me detengo hasta que siento que el orgasmo me envuelve, y me deshago en su boca con un ronco jadeo. Julie termina al mismo tiempo, cerrando los ojos al alcanzar el clímax. Observo embelesado cómo abre los ojos y me mira al tragarse mis fluidos. Me endurezco de nuevo sin poder evitarlo, arrancándole una sonrisa de suficiencia.

Me apoyo en la mesa mientras recuperamos el aliento.

"Entonces…," comienza, todavía a mis pies. "¿Bendecimos esta mesa también?"

Suelto una carcajada que me hace echar la cabeza hacia atrás y resuena por el pequeño despacho. Contagio a Julie, que ríe conmigo, y suelta un chillido cuando la sujeto por la cintura y la siento sobre el escritorio.

"¿Es una promesa?," pregunto antes besarla con fiereza.

"Hazme tuya, Tate Weston."



La noche estrellada ya ha cubierto Almond Valley cuando conseguimos salir del despacho varias horas más tarde. El frío de noviembre nos obliga a correr hacia mi camioneta, aparcada al lado de la puerta de los establos.

Mis planes de pasar por casa a cambiarme para después ir a cenar se han visto alterados por cierta mujer de pelo dorado y sonrisa irresistible. Por primera vez desde que estamos juntos, vamos a ir a la casa principal como pareja.

A Julie le parece bien, pero creo que no está preparada mentalmente para la cena que nos espera. Mi familia puede llegar a ser muy… intensa con estos temas.

"Venga, Tate, no puede ser tan malo. Deja de preocuparte y no seas gallina," dice Julie riendo cuando salimos de la camioneta, después de estacionar frente a la casa de mi madre.

Dejo escapar un suspiro cansado, pasándome la mano por la cara. "No sabes lo que estás diciendo."

"Conozco a tu familia desde hace mil años. Además, tu hermano no tuvo ningún problema en presentar a Sage como su pareja."

"Porque la que daba miedo era ella, no mi familia…," mascullo entre dientes, siguiéndola por las escaleras.

Entramos en la calidez de la casa principal, que nos recibe con un fuerte olor a pasta y salsa de tomate casera. Las voces de mi familia se escuchan desde la entrada, entremezclándose con el suave sonido de la televisión del salón. Avanzamos hacia la cocina, donde nos encontramos con mi madre discutiendo con mi hermano mediano. Al otro lado de la estancia está Sage, observándolo todo con una mueca divertida que se transforma en una sonrisa al vernos.

"¡Julie!," exclama envolviendo a su amiga en un fuerte abrazo. "¡Vaya sorpresa!"

"Perdón por no avisar antes," me disculpo, mirando a mi madre con una diminuta sonrisa. "Julie se queda a cenar."

Emily intercambia una mirada inexpresiva entre ella y yo, hasta que por fin esboza una sonrisa orgullosa.

"¡Ya iba siendo hora de que vosotros dos os llevarais bien!," exclama con alegría, dándole un abrazo a Julie antes de volverse hacia mí para darme un golpe en el hombro.

Me quejo en silencio, frotándome la zona dolorida. Julie me lanza una mirada burlona desde el otro lado de la habitación, ganándose una amenaza silenciosa que pienso cumplir cuando vayamos a mi casa después de esto.

"Déjame decirte que creo que se llevan *más* que bien, hija mía," dice la abuela Mira con una sonrisita desde su silla, en una esquina de la cocina.

Mi hermano nos mira con un brillo divertido en los ojos, pero no dice nada. Es un hombre de pocas palabras. Y todo lo relacionado con las emociones y los sentimientos no le interesa. A no ser que tenga que ver con su amada Sage.

Es un pagafantas de manual.

"Pondré un plato más," anuncio, acercándome al mueble de la vajilla.

Termino de poner la mesa mientras la conversación de la cocina se reanuda. Mi madre vuelve a discutir con mi hermano sobre dónde debería tatuarse unas flores de almendro. Ella dice que cerca del pecho, donde está el corazón, pero él insiste en hacérselo en la espalda. Sage me echa una mano en silencio, pendiente de lo que dicen, esbozando una sonrisa rebosante de amor.

Cuando nos sentamos a la mesa y cenamos los canelones caseros de mi madre, les cuento cómo van las clases de cross. Están siendo todo un éxito, y todos me dan la enhorabuena por las buenas noticias. Hablamos de temas familiares, de Almond Valley y del huerto que lleva Sage.

Incluso Julie también se anima a hablar de cómo es ser socia de un Weston.

Mi madre se ríe con cada comentario que Julie hace sobre mí, porque es una mujer lista y no me pasa una. Me fijo en la manera en la que Sage me sonríe cuando entrelazo mi mano con la de Julie cuando mi hermana se levanta para traer el postre.

"¿Ya habéis decidido la fecha para el concurso de cross?," pregunta Lib al dejar la bandeja de fruta sobre la mesa.

Julie asiente, girándose para mirarme con una tierna sonrisa.

"Y el nombre también," añade, orgullosa.

"¿Le has puesto nombre al concurso?," pregunto con incredulidad. Me parece fascinante cómo Julie siempre piensa en cada detalle.

Ella asiente, apretando nuestras manos entrelazadas.

"Creo que te va a encantar."

Le devuelvo el apretón, incapaz de no mirarla con adoración.

"No me cabe la menor duda, campanilla," confieso, conteniéndome para no besarla. "¿Cuándo lo haremos?"

Julie pasea la vista por la mesa con una enorme sonrisa antes de volver a clavar esos ojos verde oliva en mí.

"Antes de que caiga la nieve." Hace una pequeña pausa. "Será el segundo sábado de diciembre. Ya está todo organizado."

"¿Y el nombre?," pregunta Sage desde el otro lado de la mesa.

Julie se muerde el interior de las mejillas, pero no aparta la vista de mí al contestar.

"*Cuando brille la escarcha*."

Abro la boca para decirle que es perfecto, que ha hecho un gran trabajo y que podría morir de la felicidad. Pero, en cambio, digo todo eso y más cuando encuentro mi voz entre tanta emoción.

"Te quiero," murmuro con la voz bañada de amor.

Mi madre ahoga un grito, a la vez que Sage y Lib se ríen. La abuela Mira aplaude y Wade se mantiene impasible como siempre.

Pero Julie parece ajena a todo, perpleja ante mí. Tiene la boca entreabierta y las cejas levemente alzadas.

"Ahora soy yo quien te ha hecho cortocircuitar, campanilla," susurro, inclinándome hacia ella.

"Yo… yo…"

Recorro su mejilla sonrosada con las yemas de los dedos.

"No hace falta que digas nada, cariño. Me basta con que lo sepas."

Rozo sus labios con los míos, sin llegar a besarla.

Pero entonces Julie respira hondo, y enmarca mi rostro con sus delicadas manos.

"Pero yo también quiero que lo sepas tú," dice en un susurro. "Te quiero, Tate."

Y, por primera vez en mucho tiempo, tengo la certeza de que Julie y yo hemos encontrado nuestro equilibrio. No importa cuántas veces todo se tambalee, porque, al final, siempre acabaremos cayendo juntos.

EPÍLOGO



El gélido viento de mediados de diciembre me hace temblar a pesar de llevar varias capas de abrigo y el chaleco protector. El vaho que escapa de entre mis labios con cada respiración desaparece tan rápido como sale gracias a la velocidad a la que avanzo sobre Dante. Sujeto con fuerza las riendas, intentando mantenerme sentada cuando enfilamos el gran obstáculo de madera. Tengo que agarrarme a las crines del caballo cuando sobrepasamos sin esfuerzo el salto por el enorme impulso que tomamos.

Cuando giramos la última curva, un montón de gente aparece a un lado de las cintas que delimitan el camino. Sigo la mirada a lo largo del recorrido y veo varios carteles que me arrancan una sonrisa.

Cuando Brille la Escarcha

Es el primer concurso que organizo y el primero donde participo con Dante. A pesar de haber hecho este recorrido varias veces en los entrenamientos con Tate, el ambiente es completamente diferente. Y mi caballo lo nota.

Tiene más energía que de costumbre, y prácticamente me hace volar cada vez que saltamos un obstáculo. No tenía miedo de

caerme, pero sentir a Dante tan nervioso debajo de mí me pone un poco tensa.

Avanzamos a toda velocidad por la nueva charca, donde hay un par de subidas y bajadas de nivel. Dante no titubea al saltar al agua helada. Las gotas me salpican por el cuerpo, pero no me paro a pensar en cómo me castañean los dientes, sino que aprieto las piernas y muevo las caderas para que salte con seguridad el escalón de subida.

Dante galopa como si el diablo lo estuviera persiguiendo, pero, como ya no quedan obstáculos por saltar, lo dejo correr. Me levanto de la silla, apoyando las puntas de los pies en los estribos y llevando las manos hacia su cuello para darle libertad en el movimiento. Vislumbro la meta a través de las lágrimas que se me acumulan en los ojos por el aire frío. La alta velocidad a la que avanzamos me corta la respiración, pero no aparto la vista del arco que anuncian el fin del recorrido hasta que lo traspasamos.

Vuelvo a sentarme en la silla, frenando como puedo a Dante, tardando un rato en conseguir que se calme. Trotamos por el campo para recuperar el aliento por la carrera, y cuando alzo la vista, me fijo en que varias personas se acercan hacia nosotros.

Entre ellas están Sage, que me mira con una sonrisa enorme; Lib, que prácticamente corre para alcanzarnos; Wade y mi madre, que se acercan más despacio; y el hombre que lo cambió todo en mi vida. El único capaz de conseguir que hoy pudiéramos participar en este concurso.

Tate me mira con un brillo orgulloso en los ojos. No lo pienso dos veces cuando prácticamente me tiro de Dante y corro hacia él. Me lanzo a sus brazos para que me sujete con la misma firmeza que siempre he recibido cada vez que me abraza, mientras el mundo desaparece a nuestro alrededor.

"Has sido mágica, campanilla," dice contra mi pelo, apretándome contra su pecho.

"Tú me haces brillar," respondo con la voz tomada por la emoción. "Ha sido gracias a ti, Tate."

Él se ríe, apartándome para mirarme a los ojos. "No, cariño. Yo no te hago falta, porque tú sola ya brillas como la escarcha."

Me deja en el suelo con delicadeza y enmarca mi rostro entre sus manos, besándome como si fuera mi ángel y en mí encontrara las alas que nos hacen volar.

AGRADECIMIENTOS

Ponerle punto final a la historia de Julie y Tate ha sido la experiencia más traumática pero gratificante de mi vida. Cuando empecé a escribir esta historia, tres meses antes de terminarla, no era capaz de ver la luz al otro lado del túnel. Me costó mucho entender la dirección que tomarían sus historias y el inicio fue un quebradero de cabeza (mucho escribir, borrar, reescribir y borrar…). La trama no me terminaba de encajar pero, gracias a mis lectoras beta, encontré la motivación y la ilusión para escribir el libro que mis personajes me pedían.

Estoy muy pero que muy contenta con el resultado final. Ha sido la historia con la que más he reído y más me ha emocionado. La montaña rusa a la que me he subido para narrar la vida de Julie y Tate era más extrema de lo que me imaginaba, y por eso ha sido mi punto final más gratificante. Se ha sentido como respirar hondo de nuevo.

En primer lugar, gracias a Laura Myers, Laura Díaz y Reme. No podría haber terminado este libro sin vosotras, os lo debo todo. Gracias por acompañarme desde el principio, por emocionaros conmigo y frustraros tanto como yo durante el proceso. Sois mis ángeles de la guarda, igual que lo es Julie para Tate.

Quiero agradecer a mi familia, por apoyarme, leerme y viajar conmigo desde ciudades como Madrid hasta los lugares más recónditos y extraños de España.

Gracias a mis lectoras beta por acompañarme en otro libro más. Adoro ver mis historias a través de vuestros ojos.

Un especial agradecimiento a todas las personas que me siguen en redes y me leen con tanta emoción que son capaces de dejarme

sin palabras. A las creadoras de contenido y otras escritoras. Sin vosotras, nada de esto sería posible. Os lo debo todo.

Gracias a Alba, mi persona favorita, que me has acompañado en todo momento desde hace años. No tengo suficiente espacio en el corazón para dar cabida a todo lo que te quiero.

Por último, quiero agradecer a las personas que he conocido este año en el máster y que, sin apenas conocerme, me habéis apoyado y algunos os habéis enamorado como yo de Almond Valley: Uxía, Ada, Andrés, Patri, Malena, Diego, Javi, Alba, Lucía y Tere. ¡Si no fuera por vosotros, habría dejado el master!

Como ya sabréis, esto no es un adiós a Almond Valley, sino un hasta pronto. La próxima pareja va a ser complicada de entender, pero os puedo asegurar que en su historia habrá tiempo para reír… y tiempo para derramar alguna que otra lágrima.

Muchísimas gracias por leerme y haber llegado hasta aquí.

Como diría Julie, citando *Terminator 2: ¡Sayonara baby!*

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE LA HISTORIA DE JULIE Y TATE?

Escanea este QR y podrás leer un capítulo extra.





ALMOND VALLEY

River Cross

SOBRE LA AUTORA



Zara Mist es una escritora gallega que adora los romances a fuego lento y unos buenos personajes masculinos, serios y (bastante) gruñones, que darían la vida por sus protagonistas.

Se enamoró de pequeña del mundo de los libros, escribiendo y leyendo sin parar. Cuando no está perdida entre las páginas de algún romance, la podrás encontrar haciendo pole dance hasta marearse, fangirleando con sus amigas lectoras, o pasando tiempo con sus cuatro gran daneses.

TU OPINIÓN ES IMPORTANTE

Si te ha gustado esta historia, me encantaría saber tu opinión. Agradecería si compartieras tu reseña en redes sociales, en Goodreads y en Amazon.

También puedes escribirme personalmente. Leo y respondo cada mensaje con ilusión, así que no dudes en enviarme tus comentarios o sugerencias a:

zara.mist.autora@gmail.com

Gracias por pertenecer a mi pequeña familia literaria, donde la música y el romance nos unen y crecemos cada día. Cada palabra escrita, cada historia compartida, se nutre de vuestro apoyo, que no solo me impulsa a seguir adelante, sino que me permite crecer como autora y como persona. No te pierdas todas las noticias, eventos y actualizaciones de mis proyectos en mi página web, donde puedes suscribirte a mi *Newsletter*:

www.zaramist.es

Y no olvides seguirme en Instagram: @zaramistautora